

DAD
CIÓN



VIAJE
VARIAS PARTES
DE EUROPA.



2

D919

L3

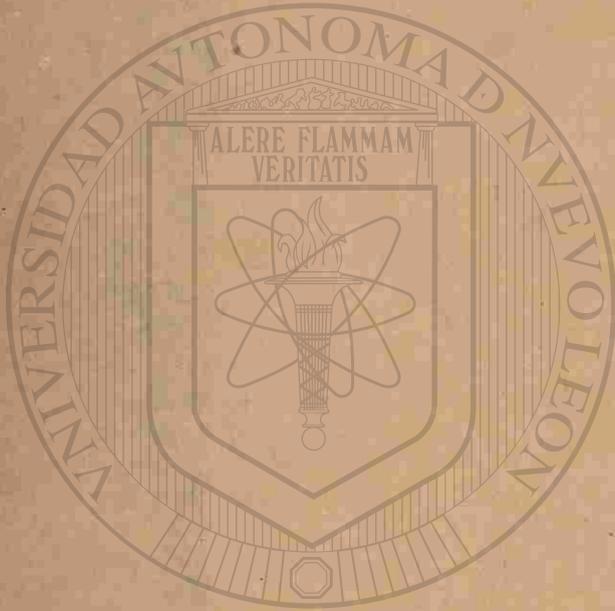
V. 2

C. 1

BIBLIOTECA PÚBLICA



1080042547



E#7-6#763

UANL 91(4)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





VIAJE

á varias partes de Europa.

UANI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

17

®

1



VIAJE
A VARIAS PARTES DE EUROPA,

POR

Enriqueta y Ernestina Larrainzar,

CON UN APÉNDICE

Sobre Italia, Suiza y los bordes del Rhin

POR SU HERMANA

Elena T. de Galvez.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TOMO II.

110717



®

MÉXICO

Tipografía Literaria de Filomeno Mata

N. 5. Calle de la Canoa N. 5.

1881

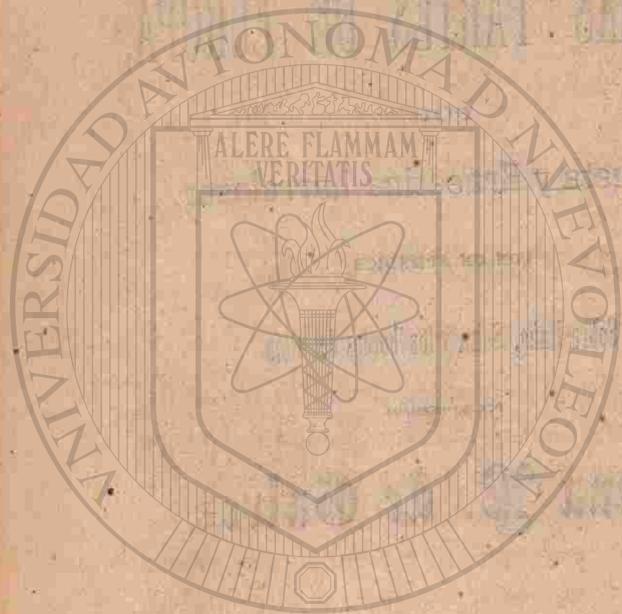
FONDO BIBLIOTECA
DE NUEVO LEÓN

15451

D 919

L 3

V. 2



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

ADVERTENCIA.

Comenzamos este tomo al tocar las costas del Antiguo Continente, nuestra llegada á Europa abria para nosotras una nueva vida; presentábanos un panorama enteramente desconocido, lleno de encanto y atractivo, y á cada paso gratas sensaciones y variados espectáculos excitaban nuestra admiracion y nuestro interes.

Todo esto debe ocupar algun espacio en nuestros escritos, y para el buen órden y regularidad de la division de esta publicacion, nos ha parecido, que el primer tomo comprendiera todo lo relativo á las partes de América por donde habíamos pasado desde nuestra partida de México, nuestra patria querida, hasta nuestra llegada á las costas de Inglaterra, primera nacion que íbamos á visitar del Viejo Mundo, y en los restan-

tes iremos describiendo sucesivamente las suntuosas capitales que hemos recorrido, en las que con tanto esmero y cuidado procurábamos visitar lo mas notable que encierran, y examinarlo y verlo con el interes con que lo hace el viajero, que como nosotras quiere investigarlo todo, y conocer lo que los países que visita tienen de más curioso é importante, recordar sus rasgos históricos, estudiar en cuanto es posible sus costumbres, conocer sus productos é industria, y por último; gozar de sus paseos y puntos de recreo, y experimentar variadas y gratas sensaciones, que dan expansion al pensamiento, y producen satisfaccion al corazon.

Siguiendo el plan que nos hemos propuesto, como lo indicamos ya en el prólogo de esta obra, continuaremos dando á conocer nuestras impresiones en la relacion de nuestro largo viaje, y entendiendo ante la vista del lector todo lo que sea digno de excitar su atencion por su importancia é interes, y á la vez todo lo que pueda causarle entretenimiento y distraccion por su amenidad y la variedad que presenta.

A medida que más se avanza, presta la obra mayor interes, porque el lector nos irá acompañando, y recorrerá con nosotras naciones á cual mas grandiosas, presentándose ante su vista nue-

vos y suntuosos cuadros, y recorriendo con la imaginacion lugares inmortales en la historia, y á la vez edificios y monumentos inmortales tambien en las regiones del arte.

Que la Europa encierra preciosos tesoros, y que muchas de sus capitales son las jóyas mas valiosas de lo que forma el Universo, no podria negarse sin incurrir en un grande error y dar una prueba de ignorancia.

Estudiar y descubrir estos tesoros, y conocer estas joyas, propio es de toda inteligencia; y este estudio y este conocimiento fuente es tambien inagotable de sólidos placeres.

No dudamos que nuestros lectores recorrerán gustosos con nosotras la Europa, y pidiendo de nuevo su indulgencia, penetraremos con ellos en el reino Británico, y atravezando despues grandes naciones, nos detendremos al fin en las regiones polares.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 INSTITUTO GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPITULO XXI

Lo que era antes Liverpool y lo que es actualmente. Sus Diques. Sus calles, edificios y mercados, estatua de Jorge III. Nuestra partida de Liverpool, el camino entre este puerto y Londres.

Liverpool no era bajo el reinado de Jorge III mas que una dependencia de la parroquia de Nolton; su puerto no poseía mas que 15 buques en 1650, y es hoy la segunda ciudad mercantil é industrial del reino.

Se cree que este puerto posee ahora mas de la octava parte de los buques de la Gran Bretaña, la tercera parte de su comercio exterior, y la quinta de comercio general.

Las importaciones pasan de 30 millones de libras esterlinas, y las exportaciones de 40.

Mas de 2,000 toneles pasan en término medio diariamente entre Liverpool y Manchester.

Comercia sobre todo con los Estados Unidos,



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPITULO XXI

Lo que era antes Liverpool y lo que es actualmente. Sus Diques. Sus calles, edificios y mercados, estatua de Jorge III. Nuestra partida de Liverpool, el camino entre este puerto y Londres.

Liverpool no era bajo el reinado de Jorge III mas que una dependencia de la parroquia de Nolton; su puerto no poseía mas que 15 buques en 1650, y es hoy la segunda ciudad mercantil é industrial del reino.

Se cree que este puerto posee ahora mas de la octava parte de los buques de la Gran Bretaña, la tercera parte de su comercio exterior, y la quinta de comercio general.

Las importaciones pasan de 30 millones de libras esterlinas, y las exportaciones de 40.

Mas de 2,000 toneles pasan en término medio diariamente entre Liverpool y Manchester.

Comercia sobre todo con los Estados Unidos,

Africa, Indias occidentales, el Brasil, las otras regiones de la América, y las Indias orientales.

Lo que llama desde luego la atención en este puerto, son los Diques, construcciones inmensas, de las cuales unas han sido ejecutadas sobre la tierra, y otras sobre las aguas, comunicándose unas y otras por largas avenidas y almacenes.

Liverpool al principio de este siglo no tenía mas que calles angostas y malas construcciones; hoy todo se encuentra cambiado, y pudimos notar algunas muy buenas y espaciosas calles, y entre los edificios llamó nuestra atención el Hotel de la ciudad, ó casa del Ayuntamiento, por su construcción: tiene sobrepuesta una torre que corona la estatua de la Gran Bretaña.

Luego nos detuvimos á contemplar la Bolsa, cuyas construcciones forman los tres lados de un cuadrado, en el centro del cual se vé en memoria de Nelson un grupo de escultura ejecutado por Weatmacott.

También contemplamos ligeramente el palacio de las asambleas que, según nos manifestó nuestro guía, costó 102,000 libras esterlinas.

Fijó igualmente nuestra atención la estatua de Jorge III, y algunos mercados que de paso vimos: el de San Juan tiene 80 acres 29 centímetros de terreno; llegamos hasta el cementerio

de San Juan construido parte con piedra roja, y en el cual se encierran algunas catacumbas.

Posee también un jardín zoológico que no tuvimos tiempo de visitar, porque muy limitadas eran las horas que teníamos que permanecer en este puerto, pues ese mismo día debíamos partir para Londres.

El hotel en que nos hospedamos llamábase de Adelphis, se hallaba situado en la calle principal, donde hicimos un paseo en carruaje; la comida que nos sirvieron en dicho hotel, aunque no fué de lo mejor, como no habíamos querido tomar nada en el buque, la tomamos con apetito y gusto. En el paseo que hicimos en los carruajes, recorrimos gran parte del puerto, y fué entonces cuando vimos todo lo que hemos descrito.

No nos disgustó Liverpool, es cierto que el aspecto del puerto es bastante triste, pero en las calles de comercio notamos alguna animación: muchas casas tienen jardines al frente, lo cual alegra mucho su aspecto. También vimos algunas plazas espaciosas, y bonitos jardines centrales, que sirven de recreo á los habitantes de aquel puerto.

El día estaba frío, y había un viento muy molesto; pero esto, sin embargo, no nos retrajo de pasear.

El viajero no debe jamás fijarse en el tiempo; sea este bueno ó nó, debe aprovecharlo siempre, porque si le asusta el mal tiempo, tendrá que encerrarse en el hotel y no conocer nada, muchas en los países que, como en Inglaterra, rarisíma vez gozan de un hermoso día.

A las 5 debíamos partir para la capital de Inglaterra: cuando volvimos del paseo, serian las 4, hora en que colocadas tras de una ventana vimos pasar una tropa, que como en nuestro país, iba seguida del pueblo.

Luego nos despedimos del dueño del hotel, y nos dirijimos á pié á la estacion del ferrocarril, porque se hallaba muy cerca y teniamos deseos de andar algo.

Llevábamos en nuestro viaje un loro y un perrito: el primero, colocado en una jaula excitó tan vivamente la atencion de los transeuntes, que se nos juntó mucha gente para contemplarlo, prorumpiendo en mil ponderaciones; el segundo fué tambien el objeto de grandes elogios por su figura y tamaño; era pequenísimó, como chihuahueño.

Pasamos por una plaza donde habia una fiesta popular, y en la que se notaba mucha animacion y alegría.

Poco pudimos ver en tan breve tiempo de Liverpool, y por eso tan solo damos una lijera

idea de él á nuestros lectores, siendo, sin embargo, como es, uno de los principales puertos del reino de Inglaterra.

A las 5 nos encontrábamos ya en la estacion que llamó vivamente nuestra atencion, pues es suntuosa y elegante; compónese de tres grandes salones muy bien amueblados, destinados á los pasajeros que esperan la partida de los trenes; hay en estos salones varias puertas, y cada una de ellas conduce á diversos trenes, que se dirijen á distintos puntos. En cada uno de estos salones permanecimos nosotras un rato, hasta que la voz de un empleado que anunciaba la partida del tren para Lóndres nos hizo salir precipitadamente.

El lugar en que los trenes se hallaban era amplio, todo cubierto de cristal y sostenido por columnas de fierro muy fuertes y elegantes. Habia allí multitud de wagoes y animacion, el número de pasajeros era inmenso, pudiéndose con dificultad transitar entre esa masa de gente.

En medio de aquella confusion y movimiento, llegamos, no sin dificultad, al que se dirijia á Lóndres; subimos en el de primera clase, y ya colocadas en el wagon gozamos viendo el movimiento y la vida que allí se notaba.

¡Cuan grande era entónces nuestro contentó! Habíamos abandonado el mar, ya no tendríamos

mas que atravesar en pocas horas el canal de la Mancha, y llegaríamos hasta Petersburgo sin tener que sufrir esta contrariedad, porque el camino que nos faltaba era por tierra, y éste, léjos de sernos fastidioso, nos agradaba sobremanera; nuestro contento iba pues en aumento.

Ansiábamos por que comenzase á caminar el tren, pues teníamos inmensos deseos de llegar cuanto ántes á Lóndres: nos habian hablado tanto de esta capital de mas de tres millones de habitantes, que habíamos soñado realmente con ella.

A las 6 de la tarde comenzamos á caminar y nos alejamos rápidamente del puerto.

El camino que seguimos era verdaderamente delicioso, y nos llenaba de gratas y bellas impresiones.

Los campos son cultivados en Inglaterra con un esmero asombroso, las quintas de los Lordes que se hallan diseminadas en muchas partes son admirables tanto por su belleza como por su construcción. Ya veíamos un precioso castillo oculto casi entre el follage de un bosque. Ya una bella quinta rodeada de un jardín, en el que se ostentaban las mas lindas flores.

La tierra roja, la verdura de las yerbas y el esmalte de las flores se mezclan en estos sitios con las fuentes de agua cristalina y pura, que sirven para dar vida á tantas plantas y deleite á

la vista. El aroma que embalsama estos lugares, y la dulce poesía que en ellos se desarrolla, les dan un atractivo indescriptible.

Entre Liverpool y Manchester, por donde pasamos, hay importantes manufacturas de hilo, y una iglesia sajona fundada desde ántes de la conquista.

La noche con su denso velo vino á privarnos de la vista de lo que tanto nos ocupaba y embriagaba de placer, entónces nos proponíamos descansar, pero papá nos manifestó, que pronto tendríamos que bajar del tren, y que no seria prudente dormirnos, y pasamos en grata conversacion las horas restantes.

Al atravesar por las poblaciones de mayor importancia se detenía el tren y uno de los empleados manifestaba en alta voz el nombre del lugar en que nos habíamos detenido, la hora que era, y los minutos que allí deberíamos permanecer. En algunas estaciones, apesar de ser de noche notamos gran movimiento animacion; pero en otras mucho silencio.

Por fin, á las doce en punto de la noche, llegamos á la gran capital de Inglaterra. Bajamos pronto del tren, y miles de cocheros se presentaron ofreciendo á papá su carruaje, lo mismo que otros señores dándole tambien la direccion de sus hoteles y casas de huéspedes.

En esos momentos, y en medio de un tumulto tan extraordinario, no era posible escoger, de manera que papá tomó dos carruages, y dió orden de conducirnos al mejor de los hoteles.

La noche estaba lluviosa, y sin embargo Londres nos impresionó sobre manera, pues tuvimos que atravesar varias de sus calles.

En el hotel á que fuimos conducidos no habia ya aposento para nosotros; recorrimos otros dos ó tres con el mismo resultado, hasta que al fin cansadas ya de buscar, nos detuvimos ante un hotel Español muy central y allí bajamos, ansiosas de que pasara con velocidad la noche, para poder al siguiente dia recorrer la hermosa capital, cuyo aspecto imponente y grandioso tanto nos habia impresionado por noche.

Cenamos ligeramente, y en seguida nos retiramos á nuestros cuartos.

CAPITULO XXII.

Londres, su situacion y extension, cuándo fué fundada esta ciudad, sus calles, casas y plazas, número de sus habitantes, su modo de vivir y poblaciones contiguas que ha absorbido, Puentes que tiene sobre el Támesis, el túnel. Establecimientos y sociedades de caridad, partes principales de la ciudad. Impresiones que nos causó su vista. La City Westmister; nuestras escursiones particulares. Casa del parlamento y lo que mas llamó en ella nuestra atencion. Abadía de Westmister, su aspecto y extension, su arquitectura, cosas notables que contiene. Capilla de Enrique VII. San Pablo, su extension y altura de este templo y sus torres, su aspecto arquitectónico, y lo que mas llama la atencion en él.

Londres, la metrópoli de la gran Bretaña y de la Irlanda; la capital más populosa, rica y comercial del orbe; se halla situada sobre el Támesis, que la divide en dos partes, á cincuenta y cinco millas de su embocadura.

La parte septentrional, que es la más considerable, se encuentra en las ciudades de Middlesex y de Essex, y la meridional en las de Surrez y de Rent.

En esos momentos, y en medio de un tumulto tan extraordinario, no era posible escoger, de manera que papá tomó dos carruages, y dió orden de conducirnos al mejor de los hoteles.

La noche estaba lluviosa, y sin embargo Londres nos impresionó sobre manera, pues tuvimos que atravesar varias de sus calles.

En el hotel á que fuimos conducidos no habia ya aposento para nosotros; recorrimos otros dos ó tres con el mismo resultado, hasta que al fin cansadas ya de buscar, nos detuvimos ante un hotel Español muy central y allí bajamos, ansiosas de que pasara con velocidad la noche, para poder al siguiente dia recorrer la hermosa capital, cuyo aspecto imponente y grandioso tanto nos habia impresionado por noche.

Cenamos ligeramente, y en seguida nos retiramos á nuestros cuartos.

CAPITULO XXII.

Londres, su situacion y extension, cuándo fué fundada esta ciudad, sus calles, casas y plazas, número de sus habitantes, su modo de vivir y poblaciones contiguas que ha absorbido, Puentes que tiene sobre el Támesis, el túnel. Establecimientos y sociedades de caridad, partes principales de la ciudad. Impresiones que nos causó su vista. La City Westmister; nuestras escursiones particulares. Casa del parlamento y lo que mas llamó en ella nuestra atencion. Abadía de Westmister, su aspecto y extension, su arquitectura, cosas notables que contiene. Capilla de Enrique VII. San Pablo, su extension y altura de este templo y sus torres, su aspecto arquitectónico, y lo que mas llama la atencion en él.

Londres, la metrópoli de la gran Bretaña y de la Irlanda; la capital más populosa, rica y comercial del orbe; se halla situada sobre el Támesis, que la divide en dos partes, á cincuenta y cinco millas de su embocadura.

La parte septentrional, que es la más considerable, se encuentra en las ciudades de Middlesex y de Essex, y la meridional en las de Surrez y de Rent.

Forman esta capital las ciudades de Londres y de Westminster, y los barrios de Torver Uamlets Sonthwart, Lambert, Finburg y Marylebone.

Fué fundada en el siglo XI ántes de la era cristiana, como estacion para el comercio que hacian de acero y plomo con los mercaderes Fenicios.

Convertida en cenizas por un formidable incendio en 1666, la ciudad fué reedificada, construyéndose tan hermosa como hoy existe.

El desarrollo admirable de su comercio con América, y lo excelente de su situacion, hicieron de aquella pequeña ciudad la gigantesca capital que hoy vemos, laberinto el más grandioso de calles, edificios, tráfico y animacion.

Cuenta Londres más de 13,000 calles, 320,000 casas, y más de 100 plazas públicas; ocupando una superficie de 69 millas cuadradas, que colocadas en línea recta formarían una calle de 700 millas de longitud.

Cada año gana Londres en extension, habiendo absorbido ya más de 100 poblaciones, situadas en los condados vecinos.

Su poblacion en el año en que la visitamos era ya de más 3.000,000 de habitantes, y segun la opinion de algunos escritores, cuenta Londres

tantas almas cuantas son las que habitan en Paris, Berlin, Viena y San Petersburgo; teniendo cada año un aumento de 50,000 habitantes; tales son los datos que hemos podido reunir.

Dividida por el Támesis en dos partes, como antes dijimos, está unida por cuatro hermosos puentes y el grandioso túnel practicado bajo del río.

Su mayor extension del Este al Oeste está valuada en 12 millas inglesas, y la del Sur al Norte en 9.

Su grandeza, su extension, sus edificios nos impresionaron vivamente, y el movimiento constante y la animacion creciente, no pueden ménos de llenar de admiracion.

Londres, tiene sin duda, uno de los primeros lugares en los países comerciales.

Las calles de la ciudad antigua son estrechas, tortuosas, en las otras, con excepcion de las grandes vías del comercio se nota monotonía.

Las casas son de un estilo simple, y el interior cómodo y confortable, pues como generalmente se sabe, los ingleses son muy amigos de sus comodidades, y el *confort* es muy comun en Inglaterra; lo buscan en su modo de vivir; pero en cambio tienen muchas excentricidades.

En pocos lugares se encuentran tantos esta-

blecimientos y sociedades de caridad como en Londres.

Se cuentan más de 500, que sostienen 100 hospitales.

El alumbrado de la ciudad es de gas, y posee establecimientos demasiado grandiosos, que es imposible contemplar sin que el corazón se sienta impresionado de una manera grata. ¡Oh! es demasiado lo que el viajero tiene que admirar en este país.

Difícil nos sería querer consignar aquí todo lo que comprende, y por lo tanto, bástenos hablar de las dos partes principales de la capital, para que al ver su extensión, nuestros lectores se formen una idea de los innumerables barrios que contiene.

La City, que es una de sus partes más notables, se halla situada en una colina sobre el Támesis, y en el centro del gran comercio y de los Bancos, siendo también el sitio favorito de la aristocracia; es la parte más antigua, rica y poderosa de la municipalidad.

Se encuentra dividida en 108 parroquias, y cuenta sobre 130,000 casas.

Otro de los principales barrios es el de Westminster, situado al S. O. de la City, centro de los grandes poderes del Estado, y verdadero con-

traste de opulencia y de miseria, cuenta 25,000 habitantes.

Por lo dicho podrán juzgar nuestros lectores, cuál será la grandeza de una ciudad, cuyos barrios podrían ser grandes capitales!.....

¡Ah! no puede ménos de sentirse admirado el viajero, al visitar la grandiosa capital de Inglaterra, porque realmente todo lo que allí se vé, es opulento y maravilloso.

Nosotras estábamos positivamente sorprendidas; pues Londres bajo todos aspectos es una de las capitales más grandes del mundo por su animación y por su extensión.

Si de México hubiéramos sido trasportadas á Londres, no puede dudarse que la impresión habría sido inmensa y demasiado fuerte para nosotras; pero ántes habíamos pasado ya por Nueva York, que no se puede negar que es una gran ciudad, de modo que no fué tan viva nuestra sorpresa.

En Londres, aunque no teníamos necesidad de permanecer, era imposible que no nos detuviéramos, pues demasiado tiene que observar el viajero, para no dedicarle algunos días.

Sin embargo, como pensábamos permanecer en Paris algun tiempo, no era posible hacer tantas estaciones, ó al ménos alargárlas mucho.

En Lóndres permanecemos pues ocho días; pero ocupadas de tal modo en verlo todo, que no perdimos el tiempo.

El primer día, tomamos desde muy temprano los carruajes, y papá dió orden á los cocheros, para que nos llevasen á recorrer lo más notable de la ciudad; las mejores calles, las de más comercio, los paseos más centrales, etc.

Como comprenderán nuestros lectores, Lóndres no es una ciudad que se pueda recorrer en un día, es demasiado extensa, y se necesitaria muchísimo tiempo para poderla llegar á conocer; —pero en fin, vimos en esa mañana algo de lo más notable y central, pudimos por tanto formarnos una idea en general de lo que era esta capital: en seguida procuramos visitar uno por uno sus más notables edificios.

Después de haber regresado de nuestro paseo matinal, en el que empleamos cuatro horas, descansamos tan solo el tiempo que tardamos en almorzar, y en seguida partimos de nuevo, con ánimo de visitar aquella tarde uno de los edificios más notables de la ciudad. «Las casas del Parlamento.»

Efectivamente así lo ejecutamos, y bien pronto nos encontramos frente á este edificio, el más grande monumento de estilo gótico que existe.

La fachada principal, que dá sobre el río, tiene 287 metros de altura, con una torre llamada la torre Victoria, que tiene 23 metros de ancho, sobre 104 de elevacion.

La torre central es de 18 metros de anchura y 99 de alto, y la del reloj está sobrepuesta de una campana, que tiene una elevacion de 100 metros.

Después de haber examinado detenidamente el exterior, que es magnífico, penetramos en el interior, que contemplamos con un asombro creciente.

Los pavimentos, los relieves, aquella sólida y grandiosa construccion atrajo nuestras miradas, y no cesábamos de verlo todo llenas de satisfaccion y de placer!

Este edificio encierra una série inmensa de salones, pero entre ellos se distinguen especialmente algunos, que mencionaremos por ser los más notables.

Después de subir por una suntuosa escalera, nos encontramos ante el salon de los Príncipes; penetramos en él, y pronto pudimos notar todo lo que nos rodeaba.

Este espacioso salon tiene 92 piés de largo sobre 94 de ancho y 45 de elevacion; fué construido en 1847, y se encuentra suntuosamente decorado: allí se ven colocados con esquisito gusto

los más hermosos frescos, que representan los pasajes más notables de la historia de Inglaterra.

También lo adornan más de diez y ocho estatuas, puestas en hermosas vidrieras de finísimos cristales.

Admiranse igualmente las armas de los soberanos y grandes Cancilleres de Inglaterra, desde Eduardo III hasta nuestros días, lo cual hace de este salón un santuario de grandes é históricos recuerdos.

En el centro de la pieza hállase el trono, y los grandes sillones del príncipe Alberto y del príncipe de Gales.

Frente del trono se ve la tribuna de los periodistas, y algo más alta, la de los extranjeros: encuéntrase todo esto con tal suntuosidad adornado, que al recorrerlo, luego se comprende, que el lugar que visitamos es la mansión de los grandes de la tierra.

De este espacioso salón nos trasladamos á la sala de los Comunes, de 62 piés de largo, sobre 45 de ancho y alto: ésta sala más sencillamente decorada, nos presenta sus muros cubiertos de notables esculturas en finísima madera; grandes vidrieras, cuyos preciosos cristales impiden la entrada plena de la luz, se ostentan también en esta sala; además, encuéntrase rodeada de grandes

tribunas, y en el techo luce un hermoso fresco, de mucho mérito y valor.

Luego seguía una serie inmensa de salones, que sería muy largo enumerar: después de recorrerlos, dirigiéndonos á la entrada real, nos encontramos pronto en la sala normanda, llamada así por los frescos y pinturas que la adornan; brilla en esta sala el gusto más esquisito y el más costoso adorno.

Tomando á la derecha, penetramos en el salón de *toilette* de la reina, adornado con preciosos frescos; conduce á él un corredor de 110 piés de largo.

Después penetramos en la sala de los Lores, que tiene 62 piés de largo, sobre 45 de ancho y alto, se encuentra llena de esculturas en madera, muy bien ejecutadas.

Vimos en seguida la sala de Audiencias, donde nos detuvimos contemplando con placer ocho cuadros grandes, hechos por los mejores pintores de Inglaterra.

Las otras salas se encuentran igualmente adornadas con frescos y buenas esculturas.

En el piso superior están los archivos, y también encierra algunos departamentos particulares, como el del presidente, etc.

Este bellísimo edificio ha costado más de....

10.000,000 de pesos. En su exterior contiene más de cincuenta estatuas; en él se ven las de los soberanos.

Las orillas de las torres contienen filetes de oro fino, siendo todo el edificio de piedra y fierro.

No sabíamos donde fijar nuestra vista, porque por dó quier encontrábamos objetos dignos de llamar la atención.

Al pasar por un espacioso corredor, papá penetró en la pieza donde se hallaban reunidos los Lorens en ese momento; nosotras quisimos seguirlo, pero no nos lo permitieron, porque las señoras no pueden entrar, mas esto no nos impidió el contemplar el traje imponente y respetable de estos señores, que se compone, según recordamos, de un largo manto negro de seda, y unas pelucas blancas de rizos largos.

Cuanto nos fué posible observar desde la puerta, tanto vimos con curiosidad; luego, habiendo concluido ya de recorrerlo todo, nos fué preciso retirarnos de aquel lugar, que tan gratas impresiones nos había proporcionado.

Habíamos tardado mucho en recorrerlo, de manera que ya no nos alcanzaba el tiempo para visitar algún otro edificio, y tuvimos que dirijirnos al hotel, porque la hora de comer había ya sonado.

El hotel en que nos hallábamos instaladas era muy central, pero no de los primeros de Londres, porque según recordarán nuestros lectores, no pudimos encontrar lugar en los varios que recorrimos.

Como este hotel se hallaba asistido por unos españoles, se esmeraron materialmente en tenernos contentas: nos dieron las mejores piezas, y en todo querían complacer, de modo que á pesar de no ser de los mejores hoteles, estuvimos muy bien, porque repetimos que fué excesivo el empeño que se tenía, en que estuviéramos asistidas con un esmero extraordinario.

Muchas veces se está mejor en estos hoteles que en los de primer orden y de moda, y la razón es sencilla: en los primeros es inmenso siempre el número de pasajeros que se hospeda, mientras que en los otros, no siendo tanto, hay mas dedicación y cuidado.

Estuvimos pues contentas en el hotel español en que nos alojamos.

Después de nuestra llegada, aquella era la primera noche disponible que teníamos para salir, y no pudimos resistir á los vivos deseos que nos animaban de ver el movimiento y la vida de esa gran ciudad, así lo hicimos, á pesar del mal tiempo, lo cual no es extraño en Lón-

dres, cuyo clima es tan ingrato, que se cuenta con muy pocos dias hermosos, y aun en ellos la temperatura es generalmente húmeda y fria, ó molesta por la lluvia continua, ó en el invierno por el hielo, todo lo cual entristece y dá un aspecto lúgubre á la ciudad.

Mas como es preciso salir, ya sea bajo la lluvia ó entre el hielo, nada nos detuvo; el deseo de recorrer la ciudad nos hacia arrostrar con todo, y salimos aquella misma noche.

Nos dirijimos por supuesto á las principales calles de comercio de esa capital, y tuvimos un gusto particular en detenernos ante los vistosos aparadores llenos de los mas preciosos objetos, y compuestos con mucho gusto.

La iluminacion de gas daba á todo un doble atractivo, la animacion era casi tan grande como la que tanto nos habia impresionado en el dia, de manera que tuvimos el gusto de gozar de muy grata concurrencia.

En la noche todo impresiona mucho, tal vez por la falta de costumbre que se tiene de ver tanta animacion, y nosotras estábamos realmente encantadas, y habriamos querido alargar mucho más nuestro paseo, y no entrar tan pronto en el hotel, pero no era esto posible, porqu el aprudencia siempre debe guiarnos, y á pesar del deseo

tan vivo que de lo contrario teníamos, á las once nos encontrábamos ya de vuelta y nos acostamos pronto, porque pensábamos si era posible, emplear muy bien el siguiente dia.

En efecto, muy temprano hicimos un pequeño paseo á pié, y recorimos algunos templos, de los cuales mas tarde haremos mencion; tales escurciones las repetimos en las mañanas siguientes, deteniéndonos en alguna de las muchas iglesias que posee esta capital; en las nuestras para hacer oracion y elevar nuestra mente á Dios; en las otras para conocerlas y observarlo todo.

A las nueve ó diez ya nos encontrábamos de vuelta en el hotel, y entónces papá mandaba traer los carruajes; y acompañadas de un guía práctico, nos dirijimos á visitar lo mas notable.

El segundo dia lo empleamos en ver la Abadía de Westminster, donde han sido consagrados todos los soberanos de Inglaterra.

Es este, despues del palacio del Parlamento, el mas vasto monumento que existe en Lóndres, tiene 410 piés de largo, su arquitectura es del estilo gótico mas puro, sus magníficas torres cuentan 225 piés de alto, embellecidas con adornos griegos, llamando particularmente la atencion; así como la capilla de Enrique VII, y el claustro

gótico, ó sea la puerta de Salomon, ornada con una bellísima vidriera.

Las naves laterales están sostenidas por 48 columnas, y contienen muchas tumbas y monumentos.

Apénas entramos, se nos presentó un guía, y nos condujo á la capilla de San Benedicto, donde contemplamos el sepulcro del arzobispo Logham de Canterbury.

Después de pasar delante de 20 ó 30 monumentos, todos de blanco mármol perfectamente labrados, nos detuvimos ante la capilla de Enrique VII, del mas bello estilo gótico; y rodeada en el exterior por 14 torres octagonales: á ella conduce una hermosa escalera de mármol negro.

En las tumbas del lado del Este, reposan los restos de Carlos II, la reina Ana, el rey Jorge, la reina Carolina, la reina Isabel, el rey Jacobo I, los hijos de Eduardo V; y véanse también multitud de sepulcros suntuosos de grandes notabilidades y de la alta nobleza.

En seguida fuimos fijando nuestra atención en otras muchas preciosas capillas y monumentos, que se presentaban sucesivamente á nuestra vista, sirviéndonos del guía para obtener minuciosos detalles y explicaciones de lo que había

allí mas notable, y de los grandes personajes que reposaban en esos sitios.

Al poner los piés tan suntuosos edificios, es imposible dejar de contemplar con la mas minuciosa atención tantas obras de arte como se encierran en esta abadía, pues tropieza uno á cada paso con monumentos magníficos de mármol, bronce, mosaico y piedra; cubiertos de relieves, coronados por hermosos bustos, trabajados por los mejores artistas de la época, y llenos de los mas notables recuerdos históricos.

Entramos también en la sala de Jerusalem donde murió Enrique IV: muchas son las cosas en que el pensamiento tiene que fijarse al recorrer esta soberbia Abadía, y se nos agolpa la historia de los grandes sucesos, trasladándonos con rapidez de un reinado á otro: de una familia á otra: de un héroe en fin á otro héroe!.....recorriendo las diversas épocas, los sitios en que ocurrieron, los cambios que produjeron, y las influencias que fueron ejerciendo sobre el mundo.

Con positivo interés nos deteníamos ante aquellos monumentos, que encierran en fin tantos rasgos de grandeza, de gloria.....de virtud.....ó quizás también, escenas deplorables, vergonzosas, absurdas, y errores que pintan la vida de la pobre humanidad y que excitan siempre grande

interés; pues son un libro abierto en que un espíritu ilustrado tiene mucho en que ejercitarse.

Tiene la Abadía la forma de una cruz, con 9 capillas: las vimos todas como hemos dicho, contemplando los grandiosos mausoleos que encierran. El mármol de Carrara, el mas fino mosaico, el mas precioso cristal, todo se halla allí embellecido por la mano del artista; y la reunion de tantas obras de arte sorprende al viajero, que al visitarlas se siente trasportado á las épocas todas de la historia de la Inglaterra, y por lo mismo con verdadero interés, se detiene ante las tumbas de todos estos grandes héroes, cuyo nombre forma la gloria de su patria.

Salimos verdaderamente impresionadas de aquel resinto, donde tantas veces habian recibido los reyes la corona, y se contemplan á la vez las tumbas de tantas testas coronadas!....

Antes de salir, nos detuvimos de nuevo en la capilla de Enrique VII. cuya puerta de madera perfectamente tallada, y con finísimos dorados, llamó mucho nuestra atencion: esta capilla se compone de una nave central y dos laterales, teniendo además otras 5 capillitas, en las cuales brilla en todo su esplendor el orden oriental mas puro y elegante; en esta capilla es donde se encuentran los trofeos mas gloriosos y las armas y

banderas de los caballeros de la orden de Bain.

El coro ofrece el mejor punto de vista para admirar la arquitectura de la Abadía.

Todo el edificio es de piedra admirablemente trabajada; en su conjunto no se nota el orden gótico en toda su pureza, pues la arquitectura griega tambien desplegó allí todos sus encantos.

El piso de la Abadía es de mármol y su aspecto en general es suntuoso é imponente.

No sin sentimiento abandonamos aquel lugar, donde el viajero podria pasar muchos dias, recorriendo sus monumentos, pero nuestra permanencia en Lóndres no debia ser muy larga, y era preciso aprovechar el tiempo en todo lo demas.

De la hermosa Abadía nos dirigimos á la suntuosa catedral de San Pablo, donde nos esperaban muchas sorpresas y gratas sensaciones.

Como edificio, es esta catedral, despues de la de San Pedro en Roma, quizás la mas célebre de Europa.

Su situacion no es muy ventajosa, pero su mérito es indisputable. Fué comenzada en 1675 y su construccion duró 35 años.

La iglesia tiene 500 piés de largo sobre 100 de ancho en forma de cruz.

La gran fachada del Oeste tiene 12 columnas

de orden corintio con un elegante peristilo y frontispicio, en el que aparece un magnífico bajo-relieve, representando la conversión de San Pablo.

Las torres del O. tienen una elevación de 404 pies sobre el nivel del terreno; en ellas se encuentra el reloj y las campanas.

La cúpula en extremo elevada y airosa se hallaba sostenida por 22 columnas corintias y coronada por una pirámide que termina en una linterna; sobre la bola se encuentra una enorme cruz de cobre dorado, en la que pueden caber más de 8 personas.

Es verdaderamente imponente y grandioso el aspecto exterior del templo; á él conduce una elegante escalinata y ántes de penetrar, nos fué preciso detenernos para admirar esa elegante arquitectura tan bella y el adorno tan esmerado que brilla en la gran fachada.

Varias estatuas se ostentan también en las torres y á los lados del frontispicio: la fachada es de piedra admirablemente tallada, y al contemplarla no puede ménos el viajero que reconocer la grandeza de aquel monumento que con razón ocupa un lugar notable entre todos los de su género, siendo conocido y admirado en las grandes capitales de Europa. Su costo ha subido á..... 747,954 libras esterlinas, 2 semidolers y 9 dolers.

Es tan particular el estilo de San Pablo, y tan distinto al de la Abadía, que nuestra sorpresa fué completa: despues de permanecer un largo rato contemplando el exterior del templo, se nos presentó un nuevo guía, y por él conducidas, pronto penetramos en aquella grandiosa Vasilica que teníamos verdaderos deseos de visitar, para ver si su interior correspondia á lo que nos presentaba su exterior.

Desde los primeros pasos que dimos en él, vimos que en efecto el templo no podia ser más grandioso y que en nada era inferior al exterior.

Magníficos monumentos en recuerdo de hombres célebres se hallan colocados de uno y otro lado de la Iglesia, entre ellos se descubren, rivalizando aun despues de muertos, los restos de Nelson, Wellington, J. Rannie, etc.

El coro está sostenido por ocho columnas de orden corintio, con sus hojas artísticamente esculptadas por Gibbons, y se lee esta inscripción en honra de Wren: "Si buscas un monumento, mira á tu alrededor."

El trono episcopal á un lado de la Iglesia colocado, es muy hermoso, el órgano es uno de los mejores que existen en Inglaterra, tiene más de 2,100 tubos, y costó 200 libras.

El mes de Julio se reúnen en este templo de 7,000 á 8,000 niños para asistir al servicio.

No se puede negar aun con una simple ojeada, que la Catedral de San Pablo ocupa en Lóndres uno de los primeros lugares, pues pocos templos realmente se encuentran tan espaciosos y de construcciones tan ricas y sólidas, como las que en él se descubre.

Mucho tiempo permanecimos examinándolo, y despues que estuvimos satisfechas de que todo lo habíamos visto, aunque no hubiese sido con el esmero con que deben ser examinadas todas estas obras grandiosas, salimos del templo, y permanecimos de nuevo un gran rato contemplando su hermosa fachada.

Este hermoso templo es del culto protestante, y nosotros sentimos no contarle entre nuestros templos católicos.



CAPITULO XXII

Descanso en el hotel. Lectura de la Cartera misteriosa. Excursiones que hicimos el día siguiente. La torre de Lóndres, su antigüedad é historia, recuerdos que evoca su aspecto y extension. Dimensiones de las principales construcciones del interior. Idea de lo más notable que contiene la Iglesia de S. Pedro invincalis. La torre blanca. Volunteer Armoury. Capilla de S. Juan. Cuarto de los modelos. Conservatorio de los archivos. La torre de Wakefield. Cuarto de los diamantes de la corona. Riqueza inmensa, y objetos valiosos que encierra. Guillotina en que fué ejecutada Ana Bolena. Instrumento del suplicio. El museo de armas. La prision. Varios patios y lo que en ellos vimos. Nuestro paseo por el jardín zoológico, su extension y parques. Notable coleccion de animales, y lo que más llamó nuestra atencion.

Eran ya las seis de la tarde, cuando terminó nuestra visita á la hermosa Catedral de San Pablo, de modo que despues de haber recorrido algunas calles de comercio, donde la hermosa iluminacion en los aparadores llamó nuestra atencion, regresamos al hotel.

Aquella noche nos sentíamos muy fatigadas,

El mes de Julio se reúnen en este templo de 7,000 á 8,000 niños para asistir al servicio.

No se puede negar aun con una simple ojeada, que la Catedral de San Pablo ocupa en Lóndres uno de los primeros lugares, pues pocos templos realmente se encuentran tan espaciosos y de construcciones tan ricas y sólidas, como las que en él se descubre.

Mucho tiempo permanecimos examinándolo, y despues que estuvimos satisfechas de que todo lo habíamos visto, aunque no hubiese sido con el esmero con que deben ser examinadas todas estas obras grandiosas, salimos del templo, y permanecimos de nuevo un gran rato contemplando su hermosa fachada.

Este hermoso templo es del culto protestante, y nosotros sentimos no contarle entre nuestros templos católicos.



CAPITULO XXII

Descanso en el hotel. Lectura de la Cartera misteriosa. Excursiones que hicimos el día siguiente. La torre de Lóndres, su antigüedad é historia, recuerdos que evoca su aspecto y extension. Dimensiones de las principales construcciones del interior. Idea de lo más notable que contiene la Iglesia de S. Pedro invincalis. La torre blanca. Volunteer Armoury. Capilla de S. Juan. Cuarto de los modelos. Conservatorio de los archivos. La torre de Wakefield. Cuarto de los diamantes de la corona. Riqueza inmensa, y objetos valiosos que encierra. Guillotina en que fué ejecutada Ana Bolena. Instrumento del suplicio. El museo de armas. La prision. Varios patios y lo que en ellos vimos. Nuestro paseo por el jardín zoológico, su extension y parques. Notable coleccion de animales, y lo que más llamó nuestra atencion.

Eran ya las seis de la tarde, cuando terminó nuestra visita á la hermosa Catedral de San Pablo, de modo que despues de haber recorrido algunas calles de comercio, donde la hermosa iluminacion en los aparadores llamó nuestra atencion, regresamos al hotel.

Aquella noche nos sentíamos muy fatigadas,

y poco deseosas de salir; así, que permanecimos en el hotel.

Después de cenar, nos dirigimos á nuestras piezas, y tomando en nuestras manos la cartera que durante algunos días no nos había sido posible abrir, nos pusimos á recorrer numerosas é interesantes páginas. Genaro seguía su relación en estos términos:

“Aquella noche dormí ménos mal que las anteriores: mi sueño fué dulce y grato, me sonrieron mil imágenes de felicidad, y me parecía que mi entrada al mundo se efectuaba bajo el prisma de la dicha más encantadora, y que me sonreía la fortuna. A la mañana siguiente mi humor era más festivo, mi carácter iba perdiendo aquella ferocidad que había adquirido en la soledad de mi prisión, y la sonrisa, que amenudo entreabría mis labios, iba borrando en mi fisonomía el tinte de amargo disgusto que el infortunio me había impreso.

¡Cuántas trasformaciones se habían operado en mi alma en el trascurso tan solo de algunos días! ¡Cuan inquieta comensaba á ser mi vida después de diez años de la más completa quietud!.....lleno de aspiraciones y deseos, me paseaba por mi suntuosa recámara, viendo con la sorpresa más grande cuanto me rodeaba. Derre-

rente la puerta se abrió, y un hombre penetró por ella, era mi generoso protector: apenas le ví corrí hacia él, y tendiéndole mis brazos le dije que me consideraba como el ser más feliz de la tierra, puesto que aquel día debía conocer un mundo tan lleno de encantos y atractivos!.....

Gozoso D. Justo al ver mi contento no quiso minorarlo, y tomándome de la mano, ven Genaro me dijo, tomaremos alguna cosa y en seguida saldremos.

Esta promesa aumentó mi alegría; pronto penetramos en el comedor, pasando ántes por grandes salones, que exitaban mi admiración á cada paso más creciente. Allí se nos sirvió un magnífico almuerzo, y cuando concluyó D. Justo, me llevó á su recámara, vistióme con un fino y precioso traje, peinó mi cabello que cortó el mismo, y en seguida fué á disponerse para partir; yo miéntras tanto colocado frente de un espejo, no cesaba de contemplarme, me hallaba lleno de contento.

¡Pobre niño! ¡cuan poco duró para tí la época del goce, y en cambio cuanto has sufrido!.....

Estaba frente al espejo cuando apareció D. Justo, parece que te has vuelto presumido me dijo chansándose, y tomándome luego por la ma-

no bajamos por una amplia y suntuosa escalera, montamos en un carruaje y salimos á la calle.

Imposible me seria consignar aquí la sorpresa que todo me causaba!... las casas... los carruajes... la animacion... la gente: ¡todo me admiraba! estaba yo absorto... estático, y no comprendia lo que en mí pasaba!.....

¡Ah! justa era mi admiracion!... Si á un ciego de nacimiento repentinamente le dieran la vista, sentiria en sí una nueva vida; lo mismo me pasaba á mí en aquellos momentos inolvidables!...

Repentinamente el carruaje se detuvo en un magnífico edificio; bajemos me dijo D. Justo, entremos en el templo: esta es la casa de Dios, del Ser Supremo, que tus primeros pasos se dirijan á adorarle.

Penetrado de un vivo respeto entré en el santuario, me postré ante el altar, y di gracias al Eterno porqué me habia concedido la libertad!...

En seguida dirijí mi vista á mi alrededor, admirando sorprendido toda la grandeza que me rodeaba: repentinamente mi vista se fijó en una muger, ¡era bella y jóven! vestía con exesivo lujo; pero parecia sin embargo ser muy desgraciada. Sus ojos cubiertos de lágrimas se fijaban con gran ternura en mí, y en seguida los volvia ha-

cia el altar, y oraba con tal fervor, que parecia que su vida se encerraba en aquella plegaria!

La vista de aquella jóven me conmovió; algo extraño pasó en todo mi ser; mi corazon latió con violencia, la alegria huyó de mí y las lágrimas brillaron en mis ojos, fijos siempre en los de la bella desconocida que velados tambien por el llanto no los apartaba de mí!.....

Impulsado por un sentimiento extraño abandoné mi puesto; D. Justo, que observaba todos mis movimientos, adivinando sin duda lo que iba á hacer, quiso detenerme; pero ya era tarde, y yo me hallaba al lado de la interesante jóven.

Perdonad, le dije, no sé quien sois, ni jamás os he visto; pero al veros hoy por la vez primera, no sé lo que he sentido!... mi ser se ha conmovido, y una voz secreta me dice en el corazon que vos sois mi madre!.... ¡Oh! Señora, si fueseis, no me abandoneis!... ¡yo os amo!... ¡tened piedad del pobre Genaro!... y al hablar así me hallaba arodillado ante ella, fijos mis ojos en los suyos, unidas mis manos en ademan de súplica, y derramando un torrente de lágrimas: aquella muger se estremeció; su rostro tornóse lívido; sus miembros temblaban; articuló algunas inciertas palabras, y sus ojos se fijaron en el altar, con una expresion de suprema angustia!....

Yo esperaba impaciente su respuesta: al fin se volvió hácia mí; imprimió un beso ardiente en mi frente, y con acento tremendo y voz incierta pronunció estas palabras:

Os habeis equivocado hijo mio, yo no soy vuestra madre!.....

Entonces me levanté bruscamente: ¡siempre la misma respuesta! exclamé con desesperacion. ¡Oh Dios! ¡Dios mio! ¡no encontraré nunca á mi madre!.....y al pronunciar estas palabras quedé como anonadado en mi propio dolor!....

El llanto de la jóven se habia redoblado, repentinamente, sentí una mano que se posaba sobre mi hombro, volví el rostro bruscamente: era D. Justo, su semblante estaba desfigurado; sin embargo al verme se sonrió, me tomó por la mano y comenzamos á salir: mis ojos al fijarse por la última vez en los de la desconocida, se encontraron con los suyos; tenían una expresión tan dolorosa y tierna á la vez, que no pude menos de exclamar: ¡Oh! esa mirada solo puede ser la de una madre! y quiso correr hácia ella: D. Justo me detuvo: recordé entonces su respuesta, é inclinando la cabeza, salí del templo abatido y mas desventurado que nunca.....

Cuando nos hallabamos de nuevo en el carruaje, D. Justo me comenzó á hacer las mas sé-

rias reflexiones, que aun conservo impresas en mi alma.

Me manifestó, que era una gran imprudencia lo que yo acababa de hacer, y que mientras no le prometiera contenerme, se vería precisado á encerrarme de nuevo.

Figúrate, me dijo, cual sería el concepto que se formarían de tí las gentes con tus extrañas ideas, en primer lugar das muchísimo que sospechar, y en tu situación es esto en extremo peligroso: en segundo lugar, también manifiestas ser un pobre exposito sin padres, sin familia..... y esto es inconveniente y atrae sobre tí el mas alto desprecio!.....no, Genaro, jamás vuelvas hijo mio á marcar tu posición con tus acciones: si tus padres han sido desgraciados, y se han visto envueltos en las tenebrosas nubes del infortunio, y obligados á separarte de su lado; no seas tú el primero en censurar y marcar su conducta, atrayendo sobre ellos la maledicencia de los demás hombres. ¡Harto desgraciados son!

Las reflexiones de D. Justo me impresionaron seriamente, comprendí que en efecto hacia muy mal en andar preguntando por mis padres; pero no pude por otra parte impedirme de hacer á D. Justo esta observacion:

Luego tengo que renunciar para siempre á la

esperanza de encontrar á mis padres, puesto que callando no habrá quien me dé noticia de ellos.

D. Justo me consoló entónces con estas observaciones; mira Genaro te creo aun muy joven, mas bien diré, un niño, tienes delante de tí, mediante el permiso de Dios, todavía muchísimos años de vida: tu inteligencia es clara, y con el estudio adquirirá una verdadera y sólida reflexión, de consiguiente, cuando tengas mas edad tendrás tambien el tino de poder aberiguar sin peligro lo que quieras, y entonces llegarás á saber cuales son tus padres y donde se encuentran; pero ahora con tus imprudencias no haces mas que marcar de una manera muy triste tu posición; ¿me has comprendido bien, hijo mio?

—Sí, Justo, le respondí, comprendo perfectamente lo que tú me dices, y no puedo ménos de prometerte con toda formalidad, ser mas cauto en lo de adelante, para no cometer las imprudencias que acabas de señalarme.

—Bien, Genaro, me replicó; me gusta tu resolución, ella me prueba que tienes un carácter dócil, y siempre esto es una inmensa ventaja.

Ahora te pido que deseches las ideas tristes que atormentan tu imaginación, porque si á tus años sufres ya tanto, y piensas mezclar á tus goces la hiel, concluirás por ser siempre muy desgracia-

dó, y no tener jamas contento; puesto que el infortunio tiene un doble peso y absorbe en pocos momentos los instantes de goce que tenemos.

—Prometí igualmente á D. Justo apartar de mi mente los pensamientos que me causaban tristeza y en efecto, lo procuré con empeño por complacer los deseos de mi protector.

El carruaje en que íbamos, seguía caminando con una velocidad extraordinaria, y á cada paso se presentaba ante mí algo que de un modo particular fijaba mi atención; ya eran grandes establecimientos de comercio, templos con soberbias fachadas, palacios y edificios de construcciones magníficas, llenos de las más esquisitas flores y de árboles bellísimos.

Yo iba violento en el coche; pues me parecia que era siempre un encierro el no caminar á pié al aire libre, y recorrerlo todo como lo hacían los que yo observaba.

No podia pensar mucho en algo, ni detenerme en ello sin comunicarlo á D. Justo. Pronto le manifesté, que aunque era muy cómodo pasear en carruaje, yo creía gozar doblemente, si en vez de ir en él, lo hicieramos á pié: D. Justo se rió de mí, pero su respuesta me satisfizo; mira, me dijo, si lo quieres, esta misma tarde; saldremos á pié, pero si he preferido el coche ahora,

es para que te puedas formar una idea en general de la ciudad, porque á pié no creas que llegarías á recorrerla tan fácilmente.

Nos encontramos en Milan; comprendí entonces que tenía razon, pero á mi vez le hice esta reflexion: mira le dije, aquí todos caminan despacio, y por eso los animales avanzan más, pero caminando de prisa, yo creo que les ganariamos.

D. Justo se rió mucho de mí, aquella misma tarde, cuando salimos á pié, me hizo ver cuan engañado estaba; pues aunque varias veces lo intenté, nunca logré caminar con la velocidad de un carruaje.

Desde el instante en que salí del calabozo, no sabia yo, puede decirse, lo que era de mí: estaba tan encantado de todo lo que veia, y mi mente se hallaba tan llena de ideas nuevas, que materialmente volaban para mí los dias, y pensaba: que no podia haber máyor dicha, que la de habitar en un mundo tan enteramente bello tan lleno de encantos y atractivos!

Una hora fué todo lo que pude caminar á pié: estaba tan poco acostumbrado á hacerlo, que bien pronto me sentí muy fatigado.

Al principio sali corriendo de la casa, mas D. Justo me llamó con presteza, y me manifestó lo ridículo que era lo que acababa de hacer.

No: Genaro, solo las bestias corren en la calle, como tu lo acabas de hacer, y los niños pequeños lo hacen tambien en los paseos por ayudar á su desarroyo; pero fuera de esto nunca veras correr á nadie; y en efecto, ¿para qué te serviría la carrera? á los pocos momentos te sentirías ya fatigado, y ademas, aun suponiendo que esto no te sucediese ¿podrias gozar de algo en la carrera?

¡Oh! sería imposible! ¿en qué te podrias fijar? en nada, absolutamente en nada, ¿no es cierto? ¿no lo acabas tu mismo de experimentar?

Pensé un momento en lo que D. Justo me decia, y luego comprendí que le sobraba la razon; así se lo manifesté, y poco despues tomando el brazo de mi buen amigo, paseabamos, como he dicho, por las principales calles, deteniéndonos ante los elegantes aparadores, de cuyos objetos todos le pedia yo una minuciosa explicacion

Pronto, sin embargo me fatigué, y entónces tuvo mi buen guia que tomar un coche para que regresásemos á casa, porque yo ya no tenia ánimo de dar un solo paso más.

La experiencia, Genaro, te enseñará en adelante mil cosas que tendrás motivos muy sobrados para aprender.

No me engañó D. Justo, pues ¡demasiado me ha enseñado la experiencia!.....

Todos los demás días se pasaron para mí con el mismo goce que el primero: apenas me levantaba me dirigía á tomar un magnífico almuerzo. Luego me vestía y salía á pié con mi preceptor: recorriamos los templos, y siempre oía misa; íbamos á los campos, á los paseos, jardines etc., á las doce estábamos de vuelta, y á esa hora se nos servía una comida succulenta, descansábamos despues recostados una hora en dos cómodos sillones, y á veces dormíamos, ó mas bien conversábamos, y yo pedía á D. Justo me explicase algo de lo que deseaba saber (que por cierto eran multitud de cosas!)

Luego tomaba en mis manos un libro á ejemplo de D. Justo, y por medio de lá lectura pude encontrar un pasto saludable á mi inteligencia, y hallar en el tesoro inagotable de la instruccion, la luz que tanto necesitaba mi alma, para comprender mejor todos las delicias de la existencia!

En cada una de estas cosas, inmenso era el placer que sentía! no podría nunca demostrarlo en toda su fuerza, por lo que prefiero callar; pues para comprender ciertas impresiones extrañas, es preciso haberlas experimentado, y lo que me ha acontecido es tan raro, que pocos podrán contar una cosa semejante; de manera, que difícilmente

habría alguien que pudiera profundizar lo que en mí pasaba, sino tan solo yo mismo

Por la tarde á las tres, tomabamos un carruaje, y en él nos dirigiamos á conocer todo lo notable de la poblacion, los palacios, museos, jardines zoológicos, teatros, edificios públicos, etc., etc.

Los goces que recibia yo en cada cosa nueva que visitaba, eran incontables.

A las siete regresabamos á la casa y tomabamos una soberbia cena, que duraba hasta las ocho.

Despues de reposar un breve rato, saliamos de nuevo para ir á algun teatro, y luego al café á tomar helados.

Volviamos á las doce de la noche, hora en que nos acostábamos, y dormíamos perfectamente.

Este era el curso ordinario de nuestra vida; el tiempo nunca nos sobraba, mas bien nos hacia falta.

En los últimos días que debiamos permanecer en esa ciudad, comenzamos en las tardes á recorrer algunas de sus preciosos alrededores, que me gustaron extraordinariamente, aunque siempre preferia la vida de la ciudad, por la animacion que por todas partes encontraba.

Tenia muchos deseos de formar amistades; pues veía ya el contento que se notaba en algu-

nos grupos, y sobre todo, las mujeres me encantaban; no habia hablado mas que á dos, y tenia un vivísimo anhelo de hablar á cuantas se me presentaban, porque todas me inspiraban las mas ardientes simpatías! Cada una de ellas me traía á la memoria mi pobre madre.

¿No será alguna de estas quizas? me preguntaba; ó acaso no podrá ella sabrándome te encuentra?

Mis ansias crecian por momentos y así se lo manifesté á D. Justo.

Mira, Genaro, me contestaba; lo que me indicas no puede ménos de halagarme, porque me expresa la fineza de tu corazon; pero, hijo mio, yo no te puedo complacer! En este país no tengo ningunas amistades, é improvisarlas como tú lo deseas no es posible; y por otra parte, tampoco es conveniente por las observaciones que yo te he hecho; eres aun muy imprudente Genaro y puedes alguna vez, si no te corriges, hacer alguna pregunta ó referir algo que te comprometeria altamente.

La señora que ha conseguido tu libertad, me dió el encargo de no dejarte tratar con nadie ántes de que hubieses salido de este país, y debo obedecerla; tambien tu debes acatar sus disposiciones, porque ella es digna de tu obediencia,

cuando, como lo has experimentado, te ha proporcionado tan extraordinarios momentos de placer. ¿Verdad, Genaro, que tú sientes por ella, una ternura creciente? ¿qué te hallas en las mejores disposiciones de cumplir su voluntad?

Si, D. Justo, es cierto, contesté, pero tambieu creo tener bastante firmeza para poderme contener: no hablaré si tú me lo prohibes, nada diré sobre mi pasado, pero si siempre preguntaré por mi madre. ¿Verdad que eso no me está prohibido?

Si te lo está, hijo mio, me contestó; porque al preguntar por ella, das motivo á que se comprenda que te hallas abandonado, y sobre ella recaerán mil maledicencias.

¿Es decir que no me será permitido buscarla? ¡Oh! lo que es á eso no me podré resignar jamás.

Genaro, me replicó, es preciso que por lo pronto hagas este sacrificio, él no durará toda la vida, y llegará el día en que puedas obrar libremente.

Las palabras de D. Justo me entristecieron; no podia yo prescindir de buscar á mi buena madre, y por otra parte tenia que obedecer á mi oculta protectora. Esta situacion era para mí tan angustiosa que me causaba extraño disgusto.

Las 12 de la noche nos sorprendieron leyendo el manuscrito: cerramos entonces la cartera, y presurosas nos entregamos al descanso: nos hallábamos tan fatigadas, que dulces y gratas fueron para nosotras las horas del reposo.

Al siguiente día, apresurándonos para todo, logramos estar listas para las 9, hora en que los carruajes nos esperaban ya en la puerta. Apenas subimos á ellos, cuando el *cicerone* montando en el pescante dió orden de conducirnos á la torre de Londres, situada fuera de los muros de la ciudad á orilla del Támesis.

Después de mas de una hora de camino, nos detuvimos ante la fortaleza mas célebre de la gran Bretaña: bajamos de los carruajes y nos reunimos á contemplar el aspecto exterior del edificio.

Aquella torre encerraba los mas tristes recuerdos históricos. ¡Cuántas veces las terribles escenas que se han presenciado en aquel recinto, nos han arrancado lágrimas de amargura! Era pues, con un positivo interes, con el que íbamos á recorrer aquellos lugares, y por eso se fijó tanto nuestra atención en el aspecto de la fortaleza.

Su parte mas antigua llamada la torre blanca data desde el año de 1,078 y ha servido de prision Wallace, á Mortimer, á Juan rey de Fran-

cia, al padre de Luis XII duque de Orleans, á Ana Bolena, á Catarina Howard y á otra multitud de personajes célebres, cuyos nombres no debemos citar aquí por ser inmenso su número.

El aspecto interior del edificio es severo é imponente. No se ven finos adornos y elegantes arquitecturas, nótese solamente solidez en su construcción, y el espesor de sus muros es notable: todo revela en ella la invencible fortaleza que tan útil ha sido á la Gran Bretaña.

En el reinado de Ricardo, fué convertida en residencia real, mas tarde sirvió de prision, para los mas ilustres y notables prisioneros, y bajo el reinado de Enrique VIII, se convirtió en el sangriento recinto de frecuentes y crueles ejecuciones. Tiene la torre cuatro entradas principales, y se halla rodeada por un foso largo y profundo; transformado en jardines desde 1803.

La fachada principal ve al O. y por ella fué por donde penetramos al interior. El espacio que ocupa el edificio inclusas sus fortificaciones ó murallas, es de 3 hectaras, y lo que mide el exterior de sus muros es 3,156 pies de extensión.

En el interior de la torre se encuentran varios edificios principales que iremos mencionando, en el orden en que los fuimos recorriendo.

Luego que hubimos penetrado en ella, nos de-

tuvimos en un vasto patio donde se hallaban reunidas otras personas. Poco tardó en presentárenos un guía vestido con traje del tiempo de Enrique VIII. Formó este cicerone un grupo de 12 personas, entre las que nos hallábamos nosotros, y después de recibir su paga, se internó con todos en las sombrías bóvedas del edificio.

El portón principal se encuentra situado al Oeste, y al Sur se halla la puerta de las traiciones.

La entrada de los prisioneros de estado está por el lado del río. No lejos de allí se encuentra la torre sangrienta, y en el ángulo S. O. se hallan los departamentos reales que fueron habitados en otro tiempo, hasta que subió al trono la reina Isabel.

El espacio entero rodeado con su verja tiene una superficie de 3 hectaras y el perímetro al exterior del foso es de 3,156 pies.

Las construcciones principales que hay en el interior de la verja son la Iglesia de San Pedro *in vinculis*, que encierra los restos (sin cabeza) de Tomas Moore, de Catarina Howard y de otros personajes notables.

La Torre Blanca, que es la parte más antigua del edificio, se forma de un vasto cuadrado irregular, con cuatro torres: tiene 110 pies de largo

92 de alto y 11 de espesor. Desde lo alto del techo, que se encuentra cubierto de plomo, se goza de una vista muy extensa y de un bellissimo panorama.

En el primero de los tres pisos, vimos el arsenal de marina, y el *volunteer armoury* para 30,000 hombres; se encuentra en el techo un depósito, que en caso de necesidad provee de agua á la guarnicion; penetramos en seguida á la antigua capilla de San Juan, de un excelente estilo sajón, en la cual se hallan depositados los archivos y en los suterráneos la armadura de la reina Isabel.

En la torre Blanca al Sur, está el cuarto de los modelos, entre los cuales véanse los de Gibraltar, y otras plazas fuertes, y cerca la plaza de las paradas; con creciente interés veíamos esas notables fortificaciones, admirando el ingenio del arte militar, y la magnitud de aquellas obras. De esta preciosa sala pasamos al archivo, donde se encuentran encerrados en 56 roperos, todos los más notables documentos reunidos desde la época del rey Juan hasta la de Ricardo IV.

La torre de Wakefield, que forma parte de la sala de los archivos, contiene una hermosa sala octagonal donde según la tradición fué asesinado Enrique IV.

Después visitamos con positiva admiración el cuarto de los diamantes, en el cual se ponen de manifiesto todas las joyas de la corona, en un número infinito y de una riqueza asombrosa; lo que más fijó nuestra atención fué la corona real, cubierta de gran número de piedras preciosas de toda especie. El peso de esta diadema, es de 1½ libras, y su valor de 111,900 libras esterlinas, es decir más de medio millón de pesos.

Encuétrase también allí un gran número de objetos raros y de verdadero valor, y la profusión de joyas es tal, que llegan á verse hasta con indiferencia.

Nosotras nos deteníamos á contemplarlo todo admirando la grandeza y suntuosidad de aquella corte, era la primera que visitábamos, y por lo mismo, todo nos llamaba de un modo particular la atención.

Entre las joyas se vé un diamante colosal del mayor mérito y valor. Su forma y dimensiones son las de un huevo, y su precio por supuesto fabuloso. Esta piedra preciosa formaba uno de los ojos de uno de los ídolos de la India, y es incuestionablemente la alhaja de más valor, que cuenta la corona de Inglaterra.

De este hermoso salón, donde se encierran tantos tesoros y bellos objetos, pasamos á la sala de

los retratos reales, en la cual se hallan reunidos los de los soberanos de Inglaterra, desde tiempos muy remotos, formando una hermosa galería de grandes recuerdos históricos. En un ángulo de la sala está colocada la guillotina, ó el tajo en que fué ejecutada Ana Bolena. Al verla, nos sentimos interesadas hácia aquella desventurada reina que tanto habia sufrido, y apartándonos del grupo nos dirigimos hácia aquel punto del salón, nos arrodillamos, y colocamos sobre la guillotina nuestra cabeza, teniendo suspendida sobre el cuello la hacha fatal!... En seguido nos levantamos, tocamos el arma homicida, manchada aun con la sangre de sus víctimas, y nos retiramos de aquel sitio impresionadas con el recuerdo de la vida de aquella mujer criminal, es verdad; pero también desventurada, que á pocos pasos del trono tropezó con el cadalso!.....

Nós dirigimos en seguida al Museo de armas, que ocupa varios salones, y donde se ostentan un número inmenso de ellas, de todas épocas é invenciones.

Véanse allí trofeos gloriosos que nos recuerdan los triunfos de Inglaterra, las armaduras de la mayor parte de sus soberanos y hombres notables, las banderas hechas trisas, mudos testigos de sus glorias!

Se hallan tambien allí reunidos varios instrumentos de tortura, colocado todo con gracioso orden, formando las más caprichosas y elegantes decoraciones.

De uno de estos salones pasamos á la torre blanca, para visitar la célebre prision, que es una pequeña pieza, cuyos muros se ven llenos de las inscripciones de los pobres prisioneros, los cuales en sus horas de amarga soledad, trasaban allí en inciertos caracteres, las tristes impresiones de su alma.

Bajo de ellos, el extranjero que pisa esa cárcel pone su nombre, y nosotras á imitacion de tantos otros, dejamos tambien impresos los nuestros.

Despues de haber recorrido todo lo que de más notable se halla en el interior de la torre, salimos á uno de los patios: este se encuentra lleno de cañones, testigos de tantas batallas, rotos unos por la metralla enemiga, dispuestos otros á lanzar por su boca la muerte, sembrando el suelo de víctimas!

En uno de sus patios nos detuvimos para ver la caserna de Waterloo, hermoso monumento de estilo gótico, que nosotros visitamos con notable interés.

En otro patio se vé señalado el lugar en que fué ejecutada Ana Bolena, y por supuesto

que desde allí se descubre el corredor en que se paseaba Enrique VIII durante la ejecucion.

Recojimos en el lugar señalado como un recuerdo algunas piedrecitas, como lo hacen por lo comun los viajeros, en los sitios que recorren con interés, encontrando un secreto placer en todas estas minuciosidades.

No omitimos, por supuesto subir al punto más culminante de la torre, desde donde tuvimos la satisfaccion de gozar de una espléndida y magnífica perspectiva, abarcando con nuestra vista la extension de la gran ciudad. ¡Qué panorama tan bello! ¡Oh! jamás podremos olvidarlo! él se pierde de vista, tal es su magnitud.

Tardamos mucho tiempo contemplando ese panorama inmenso que teníamos delante, y que á vista de pájaro nos presentaba en toda su extension la célebre metrópoli de la Gran Bretaña.

Lo luctuoso de la historia de Inglaterra en ciertas épocas, ayudaba á hacernos ver todo esto con más interés, porque nos traía recuerdos sobre muchos objetos ó personajes, que al recorrer sus páginas nos habian impresionado vivamente.

Con sentimiento abandonamos la torre de Londres; pero era preciso hacerlo así, porque las horas habían pasado con suma rapidez para nosotras, y hacia mucho que nos encontrábamos allí.

Al día siguiente en la mañana nos propusimos visitar el jardín Zoológico: envió papá á traer los carruajes, y pronto pudimos cumplir nuestro deseo. Llegamos al jardín, y previo el pago de los boletos penetramos en él por un torno descubierto de fierro, inventado para evitar el agolpamiento, y todo fraude.

¡Qué hermosa vista se presentó desde luego á nuestros ojos!

El campo estaba verde, las flores eran bellísimas; sus suaves perfumes embalsamaban aquel delicioso lugar, y la vista se deleitaba ante aquel vasto parque, tan curiosamente dispuesto, y tan caprichosamente compartido.

Despréndense multitud de avenidas, formando calles vistosas de roja arena, que hacen notable contraste con el verde césped que cubre todo el pavimento, y las colinas que presentan los golpes de vista más gratos y sorprendentes.

Véanse lagos de agua cristalina, donde se reflejan y reproducen los objetos que los circundan, preciosos cenadores, y cuanto pueda ambicionarse de poético y campestre.

Allí contemplamos por la vez primera las fieras en sus jaulas, ó pequeños cuartos, con sus rejas de fierro, que las hacen enteramente visibles; los leones] con su larga melena; los lobos con

su velluda piel; los tigres con su mirada feroz y ojos penetrantes; la hiena, el leopardo, el oso, y otros animales salvajes que vimos con la más minuciosa curiosidad, bramando, y paseándose en sus estrechos recintos, de un modo particular, llamaron nuestra atención.

Tuvimos ocasion de verlos comer, porque el que los cuida penetrando en aquellas jaulas, les dió grandes masas de carne que devoraron con presteza y ansiedad indescriptibles.

Al contemplar estas fieras se siente el corazón sobrecojido, recordando sus instintos feroces: se les ve pasearse magestuosamente en su jaula, pero también con inmensa inquietud; sus ojos llenos de un brillo amenazador parecen desafiar al que se atreve á contemplarlos: algunos exhalan ó lanzan amenudo ruidos y gritos amenazadores, que penetran en el corazón como un eco de muerte.

No se puede negar que son bellos estos animales á pesar de su aspecto, sobre todo el león, el tigre y la hiena; pero es imposible sustraerse al mismo tiempo del horror que su vista inspira.

Lo que admirábamos era como no desconocían al que les llevaba su alimento, y es que los animales tienen instinto y gratitud, y son muchas veces más reconocidos que los hombres. Sin em-

bargo, en el cuidador no se notaba la tranquilidad del que nada teme; entraba con cierta desconfianza muy natural, y se conocía el deseo que tenía de que concluyese pronto su tarea, y sobrabale razón para ello, porque muchos de estos infelices han sido víctimas de algunos momentos de rabia y ferocidad de estos animales. Al estarlos nosotros con el público, nos rememora un caso que nos llenó de horror: no ha mucho tiempo, un día de mucho concurso de espectadores, algunas de estas fieras, los leones, lograron con sus garras é inmensas fuerzas echar abajo la reja de fierro que tal vez estaria floja, y escaparon de la jaula exhalando espantosos ruidos.

El público aterrorizado corrió en tropel, para librarse de una muerte horrible, más varias personas fueron alcanzadas, hechas pedazos y devoradas al instante, sin dejar rastro ni huella alguna de ellas, lo cual infundió por mucho tiempo gran consternación y temor, y fué motivo de que se dictaran medidas muy serias, para que las jaulas fuesen construidas de una manera muy sólida, y que prestasen todas las seguridades y garantías posibles. Este caso retrajo por algun tiempo de visitar el jardín Zoológico; pero en la época en que nosotros estuvimos, era inmenso el núme-

ro de personas que acudia á él; realmente merece ser visitado.

Mucho tiempo permanecimos contemplando cada uno de estos animales, remontándose con entusiasmo nuestra imaginación al verlos, á esos tiempos del paganismo en que los cristianos, al ser en el anfiteatro de Roma arrojados á las fieras, mostraban un valor y entereza admirables. ¡Tan cierto es que la gracia de Dios los animaba! ¡era la serenidad del justo en el peligro! ¡era la entereza de la fé! ¡Oh cuanto enardecían nuestra alma, estos recuerdos y cuan vivamente impresionaban nuestro corazón!

Por nuestro gusto habríamos permanecido horas enteras en esta glorieta; pero esto no podia ser, teníamos que aprovechar el tiempo, y proseguimos nuestro paseo para ver los demás animales, parándonos delante de las jaulas en que estaban colocados, y complaciéndonos en extremo en conocer tanta diversidad en ellos.

El camello, el elefante, la girafa y otros de alta talla llamaron especialmente nuestra atención entre todos los cuadrúpedos.

Pocos gustos pueden compararse con el que experimentábamos en aquellos momentos, admirando aquella variedad de animales en que se encuentra lo mejor y mas notable en su género.

Sucesivamente fuimos recorriendo otros parques, donde en jaulas mas pequeñas, ó en corrales, se veian los animales mas chicos, como el borrego, gatos, perros, etc., y por último penetramos tambien en el sitio, donde se encuentran un gran número de animales acuáticos, como garsas, patos y otros de ese género. En todo teniamos siempre mucho que admirar.

Dirijímonos en seguida á un grande estanque donde contemplamos á un lobo marino de gran tamaño: este animal nos produjo horror, porque su figura es asquerosa. En otros estanques menores, vimos varios peses de distintas formas y colores variados.

Luego, y al penetrar en el departamento de los animales de caza, tuvimos ocasion de conocer los que habiamos visto descriptos en los libros de Historia Natural.

Grande fué nuestra sorpresa, cuando recorrimos el departamento destinado á los pájaros: ¡cuánta variedad! cuánta hermosura! qué rico plumaje de variados colores adornaba á algunos, y los dulcísimos trinos y cantos, con que otros endulsaban ó herian nuestros oidos, nos eran en extremo gratos.

Habia allí mucho que observar, mas no podia-

mos hacerlo con la minuciosidad que requeria, por la falta de tiempo.

Continuando nuestro paseo descubrimos á lo léjos una colima, que tenia en la cúspide un pequeño edificio; nos dirigimos á él y entramos pronto para satisfacer nuestros deseos.

Se componia este de tres salones: en el primero se hallaban colocados con mucho aseo los monos en sus jaulas, con sus trapecios y otros objetos de juego. Se veian muy contentos y en gran agitacion, los habia de todos tamaños; algunos estaban vestidos y nos entretuvimos y divertimos mucho viéndolos.

En la segunda sala habia una coleccion escogida de pájaros á cual mas bellos; entre ellos un loro mexicano, que nos contestó muy graciosamente en español, lo que nos hizo mucha gracia.

Por fin, en la tercera sala estaban los gusanos, culebras, tortugas, ratones, etc.; las culebras fijaron en especial nuestra atencion por su grosor y tamaño, los multiplicados y vivos colores de su piel, y en fin, su aspecto en general que es siempre imponente y raro.

Habia entre estos tres salones una pequeña pieza, á la cual subimos, y en ella se veian hermosas pinturas que representaban batallas y curiosos paisajes.

Casi en el centro del jardín zoológico se encuentra el rico y gracioso jardín botánico, rodeado de una avenida circular para los carruajes; hacia el Oeste está una especie de quinta, llamada Holme. Al Norte, un estanque y una residencia particular. Al Sur, el jardín de la sociedad de los arbolarios; y al Este algunas villas, y la capilla del Hospital de Santa Catarina, la cual contiene los restos de J. Hollande duque de Exeter, y los de sus dos mujeres.

Al Norte del parque se eleva una hermosa colina, desde donde se descubre un magnífico panorama.

En el jardín botánico todas las plantas y árboles tienen su etiqueta particular, que las dá á conocer, y se halla cuidado con mucho esmero.

La mañana entera se nos fué recorriendo este jardín, y como por fortuna el sol no habia aparecido hasta entónces, estuvimos viéndolo sin la mas levé molestia.

A las doce salimos, y regresamos al Hotel por el parque de san Jacobo, que ocupa un terreno de 32 hectaras. Enrique VIII lo mando rodear de muros, y Carlos II hizo que lo plantasen y embellecieran de nuevo.

Tiene la caprichosa forma de un ciervo volando, y lo rodean tres edificios públicos, el de Horse

Guards al centro; el Almirantasgo á la derecha, y la Tesorería á la izquierda.

En una de las avenidas de este parque, que tiene por nombre "Constitucion," tres veces han disparado á la reina Victoria queriendo quitarle la vida.

Las avenidas son bellas y espaciosas. Sus árboles grandes y cubiertos de hojas, y está odorado de glorietas con asientos muy cómodos.

Despues de la visita del jardín zoológico, donde habiamos gozado de todas las bellezas de la historia natural, llegamos muy fatigados al Hotel, porque toda la mañana habiamos estado paseando sin descansar; ocupamos los asientos mas cómodos, y despues de almorzar, nos entretuvimos con la cartera misteriosa, de que vamos á hacer partícipes á nuestros lectores.



CAPITULO XXIV.

Continuación de la lectura de la cartera. Siguen nuestras escursiones en Londres. El Tunel. El palacio de Sydenhan. Museo de Madame Tonson. Hide-Park. Regent Park. Victoria Park. Práctica de sacar á los niños á pasear y respirar el aire libre en los jardines y parques.

Como me lo habia prometido D. Justo, permanecí un mes en Milan paseando, y lleno de goces desconocidos, mas por fin fué preciso que me marchase al colegio que se me tenia destinado.

Todo me causaba una novedad inmensa, de modo, que con solo oír hablar á mi preceptor, de mi viaje, experimentaba ilusiones poco comunes.

Estaba yo muy contento en Milan, y sin embargo á medida que pasaban los dias, y se acercaba el de la marcha, se aumentaba en mi el deseo de que esta se realizase cuanto ántes, por la perspectiva que se me presentaba de conocer nue-

vos países, y los goces que esto me proporcionaria.

No habia hablado aun con D. Justo sobre el punto á donde se me conduciria, y el lugar en que debia permanecer, y tenia por tanto inmensa curiosidad por saberlo; mas por último me atreví á preguntarle, y cuatro dias ántes de emprender la marcha, promoví la conversacion y dije á D. Justo.

Segun todos mis cálculos, creo que pronto debemos partir ¿no es así?

Sí, hijo mio, me respondió, el dia primero del entrante partiremos.

Y ¿para donde?

Para el colegio.

Sí, le respondí con viveza; este es el objeto que me mueve á promover esta conversacion, y quiero me diga lo que pronto sabré prácticamente, es decir: ¿en que país se haya el colegio en que debo entrar, si hay en el muchos niños? si con estos me seria lícito formar amistad, si me seria permitido salir todos los dias, y por último; ¿qué es lo que voy á estudiar?

Y por cierto que me tenias asombrado con no haberme hecho sobre esto algunas indicaciones, me dijo D. Justo: cada momento me figuraba que venias á hacerme algunas preguntas, que por

cierto bien naturales son: pero comprendí al fin que todas las demas cosas te tenian absorto, y no te dejaban tiempo para ocuparte de más; pero puesto que ahora tienes á bien hacérmelas, voy á contestarlas una por una.

En primer lugar, el colegio adonde te conduciré se encuentra situado en una de las poblaciones mas pintorescas de Italia, á saber en Venecia, ciudad formada sobre las aguas del Adriático, y cruzada continuamente por sus canales que le sirven de calles, y por las mas poéticas y vistosas góndolas ¡Oh! vas á ver como te encanta este sitio!

En el colegio donde vas, debes seguir, segun las órdenes que tengo, la carrera de las leyes, serás pues abogado.

Tendrás muchos amigos, porque en el colegio lo que sobran son jóvenes de tu edad, con quien puedes intimarte, esto no se te prohíbe, pero en cambio, serás tan aplicado, que no podrás ménos que atraer sobre tí el cariño y la admiracion de tus maestros. Jamas, Genaro, manifestarás á nadie como has pasado tu infancia, y si alguno sobre esto te interrogare, respóndele que tus primeros años los pasaste en Milan al lado de un tío tuyo y si, por tus padres te preguntasen, dí, que crees que no existen ya.

Estas espresiones me hicieron daño ¡cómo! pregunté á D. Justo, con una violenta agitacion ¿sabeis vos que no existen ciertamente?

Nada sé Genaro; mas bien lo que creo es que viven; pero no es prudente decirlo así, hijo mio.

Y ¿cómo buscarlos entónces le repliqué yo?

Te he manifestado, añadió, que eso no es prudente por lo pronto, mas tarde lo podrás. Volvamos á tus preguntas: me dices ¿si saldrias todos los dias: supongo que nó, ecepto los de fiesta que los pasarás donde gustes, ó bien en el colegio, ó paseando en la ciudad, ó en casa de alguno de tus amigos, ó en casa de una prima mia, con quien te recomendaré, y donde espero te intimarás muy pronto. En cuanto á mi Genaro, solo me verás cada tres ó cuatro meses, unas cuantas horas y... nada mas.

En lo que ménos me habia fijado era, en la idea de que D. Justo, á quien tan tiernamente amaba, fuese capaz de separarse de mí, de manera que sus palabras, hirieron de un modo cruel mi pecho.

—¿Cómo es eso? le dije; ¡Tú, separarte de mí... ¿abandonar al pobre exposito?... Nó, no puede ser! ¡no puedo creerlo!... ¿No me has encargado que te vea como á mi padre? y ¿podré juzgar que mi padre es tan ingrato, que me abandone de-

jándome enteramente solo, en un mundo tan nuevo para mí?..... Ni siquiera lo pienso Justo.

Entonces noté que el pobre se conmovía, pero haciéndose un esfuerzo supremo:

—Genaro, me dijo, es preciso que te abandone hijo mio; pero esto no será mas que un abandono aparente, porque siempre te acompañaré y te tendré presente, cualquiera que sea el lugar en que te encuentres; mas seguirte, no me es posible: en el colegio no entran los viejos como yo, sino tan solo los jóvenes como tú.

Verás cuantos niños hay al parecer abandonados de sus padres y parientes, pero esto no es en realidad; la fuerza de la necesidad es tan solo lo que á esto los obliga.

—No, Justo, repliqué yo entonces; no quiero entrar al colegio: si me es forzoso separarme de tí que eres hoy todo mi consuelo, estudiaré mejor á tu lado, y te prometo aplicarme mucho, pero no me abandones tú tambien, ¡ya que soy tan desgraciado!.....

—Genaro, exclamó entonces D. Justo, ¡te lo ruego! no me hables de ese modo, porque me conmueves inmensamente; leo tus bellos sentimientos, pero no está en mi mano obsequiarlos; resignate con valor á todo, pues llegará el dia en que tus

sacrificios serán ámpliamente recompensados; valor, Genaro!

¿Que hacer en tal situacion? No podia yo resignarme con lo que D. Justo me decia: pero viendo que mis palabras le hacian daño, concluí haciéndome el mas supremo esfuerzo por resolverme á obedecer sin molestarlo ya; tomada esta resolucion, me quedé sumerjido en el mas profundo silencio.

D. Justo lo estaba igualmente ¡ah! su silencio era tan elocuente como el mio! ¡La meditacion embargaba completamente mi alma.....

Los cuatro dias pasaron para mí en la mas acerba inquietud, pues se acercaba el momento en que debía separarme de D. Justo; mi pena y abatimiento eran razonables, pues amaba y con mucha justicia á aquel hombre, que me había servido realmente de padre, y en él tenia yo concentrado todo mi cariño puesto que en el mundo no conocia yo á nadie mas que á él.....

Interiormente no podré negar que sentía un amor profundo hácia mis padres; pero como me habian abandonado, y como jamas habia yo gozado de sus caricias, con este afecto se mezclaban varios sentimientos de tristeza y aun algunas veces frialdad, como era natural, cosa que no me

inspiraba D. Justo. Este era un hombre que en cuanto habia estado en su mano se puede decir, habia hecho mucho por disminuir mis sufrimientos y hacer ménos penosas las horas de mi existencia; su conducta para conmigo podria presentarse como un modelo; en su mano estaba el haberme molestado de mil maneras, con solo haber sido ménos reservado conmigo hablando de los encantos de la tierra, ántes que yo hubiera podido gozar de ella, estó me habria causado muchos tormentos haciendo nacer en mí mil deseos que no hubiese podido satisfacer y que me habrian causado muchos sufrimientos, pero no fué así; D. Justo usó siempre de la mayor prudencia, me trató con el mayor cariño, y cuando pudo hacerme feliz, leí en su semblante el gozo inmenso de que estaba poseido. ¡Cuán natural era pues mi cariño!

Llegó por fin el momento de la partida; era la víspera, y como á las ocho de la noche D. Justo me dijo:

Genaro, como lo sabes ya, mañana al amanecer debemos partir, ¡preparate hijo mio á gozar de las dulces impresiones de un viaje!

Efectivamente observé que D. Justo se ocupaba en prepararlo todo para la marcha; yo tambien hice lo mismo. A las once nos acostamos.

El camino debia ser al principio en diligencia, porque en algunos puntos aun no estaba puesto el camino de fierro, como todavía sucede actualmente en Italia.

La hora en que debia salir la diligencia era las cuatro y media de la mañana, y nosotros debiamos estar en pié, una hora ántes, para tener tiempo de desayunarnos ántes de partir.

¡Aquella noche no pude dormir! . . . Poco ántes de la hora designada me llamó D. Justo. Preparate me dijo, y yo pronto lo hice así.

Al rato montamos en un carruaje, abandonando aquella casa que habia sido testigo de mis primeros momentos de placer, y que no podré olvidar jamás.

Llegamos á la casa de diligencias donde encontramos ya preparada ésta, entramos en ella y muy luego partimos.

La mañana estaba fria, D. Justo me habia regalado la víspera una capa muy gruesa, y tuve entónces un verdadero consuelo al cubrirmela.

A las cuatro y media en punto se habia dado la señal de partida, y la diligencia rodaba con ligereza.

La oscuridad sin embargo no nos permitia ver nada, y solo pude fijarme en los compañeros de viaje, los cuales se componian de tres jóvenes de

hermosa figura, una señora anciana y una niña pequeña aún: luego el sueño me venció y como aun de nada podía gozar, me quedé profundamente dormido.....

Cuando amaneció, D. Justo me despertó: ¡Vaya un dormilon! me dijo moviéndome suavemente, mira que bella se presenta la naturaleza; despierta, y comienza á gozar de los encantos de esta tierra; en la noche te sobrará tiempo para dormir.

Comprendí que D. Justo tenía razon en lo que me decia y me propuse complacerlo como lo efectué en efecto.

No puedo negar que las bellísimas perspectivas que se presentaron ante mí, alejaronme pronto el sueño, y me proporcionaron ratos deliciosos.

Aquellos dilatados campos que se perdian de vista confundiéndose con las nubes, el frescor de la yerba y el ambiente perfumado me hacian gozar mucho; no podré describir, uno por uno los goces y las impresiones que recibí en este viaje porque nunca concluiría; baste decir que en todo encontraba motivos de gusto: cuando la diligencia se paraba para mudar postas, bajaba en un brinco se puede decir, y recorría yo la estacion y lo que más cerca veía; compraba algunas golosinas con que entretenerme porque en

los viajes se abre muchísimo el apetito, comia pues á cada momento y gozaba todo el dia; tenía tambien un interes particular en informarme de los nombres de todas las pequeñas poblaciones que se encontraban en nuestro tránsito, y en las noches salia yo con el bueno de D. Justo, á recorrer el lugar donde parábamos y luego dormia perfectamente.

Tres dias duró nuestro viaje porque casi todo lo hicimos en diligencia y D. Justo tenía interes en que se alargase el camino para que yo disfrutase por más tiempo.

En algunos trechos tomábamos la maquina de vapor, y es inolvidable la impresion que recibí al comprender la velocidad inmensa con que caminabamos. ¡Oh! viajar en el camino de fierro es muy cómodo!

Nuestros compañeros de diligencia con los que poca amistad formamos, se separaron de nosotros al segundo dia, y en cambio entraron otros nuevos que sucesivamente fueron tambien renovándose; por fin llegamos á Venecia: este país situado en las márgenes del Adriántico, sale de los lagos formados en un terreno plano poco profundo; casi todas las casas se hallan construidas sobre pilares, las fachadas principales miran siempre hácia el canal.

Esta ciudad tan pintoresca tiene el aspecto to mas extraño del mundo; en ella no hay ni ruido, ni polvo, el pié de sus casas descansa en el mar; sus calles son los canales, sus carruajes las gondolas que continuamente surcan por sus apasibles aguas. ¡Ah! cómo no habia de llamar en extremo mi atención un país tan extraño! verdaderamente me encontraba encantado de él.

Por lo pronto nos fuimos á hospedar á un hotel; hijo mio me dijo D. Justo al poco rato de haber entrado en la ciudad; permaneceremos en este hotel ocho dias, con eso tienes tiempo para recorrer la ciudad en que vas á habitar; durante este tiempo pasaremos por todas partes, mientras doy los pasos necesarios para tu entrada al colegio; el dia 12 del presente entrarás al establecimiento y dentro de tres meses vendré á verte; ¡portate muy bien Genaro, con eso complaceras mis mayores deseos!

Justo ¡por Dios! le dije, no me recuerdes ese dia, porque el viene siempre á amargar mi vida y á turbar mis placeres!.....

—Bien, Genaro, me contestó, no te recordaré ya más los pocos instantes en que debamos vernos, pues á mí tambien me lastima esa imágen.

Ven, añadió, comensemos á aprovechar el tiempo: vamos á conocer algo.

Envió D. Justo por una góndola y pronto colocados muy bien en ella, comenzamos á surcar las apasibles aguas de los canales, é hicimos un paseo general por las principales calles de la ciudad.

Examinaba yo atentamente todos los palacios y edificios notables, los cuales con tanta magestad se levantan del fondo mismo de las aguas. Los otros dias los empleamos en visitar poco á poco los templos y los edificios públicos, los teatros, paseos y sitios de recreo, etc.

Así pasaba el tiempo velozmente y se acercaba el dia en que debía entrar al colegio.

Desde el tercer dia me habia llevado D. Justo á visitar á unas primas suyas, que eran tan buenas como él.

Esta familia se componia de ocho personas, dos hermanas ya grandes, y un hermano casado con una simpática señora, y cuyo matrimonio tenia ya cuatro hijos, dos hombres y dos mujeres; las dos últimas eran las mayores y se llamaban Julia y Sofía, Julia tenia 15 años, y 13 Sofía, ambas eran unas criaturas bellísimas; cierto es que en Italia es muy comun encontrar tipos muy hermosos, pues éstas eran dos angeles!

Desde que D. Justo me presentó, fuí recibido

con las muestras de la mas franca y cordial amistad.

Todos los siguientes dias me llevaba á esa casa, para que desde ántes de mi ingreso al colegio me intimase con la familia.

Las dos niñas vivían en su casa, mas los dos hombres estaban en el establecimiento en que iba yo á entrar: Arturo y Alfredo, he aquí los nombres de los dos sobrinos de D. Justo, el primero tenia once años, y el otro nueve; yo estaba en medio de ellos.

Llegó por fin el dia 12, y muy temprano me dirigí con D. Justo al colegio, éste se hallaba situado en uno de los puntos mas centrales y bellos de Venecia y era un grandioso establecimiento.

Penetramos en él, y nos dirigimos hácia el lugar en que se hallaba el Director. Era éste un hombre anciano y respetable; de semblante severo, pero en ese rostro notábase tambien una gran bondad, y á mí me simpatizó desde luego.

Cuando penetramos se levantó de su asiento, y viniendo hácia nosotros nos tendió amistosamente la mano, y luego dirigiéndose á D. Justo le dijo:

—¿Es éste el niño que me habia vd., ofrecido traer hoy?

—Si señor contestó mi protector.

Entónces el anciano me tomó de la mano y me preguntó viéndome con fijeza: ¿Cuál es vuestro nombre?

—Me llamo Genaro, Señor.

—¿Cuántos años teneis?

—Tengo diez cumplidos.

—Sabeis ya leer, escribir, contar?

—No del todo señor.

—Estáis atrasado! ¿qué no os gusta el estudio?

Yo que me habia puesto colorado desde su primera pregunta, me corté extraordinariamente al escuchar esta última, y tartamudeando le contesté que sí era afecto á aprender todo.

—Pues entónces vamos á tener un buen colegial; me dijo sonriendo el anciano ¿no es cierto?

—Sí señor, asi lo deseo, le contesté.

—¡Oh! pues con esto me proporcionareis un positivo placer! añadió. Dirigiéndose despues á D. Justo, conversó con él un largo rato; en seguida quiso presentarme á todos los muchachos, para evitar sin duda que me recibiesen con burlas y risas. Me tomó de la mano y me llevó á las clases, manifestando con expresiones finas á todos los niños, que ya tenian un nuevo compañero; estos me saludaron con la cabeza, y volvieron á sentarse.

D. Justo llamó entonces á Arturo y Alfredo y me recomendó mucho con ellos, pidiéndoles me considerasen como su mejor amigo, etc.

Luego me rogó pasease yo un rato con ellos por los corredores, porque él tenia que hablar solo con el Director. Le obedecí, pero rogándole que viniera pronto á dedicarme sus últimos instantes permaneciendo á mi lado, y así me lo prometió.

Pasada una hora y viendo que no volvia, les propuce á mis amigos que fuésemos á buscarle.

Cuando entramos en el cuarto del Director no se hallaba con él.

—¿Dónde está D. Justo señor? me atrví á preguntarle.

El Director no me contestó, pero tendiéndome la mano, puso entre las mías un papel que decia así:

“Genaro, hijo mio:

Me voy sin despedirme de tí, porque me es imposible hacerlo. ¡Ahora conozco que te amo demasiado!

¡Dios te bendiga! ¡consuélate! pronto, según confío, volverás á verme

Tu pobre viejo.

Justo.”

La lectura de estas líneas trazadas por la mano benéfica de mi protector, me conmovió en extremo; sentí que las lágrimas se agolparon á mis ojos, y efectivamente las derramaba con profusion!

El buen anciano Director trataba en vano de consolarme: los consuelos no llegan al corazón cuando es muy fuerte el sufrimiento! ¡el mio lo era demasiado!

Arturo y Alfredo comenzaron desde entonces á ejercer sus oficios de amistad, tratando de enjugar mis lágrimas y de calmar mi dolor; pero tan poco lo lograban, y yo no sé lo que habria sido de mí, si en esos momentos no me hubiese mandado el anciano Director que entrara á la clase.

Verdad es que yo pedí permiso para no entrar en todo ese dia, mas el Director poniéndose serio me dijo:

—Aquí no se pierde el tiempo, Genaro, entra pronto al estudio.

Esto me hizo un bien inmenso, así lo he conocido despues; porque estando en la clase logré distraerme algo de la terrible impresion que la partida de D. Justo habia dejado en mí.

Tuve que enjugar mis lágrimas, y como mis amigos me advirtieron que era preciso que yo

pusiese un inmenso cuidado en todo, para poder luego estudiar, tuve que hacer grandes esfuerzos por lograrlo, y esto me fué muy benéfico.

Sin embargo, en los ratos en que faltaban á mi imaginacion motivos de distraccion, la imagen de D. Justo se presentaba á mi mente, y mil veces las lágrimas vinieron á marcar el justo pesar que me agobiaba.

Mis sufrimientos no tenían nada de extraño, muy naturales eran, así la comprendian todos ...

Llegó la hora del almuerzo; la campana anunció que era preciso ir pronto al comedor, y mis dos amiguitos así me lo dijeron.

No tenía yo apetito ninguno, pero era preciso no comenzar desde luego con faltas imprudentes, y fuí á la mesa. Noté entre los otros muchachos algunas burlas y conversaciones de doble sentido. Una que otra vez observaba que Arturo les contestaba furioso, poniéndose encendido de cólera.

Yo que á nada de esto me encontraba acostumbrado, sentia impresiones muy fuertes, y me hablaba como fuera de mi centro, al lado de aquella multitud tan extraña para mí.

Mientras comiamos conté cuántos muchachos eran; me pareció que no pasaban de cien, pero

entre ellos había algunos más grandes, y otros aún más pequeños que yo.

Cuando concluyó la comida se siguió el recreo, durante el cual cada uno era libre para ocuparse en lo que más le agradare.

Despues volvimos á entrar á las clases, y entonces tuve el sentimiento de verme algunas veces solo sin mis amigos, pues Arturo y Alfredo concurrían, como más adelantados, á otras clases, y esto me causaba mucha tristeza, al propio tiempo que producía en mí el ahinco de dedicarme con empeño al estudio para poder tener pronto el gusto de acompañarlos á las mismas clases.

Los estudios duraban hasta las seis de la tarde; á esa hora teníamos nuevo recreo hasta las siete; yo aprovechaba ese tiempo para estar con Arturo y Alfredo, y como algunas veces estaban acompañados de otros alumnos, me presentaban con ellos.

Despues de los cumplimientos de costumbre, tomamos todos asiento, y comenzaron á hacer las siguientes preguntas que me mortificaron bastante.

—¿Qué viene vd. á seguir aquí una carrera completa?

—Sí, contestó.

—¿Cuál?

—La de las leyes.

—¿Es decir que vd. piensa ser abogado?

—Justo.

—Como yo, dijo Arturo.

—Como yo tambien, dijo el que me hablaba.

—¿Y vd., pregunté yo entonces á Alfredo, qué carrera seguirá?

—Seré médico, me contestó mi amigo con resolución.

—¡Oh! es una buena carrera esa, exclamé yo.

—Sí, á mí me gusta sobre todas, añadió Alfredo.

Hubo un momento de silencio, y en seguida Arturo tomando la palabra me preguntó:

—¿Por qué no vino á dejar á vd. su papá al colegio? Es tan natural que sean los mismos padres los que vengán á dejar aquí á sus hijos; mi papá así lo hizo.

—Y el mio lo mismo, añadió otro.

—Y el mio, replicó un tercero.

—Quizás su papá esté enfermo, dijo entonces Alfredo, y en ese caso, ¿qué mejor disculpa?

—Por eso lo recomendó sin duda á nuestro tío.

—¿Esta enfermo el señor padre de vd? me preguntó Arturo.

Yo estaba encendido, lleno de pena, ¡mis an-

gustias comensaban demasiado pronto!..... Pero haciéndome un esfuerzo supremo, contesté:

—No; ¡mi padre quizás ya no existe! ¡No le he conocido! ¡No he tenido esa dicha!

Las lágrimas embargaron mi voz, y cubriéndome el rostro con ambas manos, comencé á llorar..... ¡Tiempo hacia que necesitaba yo este desahogo.....

Muchísimo se affigieron mis amigos al ver mi llanto, y aún algunos muchachos se acercaron á mí entonces, viéndome fijamente.

Alfredo que sin duda tenia un corazon muy tierno, me estrechó contra su pecho, colocó mi cabeza sobre su corazon, y comenzó á consolarme:

—No llore vd., amigo mio. me decia con un acento cariñoso, ha sido una imprudencia provocar un recuerdo tan vivo, pero cálmese vd., no lo volveremos á hacer más.

Me costó algun trabajo secar mis lágrimas, mas lo logré al fin. Ya la conversacion entró entonces en otro terreno, de manera que por aquella vez no pasó adelante.

Quando hubieron dado las siete, tocaron á la colacion, ésta duró media hora; de las siete y media á las ocho, nos fuimos todos al Oratorio, donde rezó el rosario. De las ocho á las nueve, tiempo libre; el que queria, se acostaba, el que no

conversaba, estudiaba, leía, ó se ocupaba en juegos de salon.

A mí me invitaron mis amigos á jugar, pero yo no sabia ningun juego, y así se los manifesté con franqueza. Entónces ellos me prometieron enseñarme, y en efecto, esa misma noche aprendí uno ó dos.

A las nueve en punto nos trasladamos todos á los dormitorios, guardando el mayor silencio. Poco despues todos dormian profundamente, excepto yo que permanecí en vela hasta las doce de la noche, porque mi cabeza era un volcan, y mil distintas ideas se sucedian en ella.

La imágen de D. Justo, sobre todo, y el infortunio de no tener padres, me tuvieron lleno de angustia y de tristeza. Al fin logré dormirme; tenia necesidad de ese descanso. ¡Oh! demasiado fuertes habian sido las impresiones que habia recibido durante el dia! ¡Mucho habia yo trabajado con el pensamiento!

Me consideraba como el mas desventurado de los hombres, puesto que no tenia un nombre!..... un padre!..... una madre!.....

Al llegar aquí cerramos la cartera, y reflexionamos sobre lo que habiamos leído.

Al siguiente dia muy de mañana abandonamos

el lecho: teniamos que visitar tantas cosas, que temiamos nos faltase el tiempo para recorrerlo todo.

A las nueve de la mañana estábamos ya listas, y subíamos en los carruajes que nos debian conducir. Despues de algun tiempo de camino, nos detuvimos ante un punto del hermoso rio, ó bien sea el Támesis; bajamos de los carruajes y penetramos en una amplia y hermosa rotonda, donde nos detuvimos un buen rato.

Se nos preparaba allí una gran sorpresa, íbamos á visitar una de las cosas mas notables de Lóndres; quizás en aquel tiempo la única en su género.

Nos hallábamos á la entrada del túnel, practicado bajo de las aguas del rio; esta obra sumamente notable, fué comenzada en 1825; se suspendieron los trabajos á causa de una inundacion, y continuados despues, fué concluida el 25 de Marzo de 1843. Su costo montó á 614,000 libras. Comunica este túnel que se halla en el fondo de las aguas, los barrios de Wapping situado al Norte, y el de Rotherhithe al Sur. Se baja á él por unas escaleras circulares, formadas en unas torres cilíndricas; en una de éstas nos hallábamos, cuando conducidas por un guía comenzamos á bajar la escalera que debia llevarnos al túnel.

Después de descender como cien escalones, nos detuvimos un instante al pié de ella, y nuestra vista se perdió en dos largas y espaciosas galerías abovedadas, que se extendían en línea recta, causándonos positiva admiración.

Llenas de contento penetramos en ellas y comenzamos á recorrerlas; nos hallábamnos bajo del agua, y los buques y vapores navegaban sobre nosotros. ¡Hasta dónde ha llegado el ingenio del hombre! ¡Cuánto vuelo ha tomado la audacia humana!.....

Poseídas de estas reflexiones, íbamos avanzando por aquel recinto de 1,200 piés de largo, sobre 35 de ancho, y 22 de alto.

Tenia un aspecto sombrío é imponente, á pesar de la luz que se disfruta en él, sus muros son de piedra, sus bóvedas de ladrillo; el espesor de tierra que media entre ésta y el techo de las aguas del Támesis, es de 15 piés: pero se nota tal solidez y seguridad en la construcción, que al verla no pudimos menos de conocer que fué una obra verdaderamente genial y de gran mérito, la del célebre é inmortal Brunel.

Ambas galerías se hallan comunicadas por una arcada imponente, y se ven divididas de una y otra parte; en sus muros se ostentan grabados y hermosos paisajes; en las pilastras que sostienen

los arcos, hállanse unas mesitas con varias mercancías; en una de ellas nos acercamos y compramos la vista interior y exterior de lo que en aquel instante visitamos.

Tan solo á pié puede entrarse en el túnel; está iluminado con gas, y hay en él siempre un número inmenso de extrañeros, porque es imposible estar en Londres sin visitar el túnel del Támesis, como una de las cosas mas notables que encierra esta ciudad.

Como una hora seria lo que permanecemos en el fondo del río recorriendo las espaciosas galerías; respírase allí un aire húmedo y frío, y el corazón se oprime ante la soledad y el silencio que reina en aquel sitio; así es que cuando subiendo las escaleras nos encontramos de nuevo al aire libre, y gozando de la claridad del día, se ensanchó nuestro espíritu, y huyeron de nosotras las ideas lúgubres y sombrías que poco ántes nos ocupaban.

Sin embargo, nuestra visita al túnel de Londres, nos habia sorprendido y agradado en extremo; así es que estábamos realmente contentas y satisfechas cuando tomamos de nuevo los carruajes para continuar nuestros paseos y correrías.

Serian las diez y media de la mañana, cuando nos separamos del Támesis para ir al Palacio de

crystal, que es tambien una de las cosas que con mas justicia llaman la atencion en Lóndres.

Este palacio se encuentra situado sobre una colina, detras de Sydenham, y tiene con muy justa razon el nombre de *octavo prodigio del mundo*.

El carruaje nos dejó en la estacion, donde tomamos el ferrocarril en el que se tiene uno que trasladar.

El camino nos hizo gozar de hermosos panoramas; pero sobre todo cuando el tren se detuvo ante el palacio, fué inmenso nuestro asombro.

Este hermosísimo edificio, cuya fachada tiene 3,000 piés de largo, y que domina el gracioso país, es el palacio de cristal de Uydepak, hoy resucitado y engrandecido considerablemente.

Está situado en medio de deliciosos paseos creados como por encanto por Paxton. En el interior hay tambien un magnífico jardin, en el cual los hombres, plantas y animales de todas las zonas, se hallan representados.

Notamos desde luego en el lado izquierdo una hermosísima fuente de cristal, rodeada de grupos célebres de mármol.

El conjunto es una de las obras mas maravillosas y grandiosas que se han ejecutado; ella tiene por objeto dar una idea de la creacion del hombre, con sus usos y costumbres, habitaciones, ciu-

dades, etc., y esto, como se comprenderá, es bellísimo: Ménphis, Pompeya, los prodigios de Egipto, los monumentos antiguos y modernos de Italia, los animales y plantas antediluvianas, etc., en fin, la historia completa de la cultura en toda la fidelidad de la tradicion, se encuentra allí encerradas en un palacio de fierro y de cristal.

Todos los dias hay en este edificio, conciertos ejecutados por una magnífica orquesta alemana, pero como el lector tendrá deseos de penetrar con nosotros en el interior de él para examinarlo más detenidamente, tendremos un gusto especial en que nos acompañe; entremos pues.

Apénas hemos penetrado en él, cuando se presentan á la vista un número inmenso de salas que es preciso recorrer para conocer todo el edificio.

La sala de los reyes Asirios, que hoy se encuentra convertida en salon de audiencias, tiene 100 piés de largo y 48 de ancho, presenta un aspecto régio y se conserva tal cual existia hace 3,500 años. Síguese á ella un templo lleno de estátuas, de 70 piés de altura, con colgaduras y muchas antigüedades egipcias.

Luego penetramos en la magnífica sala Griega, cuya nave lateral se haya ocupado por las más célebres esculturas del Parthenon.

Pasamos en seguida á la sala Romana, donde tuvimos tambien motivo de admirar muy buenas esculturas, como la estatua ecuestre de Marco Aurelio, bustos perfectos, bajos relieves, el arco triunfal de Tito, modelos del coliseo y del foro etc. tiene 15 piés de largo sobre 12 de ancho. Recorrimos el salon, cuya fachada de piedra admirablemente sencelada, sorprende por la riqueza y delicadeza del trabajo, y lo esquisito y elegante de la arquitectura, el cual presenta un golpe de vista admirable; el vestíbulo se halla adornado con fuentes, mosaicos, leones, etc.

En la sala Bisantina, nos llamaron la atencion las columnas y los bajos relieves.

En la de la Edad Media, los ornamentos y vasos sagrados.

Contemplamos tambien unas magníficas copias arquitectónicas, de todos los monumentos góticos célebres en Inglaterra, Francia, Florencia, Paris, etc., los puertos de Florencia por Ghiberti; la Ninfa de Fontaineblau por Benvenuto Cellini y otras pinturas de notable mérito. Las salas 16 y 17 ofrecen una buena arquitectura gótica, y encierran objetos curiosos.

La del Renacimiento contiene algunas obras de Miguel Angel, de Canoba Tenerani, Gibson y Pietá: llama particularmente la atencion la

capilla de Médicis, y el adelanto de las artes modernas; admiranse tambien en esta sala 500 bustos del tamaño natural de personajes célebres de todos los países y naciones.

Despues de ver todas estas maravillas, fuimos al Bazar, donde examinamos minuciosamente todas las producciones imaginables de la industria inglesa.

Penetramos tambien en la casa Romana, que es una reproduccion admirable, de la de un patricio, que se halla aun en Pompeya perfectamente conservada, con notables incrustaciones y aun cuerpos humanos incrustados en sus muros, tal cual se encontraron al salir esta ciudad de sus cenizas.

Visitamos al Bazar Universal donde se ve una exposicion general de toda clase de productos; sobre las galerias están colocados multitud de objetos, vasos, porcelanas, instrumentos etc.

No dejamos de detenernos un poco en la sala de la Industria, que para los amigos de ésta, tiene un grande interés, porque en ella se encuentra reunido lo bastante para conocer el adelanto de las artes y de la industria en Inglaterra, Francia, China, las Indias, etc..

Las salas inglesas son magníficas.
En el museo etnológico del palacio, contem-

plamos una infinidad de costumbres de todas las naciones, entre otras las de 30 pueblos de la India Oriental, y 52 de Africa.

Llamó nuestra atencion el museo de Historia natural, en que se ven animales, plantas y flores de toda especie.

Las grandes aguas, que se componen de mas de 1,100 juegos y grupos, no estaban concluidas aun cuando visitamos este palacio pero deben ser admirables.

Salimos luego al exterior, visitamos la Isla geológica que se encuentra á la derecha del parque y en la cual se ven animales antediluvianos de tamaño natural.

En el piso bajo del palacio, se encuentran máquinas y monumentos curiosos; á la derecha una perpetua exposicion agrícola muy grandiosa.

¡Que magnífico es este palacio! Verdadero fué el sentimiento con que nos vimos precisadas á dejarlo: se figura uno al estar en el, hallarse en uno de aquellos palacios de hadas de que tanto se nos habla en las mil y una noches, y que tanto impresionan la imaginacion cuando se leen.

Figúrese el lector cual no seria el golpe de vista que presenta este edificio, contemplándolo á lo léjos en una hermosa mañana cuando los rayos del Sol vengán á herir el cristal y el fierro! ¡Oh!

esto es á la verdad sorprendente! Un edificio de cristal y fierro, paredes de cristal, techo de cristal, esto es á la verdad una cosa tan notable, que la sorpresa que causa, podrá tal vez figurarse, pero espresarse nunca.

Todo lo que encierra el palacio es asombroso, y puede sin la menor duda conceptuarse como la octava maravilla del mundo.

Solo la Inglaterra puede gloriarse de tener un monumento de esta naturaleza.

Cuanto sentimos salir de allí y poner término á nuestra visita, inmenso fué el pesar que experimentamos.

Además de haber tenido gratas impresiones en nuestra visita al palacio de cristal, las horas se nos pasaron tambien con mucha utilidad, puesto que cosas así sirven igualmente de instruccion; por examinar allí reunidas las cosas mas notables tanto antiguas como modernas; arquitectura, costumbres y producciones de casi todo el globo. Allí pudimos transportarnos del Egipto á Pompeya, á Roma, á la India, al Asia á la Africa etc.; de los primeros siglos á la época del Renacimiento y á los tiempos modernos; en fin, allí recopilados en un solo sitio, se contemplan multitud de cosas, teniendo con esto ocasion de admirar lo mas bello de otras regiones, sin necesidad

de emprender un largo viaje, y sintiéndonos por este medio trasportadas á diversos países aun remotos, siendo indecible el placer que se experimenta en estas transiciones tan rápidas como agradables.

Muy satisfechas salimos de *Cristal Palace*, nunca podremos olvidar las gratas impresiones que en el recibimos, pues su recuerdo siempre quedará vivo en nuestra mente.

Cuando nos alejamos del suntuoso edificio, era ya muy entrada la tarde: en el restaurant de la estación tomamos alguna cosa, porque como habíamos tardado tanto en recorrer el palacio, nos sentíamos débiles y fatigadas.

Confortadas con el alimento, ocupamos nuestros asientos en un cómodo wagon, y poco después caminábamos ya de regreso para Londres, gozando de la dulce brisa de la tarde, y deleitándonos en los bellos panoramas que presentaba el camino.

Los campos de Inglaterra cuidadosamente cultivados, recrean siempre la vista; así es que fué para nosotras este camino, un verdadero rato de placer y de paseo.

Cuando llegamos á Londres la tarde declinaba ya; en la estación tomamos dos carruajes y nos dirijimos al hotel; estábamos muy fatigadas aquel

dia, pues como se vé habia sido muy agitado para nosotras, y por lo mismo apetecíamos realmente el descanso, sin embargo, como la vida del viajero es siempre activa, y de continuo movimiento sin tregua ni descanso, no bien habíamos llegado al hotel, cuando tomando papá las guías en la mano, vió que aquella noche se visitaba el célebre museo de madame Tousó, y que no nos quedaba mas tiempo para conocerlo.

Tuvimos un instante de discusion y de duda, porque tan solo apetecíamos el descanso, pero pudo mas siempre en nosotras el deseo de conocer algo nuevo y notable, y así se resolvió que á las ocho de la noche nos trasladaríamos al museo de madame Tousó, para recorrer sus numerosos salones.

El deseo de verlo todo es insaciable en el que viaja, no perdíamos un solo instante, y cuando permanecíamos pocos dias en las grandes capitales, empleábamos el dia y la noche en recorrerlas, y ver y examinar lo más notable.

Eran entónces las siete de la noche, apenas tuvimos tiempo para reposar un breve rato; una hora después subíamos en los carruajes y como á media hora de camino, estos se detuvieron ante la puerta del museo de madame Tousó.

Tomamos los boletos y entramos en él, su-

biendo por una amplia escalera profusamente iluminada, y adornada con lujo y buen gusto: pronto nos encontramos á la entrada de aquella serie de salones suntuosos y elegantes.

Una cortina los ocultaba á nuestra vista; entregamos el boleto, y levantando un lacayo la cortina nos franqueó la entrada.

El golpe de vista fué para nosotras magnífico.

El primer salon en que penetramos se hallaba profusamente iluminado; era un salon de baile lleno de una claridad asombrosa.

Al llegar al centro no hallábamos materialmente donde fijar la vista; veíamos á nuestro alrededor multitud de personas, unas sonriendo y estaban solas, otras con fisonomías serias formando grupos; guardaban actitudes diversas segun el cuidado y estudio con que estaban colocadas.

Es todo tan admirable, que á primer golpe de vista no puede uno distinguir entre las figuras de cera y los seres vivientes.

Se aflige uno.... se confunde.... y no acierta á definir aquello.

Sabíamos por supuesto de antemano, que el museo se componia de figuras de cera; pero como tambien se hallaban allí como nosotras personas

que habian ido á visitarlo, esto era lo que nos confundia!.....

Poco á poco nos fuimos orientando, y como papá habia comprado al entrar un pequeño catálogo, y observamos que cada una de las figuras debia tener su número, el cual visto nos daba á conocer el personaje que representaba, nos tranquilizó esto, y nos fué todo mas fácil; pues no teniamos mas que el trabajo de buscar el número, que no era grande por cierto, y visto en el catálogo, descubríamos fácilmente el personaje que representaba.

Entre estos habia algunos muy notables, tanto antiguos como contemporáneos, de los cuales estas figuras eran el fiel retrato.

Se hallaban todos con sus trajes particulares y propios de la época, nacion y categoría á que pertenecian; unos estaban sentados; parados algunos; otros leyendo ó al parecer conversando; era todo tan perfecto que la admiracion por momentos crecia y subia de punto.

Despues de haber permanecido un gran espacio de tiempo en este salon, contemplando cada una de las figuras en particular, entramos á otro grande como el primero, perfectamente amueblado é iluminado á *giorno*; en el fondo de él descubrimos algo que nos llamó en extremo lá

atencion, nos acercamos y tuvimos un verdadero placer al contemplar allí el cuadro mas interesante é histórico.

Era la familia real de Inglaterra en la época en que vivia el rey Leopoldo; sus hijos eran entonces, aun muy pequeños; unos estaban en pie y otros sentados sobre la alfombra jugando con un perrito; la reina Victoria descansando sobre un elegante sillón, contemplaba á sus niños con una mirada de amor inmenso, y el rey se hallaba parado cerca de su esposa, mirando igualmente con ternura á sus tiernos niños. ¡Qué bien representada estaba allí esa familia! muy natural es que así fuera, y que se hubiera esmerado mas en esto por pertenecer á la historia de aquel país, en el que hace tantos años se encuentra esta exposicion.

Pero no solamente la familia real de Inglaterra se halla allí reunida; detras de ella, formando animados grupos de conversacion estaba el resto de la familia, es decir, las hermanas del rey y de la reina, y detras de estas los escuderos y soldados nobles.

El príncipe de Gales estaba tambien representado en la edad que entonces tenia.

A la reina la acompañaba parte de su corte, de damas, chambelanes, etc., veíanse igualmente

hácia un lado los ministros y grandes dignatarios de la corte, y del otro los hombres mas notables de Inglaterra: representan estar en una tertulia íntima de palacio, en la que reina la confianza y alegría, bien vestidos aunque con sencillez.

Este salon casi está exclusivamente destinado á personas notables, porque si se separa la vista del grupo principal, se encuentran á los lados los reyes, emperatrices, príncipes, princesas y grandes títulos de otras cortes, y personajes célebres no solo de Inglaterra, sino de muchas otras naciones.

Entrando al centro, contemplamos por largo rato la obra maestra de madame Tousó, que es una bellísima jóven acostada en una cama, pálida, sus ojos cerrados, su largo cabello negro flotando sobre las almoadas, ¡duermel sí; duerme profundamente.....! pero allí lo admirable es, ver el movimiento acompasado de la respiracion, que levanta el pecho ¡oh, es verdaderamente asombroso este cuadro, y con razon se muestra como una obra maestra, pues su perfeccion es incuestionable, y no puede uno menos de creer, al ver aquello, que contempla la realidad!.....

Sin embargo, aquella jóven tan simpática y bella, no es mas que una estatua de cera!.....

Esa perfeccion es mas notable aun, por hallarse cubierta con una camisa muy delgada que deja ver sus brazos y sus piés desnudos, de modo que se puede juzgar perfectamente del arte en las formas, ¡qué bellos brazos! ¡qué pies tan delicados! ¡qué rostro tan simpático! ¡qué obra en fin tan portentosa! todas las partes anatómicas se presentan allí en toda su belleza, y mientras mas se contempla esa escultura de cera, mas se encuentra que admirar, y mas de que sorprenderse. Cerca de ella, en un sillón sentada, contemplándola, se vé representada á madame Tousó, y por cierto que esta es tambien una figura notable.

Por nuestro gusto no nos habriamos desprendido por mucho tiempo de aquel lugar; pero se hacia tarde, y era preciso acabar de verlo todo para regresar al hotel: antes de separarnos de aquel recinto, rodeamos de nuevo la cama de la jovencita; sentimos el movimiento acompasado de los latidos del corazon; nos acercamos mas aun, vimos que su pecho se levantaba y bajaba pausadamente por este movimiento, le quitamos un lienso de linon blanco que velaba su rostro, y nos pareció mas bella aun: dirigiéndonos luego á madame Tousó que se hallaba como hemos dicho, contéplando su obra maestra le dijimos:

¡Hónrate verdaderamente, porque tus obras han llamado la atencion del mando enterol!

Por último, penetramos en un salón tan bien iluminado como los primeros, y allí vimos de nuevo á Madame Tousó con todos sus hijos y su familia.

Tambien habia otros personajes de menor importancia; pero lo que especialmente llamaba la atencion en esta sala, era que las figuras eran de movimiento, y sus miradas penetrantes en muchas se dirigian con tal fijeza á los que las contemplaban, que imponian: unos movian los labios: estos hacian ademanes: aquellos tomaban con las manos varios objetos que volvian á dejar luego: aquello era, en fin, un cuadro vivo, y en él se palpaba que no podia llegar á un punto mayor la perfeccion.

Nos hallábamos verdaderamente extasiadas; delante de cada grupo nos deteniamos, buscábamos el número, y luego en nuestra guía víamos lo que representaba.

Después de examinar bien un grupo, pasábamos á hacer lo mismo con otro, y así sucesivamente sin fastidiarnos jamás en nuestro examen.

Con este motivo vamos á referir á nuestros lectores un chasco que nos pasó, que parecerá una invencion, y que fué sin embargo real y positivo.

Después de ver lo más notable, faltábanos aún que observar lo que se hallaba en el centro, que eran dos ó tres grupos y algunos personajes sueltos: llegamos ante uno de estos que se encontraba sentado, y tenía una sonrisa tan perfecta, que desde luego nos admiró. Su aspecto era el de un inglés, vestía como un particular, y sostenía con sus dos manos un libro en el que leía.

Nosotras lo vimos atentamente, y nos pareció tan natural aquella sonrisa, que llamamos á nuestra familia, y señalándoles al personaje les dijimos: ¡Miren vdes. si se puede imitar mejor que esto la risa!.....

Todos entónces, como nosotras, comenzaron á verlo y examinarlo minuciosamente, cuando pudimos notar que aquel personaje, que hasta entonces no había hecho ni un solo movimiento, comenzó á menearse, y por grados fué también poniéndose colorado.

Esto, como se comprenderá fácilmente, nos llamó mucho la atención; no pudiendo más, tomamos nuestra pequeña guía, y comenzamos á agacharnos para buscar en aquel personaje el número que tenía.

Entonces fué cuando nuestro real personaje no pudo más; púsose encendido de vergüenza, cerró

su libro, y sin vernos siquiera se levantó de su asiento y se retiró de aquel lugar.

Nosotras nos llenamos de pena, porque esto nos daba á conocer el error que habíamos sufrido, y el mal rato que habíamos dado al pobre inglés confundiéndolo con una de las figuras de cera que allí existían. Nuestras palabras no las comprendió él sin duda, porque habíamos estado hablando en español mientras lo examinábamos y hacíamos nuestras ponderaciones sobre la perfección de la risa, pero como después le buscamos el número, esto debe haberlo comprendido perfectamente. Sin embargo, poco á poco nuestra pena se fué calmando, y convirtiéndose por el contrario en risa, pensando en la extraña impresión que produciría al pobre inglés lo que hacíamos, y el equívoco en que habíamos incurrido, causándole risa y mortificación al mismo tiempo, al verse rodeado por tantas personas que lo tomaban por una estatua, y esto lo indicaba el color de su rostro, que como hemos dicho por grados se fué encendiendo, hasta que no pudiendo más, tomó el partido de pararse é irse.

Estas reflexiones produjeron después en nosotros hilaridad y buen humor, y tuvimos que hacer grandes esfuerzos por contenernos.

La diversión nos duró por varios días, y este

recuerdo se mantiene tan vivo, que no puede menos de exitarnos la misma hilaridad siempre que lo recordamos. Eramos tan niñas en esa época, que la impresion que recibimos fué muy viva, y se grabó profundamente en nuestro corazón.

Concluida la visita de ese salón, nos trasladamos á una pequeña alcoba inmediata, que representaba completa la pieza en que murió Napoleón en la isla de Santa Elena.

Esta pieza hallábase á media luz, y formaba por lo mismo un verdadero contraste con la luz inmensa de los salones que habíamos recorrido, lo cual le daba un aspecto imponente.

Napoleón se hallaba acostado en un pequeño catre, en los momentos en que acababa de espirar.....

Aquella escena infundía en el alma movimientos muy marcados de tristeza.

¡Oh! el corazón sensible se impresiona aun por las cosas que le son mas extrañas, y cuántas veces los acontecimientos históricos mas remotos arrancan á nuestros ojos lágrimas y al corazón suspiros!

Contemplar allí tendido en un pequeño lecho á uno de los hombres mas grandes que han aparecido en el mundo, léjos de su patria, caído de

un trono, encadenada su voluntad, y reducido á los límites de una isla que le servia de cárcel él que habia dispuesto de los destinos de la Europa como árbitro y soberano.....

¡Qué espectáculo tan terrible! apenas puede esto creerse!

La Inglaterra lo trató como el verdugo trata á su víctima, y este es un baldon para la Gran Bretaña.

Dejamos esa pieza que encerraba tan tristes recuerdos, y penetramos en otra, que no era menos lúgubre: habia en ella algunas armaduras de fierro, y las cabezas ensangrentadas de los mas famosos malhechores que habian sido ahorcados ó guillotizados en Inglaterra.

Aquellos rostros pálidos, con los ojos hundidos, y de un aspecto tan imponente, no pudo menos de producirnos cierto secreto horror, y algun temor como niñas que aun éramos; no queriendo por lo mismo permanecer mucho en esa estancia, manifestamos á nuestros queridos padres el deseo de pasar pronto á otra, y en efecto algunos momentos despues pasábamos, bajando por una escalera estrecha, y nos encontramos en el interior de una hermita, iluminada tan solo por la ténue luz de una lámpara.

Todo allí respiraba el recojimiento, y el alma

se sentía impresionada a la vista de aquel recinto tan severo é imponente: en un ángulo de la pieza se hallaba una pobre mesa de rústico leño, sobre la cual se veía una calavera, recuerdo palpitante de la muerte, y triste vestigio de la humanidad doliente! imagen patética del que pasó para no volver jamás!.....

Al lado de la mesa, y sumergido en una oración profunda, hallábase un hermitaño de avanzada edad, de semblante apacible y sereno, en el que se pintaba la tranquilidad de la virtud; esto contrastaba notablemente con la expresión que se pintaba en los rostros demacrados de los decapitados que acabábamos de contemplar.

Sobre la mesa del hermitaño corría y retosaba un raton, pero había tal naturalidad en sus movimientos, que nadie al verlo hubiera creído que aquel animal era de cera.

Realmente todo en ese museo se halla á la perfección, y es un lugar digno de visitarse, tanto por la colección de figuras tan completas que hay en él, no faltando uno solo de los soberanos y personajes notables bajo todos conceptos, como por el mérito real que se encuentra en todas estas figuras verdaderas obras de arte.

De regreso de la hermita, al pasar de nuevo por la pieza donde existían tantos recuerdos de

Napoleon, nos detuvimos ante el carruaje que le servía para sus viajes, que ántes solo habíamos visto de paso, y que entónces nos propusimos contemplar detenidamente.

La forma del carruaje era anti-elegante: en su exterior presenta un aspecto antiguo y desagradable, pero en cambio su interior presentaba todas las comodidades posibles.

Aquel carruaje, único en su género, servía al monarca de morada durante el día, y de reposo en la noche, pues en él tenía todo lo que le era necesario: para su reposo en la noche lo podía convertir en un lecho en el que se entregaba al descanso. Durante el día, servíale de bufete, de comedor, y de todo á la vez. Colocado en la testera, el asiento comun de un carruaje, mediante un resorte, aparecía ante él un escritorio con todos sus útiles para el despacho, y éste se convertía á su vez en una mesa limpia de todo, donde se le ponía la comida; sirviendo así el carruaje de mucho, y sufriendo continuamente mil transformaciones.

Nosotras contemplamos admiradas aquel coche, construido bajo la dirección del monarca, y ántes de separarnos de aquel sitio, quisimos subir á él y ocupar un instante, el lugar que por tanto tiempo, aquel hombre insigne había ocupa-

do, cuando empuñando en su mano el cetro del poder, había regido del mundo los destinos!.....

En fin, nos apartamos de aquella pieza cuyos recuerdos históricos tanto nos contristaban, y como ya lo habíamos recorrido todo, atravezamos de nuevo para salir, los suntuosos salones que ya habíamos visto, y de los que pronto la animación y la alegría fué borrando las tristes impresiones que nos habían producido las piezas últimas que acabábamos de visitar.

Introducidas de nuevo en aquel laberinto donde las gentes se toman por figuras, y las figuras por gentes, se ensanchó nuestro espíritu, y ya con la sonrisa en los labios, vimos aquellos espaciosos salones, teatro de tantos equívocos y risibles escenas. Allí todo respira vida, animación y alegría.

Es admirable la perfección á que ha llegado en Inglaterra la escultura en cera.

Serian como las once de la noche cuando regresamos al hotel: por nuestro gusto hubieramos permanecido allí varias horas más, pero no era esto posible. Nos acostamos pronto y como nos hallábamos muy fatigadas, un sueño reparador se apoderó de nosotras, despues de tan gratas impresiones y variadas escenas.

Nuestra partida de Lóndres debía verificarse

ya, era el sétimo día que llevábamos de permanencia en esta capital, de modo que nos propusimos dar ese día otro paseo general por la ciudad, visitar sus templos que tampoco habíamos visto, y entrar á sus teatros, etc., etc.

Desde temprano nos pusimos en movimiento, tomamos dos carruajes, y papá mandó á los cocheros que nos llevasen á recorrer lo principal de la ciudad, sus paseos y calles mas notables de comercio, y sus hermosos templos.

Nuestros carruajes caminaban veloces, y en el primer sitio en que se detuvieron fué en Hyde Park, paseo al cual se nos dijo concurrían en las tardes millares de personas de ambos sexos, á caballo, á pie y en carruaje, produciendo este concurso una animación extraordinaria, á la cual tambien se unia el lujo de ostentar los buenos trajes, caballos y libreas.

Enfrente de la arcada central que forma la entrada principal, se ve un *Aquiles* colosal, hecho con bronce, y cañones tomados en veinticuatro batallas á diversos enemigos.

En la grande avenida destinada á los transeuntes y que es muy extensa, se encuentran muchas veces hasta 50,000 paseantes. Hay un puente de fierro y un arco triunfal que llaman desde luego

la atención, y la naturaleza es allí rica y exuberante.

Al Norte de Hyde Park, está situado Regents Park, formado en 1812. Está rodeado de magníficos edificios, entre los cuales fijó de un modo particular nuestra atención Cumberland Terrace, y tiene una avenida de cerca de dos millas de extensión destinada á los carruajes, y cortada por otra muy hermosa, de la cual se desprenden vistosos senderos en todas direcciones.

Después de disfrutar de la vista de este parque, nos trasladamos al de Victoria, situado en la parte Este de Londres, y cubierto de árboles frondosos, que le dan un aspecto hermoso; se ven en él también algunas glorietas con asientos, donde regularmente las ayas, que llevan á tomar el aire á los niños, descansan mientras estos juegan; y por cierto que es muy laudable esta costumbre; pues los parques y jardines son los sitios mas apropósito para los niños, por lo saludables que son, y lo que ayudan al desarrollo, y por lo mismo es muy bueno llevarlos aun ántes de que comiencen á andar, pues el aire benéfico y libre que allí se respira les es muy provechoso, llenándolos de vida, de lozanía y de salud; el color de su rostro es fresco y hermoso; sus movimientos son desembarazados, y el tiempo que perma-

necen allí se le vé de buen humor; en lugar de jugar encerrados en sus casas, sus juegos son al aire libre, y esto les es muy provechoso, les da fuerzas para su pronto crecimiento, y los mantiene llenos de vida y de salud, formando contraste con los que no poniendo en práctica este medio, se ven pálidos, escuálidos y descarnados, en extremo delgados, tristes y taciturnos, sin gusto para nada, y entregados al sueño, mostrando una constitucion raquítica proveniente de que no los hacen partícipes del aire y naturaleza que tanto influye en ellos, y es tan preciso en su edad para librarlos de la atmósfera corrompida de las casas y ciudades.

¡Qué triste situación! Pobres niños! ¡Cuánto no envidiarían las madres la frescura de los otros, sin saber que la causa del malestar de sus hijos en gran parte en ellas mismas consiste.

Algunas por indolencia, otras por no molestarse y muchas por un cuidado mal entendido, son causa de que sus hijos en vez de criarse robustos y saludables, se hallen marchitos y sin vida en la época en qué debían de tenerla con exuberancia. Es preciso en este punto seguir las costumbres europeas, y entonces se comprenderá prácticamente las inmensas ventajas que resul-

tan de variar en el sentido indicado la crianza de los niños.

Ojalá en nuestra patria querida, se adopte generalmente este sistema higiénico que hemos observado en otros países, y que es tan útil. Tesoro realmente que jamás podrá ser bastante estimado en todo su valor.

Al terminar este capítulo, nos desviamos un poco de la narración de nuestros paseos, por entrar á examinar las costumbres más ó menos vivificas ó funestas de los países que hemos visitado; vamos ahora á seguir hablando de nuestras escursiones.

CAPITULO XXIV.

El Támesis. Número de buques que ordinariamente entran en él. Templos Dunstant church Bridé y church. Edificios destinados a objetos de beneficencia Andrew church. Iglesia del Salvador. La de Magnees. Hospital de Santo Tomas. Teatro real de la ópera. Regent Street. Vista exterior del palacio de la reina y de la Bolsa. Escursion ligera hecha por la noche antes de partir de Lóndres. El aspecto ordinario de la ciudad. Carácter de sus habitantes. Nuestras impresiones. Partida de Lóndres.

En nuestras escursiones y paseos atravesábamos con frecuencia, y contemplábamos con placer el hermoso rio que divide esta grandiosa ciudad, y muy justo es que le destinemos algunas líneas.

El Támesis se forma de las sierras del Tam y del Ise; atraviesa Oxford, Reading, Windsor y Lóndres, y se precipita en el mar del Norte en Sheerness; presenta una hermosa vista y es bastante ancho.

tan de variar en el sentido indicado la crianza de los niños.

Ojalá en nuestra patria querida, se adopte generalmente este sistema higiénico que hemos observado en otros países, y que es tan útil. Tesoro realmente que jamás podrá ser bastante estimado en todo su valor.

Al terminar este capítulo, nos desviamos un poco de la narración de nuestros paseos, por entrar a examinar las costumbres más ó menos vivificas ó funestas de los países que hemos visitado; vamos ahora a seguir hablando de nuestras escursiones.

CAPITULO XXIV.

El Támesis. Número de buques que ordinariamente entran en él. Templos Dunstant church Bridé y church. Edificios destinados a objetos de beneficencia Andrew church. Iglesia del Salvador. La de Magnees. Hospital de Santo Tomas. Teatro real de la ópera. Regent Street. Vista exterior del palacio de la reina y de la Bolsa. Escursion ligera hecha por la noche antes de partir de Lóndres. El aspecto ordinario de la ciudad. Carácter de sus habitantes. Nuestras impresiones. Partida de Lóndres.

En nuestras escursiones y paseos atravesábamos con frecuencia, y contemplábamos con placer el hermoso rio que divide esta grandiosa ciudad, y muy justo es que le destinemos algunas líneas.

El Támesis se forma de las sierras del Tam y del Ise; atraviesa Oxford, Reading, Windsor y Lóndres, y se precipita en el mar del Norte en Sheerness; presenta una hermosa vista y es bastante ancho.

El Támesis es á la vez el puerto á que arriban grandes buques, de los cuales mas de 6,000 entran anualmente viniendo de casi todas las partes del mundo; y tambien, lo es de un número inmenso de embarcaciones, siendo una de las arterias principales de comunicacion.

Mas de 600 buques cargados de carbón se encuentran siempre anclados en sus aguas, y tanto estos como los demas buques, los puentes y túneles ofrecen un interés particular, y dan grande animacion é importancia á este hermoso rio.

Despues de esta pequeña pincelada sobre el Támesis, queremos que nos acompañe el lector á conocer algunos templos.

El primero que entónces visitamos fué la Iglesia Dunstan, monumento gótico, construido en 1833, con una torre cuadrada de 130 pies terminada por un octógono.

En el interior, cuya decoracion es de un carácter muy original, notamos las hermosas vidrieras sobre el altar, en que se hallan los cuatro evangelistas.

Hay ademas en el cuerpo de la iglesia tumbas y monumentos del estilo gótico mas puro.

Cerca de este templo se encuentra uno de los mejores llamado Bride Churh: este tiene una hermosa torre de 227 pies y el interior es muy nota-

ble. Hacia el Este hay un crucifijo de Rubens pintado sobre cristal, y la tumba de Richardson, cerca de Clarisse Harlow (Clara Harlow)

Salimos de este templo y en nuestro camino pasamos por dos edificios de beneficencia, el primero destinado para casa de correccion de los vagabundos, y el otro llamado de trabajo, donde doscientos jóvenes pobres se instruyen en los oficios mas útiles.

En seguida fuimos á la Iglesia Andrew construida en 1686. Por el lado Oriental tiene una hermosa vidriera muy bien pintada y que presenta mucha animacion en sus figuras.

En la Iglesia del Salvador, que es un hermoso monumento de estilo gótico, del siglo XVI, hay tres naves y tiene 109 pies de largo como una catedral. El coro es notable lo mismo que la capilla de Santa María: la torre cuadrada, de 150 pies, contiene doce exelentes campanas.

La Iglesia Magnus donde no penetramos por hallarse cerrada, tiene una hermosa cúpula.

Pasamos tambien aunque sin entrar, por el hospital de Santo Tomas, para enfermos pobres, y se nos dijo, que contiene 500 camas, y que se asisten allí mas de 600 enfermos.

Los establecimientos de beneficencia son nu-

merosísimos en Londres, y nunca acabaríamos si tratásemos de enumerarlos todos.

Tampoco haremos mención ya de nuevos templos, por no causar á nuestros lectores.

Después de nuestro paseo llegamos al Hotel á las 6 de la tarde: aquella noche nos proponíamos ir á algun teatro, por lo cual, pedimos se nos sirviera pronto la cena. Efectivamente, cuando hubimos concluido, descansamos un breve rato, tomamos un periódico para imponernos de las diversiones públicas, y cuando hubimos escogido, mandamos traer dos carruajes, y después de hacer nueva *toilette*, nos dirigimos á la Opera Real, uno de los teatros principales de Londres, donde estaba funcionando una magnífica compañía de Opera Italiana.

La fachada se ve adornada con algunos bustos y estatuas de notabilidades en el arte, y se halla sostenida por una hermosa columnata de orden dórico.

El interior del teatro es espacioso y elegante, grandioso y lleno de suntuosidad.

Hallábase profusamente iluminado, y la concurrencia era numerosa; los artistas de primer orden, y la función por tanto no dejaba nada que desear.

En las señoras se notaba verdadera competen-

cia en el lujo, y allí brillaba en toda su pureza la raza sajona. ¡Algo de ideal, de bello se nota en esas mujeres de Inglaterra! esas jóvenes de talle esbelto, de cabellos rubios, de lánguida mirada, pálidas y generalmente con ojos de cielo, hablan al corazón. Hay cierto aire de melancolía, que atrae mucho en las hijas de Albion.

Aquella noche en Queens Theatre, tuvimos ocasión de admirar jóvenes realmente bellas; pues allí se hallaba reunida toda la nobleza de Inglaterra, y entre sus hijas habia tipos de hermosura realmente ideales.

El teatro, prestaba un golpe de vista espléndido: su forma casi redonda hacia gozar de un bello panorama: la orquesta era magnífica, el escenario amplio, y sus decoraciones suntuosísimas; representábase la *Africana*, y los artistas tuvieron en esta difícilísima música momentos realmente felices, que arrancaron repetidos aplausos de un público tan frío como es generalmente el lugar.

Serían como las doce de la noche cuando terminó la función, y realmente complacidos regresamos al Hotel, donde nos entregamos al descanso.

Nos hallábamos ya en vísperas de abandonar á Londres; en el breve trascurso de algunos días

habíamos visitado lo que tenía de mas notable la Capital de Inglaterra: ántes de partir, sin embargo, quisimos conocer aunque fuese solo en el exterior, algunos otros edificios notables, que nos habia sido imposible visitar.

Era el último dia que nos quedaba, y hubiéramos querido alargarlo, si nos hubiese sido posible, para multiplicarnos y recorrer todo lo que deseábamos.

La mañana la empleamos en ver cuanto era posible á pié, una de las calles principales de Lóndres, centro del comercio, de animacion y de vida. Nos trasladamos pues á *Regent Street*: esta calle es muy extensa y de una y otra parte se ven hermosos edificios, almacenes y tiendas de comercio, llenos de lujo y suntuosidad.

Pasamos largas horas paseando en esta espaciosa y hermosa calle, y de regreso en el hotel, despues de haber comido, salimos de nuevo en carruaje á recorrer por la última vez la grandiosa capital, deteniéndonos ante el palacio de la reina, hermosísimo edificio de construccion sólida, cuyo costo ascendió á 600,000 libras esterlinas, además de la suntuosa fachada del Este que costó 150,000 libras.

De este hermoso edificio pasamos á considerar

otro no ménos grandioso, que fijó tambien nuestra atencion, y fué la Bolsa.

Este notable monumento fué construido en 1844, y su forma es la de un cuadrilongo de 90 piés de largo sobre 76 de alto. Los lados se hallan adornados con una magnífica columnata, coronada por una elegante corniza, y su fachada principal, de otras ocho columnas de orden corintio, que sostienen un elegante frontispicio que corona el pórtico, presentando una ámplia y cómoda escalineta.

Imposible nos seria ennumerar todos los edificios notables que en este paseo fijaron nuestra atencion; la memoria nos seria infiel en algunos, y quizás con solo mencionarlos causariamos la paciencia de nuestros lectores.

La tarde declinaba ya cuando regresamos de nuestro paseo, en el que habíamos recibido tan gratas impresiones.

Aquella noche era preciso disponerlo todo, pues á la mañana siguiente debíamos partir, y aun no estábamos dispuestas.

A pesar de esto nos propusimos dar una última vuelta, para entrar aunque fuera de paso á los principales teatros de Lóndres, ya que no los habíamos conocido aún. Lo hicimos así en efecto, aunque muy á la ligera. Entramos en el Co-

ventgarde Theatre, monumento de un estilo pesado: su fachada principal es dórica, y el interior corresponde al exterior, pues tiene un aspecto desagradable.

Entramos luego al Teatro de la Opera francesa, que por cierto se encontraba lleno de concurrencia; este teatro es de los que tienen en Londres un aspecto mas animado. Despues pasamos por un Circo y tambien permanecimos allí un largo rato, pues estaban trabajando muy bien.

Vimos tambien un pequeño cosmorama, un café y un teatro de suertes.

Nada notable encontramos, por lo cual no nos detenemos en hablar de ellos.

Aunque pensábamos regresar temprano al hotel, no fué posible hacerlo sino hasta las doce de la noche.

Veníamos ya con deseos de reposar, pero era imposible hacerlo, puesto que ántes teníamos forzosamente que componer los baúles, y arreglarlo todo para el viage, que como sabe ya el lector, debia efectuarse al otro dia temprano.

Apénas, pues, descansamos esa noche, porque empleamos cerca de tres horas en arreglarlo todo, y escribir á nuestra querida familia de México.

Al hablar de Londres, puede decirse hasta cierto punto, que no se le califica con exactitud

pintándole como una ciudad triste y sombría, que convida mas bien á la melancolla, y que no produce movimientos de contento y alegría; los que así se expresan inducen al error; verdad es que el aspecto de la ciudad es sombrío, el color oscuro de sus casas, la niebla casi perenne que cubre su cielo, la nieve que continuamente cae en el invierno, y en el verano una monótona llovizna, le dan un aspecto de tristeza muy marcado, á lo cual muchos atribuyen esa enfermedad moral que llaman *Spleen*, á que están sujetos sus habitantes; pero no debe verse tan solo el lado lúgubre y sombrío, para poder emitir un juicio seguro; sino considerar tambien la parte favorable, y examinar á fondo el conjunto de todo lo que debe tenerse presente, de lo contrario se correria el riesgo de formar una opinion errónea; considerando solo lo bueno, seria del todo favorable, y no fijándonos mas que en el lado malo, tambien nos cegariamos, hasta no hallar ningun bien en lo que consideramos.

Nó; para emitir un juicio sobre algo, es preciso examinar bien lo que se piensa fallar, y luego resolver: entónces solo estaremos nosotros mismos contentos con nuestra decision.

Así pues, aunque nadie se atreveria á negar que Londres por sus construcciones y por su cli-

ma es muy triste; tampoco se podría asegurar que en él no se encuentra ninguna especie de goces, que entretienen y alivian al espíritu abatido, y ensanchan el corazón.

En Londres sobran lugares en los que los ingleses pierden completamente su seriedad característica, y se convierten en las personas más alegres del mundo.

Hay en Londres muchas diversiones: teatros, *soirees*, bailes, cafés, etc., etc., en donde los ingleses pasan sus noches, sin sentir absolutamente los efectos del *Spleen*, ó el fastidio de la vida.

Podríamos casi aventurar la opinion de que hay en esa populosa ciudad más diversiones que en el mismo Paris, y que los ingleses á sus solas se saben perfectamente divertir, de modo que para ellos no les importa el aspecto sombrío de su grandiosa población, ni su clima, si les sobra motivos de recreo.

Por otra parte, no se nota falta de vida en esta gran capital; hay en ella calles tristes como en todas las demás ciudades; pero en el centro y en otras de comercio especialmente, la animacion es creciente, viva y bien marcada.

El carácter de sus habitantes es retraido, es-céntrico, selvático si se quiere, y muy concentrado; los ingleses tienen muchas originalidades,

aunque esto ha dado lugar á que se exagere de-demasiado, achacándoles mil ridiculeces que regularmente distan mucho de tener. Son, en fin, las costumbres en este país, demasiado severas, pero á pesar del raro carácter que distingue á sus habitantes, la sociedad de Londres, especialmente en reuniones íntimas y de confianza, es agradable, alegre y jovial.

Londres causó en nosotros una buena impresion; esta capital inmensa en su extension nos sorprendió; encierra en su seno edificios realmente asombrosos y monumentales, que no se pueden olvidar jamás: los numerosos Squears, parques y jardines, que por doquier se encuentran, le dan al ménos por intervalos un aspecto variado y risueño.

Contiene esta grandiosa capital más de 13,000 calles, 328,000 casas, y más de 100 plazas públicas.

Su animacion comercial es inmensa, pero como es tanta su extension, suele perderse la multitud en sus interminables calles, por lo que aparece más muerta que algunas otras capitales de Europa.

Sus casas tienen bastantes pisos, y además ese color oscuro que las distingue y les da un aspecto sombrío. Las habitaciones de la aristocracia

sin embargo son de una arquitectura monumental, aunque su material carece de solidez y riqueza, pues la piedra es muy escasa en Londres.

Las fachadas de estas casas presentan un hermoso golpe de vista, porque en pocos países se ven tantas y tan hermosas columnatas y frontispicios tan lujosamente decorados; en estas construcciones se ostentan todos los estilos y órdenes, y esto le da á Londres un aspecto de grandeza, que pocas capitales pueden contar.

Como era ésta la primera ciudad europea que visitamos, nuestra sorpresa era natural; por otra parte, habíamos visto allí cosas tan notables, que nos era imposible no tener gratos recuerdos.

El viajero, que por la primera vez visita la capital de Inglaterra, está sujeto á recibir allí fuertes sensaciones que no se borran nunca de su mente; estas recibimos nosotras, y su recuerdo siempre nos es grato y satisfactorio.

Habíamos permanecido ocho días en Londres, y estos habían pasado con la rapidez del rayo, porque cuando se viaja, el tiempo se hace insensible, y la vida se desliza con rapidez.

Nos parecía pues, que tan solo un día hacia que allí nos halláramos, cuando había llegado ya el momento de partir.

Como un sueño pasaba ante nuestros ojos to-

do lo que habíamos conocido y visitado, y nuestro corazón impaciente, como lo está generalmente el del viajero; palpitava á la idea de nuevas sorpresas, deseando siempre la variedad y nuevas perspectivas.

Pronto nuestros deseos debían verse satisfechos, pues nuestro destino nos impulsaba en pos de nuevos países, de nuevas impresiones, y para llegar al término de nuestro viaje, nos era preciso atravesar la mayor parte de la Europa, y el itinerario, que nos proponíamos seguir, nos prometía mil impresiones distintas, mil goces y placeres!

Esta idea que tanto nos halagaba, fué la única que suavizó la tristeza, que nos causaba nuestra partida de Londres.

Allí no habíamos contraído ningunas amistades, ni simpatías por cuya pérdida nos fuese sensible alejarnos: así es que si al separarnos de la Capital de Inglaterra, no humedeció una sola lágrima nuestros párpados; tampoco podremos decir que con placer la dejamos, pues siempre se abriga en el corazón cierta simpatía por el país que hemos conocido; pero este ligero cariño no toca á la parte sensible de nuestro ser, y el abandonar uno de estos países, no nos conmovió, hasta el punto de hacernos sufrir.

Como hemos anunciado ya, teníamos que tomar temprano el camino de fierro, que nos debía conducir al Canal de la Mancha, donde aun nos faltaba que pasar un trecho de mar.

Del Canal de la Mancha se nos habian hecho las mas exageradas relaciones, diciéndonos que era tan fatal siempre este paso, la marea tan fuerte, y el movimiento tan grande, que causaba mayor efecto que una larga navegacion; pues aun las personas mas resistentes al mareo, se convertian allí en sus mas tristes víctimas, con todo y que la travesía duraba á lo sumo poco mas de dos horas.

Con esta pintura, como comprenderá el lector, nos habiamos resuelto de antemano á sufrir.

Pocos momentos antes de la hora designada nos hallábamos ya en la estacion, y ocupábamos el tren que nos pertenecia: siempre viajábamos en primera, y como la familia era numerosa, tomábamos un departamento por completo, lo que nos proporcionaba grandes ventajas y comodidad.

A las ocho y media en punto comenzó á funcionar la máquina de vapor; nuestros pañuelos flotaron por el aire diciendo "Adios" á varias personas que habian tenido la fineza de acompañarnos á la estacion y que nos veian partir; mu-

chos compañeros de viaje se despedian del propio modo que nosotras de sus amigos y familias.

No sin alguna tristeza nos alejamos de la grandiosa Capital de Inglaterra; en ella habiamos recibido impresiones muy agradables que no se podrán borrar nunca de nuestra memoria; la partida de Lóndres nos fué por lo tanto sensible, no pudiendo sofocar los movimientos de melancolía que se apoderaron de nosotras al dejarla.

El camino que seguíamos no era monótono y nos ofrecía los mas pintorescos paisajes: las fincas de los Lóres, algunas hermosas cascadas, algunas poblaciones que á lo léjos se percibían, y otros muchos objetos daban al trayecto un aspecto y atractivo particular. El Sol con su luz purísima lo iluminaba todo, duplicando la belleza y la poesía; permanecimos mas de dos horas sin desprender nuestra vista del magnífico panorama que teníamos ante nosotras; pero luego quisimos aprovechar tambien el tiempo, para adelantar algo en la interesante lectura del manuscrito que conocen ya nuestros lectores, y así lo hicimos.

Vamos pues á trasladarles lo que entónces leímos, para que con nosotras sigan la historia del infortunado Genaro!.....

Como facilmente recordarán dejamos la lectura, despues de habernos impuesto del primer dia que Genaro pasó en el colegio; pues bien, continuemos: el segundo decia, lo pasé ya ménos triste; el tercero ménos aun, y por último á los 15 dias, me hallaba tan contento con mi nueva posición, que no hubiera querido por nada, abandonar aquél colegio.

Los jóvenes, que al principio se burlaban de mí, comensaron á hacerse mis amigos y contaba ya con muchas simpatias; pero á los que corres-

CAPÍTULO XXV.

Viaje de Londres á Paris por el canal de la Mancha. Aspecto del camino. Continuación del contenido de la cartera misteriosa. Nuestra llegada á orillas del canal: temores que nos asaltaban. Lo que pasaba en el vapor de tránsito en los momentos de nuestro embarque. Boulogne: descripción de la Ciudad. El camino de Boulogne á Paris. Nuestra llegada á esta gran Capital.

Para distraernos pronto, fijamos desde luego la vista en el camino: los campos estaban espléndidos; su cultivo tan esmerado, sus continuas variedades nos hacían gozar mucho.

En pocos lugares, creémos haberlo dicho ya, hay un esmero tan particular en el cultivo de los campos, como en Inglaterra; allí no se desperdicia el terreno, sino que se le tiene muy bien ocupado, y verdaderamente causa contento ver el cuidado con que se ocupan de la agricultura en espais.

pondia yo con mas cariño era siempre á los sobrinos de D. Justo, porque aunque ya la tristeza profunda de la separacion se habia ido calmando, me era imposible olvidar á mi querido protector, á aquel hombre tan bondadoso que me habia servido de padrel.....

Arturo y Alfredo me tenian por su primo, porque yo, como me lo habia dicho D. Justo, para esquivar las multiplicadas preguntas que se me hacian sobre mi familia; habia manifestado, que muy tierno aun mis padres me habian puesto en manos de D. Justo, porque ellos tenian una necesidad imprescindible de hacer un viaje al cual no me habian querido exponer; que D. Justo, siendo además mi tio, y teniéndome un particular cariño, me habia educado á su lado en un pueblo, donde habia yo pasado los primeros años de mi infancia, mas viéndome ya en una edad en que era preciso cultivar mi inteligencia, habia querido traerme al mismo lugar en que se hallaban mis primos, para que en dicho colegio hiciese mi educacion.

Arturo y Alfredo, aunque tenian algunas dificultades en comprender cómo D. Justo podia ser mi tio, acogieron sin embargo con mucho gusto la idea de ser mis parientes, lo que yo no pude menos de agradecerles. ¡Ay! yo solo sabia que es-

taban engañados, y que no tenia en el Universo un solo pariente!....

Era tanto mi placer en estar en ese establecimiento, que casi ni anhelaba salir á pasear, que era lo que ántes me llamaba extraordinariamente la atencion.

El estudio me complacia tanto, que los demas se admiraban de la inmensa satisfaccion que en esto encontraba: no solo por complacer los deseos de mi protector, sino por mi propia complacencia, tenia una particular satisfaccion en no tener ni un solo punto malo en mis lecciones: la memoria al principio me era algo infiel, pero con el ejercicio la tuve pronto magnífica; mi inteligencia, no lo digo por elojarme, á la verdad era muy clara.

Al principio, pobre de mí, como no habia sido criado en medio del mundo, tenia dificultad para comprender mil cosas; pero apénas me las explicaban algo, ó las veía, sobre todo prácticamente, entónces en un instante profundizaba las más difíciles cuestiones.

Mis maestros se mostraban muy satisfechos de mí, y pronto fui calificado como uno de los niños más aplicados de mi colegio.

Este establecimiento, como creo haber explicado ya, se hallaba en Venecia, la poética ciudad

construida sobre el agua. Tenia la esperanza de no hallarme muy separado de D. Justo, lo que me consolaba mucho.

Mi vida de colegial solo me presenta gratos recuerdos; verdad es que los de mi infancia, de mis desdichas y de mi madre, muchas lágrimas arrancaron á mis ojos! pero allí en el seno de mis amigos olvidaba mis pesares y me sentia casi feliz!

Mis maestros tenian por mí una predileccion marcada, y mis buenos condiscípulos me amaban con ternura.

Arturo y Alfredo eran poco más ó menos de mi misma edad, y yo les profesaba el cariño de un hermano; ellos por su parte, siempre eran buenos conmigo, y su sincera amistad no se desmintió un instante; sin embargo, esta felicidad debia bien pronto terminar.

Así se pasaron más de nueve años; yo habia hecho rápidos progresos en las ciencias, y estaba próximo á concluir mi carrera. Dejaba ya de ser un niño, y pisaba los dinteles de la juventud. Tenia yo diez y nueve años, y entónces más que nunca me consideraba desdichado.

Largo tiempo hacia que no tenia noticia alguna de D. Justo, esto me preocupaba; Alfredo y Arturo no estaban ya en el colegio, y yo me sen-

tia como abandonado, y me consideraba solo en el mundo: mi inteligencia ya desarrollada me hacia ver en toda su extension lo crítico y amargo de mi posicion, comprendia que mi destino era sufrir sobre la tierra.

Sin un nombre, me decia, con que presentarme ante la sociedad, seré rechazado de ella: ¡qué te sirve pobre, Genaro, haberte formado una carrera brillante, si tienes en tu frente el estigma del baldon y de la vergüenza!..... ¡Ah! ¡cuando en medio de ese mundo se me pregunte quién soy, solo podré inclinar mi frente ruborizado, y exclamar: ¡No tengo padres!... ¡No teugo nombre!... y entónces.... tan solo recibiré por respuesta la burla, el sarcasmo, y el desprecio!.....

A estos pensamientos, que me ocupaban á toda hora, mi corazon se oprimia fuertemente, y más de una lágrima rodaba por mis mejillas.

Mis compañeros de colegio, inquietos por el cambio que cada dia se notaba más en mi carácter, en vano trataban de divagar mi tristeza; yo huía de sus alegres juegos y animadas conversaciones, y encerrado en mi estrecho aposento encontraba un secreto placer en soudear las heridas de mi alma, y en tocar esas llagas, que sangraban todavía....

En vano mis profesores trataban de averiguar

la causa de mi tristeza; yo evadía sus preguntas, y guardaba en lo más profundo de mi alma mi doloroso secreto.

Una cosa me hacía meditar largas horas, sin que todos mis esfuerzos fuesen bastantes á romper el velo del misterio que me rodeaba. Hacía cerca de diez años que me había separado de D. Justo, y más de cinco que no había vuelto á saber de él; apesar de esto, una mano oculta me seguía protegiendo siempre, sin que jamás hubiera dejado de ser pagada mi pensión en el colegio, y sin que nunca me habiesen faltado recursos; esto naturalmente llamaba en extremo mi atención.

¿Quién podrá ser, me preguntaba á mí mismo, el que de esta manera se interesa por mi suerte, y atiende á todas mis necesidades? y á esta pregunta, despues de mil conjeturas, solo me daba una respuesta: ¡mi madre!.... ¡ah!.... ¡cuán duro era pronunciar este nombre!.... ¡mi madre!.... sí, solo ella podía ser la que tenía tal empeño en protegerme, ella solo la que se interesase tanto por mi suertel.... pero á la vez que esta idea me consolaba, ella tambien aumentaba los tormentos de mi alma.

¡Ah! me decia á mí mismo; ¿por qué esa madre, que me protege ocultamente, tiene á ménos mos-

trarme su hermoso semblante, para que yo pudiese aplicar en su frente el beso de un hijo tierno?

¿Por qué se oculta de mí? ¿seré acaso un hijo del que tenga que avergonzarse, por haber manchado su honra?.....

Esto era lo que más pensaba, y entónces lloraba, sí, lloraba, porque mis penas no podían tener un término, y esto era horrible!.....

En el colegio veía yo sin embargo mil jóvenes como yo, y muchos de ellos que sabían, y claramente confesaban el no tener ¡un padre! y sin embargo, vivían alegres y tranquilos, sin pensar en el nombre, ¡en el porvenir! y yo no era como ellos.... y esto me causaba una doble tristeza.

¡Tuviera yo al ménos su carácter! me repetía; entónces sería feliz, porque nada me daría cuidado pero no puedo; me es imposible ver con indiferencia el abandono en que me han dejado, envidio el hogar doméstico....

Si veo á un padre, á una madre, que viene á visitar aquí á su hijo, y escucho que le dan ese dulce título, y que él por su parte dice, ¡padre! ¡madre! ¡ah, no sé lo que siento! ¡pero, es demasiado!.....

Despues poníame á meditar en el porvenir: ¿no daré yo nunca con ellos? me preguntaba frecuentemente; D. Justo me prohibió hablar de mis

padres mientras yo fuera un niño; ahora ya no lo soy; pronto habré abandonado este establecimiento, y entónces. ¡Oh, entónces! nadie me impedirá buscar á mis padres; yo correré por todo el mundo preguntando por ellos, y al fin, ¡Dios mio! exclamaba postrándome maquinalmente, y levantando al cielo mis ojos, al fin Tú me permitirás encontrarlos, ¿no es verdad?

En estas reflexiones estaba, cuando se abrió la puerta de la pieza en que me hallaba, y ví penetrar por ella al buen anciano, que me recibió cuando D. Justo me habia dejado en el colegio.

Su aire era triste, y se comprendia que la noticia que venia á darme no era de lo más agradable.

Apénas lo ví entrar, tomé una silla y la acerqué á su lado, rogándole tuviese á bien sentarse.

Don Mariano, este era el nombre del anciano, no mostró ninguna resistencia: entónces yo acerqué igualmente una silla y me senté á su lado.

Tomó en aquel momento la palabra, y me habló así: ¡Hijo mio! tú por la conducta privada que observas, por el respeto que siempre haz profesado á tus maestros, y por haber sabido llevar hasta cierto punto un camino no comun en todos los jóvenes, habiéndote distinguido entre todos por los rápidos progresos que diariamente haces en el

estudio, has fijado de una manera particular la atención de tus profesores, y en especial la mia;— pronto, Genaro, te debes recibir, porque estás ya preparándote para ello; cuando salgas de aquí, no solo tendrás sobre tu carrera unos conocimientos muy plausibles, que desde luego van á fijar la atención pública, sino que tambien estarás instruido en otras carreras, pues has estudiado algo de medicina, de agricultura, de ingeniero: en fin, con un poco mas de estudio, podrias recibirte en otras profesiones.

Te hemos visto multiplicar materialmente para tener tiempo de aprovechar algunas clases que te agradaban, aunque fuesen ajenas á tus estudios.

Todo eso, léjos de ser vituperable, como te quisieran hacer creer tus compañeros de colegio, no era sino muy recomendable; nosotros los viejos, que sabemos profundizar tus intenciones, comprendiamos perfectamente tu mérito, y nos complaciamos en tu conducta; pues bien, Genaro, yo he venido á proponerte un negocio, que se me habia confiado, y que quiero dejar en tus manos, para que comiences á brillar en la sociedad.

Tambien venia á anunciarte mi salida de este establecimiento, y por esto en parte estoy triste porque voy á dejaros.

—¡Como! ¿nos va vd. á abandonar? pregunté con vivesa al director.

—Si Genaro, yo no puedo cumplir ya mi misión; los años me han cargado de enfermedades, que me hacen faltar muy amenudo al cumplimiento de mis deberes: cuando el hombre llega á cierta edad, preciso es que abandone el trabajo, porque si él ántes se pudo burlar de ese mismo trabajo, será entónces el trabajo, el que se burlaría de él. Cuando no se pueden desempeñar las obligaciones con puntualidad, con constancia, es un mal el conservarlas, porque hacemos con ello un daño. Yo por otra parte soy bastante rico; en este establecimiento he servido como director veinte años, en la corte he tenido tambien buenos empleos, y mi carrera me ha sido tambien favorable.

Hoy tengo sobre mi nevada cabeza sesenta años y ya no puedo trabajar. En mi casa conservo un objeto, que amo con una ternura inmensa; tengo una hija Genaro, que continuamente me ruega y me suplica, que deje ya el trabajo y las ocupaciones todas, para dedicarle mis últimos dias. Sus palabras son órdenes para mí, porque la amo de una manera particular.

!Ay es tan bella, es tan virtuosa! pone su conato todo en amarme, en rodear de goces mi

existencia ¡Si la vieras! en medio de mi vejez... cuando todos me ven ya con indiferencia ó con repugnancia, Clara me prodiga las caricias mas tiernas; sin sus besos, sus abrazos, sus cariños, los únicos que me han quedado en la tierra, creo que moriria. Ves pues, hijo mio, como tengo que cumplir tambien con obligaciones de otro género.

Si los primeros años de mi existencia los dediqué á la sociedad, fuerza es que los últimos los dedique enteros, á ¡mi hija! ¡ella me recuerda tanto á su bella madre!

D. Mariano, al cruzarse por su mente este recuerdo, no pudo contener su llanto; dos lágrimas rodaron por sus arrugadas mejillas, y ellas lastimaron de un modo horrible mi corazón; sí, porque en esos momentos la imágen de mis padres se presentó con toda su fuerza á mi imaginacion, pensé en que tal vez mi pobre madre, como la esposa de aquel buen anciano, ya no existía, y esta idea me desconcertó por completo, de manera, que en vez de secar las lágrimas de D. Mariano, no pude proferir ni una palabra, y en breve lloraba yo con él....

D. Mariano, al verme llorar tambien, hizo un supremo esfuerzo para enjugar sus lágrimas, y estrechándome contra su corazón, me dijo: mucho

me gusta ¡oh Genaro! la sensibilidad de tu alma, esto te recomienda sobre manera; pero dejemos ya conversaciones tristes, y contéstame la proposición, que al principio de esta entrevista te hice; ¿quieres que deje en tus manos el arreglo de una causa que sin la menor duda, te dará mucho nombre é igualmente una fortuna?

A esta proposición vacilé un momento, y me quedé sumergido en una profunda meditacion; pero luego tornándome á D. Mariano le dije: No señor, agradezco en extremo el favor que vd. me quiere hacer, pero no puedo ni debo aceptarlo; en primer lugar, porque es quitar á vd. un trabajo que le corresponde, y que solo por la bondad de su corazón quiere dejar en mis manos, en segundo lugar porque no me encuentro con fuerzas bastantes para desempeñarlo. Aun no me he recibido, espero sin embargo, que dentro de tres meses seré ya un abogado, pero quiero tambien comenzar por defender pequeñas causas, para que por medio de la práctica pueda tener un conocimiento mas claro y profundo, y mas tarde aceptar un negocio como el que vd. tiene la bondad de proponerme.

El anciano, que no me había interrumpido y que me había estado escuchando con la mayor

atención, cuando le hube dado mi respuesta exclamó:

¡Cada dia me gusta mas tu carácter! en tus pocos años parece tener ya la madurez de un viejo, y observo con placer que no te dejas llevar por la ligereza propia de tu edad, sino que por medio de la reflexion lo mides todo, y luego decides; pues bien, ahora que te he escuchado, tengo la imprudencia de manifestarte, que no solo deseo, sino que exijo de ti como una prueba de afecto que quiero me des, el que aceptes el negocio que deseo poner en tus manos; escucha Genaro.

Te acabo de decir que quiero descansar; de consiguiente, de hoy en adelante no acepto ya ningun trabajo, sea cual fuere; pero como aun hay muchos que tienen la fineza de no querer encargarse sus negocios sino solo á mí, yo queria darte una persona activa é inteligente en mi lugar, y por eso te he escogido; ¿serás capaz de desairarme?

No tengas cuidado por no tener todavía práctica en esta clase de negocios; yo te prometo Genaro, ser tu consejero y guiarte, siempre que tu quieras seguir mis consejos: ¡oh! con mis años y el tiempo que tengo de ejercer esta profesion, figúrate si tendré ó no experiencia en ella!

Pero decidete ¡hijo mio! contéstame favorablemente, así podré yo mismo comenzar á instruirte del negocio: pediremos para la instruccion el tiempo que te falta para recibirte, y el mismo di que seas recibido, presentarás tu primer escrito.

Genaro, tu eres jóven, y es preciso que te abras un porvenir: tus padres tal vez no existen ya; tu protector no lo conoces, yo tampoco, quizás algun dia te retire lo que hasta hoy te ha enviado, y entónces ¿qué será de ti? D. Justo, tiempo hace que no sabemos de él, y tambien ¡hijo mio! ponte en otra situacion por cierto muy probable. Figúrate que tus buenos padres existen, pero que sean pobres, muy pobres; llega el dia en que los encuentras ¿no tendrias un placer inmenso en poder ser su apoyo, su abrigo en el infortunio?

Este pensamiento, que ántes no habia herido mi mente, en ese instante penetró en ella con su grandioso atractivo, y sin pensar ni un momento más, alargué mi mano á D. Mariano diciéndole:

Y bien señor; sí, acepto vuestro favor; lo que acabais de decirme ha producido en mi esta resolucion; algun dia puedo ser útil á mis padres, puedo brindarles con una fortuna, con las comodidades tal vez, de que hasta hoy habrán care-

cido, y esta idea me llena de un secreto placer que no podria exactamente explicar.

¡Vaya Genaro! tu resolucion me hace gozar inmensamente; ven á mis brazos hijo mio, ¡tú á quien voy á convertir en mi sucesor!.....

¡Que momentos tan dulces se sucedieron entonces para mí, al sentir los latidos llenos de vida del corazon de aquel anciano, que haciendo conmigo la mas honrosa distincion, me escogia entre mil para revestirme se puede decir, de una honra que á fuerza de fatigas y trabajos habia él podido lograr.

Mi segundo protector se separó de mi lado pocos momentos despues que le hube manifestado con las mas ardientes expresiones, mi gratitud. Antes de irse, me invitó para que fuese á comer á su casa el domingo próximo, y yo no pude rehusar esta invitacion.

Verdad es que la buena familia de D. Justo me tenia invitado desde el primer Domingo que pasé en Venecia, y allí era donde efectivamente habia comido siempre, mas aún entónces, que me consideraba ya como de la familia; pero por esa vez, tendria el cuidado de pasar ántes á darles aviso, para que no entrasen en alarma, y en seguida iria á cumplir lo que habia prometido á D. Mariano.

Pronto las clases superiores, los estudios, los exámenes me vinieron á ocupar, hasta que por fin llegó el domingo: salí temprano del colegio, despues de haber oído la misa, vestíme lo mejor que pude, y me dirigí á casa de la familia de D. Justo; allí estaban todos, las muchachas me dieron como de costumbre un abrazo, y me dijeron, que era un milagro verme por allí tan temprano. . . . Entonces tomé la palabra, y brevemente expuse lo que me obligaba á ir á participarles, que aquel domingo tendria el sentimiento de no acompañarlos á comer, porque el ex-director del colegio, D. Mariano N., me habia invitado para que lo hiciere en su casa, y no habia podido excusarme.

Noté entonces algo, que me llamó mucho la atencion, y fué que Julia, la más grande de mis amiguitas, al oír que aquel dia no me quedaba como de costumbre á comer allí, se habia puesto pálida como un cadáver, sus ojos se cubrieron de lágrimas, y no pudiendo disimular la fuerte impresion que habia recibido, se habia entrado á las piezas interiores.

Yo entonces, aunque preocupado por lo que acababa de observar, comencé á contar con mucha pausa á todo el resto de esa familia, tan amada para mí, todo lo que me habia propuesto el

generoso D. Mariano, que se habia constituido desde aquel instante mi protector, mi segundo padre.

La familia toda se llenó de alborozo al escuchar mis palabras, y satisfecho yo al ver su contento, salí de aquella casa preocupado con la impresion que habia notado en la hermosa Julia: caminaba entregado á mis reflexiones, dirigiéndome á la casa de mi nuevo protector, éste se hallaba á una milla de Venecia en una preciosa quinta: el camino que yo seguia, estaba lleno de grandes y suntuosas habitaciones, de deliciosas quintas, moradas de los robles y grandes de Italia.

Yo caminaba indiferente á todo lo que me rodeaba; repentinamente escuché un lamento á mi espalda, y volví maquinalmente el rostro; un cuadro patético y conmovedor se presentó entonces á mi vista, un anciano venerable, encanecido su cabello y trémulos sus miembros, cubierto con los harapos de la miseria, y pudiendo apenas sostenerse, caminaba pausadamente sostenido en el brazo de una jóven, tan bella, que más que una criatura humana me pareció un ángel descendido del Empíreo: aquella mujer divina, parecia por la finura de sus modales, y lo elegante de su trage, pertenecer á la alta sociedad, sostenia en

un brazo al débil anciano, mientras su otra mano, delicada y alabastrina estrechaba la de una pequeña niña, que á juzgar por su trage, parecia tambien estar en la mendicidad.

Contrastaba notablemente el lujo de la bella jóven con la pobreza de los que la acompañaban: la pequeña niña lloraba, y la bella jóven parecia muy fatigada; me detuve sorprendido, al ver aquel grupo tan interesante; la hermosura de aquella mujer me tenia fascinado, parecíame el ángel de la caridad enjugando las lágrimas del infortunio, é impulsado por un poder irresistible me acerqué á ella: la jóven no me habia notado.

Yo no sé lo que pasaba en mí en aquel instante, sentia una conmocion extraña, y una sensacion para mí hasta entónces desconocida agitaba todo mi sér; cuando estuve á pocos pasos de aquel grupo me detuve.

—Estais fatigada, señorita decia el anciano, con entrecortado acento, vuestro brazo tiembla, por Dios, abandonadme, no puedo dar ya un solo paso, y el peso de mi cuerpo os está matando!....

—No, amigo mio, replicó la jóven con un acento dulce, que penetró hasta el fondo de mi alma, no estoy fatigada: por otra parte, el carruaje no está lejos, y os conducirá hasta mi quinta: ¡yo aban-

donaros? no volvais á decirlo, tened valor, pronto llegaremos.

—¡Sois un ángel! exclamó el anciano, é inclinando la cabeza exhaló un suspiro.

Yo entónces hice un supremo esfuerzo, y acercándome á la jóven, perdonad señorita, le dije, si me atrevo á hablaros; pero me pareceis muy fatigada, y vengo á ofreceros mi brazo para conducir á ese buen anciano: la hermosa jóven, que no me habia visto, se sorprendió al escuchar mis palabras, un vivo rubor cubrió sus frescas mejillas, fijó un instante en mí sus miradas con celestial dulzura, y bajó al suelo despues sus azules ojos, diciéndome.

—No sé quien sois, caballero, pero la bondad de vuestro corazon os recomienda, acepto vuestra oferta, y os suplico me ayudeis á conducirle hasta mi carruaje, que á pocos pasos de aquí espera.

Al decir estas palabras la jóven, era tan dulce su acento, que yo extasiado la escuchaba: cuando se perdió en el silencio el timbre de su voz, me acerqué al anciano, y descubriéndome con respeto le dije, apoyaos en mi brazo y nada temais, yo soy fuerte, y puedo sosteneros; una lágrima brotó de los ojos del anciano; ¡gracias, señor! me dijo conmovido, y dejando el brazo de la jóven se apoyó en el mio.

Esta me veía sorprendida, sus ojos se encontraron por segunda vez con los míos, y entonces desvió la vista turbada, é inclinándose hácia la pequeña niña, la tomó en sus brazos.

Caminamos aun un breve rato en silencio; al fin me atreví á interrumpirlo: ¡hermoso país es la Italia! exclamé, ¿es ella vuestra patria, señorita?

—No, respondió la dulce jóven, las auras de Inglaterra mecieron mi cuna, hija de un Lord, siempre he habitado en una quinta inmediata á Londres; hará un año sin embargo, que una enfermedad de mi buen padre nos obligó á abandonar la Inglaterra, y á establecernos por algún tiempo en Italia.

—Y vos sin dudá deseareis regresar á vuestra patria? pregunté tristemente.

La jóven miróme sorprendida. Siempre nos llama el país que nos vió nacer añadió; pero la Italia es para mí tan querida, que me será doloroso abandonarla: ¿y vos, sois Italiano?

Yo guardé silencio, no sé á punto fijo cual es mi patria, repliqué, no queriendo engañar á aquella muger divina. Los primeros años de mi existencia se deslizaron en las inmediaciones de Milan, y supongo que el sol de Italia me vió nacer! la jóven pareció sorprendida.

—¿Teneis padres me preguntó?

Aquella pregunta, fué para mí un golpe eléctrico, todo mi sér se estremeció, mi rostro se puso livido, mis miembros temblaron, é inclinando la cabeza sobre el pecho, nada pude responder á la bella jóven. ésta, que estaba fija en mí en aquel momento, se asustó al ver la expresion de mi semblante, y con un tono lleno de interés ¿qué teneis? me dijo, estais demudado, ¿os sentis malo?

No señorita, no es nada, gracias, me apresuré á responderle, repuesto en parte de mi emocion; el nombre de mis padres excita siempre en mi alma dolorosos recuerdos, ¿qué mucho me hacen sufrir!

La hermosa jóven suspiró entonces; perdonad me dijo, si al evocarlos os he hecho daño!

Yo la dirijí una mirada llena de gratitud, y caminé silencioso á su lado: un momento despues nos deteniamos ante un carruaje, mi corazón se oprimió horriblemente, la jóven se volvió al anciano con la sonrisa en los labios, diciéndole: hemos llegado ya, amigo mio; subid al carruaje: yo entonces le ayudé para que subiese, y cuando estuvo en él, el pobre mendigo acercó mi mano á sus labios en señal de gratitud; yo me despedí de él con afabilidad y respeto; en se-

guida dí mi mano á la jóven para ayudarle á subir.

—¿Cuál es vuestro nombre? me preguntó ésta ántes de partir, hoy me habeis ayudado, y la gratitud me dicta esta pregunta.

Mi nombre es Genaro, repliqué tristemente, ¡y no será mucho atrevimiento preguntar el vuestro?

Noté que la jóven exitaba como esperando que yo concluyese. ¡Ay infeliz! ningun otro nombre podrian pronunciar mis labios!..... viendo que yo callaba, nada se atrevió á preguntarme, y subiendo al carruage me dijo, nóbranme Leonor X, si en algo puedo serviros.....

Yo estaba tan turbado, que olvidé en aquel instante todos los cumplimientos de sociedad, y estrechando con fuego la mano de Leonor que se apoyaba en las mias, ¡adios Leonor! exclamé, dedicadme al ménos un recuerdo!

La mano de la jóven se estremeció entre las mias, la apartó súbitamente, y con inseguro acento contestó.

¡Adios Genaro, Dios os guíe!

Yo me aparté entónces, y el carruage desapareció con la velocidad del rayo!

Permanecí como enclavado en la tierra, la mirada fija en el lugar en que habia desaparecido

el carruage, el recuerdo de Leonor impreso en el alma; así estuve mas de media hora, al fin volví en mi, recordé el convite de D. Mariano, y apresurando el paso, me dirijí á la quinta con el corazon fijo en la extraña aventura que acabava de pasarme.

Me sentia triste, me consideraba muy desdichado, y sin embargo, al recuerdo de Leonor, mi corazon se entristecía de placer. ¿Qué produciría estas sensaciones? ¡ah, seria tal vez, que el gérmen del primer amor se introducía entónces en mi alma! no lo sé

Por fin, llegué á la casa de mi buen amigo, el aspecto de ella era en extremo simpático. Una hermosa verja de fierro la rodeaba por doquier, y se encerraba la habitacion en medio de un frondoso bosque y de un bello jardin: penetré en éste, situado en el lado en que se entraba, y pronto se presentó ante mi vista un hermoso palacio de buena arquitectura, llegué hasta el pórtico, y toqué un bonton eléctrico que servia de campana, presentóse ante mi un Suizo, con su baston en la mano y su elegante librea, y preguntando por D. Mariano, el mozo me interrogó á su vez si era yo el Sr. D. Genaro? contestéle que sí, y las puertas me fueron abiertas.

Me encontré entónces en una sala amueblada

de damasco verde, pasé á una segunda, de damasco azul, y luego penetré á una tercera, de tripe amarillo: en esta ví que D. Mariano venia á toda prisa por las habitaciones interiores; al verme me echó los brazos; ¡con verdadera ansia te esperaba, hijo mío! me dijo, ofreciéndome un asiento.

Señor, le contesté yo con mi franqueza habitual, ántes de venir, tuve que pasar un rato á casa de la familia de D. Justo, para avisarles que no me esperasen hoy.

En los demás domingos, Genaro, añadió mi interlocutor creo que no despreciarás el convite que desde éste momento te hago para que en todos ellos me pertenezcas.

Señor, me apresuré á contestarle; con muchísimo placer aceptaría las muchísimas finezas con que tiene vd. á bien honrarme, pero tengo que manifestarle francamente, que no podría aceptar su invitación.

Y por qué Genaro, me preguntó algo serio D. Mariano.

Voy á satisfacer los deseos de vd., contesté yo entonces. Vea vd. señor, ¿no es verdad que si desde este domingo, quedase comprometido con vd. para pasar los dias festivos en su casa, y siguiese por el espacio de mas de nueve años

esta costumbre, extrañaría vd. mucho, y le disgustaría en extremo, que repentinamente y sin ningun motivo despreciase yo su bondadosa invitación, por aceptar un nuevo convite? medite vd. D. Mariano, y verá si tengo ó nó razon en lo que expongo.

Don Mariano se quedó un momento reflexionando, y en seguida dándome una palmada en el hombro, me dijo.

—Mira Genaro, te comprendo perfectamente, y si por algo te profeso un gran cariño es por tu franqueza, y porque eres muy consecuente; seguramente tú tienes mucha razon en lo que me manifiestas, y como te conozco demasiado, sé que serian inútiles todos mis ruegos para hacerte faltar á tus compromisos; nó debo, ni puedo exigir de tí semejante cosa; pero sí no me negarás por lo pronto una semana cada mes, y luego partiremos esa familia y yo de utilidades, porque si bien es cierto que tú debes gratitud y afecto á los parientes de D. Justo, por el cariño con que te han tratado, tambien es verdad que á mí me debes igualmente esa gratitud y ese afecto, permíteme decírtelo, porque siempre te he tratado de la misma manera, ó aun mejor, y ellos podian sin ningun compromiso manifestarte su distincion, mién-

tras que yo por demostrártela en el colegio, he tenido mis malos ratos.

—Es muy cierto, Sr. D. Mariano, le dije.

—Pues bien, igual tiempo hace que te tratamos y distinguimos, justo es por tanto, que al fin y al cabo partamos las utilidades; no condesciendes, Genaro?

Era imposible ver con indiferencia una fineza tan notable, y aunque de pronto pensé en el enojo que tendría que sufrir por parte de la familia de D. Justo, no pude resistir á las súplicas del buen anciano, y concluí por prometerle ser suyo la mitad de mi tiempo.

Con un estrecho abrazo correspondió mi resolución, y tomando entónces la palabra de nuevo, me dijo: si Genaro, es forzoso que vengas seguido, y aun el domingo que no vengas á quedarte, es preciso que me dediques algunas horas, porque como sabes, tengo necesidad de aleccionarte y para eso necesitamos de tiempo; debo instruirte en el negocio de que ya te he hablado, debo darte mis reglas, mis consejos y formarte á mi modo.

No es verdad que al fin tendré la satisfacción de ver en tí mi imagen? ¡Ojalá, señor, le conteste! con eso no podría tener más aspiraciones.

—Gracias Genaro, pero vamos, ven hijo mio, penetremos dentro; Clara debe tener vivos deseos

de conocerte, ayer le hablé mucho de tí, y le anuncié para hoy tu visita, es preciso que conozcas á ese ángel, ven te voy á conducir á su habitación.

Diciendo estas palabras D. Mariano me tomó del brazo, y comenzamos á penetrar por una serie de salones á cual mas bellos, algunos cubiertos de hermosas pinturas, otros de espejos, estatuas, bajos relieves, grabados, etc., etc., yo veía sorprendido el lujo que se ostentaba en todas las habitaciones de mi generoso protector, repentinamente nos detuvimos en un pequeño salon, tapizado de moharé blanco tanto los muebles, como las paredes, y el techo, todo participaba del mismo matiz y estofa; grandes y hermosos espejos descansaban en consolas de blanco mármol, estatuas y jarrones de agata, cristales y alabastro adornaban este delicioso salon, ostentábanse en él mil trabajos curiosos de mano. obras todas de la jóven que lo habitaba; grupos de flores deliciosamente matizadas, y diseminadas con caprichoso descuido, embalsamaban el ambiente de aquel precioso santuario; hermosos pájaros, aprisionados en jaulas de cristal y oro, hacian resonar el aire con sus dulces trinos; todo parecia allí reunido para rodear de encanto y de poesía al sér que lo habitase.

Quando penetramos en el salon que llevo des-

crito, D. Mariano me dijo: este es el salon ó gabinete de Clara, espérame un momento hijo mio, voy á traerte el ángel de mi vida, el sostén demi vejez, y la que forma las delicias de mi existencia; así hablando el buen anciano desapareció, y yo quedé por un instante solo.

De nuevo la imagen de Leonor se presentó á mi vista, parecíame escuchar el dulce éco de su voz, y mi corazon se estremecía violentamente con este recuerdo; la llegada de D. Mariano me arrebató de mis reflexiones; no venia solo, una hermosa jóven como de quince abriles le seguía, suspendida de su brazo.

Clara era realmente hermosa, una de esas bellezas que enloquecen y apasionan; veíase en ella en toda su pureza el tipo italiano; mediana estatura, formas bellísimas, ojos rasgados y negros como el asabache, sus grandes pestañas rizadas dejaban ver la ardiente y fogosa expresion de su mirada, su nariz era griega, su espaciosa frente tersa y blanca como alabastro, miéntras en sus frescas mejillas se ostentaban los colores de la rosa de carmin los lábios de su pequeña boca, y su sedosa y abundante cabellera de un castaño oscuro que realizaba su belleza; su blanco trage de muselina aprisionaba los delicados miembros de la encantadora jóven, grandes listones de verde esme-

ralda rodeaban su delicado talle, y su nacarado cuello; ostentaba en su peinado una blanca flor que rivalizaba con su tez, este era el único adorno de la niña, lleno de sencillez y de poesía.

Clara parecia muy dichosa, la alegría brillaba en toda su persona, se presentó ante mí como el ángel de la felicidad, y al verla no pudo ménos de sorprenderme su belleza; D. Mariano satisfecho de la impresion que la vista de su hija me causaba, se acercó á mí, y volviéndose á Clara, éste es, hija mia, le dijo, el jóven de quien tanto te he hablado; amo á Genaro como á un hijo, vida mia, profésale tú el cariño de una hermana.

¡Ah, señor, tanta bondad me confunde! exclamé entónces conmovido, mas Clara no me dejó continuar, una dulce sonrisa vagó por sus labios, y tendiéndome su mano.

Genaro, me dijo, desde hoy somos hermanos, omite cumplimientos de sociedad, mi padre me ha hablado de tí, por él conozeo tu corazon y tu carácter, la franqueza reina siempre en la familia, y ella debe ser la base de nuestra amistad.....

El buen anciano comtemplaba enloquecido á su hija; yo estaba confundido.

Señorita, dije despues de un instante de silencio, vuestra bondad me confunde, vuestras pala-

bras llegan hasta el fondo de mi alma, ¡ah! la belleza de vuestro corazón me enloquece.

Soy enemiga de la lisonja, replicó la joven; por otra parte Genaro, ¿por qué no me llamais por mi nombre? ¿acaso no somos hermanos?

Si, Clara, perdonad, teneis razón, me apresuré á responderla y volviéndome á D. Mariano, vuestra hija es un ángel, le dije; ¡oh cuán feliz sois de tenerla siempre á vuestro lado!

El buen anciano sonrió, y dirigiéndose á mí, toma por el brazo á Clara, me dijo, y vamos á dar una vuelta por el jardín mientras nos sirven la comida. A las palabras de mi protector me acerqué presuroso á su encantadora hija, Clara apoyó su brazo en el mío, D. Mariano caminaba también á mi lado, y los tres salimos de los departamentos, dirigiéndonos á los hermosísimos jardines de la casa, que tenían el aspecto más risueño y hermoso que se puede encontrar.

Yo verdaderamente me hallaba encantado, el trato de aquellas personas tan finas y amables me tenía cautivado, la conversacion de Clara me dió á conocer desde luego que mi hermosa amiga tenía una instrucción bien vasta y una educación completa y esmerada: de manera que luego conocí como no me engañaba mi corazón, cuando desde niño me había hecho sentir tantas simpa-

tías por el bello sexo, al cual desde entonces me veía inclinado por una fuerza sobrenatural, que no acertaba yo á comprender.

El paseo por el jardín duró cerca de una hora, en seguida D. Mariano quiso que penetrásemos en el bosque; éste no era forzoso recorrerlo á pié, porque en todas direcciones se hallaba cruzado por un canal, estrecho es verdad, pero en el cual podía navegar una ancha góndola. D. Mariano quiso pues, que el bosque lo recorriésemos navegando en él, y en efecto así lo hicimos, entrando en la hermosa y elegante góndola con sus cortinas rojas: cuatro marineros bien vestidos se colocaron en la popa y comenzaron á remar, internándonos insensiblemente en medio de aquel delicioso sitio.

De cuando en cuando apartábamos la vista del triste manuscrito para fijarla en el camino: los campos de Inglaterra tan cuidadosamente cultivados, esa arena roja con que marcan los senderos en sus jardines, el límpido cristal de algunos lagos, la hermosa fachada de una quinta semi oculta en la arboleda todos estos risueños panoramas detenían por breves instantes nuestra atención; pero el interés cada vez más vivo que inspiraba en nosotras la historia de Genaro,

nos obligaba á abrir de nuevo la cartera y á pasar nuestra vista por sus enlutadas páginas.

Repentinamente el tren se detuvo, y preciso nos fué suspender del todo nuestra lectura; habíamos llegado ya á la pequeña poblacion que limita por aquella parte los dominios de la Gran Bretaña; tan solo un brazo de mar nos separaba de la Francia, y nos era preciso aún embarcarnos para atravesar el Canal de la Mancha, siempre tan inquieto, y tan molesto siempre á los pasajeros.

Realmente disgustadas descendimos entónces del tren, y en el mismo instante nos trasladamos al vapor que debia conducirnos á las costas de la Francia: nuestra repugnancia al vernos de nuevo á bordo fué extrema, nos habian pronosticado, que íbamos á marearnos mucho, porque el movimiento del buque es siempre allí muy fuerte, á causa de la intranquilidad que reina continuamente en las aguas de aquel brazo de mar, esto naturalmente aumentaba nuestro disgusto; pero nos consolaba la idea de que tan solo dos horas permaneceríamos en el mar, y que en el resto de nuestro viaje ya no nos veríamos obligadas á embarcarnos.

Molestas sí, pero resignadas, entramos en el vapor y ocupamos unos cómodos asientos sobre

cubierta: el número de pasajeros era inmenso, y el movimiento extraordinario; á nosotras nos agradaba sobre manera ver ese movimiento de pasajeros, y los diversos grupos y escenas que siempre se presencian durante un viaje.

Contemplando nos hallábamos todo esto, cuando la campana sonó señalando la hora de partida; la animacion aumentó entónces, por todas partes se veian carreras, abrazos, gritos, y nosotras observábamos todo eso, y nos divertia en extremo.

Repentinamente la fuerza del sol nos obligó á descender al salon de las señoras, y allí tuvimos ocasion de presenciar una escena, que nos interesó al principio, admirándonos despues.

Reclinada en un sofá, pálida, vestida con abandono, y de interesante figura, hallábase una jóven que al parecer mucho sufría; sus ojos estaban arrazados en lágrimas, y su pecho exhalaba mal comprimidos suspiros y ahogados sollozos; rodeábanla multitud de jóvenes, que como ella lloraban colmándola de caricias, parecia ser aquella su familia, porque tanto las otras jóvenes, como las señoras de edad, le traian almohadas y cojines, colocándoselos para prestarle mas comodidad; ella solo gemia y lloraba, y parecia sumerjida en el mas profundo abatimiento.

Nosotras conmovidas, contemplábamos aquella patética escena; el recuerdo de nuestra partida de México, del último adiós dirigido á nuestra familia, se presentó de bulto en aquel instante ante nosotras, y dos silenciosas lágrimas comenzaron á rodar por nuestras mejillas.

En esos momentos se hizo oír el tercer toque de la campana, la angustia de la jóven creció de punto, sus gemidos se redoblaron, se incorporó en el divan, estrechando una por una contra su pecho, á todas aquellas personas que la rodeaban, bañándolas con sus lágrimas; ellas lloraban también, y al partir dirigian á la jóven palabras de consuelo.

Al fin quedó sola, y algunos instantes despues levantó el ancla el vapor y comenzámos á abanzar sobre las aguas del canal.

Nuestros ojos estaban fijos en la interesante jóven; apenas ésta notó que el buque caminaba, cuando enjugó sus lágrimas, tiró las almohadas y pieles de que la habian rodeado, y arreglando su traje y su cabello, se levantó precipitadamente con la fisonomía animada por el placer, y saliendo del salon comensó á pasearse sobre la cubierta, del brazo de un caballero en la mas festiva y risueña conversacion: nosotras que ántes la

habíamos compadecido, nos asombramos y la vimos con horror.

¡Cuanta falsedad! ¡cuanto engaño! ¡cuanta mentira!

Apartamos entónces de ella nuestra vista, y nos fijamos en una cosa que á todos llamaba la atención: el vapor llevaria mas de diez minutos de camino, y nosotras no estábamos mareadas, el movimiento era muy suave y casi insensible; nuestros ojos se fijaron en el canal, las azules aguas estaban tan tranquilas, que apenas se percibian sus ligeras ondulaciones, el sol brillaba con todo su esplendor en medio del firmamento, y por todas partes reinaba la calma y la bonanza.

Todos estaban sorprendidos al ver la tranquilidad de aquellas aguas siempre tan inquietas y turbulentas, y nosotras muy satisfechas y contentas, pues no nos habíamos mareado, y las dos horas que habíamos pasado á bordo nos sirvieron de un agradable paseo.

Serian las dos de la tarde cuando ancló el vapor, habíamos ya atravezado el canal de la Mancha, que para nosotras habia sido tan benigno, y nuestra travesía habia concluido.

Entónces saltamos á tierra, y poco despues nos internábamos en el territorio frances.

El puerto frances en que desembarcamos, des-

pues de haber pasado tan felizmente el canal de la Mancha, fué Boulogne. Esta ciudad se halla situada en la embocadura de la Lianne en el mar, y se encuentra dividida en dos partes, la ciudad antigua que ocupa la parte alta, y la ciudad nueva que ocupa la parte baja.

Tenia ántes catorce puertas, de las cuales tan solo conserva ahora tres.

Nos dirigimos desde luego sin detenernos á un restaurant, donde inmediatamente se nos sirvió un buen almuerzo, que tomamos con el mejor apetito.

Tan solo dos horas teníamos para estar en este puerto, porque pronto debíamos tomar el tren que nos debia conducir á Paris.

Como buenos viajeros supimos aprovechar aquel tiempo, para recorrer aunque fuese brevemente el puerto. Subimos en unos coches y nos dirigimos á conocer lo mas central, pasamos y penetramos en la Catedral que es un hermoso edificio muy moderno, de arquitectura griega. Luego pasamos por el Hotel de Ville, donde nació Godefroy de Bouillon, y cuya torre tiene 47 metros de altura.

El palacio imperial es pequeño pero de agradable aspecto. Continuando nuestro paseo pasamos por un hospital, y nos detuvimos ante la

casa en que murió Lessage, el autor del Gil-Blas.

Vimos tambien un Museo, que se nos dijo posee una regular coleccion de cuadros, armas y medallas; pasamos, y penetramos rápidamente en la biblioteca, que contiene 22,000 volúmenes y 300 manuscritos.

Tambien estuvimos un momento en un paseo de aspecto agradable, y recorrimos las principales calles de la ciudad.

Este puerto ofrece vistas variadas y animadas.

Al lado del paseo, que acabamos de mencionar y se llama vulgarmente de la Jeleé, delante de una hermosa plaza de arena, se eleva el establecimiento de los baños, tan frecuentado durante la hermosa estacion.

Boulogne es una ciudad tan inglesa como francesa; pues en todo tiempo se encuentran en ella de 6 á 7000 Ingleses.

A poca distancia de la ciudad, está la columna de Napoleon, comenzada en 1804 por el ejército, adornada en 1841 con bajos relieves, y la estátua colosal del Emperador, fundida de bronce.

Esta columna es de mármol, su orden es dórico, tiene 50 metros, puede interiormente subir-

se á su mayor altura, desde donde se goza de una hermosa perspectiva.

Sobre los peñascos escarpados vecinos, á la derecha del puerto, se encuentran las minas de la torre d'Ordre, construida en el año 40 despues de Jesucristo por C. Calígula, y que servia entonces de faro.

A las cuatro de la tarde de regreso ya de nuestro paseo, nos hallábamos ante la estacion del camino de fierro, penetramos en ella, y á pocos momentos ocupábamos un cómodo wagon, que debia conducirnos á Paris: serian las cuatro y media, cuando el tren comenzó á moverse, y pocos instantes despues Boulogne habia desaparecido á nuestra vista.

El camino presentábase variado y pintoresco; verdad es, que en el cultivo de los campos no se notaba el esmero que hay en los ingleses; pero en cambio era mas poblado; á corta distancia, unas de otras, se veian pequeñas poblaciones llenas de animacion y de vida: veíanse tambien algunas casas de campo con sus amenos jardines, y sus cristalinos lagos, todos de diversos estilos en su arquitectura, pero hermosas y elegantes.

La puesta del sol, que iluminaba las campiñas con sus agonizantes y ya trémulos rayos, presta-

ba mas poesia á lo que nos rodeaba, y duplicó por un instante nuestro goce.

A menudo nos deteniamos en las estaciones del tránsito; en casi todas se notaba movimiento y animacion; descubriéndose desde luego el carácter frances, tan jovial y lleno de viveza.

Pasamos tambien por algunos túneles practicados en el centro de elevadas montañas, y cada una de estas cosas nos venia á sorprender agradablemente, causándonos sensaciones de placer.

Las tinieblas de la noche, que tendieron su lúgubre manto sobre la tierra, vinieron á arrebatarnos de nuestra contemplacion; el wagon se hallaba bien iluminado, pero como no nos era posible ya ver el camino, nos propusimos para no dormir, hacer alguna cosa: sacamos una labor que llevábamos en nuestros saquitos, pero fastidiadas pronto, la dejamos, pasando el resto del tiempo en una amena conversacion.

En una de las estaciones del tránsito habiamos bajado á cenar, pues nos habian permitido permanecer 15 minutos: esto habia sido entre siete y ocho de la noche, así es que ya sentiamos necesidad de tomar algo; pero como el tren se detenia tan solo dos ó tres minutos en las estaciones, era esto imposible mientras no llegásemos á Paris. Serian las doce de la noche cuan-

do se presentó á nuestra vista un grupo inmenso de luces, que brillaban cual estrellas en medio de las tinieblas.

Comprendimos al instante que nos aproximábamos á Paris, y nuestro corazon palpité de contento.

En efecto, no nos engañábamos; pocos instantes despues, penetrábamos en la gran Capital.

Apénas podíamos creerlo, ¿era pues, cierto? sí, nos encontrábamos en ese Paris con el que tanto habíamos soñado, del que habíamos escuchado tantas ponderaciones y tan desmedidos elogios.

Al siguiente dia veríamos al fin esa ciudad que á tantos enloquece, nos encontrábamos en la capital del mundo, y pronto conoceríamos á la reina de las capitales de Europa.

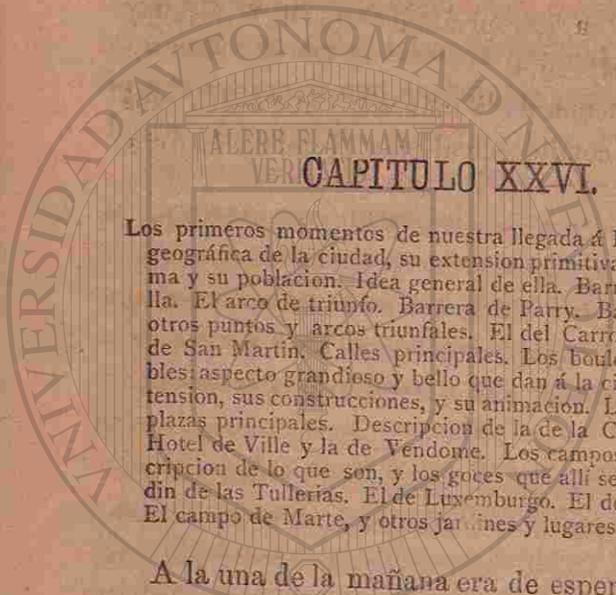
Llenas de tan gratas impresiones nos hallábamos, cuando el tren se detuvo, y penetramos en la hermosa estacion. Nuestra familia participaba de nuestro contento, y aquella noche reinaba entre nosotras el placer y la alegria.

La estacion se hallaba iluminada con una profusion extraordinaria; el movimiento de pasajeros era asombroso; estábamos aturridas entre la multitud, y con gran trabajo logramos abrirnos paso y salir por la parte opuesta.

Allí se nos presentó una plaza cubierta de carruajes. Tomamos unos, y poco despues nos internábamos en las espaciosas calles de la grandiosa y bella capital.

Era ya la una de la mañana, y dió orden papá de que nos condujesen al gran Hotel del Louvre.

Aquí



Los primeros momentos de nuestra llegada á Paris. Situacion geográfica de la ciudad, su extension primitiva y actual, su clima y su poblacion. Idea general de ella. Barrera de la estrella. El arco de triunfo. Barrera de Parry. Barrera de Italia. otros puntos y arcos triunfales. El del Carrousel. La puerta de San Martin. Calles principales. Los boulevard mas notables; aspecto grandioso y bello que dan á la ciudad por su extension, sus construcciones, y su animacion. Los pasages. Las plazas principales. Descripción de la de la Concordia, la del Hotel de Ville y la de Vendome. Los campos Eliseos. Descripción de lo que son, y los gozes que allí se tienen. El jardin de las Tullerías. El de Luxemburgo. El del Palacio Real. El campo de Marte, y otros jardines y lugares de recreo.

A la una de la mañana era de esperarse, que la ciudad en que entrábamos, se encontraría envuelta en las sombras del silencio en una hora tan avanza la de la noche; pero no sucedió así. Fuimos sin duda conducidas por las calles y boulevards mas centrales, y con increíble admiracion observamos el movimiento que aun á esas horas habia; la iluminacion derramaba su profusa luz sobre las calles llenas de una claridad bellísima, por el esmero con que esto se procura.

Paris á media noche tiene tanta luz, que parece estar iluminado por los rayos del sol, y se

siente positivo placer en transitar por sus bellísimas calles, y admirar sus hermosos edificios.

A la hora en que entramos, como hemos dicho ya, encontramos aun en las calles un número tal de personas, que llamaron nuestra atencion, aunque bien se explica por la concurrencia de los teatros que concluian á esa hora.

Tristeza nos causaba haber entrado de noche á esta hermosa capital, porque nuestra ansia de verlo todo á medida que avanzábamos era mas creciente. Sacábamos la cabeza para ver las construcciones, queríamos desde luego formar juicio de una capital tan justamente ponderada. Presente llevabamos en nuestra memoria la animacion inmensa de que habíamos gozado hacia un instante en la estacion.... la multitud de carruages, de Obnibas y de personas que le presentan y anuncian al pasajero su direccion para que los tome; los gritos, el alboroto, la alegría del génio frances de que acabábamos de comenzar á gozar, habían excitado más y más nuestra curiosidad y vivos deseos. Verdaderamente ansiábamos porque amaneciera pronto y principiara el nuevo dia, en el que por la vez primera nos debíamos encontrar en medio de Paris.

Tuvimos que caminar como media hora, para llegar al grande hotel del Louvre, que es uno de

av

los principales hoteles de la ciudad. Desde luego nos llamó la atención su construcción y su extensión; mas como tendremos adelante ocasión de hacer una mención particular de este hermoso edificio, omitiremos ahora hablar de él.

Cuando entramos, se hallaba profusamente iluminado, y varios mozos se apoderaron inmediatamente del equipage, y lo condujeron á nuestras piezas, ó mas bien diremos á nuestro apartamento, porque papá tomó uno particular situado en el piso principal, y con vista á la calle.

Se nos propuso cenar y lo hicimos con gusto, mas apenas hubimos concluido, nos retiramos á nuestro apartamento. Lo que deseábamos era descansar, para poder abandonar temprano la cama, y comenzar á gozar desde la madrugada del aire de la capital de Francia.

Habíamos oído hablar tanto de Paris, y leído tantas descripciones de él, que teníamos gran deseo y positivo interés en conocerlo prácticamente; con este intento nos encerramos en nuestro apartamento, y media hora despues descansábamos en blandas camas de las fatigas del día.

Antes de hablar de nuestras escursiones en esta hermosa capital, comenzaremos por indicar su posición geográfica.

Paris se halla situado sobre los $48^{\circ} 50' 14''$ de latitud Norte y 0° longitud sobre el Sena, que la divide en dos partes, nó iguales, que forma dos islas. La de San Luis, y la Cité llamada Lutetia cuando era la Capital de los parisienses, y solo ocupaba un estrecho recinto en la Isla de la Cité.

Hallándose muy reducida, y faltándole espacio, á pesar de tener 23,753 metros de circunferencia, se ha ido extendiendo cada año, hasta ocupar el terreno comprendido entre este primer recinto, y las fortificaciones adquiriendo un desarrollo de 38,661 metros, 27004 sobre la orilla derecha, y 10,757 sobre la orilla izquierda.

Su superficie en el primer recinto es de 3,403 hectáras, pues si se extienden sus límites hasta las fortificaciones, ocupa una superficie de..... 257.559,000 metros en cuadro.

Su mayor longitud es de 7,089 metros entre la barrera de Charentou y Passy.

Se ven en Paris mas de 1,500 vías públicas, que representan una longitud de más de 380 kilómetros. El clima es sano, aunque variable; sus estaciones no son muy fuertes ni rigurosas; el viento dominante es el S. O. y al N. E. tiene una hermosa estación en el año; el sol luce con pureza en su despejado cielo, y las neblinas y temporales son poco frecuentes.

Su poblacion es aproximativamente, de cerca de 2.000,000 aunque el cálculo es siempre incierto, á causa del numero infinito de extrangeros, que diariamente entran y salen, cada año tiene un aumento de 34, 987 habitantes.

Paris, capital de Francia, como se ha dicho, es residencia del gobierno, y de las oficinas principales del Estado; su religion es la católica, aunque hay tambien templos de otras religiones y sectas; por estar allí establecida la libertad de cultos.

Antes de entrar en detalles, hablaremos de Paris en general, para dar á conocer su magnitud y grandeza, reservándonos despues de esta rápida descripcion, visitar aisladamente sus principales edificios y puntos más notables.

Paris tiene cuatro barreras ó entradas principales, construidas segun los dibujos del arquitecto Ledoux, y nótase entre ellos un fino estilo que no carece de suntuosidad, belleza, y elegancia.

La barrera de la Estrella, situada á la extremidad Nord-Este de Paris, es la mas grandiosa y bella entrada de esta gran Ciudad. Napoleon hizo construir con ella en 1806 el arco de triunfo, monumento que le da un aspecto imponente y suntuoso.

Este arco triunfal, verdadera obra de mérito

y de arte, tiene 49 metros, 483 de alto, sobre 44 metros, 620 de largo; su costo ha sido de cerca de 10.000,000 de francos.

Adornan su frontispicio bellos bajos relieves, que representan los funerales de Marseau por Lamaire. El pasage del puente del Arco al puente de Arcole por Feuchères la batalla de Abonkin por Gurrie, y las vistas de la toma de Alejandria, y otras célebres batallas; todos estos bajos relieves son, como se ha visto, obra de célebres artistas, y por los recuerdos históricos que encierran hacen esta entrada de gran mérito é interes.

La corniza representando en finos bajos relieves la partida y vuelta del grande ejército, es obra de gran mérito, construida por cuatro notables escultores, 30 escudos colocados en el pórtico contienen las victorias ó hechos de armas, gloriosos todos para la Francia. sobre las bóvedas del arco hallánse inscritos los nombres de 700 generales del gran ejército que se distinguieron en las batallas de la República y del Imperio.

Otra de las barreras de Paris es la del Trono situada en la estremidad opuesta; adornan esta entrada dos grandes y monumentales columnas de piedra, sobrepuestas por las estatuas de San Luis y Felipe Augusto.

La barrera de Passy, aunque ménos suntuosa

que las otras, ostenta sin embargo, dos estatuas colosales, que descansan sobre sus enormes pedestales de piedra, representando á la bretaña y á la Normandia.

La barrera de Italia es la mas sencilla y la de ménos mérito, habiendo adquirido sin embargo, una triste celebridad desde 1848 por el asesinato del general Brea.

Ademas de estas barreras poseé Paris otras muchas puertas y arcos triunfales. El principal es el del Carroncel situado entre el palacio imperial de Tullerias y el gran palacio del Louvre: este arco fué construido segun el dibujo de Fontaine y Percier, tiene 14 metros de altura sobre 19 de ancho, y 65 de espesor: las esculturas representan diversos episodios de las guerras del Imperio. El carrucel de hermosos caballos en bronce es obra de Bosio,

La puerta de San Dionisio, que se haya en el boulevard á la estremidad de la calle de este nombre, fué construido en 1,672 por Bolondel en memoria del pasage del Rhin y de la toma de Matriché por Luis XIV; tiene 24 metros de altura.

La Puerta de San Martin, situada igualmente á la estremidad de la calle de este nombre, fué construida en 1,674 por Búllet despues de la toma de Besancon y de Limbourg por Luis XIV.

fué adornada por *Blondel*, tiene 18 metros de altura, y otros tantos de ancho, ha sido compuesta despues varias veces.

Tambien queremos hablar aunque sea ligeramente de las principales calles de Paris.

Las mas notables, las de mas fama por su extension y anchura, por la arquitectura de sus casas, ó por la riqueza, é importancia de sus almacenes, son la calle de Rivoli, que sin duda es la mas extensa y la mejor, la de la Paix, la Royale, la de Tronchet, la de Santa Honoré, la de Richelieu, Vivienne, y otras que no enumeramos, por no cansar al lector.

En estas calles, que son puede decirse las principales arterias del comercio, en este país esencialmente comercial, se hayan situados con un orden admirable los almacenes. Los objetos se encuentran colocados con un gusto y una gracia que dificilmente se halla en otro país, de manera, que aun las cosas mas comunes y de menor importancia adquieren un no sé qué, en los aparadores, que atrae y fascina la vista.

La arquitectura de las casas en estas calles es hermosa; algunas sobresalen por las estatuas y bellas fachadas con que están adornadas: en las construcciones modernas, comiencan á usarse los balcones, que por cierto dan un aspecto her-

moso á las casas, porque regularmente como el lector sabrá, en casi todos los puntos de Europa se estilan las ventanas y los balcones son una novedad, y están entrando ahora en moda. Esto nos agradó mucho, porque son muy superiores los balcones á las ventanas, se goza en ellos de mejor vista, respírase mejor, y presentan un golpe de vista mas elegante.

Pero sobre todo, las calles que llaman extraordinariamente la atención en Paris, y que puedo decirse peculiares de este país, son los Boulevards ¡qué avenidas tan bellas! ¡cómo se ensancha en ellas el espíritu! cómo se impresiona gratamente el corazón!

Cuando estuvimos en Paris, los principales boulevards partian de la plaza de la Bastilla hasta el templo de la Magdalena, sobre una extension recta de mas de una legua, que forma la mas grande y bella avenida de comunicacion que posee esta grandiosa ciudad: habia tambien algunos nuevos y estaban otros muchos en construccion; despues se han multiplicado dando á la ciudad un aspecto noble de belleza y magnificencia.

Los principales boulevards son los de la Magdalena y Capuchinas. El de los Italianos es notable por la hermosura de sus almacenes y de

sus bellísimos cafés; es uno de los paseos más elegantes, y uno de los sitios en que la animacion es perpetuamente extraordinaria. El Boulevard de Monmartre no es ménos animado, en él desembocan varias calles principales, lo cual contribuye muchísimo á su animacion.

Los Boulevards Poissoniere, San Dionisio y San Martin, son unos verdaderos mercados de flores ¡qué abundancia de ellas! ¡qué ramilletes tan bellos, tan graciosamente formados, tan llenos del aroma mas delicado y fino!

El Boulevard de Sebastopol, que se extiende desde la garita de Strasbourg hasta la barrera de San Jacobo, rivaliza ya con los antiguos: ¡qué bellas construcciones! ¡qué modernas! es un verdadero lugar de recreo.

Habia ademas otros muchos que estaban comenzados cuando los vimos, otros ya al concluir, y en todos se notaba la belleza de los antiguos, mejorada por las construcciones modernas, que se encuentran tan adelantadas y que presentan tan bellos golpes de vista.

Hay igualmente en Paris otra especie de calles, á las que se les da el nombre de Pasages, nombre que por cierto está bien dado por el destino y uso que se hace de ellas y lugares en que estan situadas.

Estos Pasages son calles estrechas con techo de cristal; de uno y otro lado hay tiendas muy bonitas y bien abastecidas, llenas regularmente de mil curiosidades; no se ven en ellas grandes almacenes, todas son pequeñas tiendas, pero elegantemente compuestas y de preciosa apariencia.

Los principales Pasages por su elegancia y extension son, la Galeria de Orleans, los Panoramas, Jouffroy, Vivienne, Colbert, de Lorme y algunos otros. Son muy cómodos sobre todo en tiempo de aguas, porque sin mojarse puede uno recorrer gran parte de la ciudad con mucha facilidad cuando se conoce bien su correspondencia, y sirven al mismo tiempo de gran distraccion, porque un paseo por los Pasages ofrece un posipo atractivo é interés.

Ahora nos vamos á trasladar con el lector, á las principales plazas de Paris para que con nosotros las conozca.

En primer lugar nos dirigimos á la plaza de la Bastilla, la cual tiene una columna en el centro, de 47 metros de altura, construida por Luis Felipe en memoria de los que murieron en el mes de Julio de 1830. Esta columna está sobrepuesta de una estatua de bronce dorada, representando el génio de la Libertad, y las víctimas de 1830 y de 1848, han sido enterradas en las catacum-

bas practicadas en su base. La estatua fué construida por Dumont y los bajos relieves por Barge. En el centro de la columna hay una escalera por la cual se puede ascender hasta la punta, y tiene 205 escalones.

La plaza es hermosa, espaciosa y de un gran interés histórico.

Trasladémonos á la plaza de la Bolsa, donde nada se encuentra de notable mas que este edificio; del cual haremos mas tarde la descripcion.

En seguida dirijámonos á la gran plaza de Paris, es decir, a la plaza de la Concordia, que es una de las mejores no solo de Francia, sino de la Europa entera: fué decorada por Gabriel en 1748 con los pabellones, abrió las fuentes, elevó las hermosas columnas del Hotel de la Marina y del Guarda muebles, que bastarian por sí solas para inmortalizar su nombre.

En medio de la plaza se eleva una estatua ecuestre de Luis XV, puesta sobre un pedestal adornado con cuatro estatuas, que representan la fuerza, la prudencia, la justicia y el amor de la paz.

En los tiempos del terror, el cadalso se levantó en esta plaza á la entrada de los campos Eliseos, y ella vió morir á Luis XVI y á Maria Antonieta, con otras mil ilustres víctimas.

En 1836 se colocó casi en el mismo lugar del cadalzo el obelisco de Lúcor, y bajo la dirección de Hittorf la plaza fué macademizada, rodeada de candelabros y adornada con dos hermosas fuentes, que tienen lindísimos juegos de aguas.

Cada uno de los pabellones ántes mencionados recibió la estatua de una de las mejores ciudades de Francia.

En 1852 se embelleció todavía más con hermosas avenidas de árboles, que se formaron á lo largo de los campos Eliseos y de las Tullerías.

Es imposible penetrar y recorrer esta plaza con indiferencia, y cada vez que el viajero la visita encuentra algo nuevo que fije su atención.

De la plaza de la Concordia pasamos á la del Hotel de Ville, la cual ocupa un lugar distinguido en la historia de Francia. Ella fué largo tiempo el teatro de los suplicios y de las ejecuciones capitales: vió morir á Ravallac, á la marquesa de Brinvilliers, á Cartandre, á Damiens, al marques de Farias, y á un gran número de víctimas de la revolución. Se ha engrandecido hace algunos años, y todas las casas que la rodean acaban de ser nuevamente construidas.

La plaza Vendome, situada á igual distancia de las Tullerías y de los boulevards, fué construida bajo el dibujo de Mansart en el reinado

de Luis XIV. En 1850, Napoleon colocó una columna acabada el 13 de Agosto de 1810. La estatua del emperador con *redingote*, y un pequeño sombrero, es obra de Seurre. La altura de todo el monumento es de 43 metros; diariamente se colocan en esta columna coronas de flores en memoria del emperador, del gran Napoleon I, glorioso héroe que tanto nombre dió á su patria.

A la entrada de este grandioso monumento, que todos los franceses ven con respeto y veneración, se hallaba frecuentemente un centinela que lo vigilaba durante el día y la noche.

La última y desastrosa guerra de la Francia vino á destruir esta columna colosal, obra de gran mérito artístico, pues llena de bajos relieves, allí estaban representadas todas las glorias de la Francia; y trofeo glorioso además, pues se hallaba construida con los cañones que Napoleon I habia quitado al enemigo en sus frecuentes victorias.

Apartémonos por un instante de todos estos gloriosos y artísticos monumentos, para conducir con nosotras al lector á dar un ligero paseo por los mas bellos jardines y parques públicos de Paris.

Desde luego se nos presentarán en primera lí-

nea los Campos Eliseos; á ellos es á donde queremos conducirlo, y creemos no le será desagradable.

Los Campos Eliseos se extienden desde la plaza de la Concordia hasta la barrera de la Estrella, ocupando un gran terreno convertido en un verdadero eden de delicias y de encantos. Lo primero que hiera nuestra vista es la grande avenida, formada frente á la hermosa fachada del Palacio de las Tullerías, y que tiene por término en la barrera de la Estrella el magnífico arco triunfal que conocen ya nuestros lectores. Esta espaciosa avenida rodeada de una y otra parte por los mas frondosos y bellos árboles, extasia la vista del viajero, que se pierde en su inmensidad, admirando la armonía que reina en ella y que divide en dos partes los Campos Eliseos, teniendo por uno y otro lado dos grandiosos y variados paseos.

Durante el dia se vé la hermosa calzada cubierta de carruajes y caballos que se dirigen al bosque de Boulogne, punto de reunion de lo mas escogido y bello de la sociedad parisiense: de una y otra parte de esta gran calzada se ven dos calles de árboles para los paseantes de á pié, cubiertas en parte de sillas, en las que mediante un sueldo el paseante goza del reposo, disfrutando á la vez de las delicias de paseo. Es inmenso

el concurso de personas que transita por esta gran calzada y sus pequeñas avenidas; en la primera es una línea interminable y doble ó triple de elegantes carruajes, ginetes, y amasonas; en las segundas, la multitud es tan compacta, que admira; hállanse por lo regular todas las sillas ocupadas, y un número infinito de personas van y vienen ante los espectadores. Las niñas que pasan rápidas á nuestra vista con sus ruedas ó cuerdas, los gritos de las vendedoras, la alegría pintada en todos los semblantes, el carácter francés propio siempre para la diversion y el contento, hacen de aquel sitio un punto de placer, donde huyen las sombras de la tristeza, siendo imposible no participar de la alegría y el contento, que reina á nuestro alrededor.

Apartémonos por breves instantes de aquel foco de animacion y de vida, para podernos internar en el seno de los Campos Eliseos y conocer sus delicias y encantos. Los pequeños bosquecillos, que encadenándose con seductora gracia forman este inimitable paseo, nos presentan una variedad inmensa: hermosas calles de árboles robustos y frondosos, amenos jardines matizados por las mas bellas flores cuyos perfumes embalsaman aquel suave ambiente, glorietas rodeadas de cómodos asientos, cristalinas fuentes

con los mas bellos juegos de agua, blancas estatuas; todo se halla allí reunido para formar el cuadro mas seductor, y extasiar la mirada del paseante. Al lado de los prodigiosos encantos de la naturaleza, y esparcidas ó diseminadas con caprichoso descuido, hállanse entre los árboles las flores, multitud de objetos destinados al placer y al recreo; encuentran allí los niños cuanto pueden apetecer para sus goces; pequeños carruajes que tirados por carneros recorren las frondosas calles ó avenidas; sitios de diversion donde se encuentran caballitos, buquecitos, títeres, y en fin, todas estas cosas que tienen tanto atractivo en la infancia. Hállanse todos estos puntos de recreo, llenos de niños y niñas, que con la sonrisa en los labios denotan el placer de su alma.

Puestos de juguetes y dulces, se encuentran tambien repartidos por donde quiera, y multitud de vendedores y vendedoras recorren por todas partes el paseo ofreciendo sus mercancías.

Durante la noche los Campos Eliseos són un verdadero Eden.

La iluminacion de gas brilla allí con una profusion admirable, al traves de los árboles, y al lado de las fuentes la concurrencia es numerosa, y un nuevo atractivo presta aun mas encanto á aquel lugar.

Además de los recreos de los niños, abiertos siempre á la multitud, hállanse repartidos á corta distancia unos cafés llenos de poesía, allí se encuentra cuanto se puede apetecer. Las mesitas de blanco mármol se hallan diseminadas bajo la sombra de los frondosos árboles en el centro del mas ameno jardin; una verja rústica cubierta de enredaderas limita el local ocupado por el pintoresco café; en el fondo se levanta un pequeño teatro, donde durante la noche tiene lugar un concierto, amenizado de cuando en cuando por ligeros bailes y cortas representaciones.

El que entra á tomar alguna cosa en el café tiene derecho, si quiere, á permanecer toda la noche, y el que nó entra puede oír desde la verja los acordes dulces del concierto; en estos cafés cantantes es donde mas que en ninguna parte se conoce el carácter frances, marcado perpetuamente en su música y representaciones.

Nosotras entramos varias veces á los cafés cantantes, pues encontrábamos un positivo placer en ir á los de los Campos Eliseos, y lo hacíamos con frecuencia.

Concluido el paseo de una y otra parte se hallan preciosas casas de campo con fachadas de palacios, habitadas casi todas por la alta aristocracia de Paris.

A la izquierda está situado el Palacio de la Industria, ante el cual se eleva una hermosa fuente de bronce, y á la derecha el Circo de Verano de la Emperatriz, que es tambien un precioso edificio.

Los Campos Eliseos, como podrá juzgar el lector, son durante el dia y la noche un punto donde se reúne todo lo que se pueda apetecer de bello y agradable en un lugar de recreo; el viajero se extasia en ellos, y los habitantes de la gran ciudad encuentran allí el mas ameno punto de desahogo.

Mas preciso es apartarnos de este eden, puesto que los otros jardines están reclamando nuestra presencia en ellos; trasladémonos ahora al de las Tullerías; allí tambien tendremos algo que admirar, y no creemos que el lector quedará descontento de acompañarnos, ó continuar con nosotras nuestro paseo.

El jardín de las Tullerías situado frente á la gran fachada del palacio de su nombre, á la que sirve de entrada, se halla rodeado de una hermosa reja de fierro, y lo separa tan solo de los Campos Eliseos la hermosa plaza de la Concordia que ya conocen nuestros lectores. Se construyó desde el tiempo de Luis XIV, bajo el modelo de Le Notre, su figura es hermosa, encierran dos

sitios cubiertos por las flores, mas esquisitas y multitud de naranjos. Al rededor se haya adornado con estatuas muy buenas, de escultores antiguos y modernos. Tiene tambien lindísimas fuentes, algunas muy grandes y á flor de tierra; allí los niños se entretienen jugando con pequeños buquecitos muy bien construidos, y que se manejan por medio de un iman.

En las tardes este jardín es el centro de reunion de todas las ayas, que conducen allí á los niños como hemos dicho ya; mientras estos juegan, ellas no pierden el tiempo, sino que siempre llevan consigo alguna labor de mano, como bordados, tejidos, etc. Es una animacion indescriptible la que se disfruta en este lugar todos los dias.

El jardín de Luxembourg, que es sin contradiccion uno de los mejores que encierra Paris, se halla situado frente al palacio del mismo nombre, que tambien visitamos, pero del cual hablaremos mas tarde.

En frente del palacio se extiende una hermosísima avenida, adornada á derecha é izquierda por las mas finas plantas del jardín botánico de la escuela de medicina, y va á parar directamente al observatorio.

A la izquierda del palacio se ven colinas ver-

des y cubiertas de flores, mas cerca, una hermosa fuente monumental, y mas allá una reja al travez de la cual se deja percibir la fachada del Panteon.

En el centro del jardin se hallan colocadas sobre buenos pedestales las estatuas de las mujeres mas célebres de Francia. A la extremidad de la grande avenida ántes mencionada, y que lleva por nombre "Avenida del Observatorio", se encuentra una estatua del mariscal Ney, que fué colocada en 1835 en el lugar mismo en que fué fusilado. Esta estatua es de bronce y obra de Budée. Tambien hay allí una hermosa fuente, formando arcos de flores y teniendo en el centro una estatua.

El jardin que mas visitamos, por tenerlo tan cerca, fué el del Palacio Real. Este aunque pequeño, es muy simpático y animado, se halla plantado con esmero, y animado en el centro con una hermosa fuente y un lindo juego de agua formando un bouquet de rosas. Al rededor hay buenas estatuas, graciosos y excitantes puestos de juguetes, bebidas frescas y golocinas. Tiene tambien asientos de fierro, portales, y un bello café en una de las extremidades.

Otra de las visitas que hicimos con gusto fué la del campo de Marte, el cual sirve para las re-

vistas y las maniobras de las tropas; es el campo mas grande de Paris. Tiene 900 metros de largo sobre 450 de ancho; cerca de él está la esplanada de los inválidos, que se extiende desde el cuartel hasta la escuela militar por la izquierda del Sena; es el paseo de la gente del pueblo, para la cual se construyen en las fiestas teatros, cafés, etc.

Hay además otros muchos jardines pequeños, pero bonitos y bien cultivados, con sus fuentes, estatuas y buenos asientos; entre ellos llama la atencion el del Louvre y el de la torre de San Jacobo.

Seria preciso emplear mucho tiempo en hacer la descripcion de todos, por lo cual nos contentamos solo con hablar de los principales.

Paris nos tenia encantadas, nos parecia que todo elogio era insuficiente para describir los gozes inmensos que se tienen en esta ciudad. Los dias se pasaban para nosotras con una rapidez extraordinaria, y allí lejos de desear la continuacion de nuestro viaje, sentiamos muchísimo cada dia nuevo, que al pasar precipitaba nuestra salida de la mas simpática de las capitales de la Europa.

En Paris no teniamos un momento de descanso, desde que amanecia hasta las doce de la no-

che, nos manteníamos fuera de casa, paseando y recorriendo siempre algo nuevo. Pero no por hacer la descripción de esta hermosa capital, echábamos en olvido el pobre manuscrito de Genaro, aun en medio del continuo movimiento en que nos hallábamos en París, le abrimos varias veces en los pocos momentos que teníamos de descanso.

Antes pues de continuar el relato de nuestros paseos, queremos dedicarle algunas páginas, que no creemos dejen de interesar al lector, como á nosotras sucedía.

CAPITULO XXVII.

Continúa la narracion del contenido de la cartera.

La narracion de Genaro continuaba así:

Gratas trascurrieron para mí las horas que pasé al lado de D. Mariano y su encantadora hija; el carácter franco y corriente de Clara me agradaba en extremo, y sus alegres y graciosas conversaciones apartaron de mi lado el velo de tristeza, que me seguía por doquier: mi generoso protector estaba muy contento aquel día, y yo no podía ménos que participar del que tenían mis buenos amigos.

Duraria como una hora nuestro delicioso paseo, y al fin regresamos á los perfumados jardines, entrando poco despues á la elegante habitacion.

che, nos manteníamos fuera de casa, paseando y recorriendo siempre algo nuevo. Pero no por hacer la descripción de esta hermosa capital, echábamos en olvido el pobre manuscrito de Genaro, aun en medio del continuo movimiento en que nos hallábamos en París, le abrimos varias veces en los pocos momentos que teníamos de descanso.

Antes pues de continuar el relato de nuestros paseos, queremos dedicarle algunas páginas, que no creemos dejen de interesar al lector, como á nosotras sucedía.

CAPITULO XXVII.

Continúa la narracion del contenido de la cartera.

La narracion de Genaro continuaba así:

Gratas trascurrieron para mí las horas que pasé al lado de D. Mariano y su encantadora hija; el carácter franco y corriente de Clara me agradaba en extremo, y sus alegres y graciosas conversaciones apartaron de mi lado el velo de tristeza, que me seguía por doquier: mi generoso protector estaba muy contento aquel día, y yo no podía ménos que participar del que tenían mis buenos amigos.

Duraria como una hora nuestro delicioso paseo, y al fin regresamos á los perfumados jardines, entrando poco despues á la elegante habitacion.

bamos el dia entero en visitar y recorrer alguno de sus muchos y preciosos alrededores.

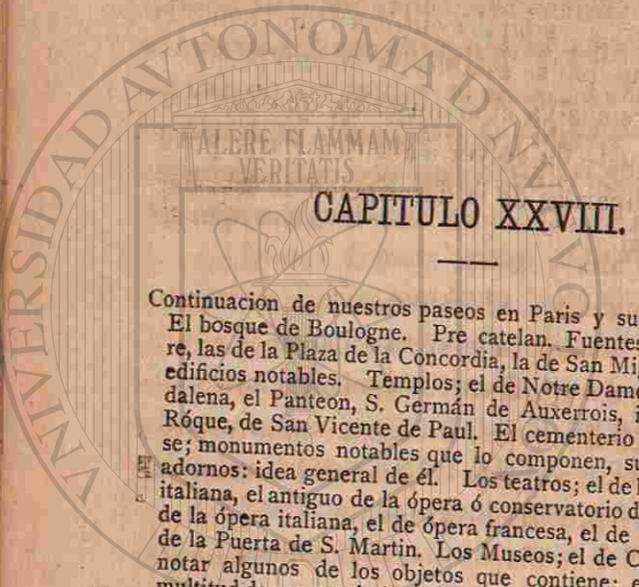
Nos levantabamos mas temprano que de costumbre, oiamos misa, y en seguida nos dirijiamos á la estacion del camino de fierro que era preciso tomar segun el lugar que escojiamos, para permanecer alli todo el dia, y que era ordinariamente alguna de las poblaciones mas notables que circundan á Paris.

Allí paseabámos, visitábamos lo mas notable que habia, comiámos y aprovechábamos el último tren para regresar á la capital; esto nos ocasionó muchas veces, mil inquietudes y trabajos, porque carga siempre el concurso á dichas horas y se hace difícil el regreso.

Uno de los domingos no salimos fuera de Paris por tener el gusto de ir al nombrado Bosque de Boulogne, que en los dias festivos se encuentra lleno de una inmensa animacion.

El bosque de Baulogne, situado sobre una especie de islote largo, era primeramente una guarida de ladrones y de vagamundos; Luis XI, Francisco I, Cárlos IX y Napoleon I construyeron varios palacios con avenidas y muros algunos de los cuales fueron destruidos con la revolucion.

Napoleon III, por un decreto de 2 de Junio



CAPITULO XXVIII.

Continuacion de nuestros paseos en Paris y sus alrededores. El bosque de Boulogne. Pré catelan. Fuentes, la de Moliere, las de la Plaza de la Concordia, la de San Miguel. Algunos edificios notables. Templos; el de Notre Dame, el de la Magdalena, el Panteon, S. Germán de Auxerrois, iglesia de San Róque, de San Vicente de Paul. El cementerio del P. Lachaise; monumentos notables que lo componen, su formacion y adornos: idea general de él. Los teatros; el de la nueva ópera italiana, el antiguo de la ópera ó conservatorio de música; otro de la ópera italiana, el de ópera francesa, el de Vaudeville, el de la Puerta de S. Martin. Los Museos; el de Cluni, se hacen notar algunos de los objetos que contiene; el de Louvre; multitud de compartimientos que lo forman, y objetos notables que contiene; el de las estatuas; la Venus de Milo, y otras pinturas que llamaron nuestra atencion. Museo de Luxemburgo; cuadro que representa la Prision de la Bastilla. Artistas que se ocupan frecuentemente en sacar cópias. Los Palacios; el de las Tullerias, su jardin, sus hermosos salones, su teatro y su capilla.

Como ya hemos manifestado, nuestra existencia en Paris era un continuo paseo; de manera que no podiamos haber aprovechado mejor nuestra permanencia en dicha ciudad. En los dominicosy dias festivos, era distinto hasta cierto punto nuestro método de vida, porque entonces emplea

de 1852, lo mandó trasformar en un delicioso bosque, y lo puso bajo la direccion del célebre arquitecto Varé Alfham ingeniero, y Barillet Dechamps jardinero en jefe. Estos lo convirtieron pronto en un parque inglés, siendo hoy uno de los mejores paseos de la Europa.

El lago inferior sobre el cual han hecho dos islas, á las cuales se llega por medio de pequeños botes, divididas la una de la otra por un puente de madera, presenta una hermosa perspectiva.

El lago superior, lo mismo que el inferior, se encuentran formados por una hermosísima cascada de la agua mas pura y cristalina, á cuyo solo aspecto se deleita la vista, se ensancha el corazón. ¡Es bellísima esta parte del bosque de Boulogne!

La Bouttemostemast hállase dominada por un cedro que tiene diez metros de circunferencia, cerca del cual hay una cueva misteriosa, bajo una roca y una cascada que tiene catorce metros de elevacion sobre sesenta de largo. Véanse tambien dos hipódromos destinados á la corrida de caballos, *steephe chases*, y existen todavia en este paseo dos torres, y el *pignon* ó parte delantera de una granja, últimos restos que han quedado de la hermosa abadía del largo campo, fundada hácia el año de 1256 por Isabel de Francia, herma-

na de San Luis, canonizado por Leon X en 1521.

Este bosque es una verdadera maravilla de arte y de gusto.

La tarde del domingo en que fuimos habia una animacion extraordinaria, veíanse carruajes de todos géneros, habia hermosísimas calesas, ricos equipajes, multitud de coches de sitio de la mas mala figura, muchísimas personas á pié, á caballo, en fin, era inmenso el concurso, y en todos los semblantes se notaba cierto aire jovial y de alegría, que indicaba que todas aquellas personas habian ido á ese paseo únicamente para gozar.

Varios grupos, como en nuestros países de América, se hallaban sentados sobre el fresco césped, y se entretenian comiendo y bebiendo alegremente.

Nosotras, aunque fuimos en coche, como supondrian nuestros lectores, nos bajamos en el bosque para poder gozar mejor de él, y recorrerlo en todas direcciones. Estuvimos bajo la cascada penetrando por el puente en la roca, y lo recorrimos todo lo mejor que pudimos. Cuando regresamos á nuestra casa, ya comenzaban las sombras de la noche á cubrir la tierra.

Una de las cosas mas notables que en él se encuentra es el *Récateban*, que es quizá el mas precioso jardin que posee Paris; hállanse en él reu-

nidas las diversiones todas, para que en pocas horas pueda uno gozar de ellas. Se vé rodeado este paseo de mil pequeños edificios de preciosa construcción, pero muy ligera, y en ellos se encierran las diversas funciones de conciertos, juegos, teatros, cafés cantantes, etc., etc.

Encierra también un pequeño pero muy bonito castillo construido con piedras y conchas del mar; en el centro del jardín hállase una preciosa fuente de cristal; las flores que más abundan en este bello sitio, son, la trinitaria, esa flor aterciopelada que encierra un significado tan hermoso, las camelias, las rosas, los claveles y las azucenas. Al derredor del bosque de Boulogne se agrupan algunos pueblecitos y castillos, cuya sola vista presenta un hermoso panorama.

Nos apartaremos algo de los paseos para dirigirnos al centro de la ciudad. Vamos á hablar brevemente al lector de las aguas de París:

Posee esta capital 33 fuentes monumentales, 69 fuentes públicas, 2779 fosos ó límites, 58 pozos de riego, 125 establecimientos de baños y 171 casas de lavar.

Las principales fuentes son la de Moliere, se halla situada en la calle de Richelieu, y fué construida en 1844 bajo el dibujo de Visconti; está frente á la casa número 34, donde murió Mo-

liere en 1673; la estatua de éste hombre célebre corona la fuente, siendo obra del escultor Seucrè; dos bajos-relieves, obra de Pradie, están á los lados de la estatua, á cuyo pié se derrama un elegante y bonito juego de agua.

Las fuentes de la plaza de la Concordia tienen una forma muy elegante, presentando el juego de sus aguas un hermoso golpe de vista. En el centro de la fuente, que es grande, se eleva una tassa que puede contar 17 metros de diámetro, sobre la cual dos nuevas tasses de menos magnitud hállanse adornadas todas de hermosas estatuas y figuras mitológicas, que arrojando agua por doquier, presentan los más seductores grupos.

Largo é inútil sería describir todas las fuentes de esta ciudad; las más tienen hermosos y vistosos juegos de agua, formando unas, grupos de animadas flores; otras, derramándose al pié de las estatuas; y otras con elegante sencillez, que las llena de atractivo. Mencionaremos sin embargo la fuente de San Miguel, situada en la hermosa esquina, que dá principio al bello boulevard de Sebastopol; es esta fuente en extremo elegante y vistosa; la estatua del arcángel con la espada en la mano se halla como incrustada en el muro, cubierto todo de los más finos bajos-relieves, el dragon que se encuentra á sus

plantas arroja torbellinos de agua, que extendiéndose despues con prodigiosa gracia, se precipita en la fuente que es toda de piedra, formando una elegante escalinata, en la que reflejándose los rayos del sol, brilla como el oro velado por el trasparente cristal de aquellas límpidas y cristalinas aguas.

En nuestros paseos de cada dia fbanse presentando á nuestra vista algunos edificios notables, que no pudimos recorrer interiormente, y que solo examinamos por fuera, por lo cual los mencionaremos aunque sea únicamente. Los principales y que mas fijaron nuestra atencion fueron estos: la Bolsa, la Casería de Napoleon y el guarda muebles.

Estos edificios son de muy buena arquitectura, y la Bolsa llama sobre todo la atencion por su doble columnata, sus buenas esculturas, y su elegante aspecto.

Paris posée igualmente un grán número de edificios de beneficencia, tiene muchos hospitales generales y otros especiales, hospicios, casas municipales de salud, etc., etc.

El Hospital de San Antonio es un bello y gran edificio, adornado con estátuas en su fachada principal.

La casa fundada por la Emperatriz en favor

de los jóvenes huérfanos, se haya perfectamente asistida segun se nos dijo.

Vamos ahora á recorrer ligeramente algunos de los templos mas notables. En primer lugar nos dirigiremos al Este, para penetrar en la catedral de Nuestra Señora de Paris. Este templo fué fundado por Mauricio de Sully, que fué el 72^o Obispo de esta Metrópoli; está fabricado sobre las ruinas de una antigua basilisca, construida por Childebert.

La primera piedra la colocó el Papa Alejandro III, y se celebró en ella la primera misa en 1185; sin embargo, la fachada no se comenzó, sino bajo el reinado de Felipe Augusto, hácia el año de 1220.

El exterior es verdaderamente sobresaliente, tanto por el elegante estilo de su arquitectura, como por el finísimo tallado de la piedra, que forma en este templo el encaje mas finamente bordado: llaman sobre todo la atencion las dos torres cuadradas de 68 metros, en las cuales el calado de las piedras admira; parecen sin embargo algo bajas, y mas de una vez se ha intentado aumentarles un piso: hay una galería exterior en la gran fachada, que contiene las estátuas de los mas notables reyes de Francia.

El frontispicio, terminado por una hermosa ro-

sa, se halla cubierto de las mas notables bajo-relieves, y las dos portadas laterales prestan á su exterior el aspecto mas suntuoso y elegante que el lector pueda imaginarse.

El interior no desdice en manera alguna de su exterior; tiene 126 metros 18 de largo, por 18 metros 77 de alto. Su piso es de mármol y el resto del edificio de piedra, embellecida con todo el poder del arte, y pulida cuidadosamente por la hábil mano del tallador, nótase desde el interior las hermosas rosas de la fachada, y los cristales mas finos con bellas pinturas adornan las ventanas, esparcidas en toda la extension del edificio.

Se ven en el interior del edificio los mas delicados bajos relieves del siglo XV, buenas esculturás, y algunos cuadros de inmenso mérito y valor, representando pasajes de la vida de Nuestro Señor Jesucristo y de María Santísima.

Llaman la atencion igualmente, las hermosas ensambladuras del siglo XVII, que contrastan desgraciadamente con el estilo general del edificio. El coro que contiene varios órganos es tambien muy notable, y desde este punto es donde mas se goza de la hermosa vista de aquel templo, del mas bello estilo gótico, y adornado por buenas estatuas.

Notre Dame honra á la Francia, y al contemplar en él la obra maestra de tantos genios, se dilata el pensamiento, remontándose hasta la época en que se construyó gran parte, de tanta antigüedad. ¡Cuántas generaciones habrán venido á postrarse [ante los altares de ese templo consagrados á la Madre de Dios! Todos han desaparecido, y hoy ya no existen las que hace un siglo llenaban sus espaciosas bóvedas! Así han visto sucederse dentro de sus espesos muros, una tras otra esas generaciones llenas de fé y de esperanza, y perderse los siglos en la eternidad! En su recinto se ha dado el bautismo y la sepultura á multitud de hijos que le han pertenecido! ¡Este es el destino de la humanidad!.....

La Magdalena es otro de los templos mas grandiosos de Paris, cuya primera piedra fué colocada el 3 de Abril de 1764 por la mano de Luis XV. Las muchas revoluciones que en esta época se sucedieron en Francia, no permitieron la construccion de este edificio, que fué concluido el año de 1833, por Mr. Huvé, á quien cupo la gloria de terminarlo. Su construccion importó la cantidad 13.071,000 francos.

El exterior es en extremo elegante, tiene forma de un cuadrilongo, sostenido al rededor por

una hermosa columnata de orden Corinto, que hace resaltar la belleza del edificio; hállase aislado, y una hermosa escalinata conduce hasta su pórtico. La fachada principal sostenida por un doble orden de columnas, se halla decorada con un magnífico frontispicio, obra de Lemaire, y sobre el cual se lee esta inscripción: «Al muy Poderoso, Bueno y Grande, bajo la advocacion de «Santa María Magdalena.»

Las puertas son de bronce, cubiertas de los mas finos bajos-relieves, representando pasajes bíblicos, obra del notable Triquetti. La doble columnata, que se extiende por las cuatro partes de edificio, le dá un aspecto de suntuosidad inmenso la arquitectura griega, marcada allí en su mayor pureza, nos hacia recordar las grandezas de una nacion tan reducida hoy, y relegada ya, por decirlo así, en las regiones del olvido. Incrustadas en los muros nótanse multitud de estatuas, figuras de los santos y santas del catolicismo: la hermosa cúpula, coronada por una cruz de bronce; se eleva tambien airosa y elegante, sostenida por una hermosa columnata del mismo orden, y adornada tambien con buenas estatuas.

El interior del Templo iluminado solo por el techo presenta sus muros cubiertos de buenas

pinturas, finos dorados y ricos mármoles, que forman la decoracion mas suntuosa.

La gran composicion alegórica, que decora la cúpula, es un hermoso fresco, obra de Teigler, y representa todos los soberanos de la Francia prestando homenaje y respeto á la religion católica. Las figuras están perfectamentente destacadas, el cuadro presenta grupos vivos y variados; el colorido es muy bello, y desde luego se nota en el conjunto la mano práctica del buen artista.

Las otras pinturas que se ostentan en el Templo son tambien de mérito, obra de los buenos pintores de la escuela francesa.

Las estatuas de blanco mármol que adornan la cúpula son hermosas; pero lo que realmente fija la atencion, es el grupo que forma la Asuncion de la Virgen, en mármol de Carrara, que se ostenta en el altar mayor, esta notable escultura es tambien obra de Marocheti.

Este lujo de esculturas y de buenas pinturas nótese igualmente en sus varias capillas. Las pilas de agua bendita son de alabastro y están perfectamente cinceladas.

El exterior del edificio es todo de piedra, y en el interior brillan los mas finos mármoles, y se haya decorado con suntuosidad.

Con positivo placer y secreta satisfaccion re-

corrimos todos estos santuarios erigidos en honor del que todo lo puede, y á quien todo es debido, halagándonos en extremo ver esa suntuosidad en los templos del Señor.

De la Magdalena, nos trasladaremos al Panteon nombrado hoy templo de Santa Genoveva y que merece sin duda fijar nuestra atencion.

Las muchas revoluciones de Francia, arrancaron repetidas veces esta iglesia á los católicos, es- rableciendo en ellas diversos cultos. Al fin, por un decreto de Diciembre de 1851 se restablecieron sus derechos de iglesia patrona de Paris, y volvió á consagrarse definitivamente, al único culto real y verdadero, al del Dios tres veces santo, al catolicismo á que antes habia pertenecido.

Esta Iglesia es una de las mejores que posee Paris; antes de penetrar en su interior, nos detendremos examinando su exterior. Sus 22 columnas, que sostienen un fronton sobre el cual David Dangers representó la patria, distribuyendo sus recompensas, al talento, al valor y á la virtud, son bellísimas; solo se reconoce un busto que es el del general Bonaparte ó de Napoleon I.

La cúpula, que domina á la vez el edificio y la ciudad por su elevacion, es un verdadero prodigio de atrevimiento. Se advirtió despues de la construccion que no habia quedado muy sólida, y

Suofflot, su ilustre arquitecto murió del pesar que esto le causara.

Despues se encontró un remedio fácil á la imperfeccion de su obra, y la cúpula ahora se haya sostenida por poderosos contrafuertes, por lo que no ha perdido nada de su belleza, y ha adquirido solidez. Gros ha pintado en la cúpula una apo- teosis de Santa Genoveva que es una verdadera obra maestra.

Penetremos en el interior del espacioso templo que desde luego llama extraordinariamente la atencion, porque en el todo es arte, ingenio, talento. Las cuatro pinturas frescas, que decoran los ángulos bajo la cúpula, son de Geniard.

Los altares, los labrados del coro, y los demás ornamentos que tiene el templo, son obras de diversos artífices que á porfia trataron allí de hacer brillar su ingenio.

En 1848, esta iglesia fué maltratada por las balas y bombas que se arrojaban contra los pronunciados, que se habian fortificado en ella.

Uno de los templos que visitamos no solo una vez, sino muchas veces, porque en él oíamos la misa casi todos los domingos, era el de San Germán l'Auxerrois, construido bajo Felipe el her- moso en los primeros años del siglo XIV.

El vestíbulo que precede á la fachada es mucho mas reciente, y últimamente se ha decorado con pinturas arcaicas por Moter. El ángel del juicio, que corona el edificio es de Marcoretti. El interior, aunque algo sombrío, no deja por eso de ser hermoso, la reja del coro, las pilas de agua bendita están bien trabajadas, con esculturas que les dan buen aspecto.

La campana de San Germán l'Auxerrois fué la que dió la señal de la carnicería de San Bartolomé en la célebre noche del 24 de Agosto de 1572.

En 1831 el interior de esta iglesia fué saqueada; San German l'Auxerrois trasformado entonces en comisaria del barrio 46, fué desde luego restituido al culto en el año de 1838.

La iglesia de San Roque se halla situada en la calle de Saint Honoré; aunque en 1653 fué cuando se puso la primera piedra para su construcción, ésta no se llevó á efecto sino hasta 1712, durante la regencia del duque de Orleans.

El financiero Law dió el dinero necesario para concluir la. Se construyó segun el dibujo de Roberto de Cotte. Los oficios divinos se celebran con una pompa extraordinaria en este templo, que por cierto es una de las parroquias

mas ricas de Paris. Lo que en él mas llama la atencion es el púlpito; algunos cuadros muy buenos, la tumba del Cardenal Dúbois, el Busto de Mignard, otro de Le Notre, y los sepuleros de Pedro Córneille, de la señora Deshoulieres, del Presidente Henault y del Abate l'Epeé.

San Vicente de Paul comenzado en el año de 1824 por Leperé y concluido por Hitorf es muy hermoso; un anfiteatro de escalones de piedra conduce de la plazade La-Fayette hasta el pórtico de este templo, adornado de hermosos bajos relieves, y de dos torres cuadradas. La pintura exterior representa á la Santísima Ttrinidad. El interior se halla decorado con gran riqueza; las pinturas de que están cubiertos los muros, son de Flandrin y Picot; el hermoso calvario en bronce que se halla colocado sobre el altar mayor, es obra de Rude. Los trabajos en madera del coro y las vidrieras del mariscal de Metz son dignas de atencion. Las pinturas representan varios pasos de la pasion de nuestro sublime Redentor. Tiene este templo 80 metros de largo, sobre 37 de ancho.

Llegariamos á cansar al lector, si le fuésemos citando uno por uno los muchos templos que posee la hermosa ciudad; creémos haber mencionado ya los mejores y mas notables; réstanos decir

que lo que en ellos llamó extraordinariamente nuestra atención fué el respeto y devoción de los fieles: ¡oh, no hablamos en manera alguna con exageración! pero es verdaderamente digno de elogio el modo con que en Francia los católicos asisten á la Iglesia. En toda Europa se va al templo únicamente por alabar á Dios, por cumplir con los deberes de cristiano; pero ¡qué seriedad, qué recogimiento se nota bajo esas bóvedas veneradas! allí no se va, como desgraciadamente sucede entre nosotros, por pasatiempo, por diversion, por ver gente; no, motivos tan frívolos é improbables se dejan en la entrada del santuario. La criatura se penetra del pensamiento saludable, de que va á ponerse en la presencia de su Criador, que le va á rendir en aquellos momentos el tributo debido á esa magestad inmensa. Entra como un siervo á la casa de su Señor, y le ocupa también el pensamiento, de que es hijo y que se halla en la presencia de su padre! Este dulcísimo título, en vez de darle alas, como vulgarmente se dice, para tener una confianza mal entendida, que llega hasta hacerle insultar á ese amoroso padre, no le presta más que amor, ternura, caridad inmensa.

El alma del verdadero católico siempre experimenta movimientos divinos á la entrada de un

templo; pero cuando en él se respira la devoción y el recogimiento, puede elevarse en espíritu, á esa mansion de los bienaventurados, de la cual el templo le ofrece ya una débil idea; ¡oh, es sublime, es bellissimo ese lugar en el que el católico se siente impresionado por la pompa grandiosa del culto, y por el fervor y devoción de los fieles!..... Se enristece el alma y se llena de congoja el corazón, cuando no encuentra el recato debido en el santuario, como se ve frecuentemente en nuestros templos.

Si no se concurre á la Iglesia con el único y exclusivo objeto de alabar á Dios, mas vale no ir á ella; así se evita al ménos el desacato, la irreverencia en la casa del Señor. ¡Ojalá, en los templos el cristiano solo en su Dios pensase, no tendrían los protestantes entónces la audacia de echarnos en cara nuestra irreverencia, nuestro mal comportamiento en la casa del Señor, tan distinto por cierto del que ellos tienen; porque preciso es confesar para nuestra confusión que entre los protestantes no se notan los escándalos que por desgracia han acaecido en algunos de nuestros templos. ¡Oh esto es vergonzoso, y quera el cielo permitir, que pronto se destierre todo abuso en el pueblo católico, para que con el

ejemplo, acallemos la murmuración, y nos manifestemos superiores á todos, en el culto.

Concluidos ya los templos, pasemos á hacer una ligera visita á los cementerios de Paris.

Al primero á que nos dirigimos fué al del P.^e Lachaise, cuya fama debe haber llegado ya á vuestros oídos.

En la edad media, el lugar del cementerio actual, entregado al cultivo, se llamaba el Campo del Obispo. Mas tarde, en 1347, un rico paisano de Paris llamado Regnault lo compró, haciendo construir en él una habitacion sumamente suntuosa, que no se le daba otro nombre que el de "*La Locura de Regnault*". Bajo Luis XIV. los Jesuitas recibieron en don esta propiedad, y le pusieron por nombre El Monte Luis, convirtiéndolo en el lugar de su residencia y sociedad. Su superior era entónces (1705). el célebre padre Lachaise, confesor del rey, el cual engrandeció y embelleció mucho este local. Despues de la expulsion de los Jesuitas en 1763, el Monte Luis, cuya venta sirvió para pagar una parte de las deudas de la comunidad, pasó por varias manos, pero sin perder nunca el nombre del padre Lachaise.

En 1804 fué comprado en 160,000 francos

por Frochot, prefecto entónces del Sena, y se trasformó en un cementerio segun un decreto de Napoleon; Brongniart fué encargado de arreglarlo á su nuevo destino.

Los trabajos se hicieron con tal actividad, que á los pocos meses se pudieron trasportar allí los cadáveres de ilustres personajes.

El cementerio del Padre Lachaise tiene un doble destino como todos los otros cementerios de Paris, y es, por decirlo así, el asilo necesario de todo el que fué rico, poderoso y célebre, pues la misma muerte tiene su aristocracia, ó diremos más claramente, quiere separar á los altos personajes, aun en el sepulcro, de la masa comun.

Este cementerio no entristece al verlo, al contrario, visto bien y sin la multitud de sepulcros que lo cubre, se le tomara por un hermoso jardin, donde el placer por doquier se respira, donde el corazon se dilata gratamente: por todos lados se ven árboles frondosos, sitios llenos de hermosas flores, cuya fragancia y aroma embalsama el ambiente é impide que se sienta el mal olor que pudiera desprenderse de los cuerpos que el tiempo descompone. Está cruzado por mil distintas avenidas, cubiertas de roja arena, y cuando se llega á la que lo corona, se descubre repentina-

mente una hermosa y grandiosa perspectiva sobre París y sus alrededores.

No se puede dar un paso sin encontrarse con el sepulcro de algun célebre personaje, y los hay muy suntuosos. Allí yacen los hombres más grandes de Francia, desde los infortunados amantes Eloisa y Abelardo, hasta los hombres más notables de la época, se ven allí en una serie no interrumpida de sepulcros.

Algunas obras de primera clase fijan desde luego la atención del hombre de gusto y del artista.

David de Angers ha construido en este lugar multitud de monumentos destinados á perpetuar la memoria de grandes personajes.

Se detiene uno ante el sepulcro de Ludwig Borne, sobre cuya lápida David escribió un elocuente llamamiento á la fraternidad de los pueblos.

No hay tumba, por simple que sea, que no tenga, ó una cruz sobre un pedestal, ó un ángel en actitud de oracion, ó alguna otra escultura alegórica, ó alguna inscripcion. En casi todas se ven flores que las rodean, y coronas fabricadas por los deudos, con las cuales vienen á adornar esas sepulturas para honrar á sus finados, y dedicarles los recuerdos que guardan en sus corazones.

Otra costumbre por cierto muy comun en Pa-

ris, es la de colocar sobre la losa funeraria, ó bien en el barandal que rodea el sepulcro, ó en el centro, el retrato en fotografía iluminada del difunto que se encierra en aquel lugar. A nosotras francamente nos llamó agradablemente la atención esta costumbre, porque así, el que visita un cementerio se interesa mas íntimamente por los restos que en él se encierran.

¡Cuántas veces la dulce figura de una jóven, la tierna é infantil fisonomía de un niño, el respetable y virtuoso semblante de un anciano, cautivan en un instante nuestro cariño, y en ese mismo momento elevamos al cielo por ellos nuestras súplicas. ¿Y á qué se debe esta simpatía por los que ya descansan en la tumba? á la costumbre de colocar sobre la losa funeraria la imágen del que allí descansa

Los sepulcros de la aristocracia se hallan formando calles y grupos; algunos se ven aislados y como apartados de la multitud!... la forma de estos mausoleos es generalmente la de una capilla, de mármol blanco ó negro, de fina piedra ó de granito: véanse capillitas de todos los estilos, perfectamente cinceladas en su exterior, y adornadas con estatuas y hermosas lápidas, en el interior reposa el cadáver al pié del altar, una lám-

para de oro, plata, bronce ó cristal pende del techo; en el adorno de estas capillas brilla más ó ménos lujo y suntuosidad. Una reja de fierro guarda su entrada, y la llave se halla siempre en poder de la familia del finado.

Reinan todos los estilos en estos pequeños monumentos, que forman una perspectiva grandiosa; pero las construcciones góticas son las que se marcan con más frecuencia, y con razon á la verdad, porque el aspecto imponente de esta arquitectura presta aún más severidad á la soledad de un sepulcro.

Los otros monumentos no guardan entre sí la misma armonía; hay algunos de gran mérito artístico y de gloriosos recuerdos, y otros magníficos en los cuales reposan los restos de grandes héroes: éstos por lo comun se hallan aislados en lo alto de alguna colina y rodeados de barandales de fierro, enlazados de flores y verdes hojas.

Los monumentos, por lo regular, son de mármol ó piedra, con las formas más artísticas y elegantes, coronados de hermosos grupos y adornados con alegorías y buenos bajo relieves.

Los sepulcros de los pobres, se hallan en una extensa capilla á la entrada del cementerio, y no carecen de adorno y de interés.

Apartado de los otros, y en el seno de un bos-

quecillo de llorones, se halla un sepulcro; no es un grandioso monumento, y sin embargo á él se dirigen todos los pasos: una reja de fierro lo guarda, y á su pié se extiende la siempreviva y la madre selva: el mausoleo es de piedra, representa una gran lápida, y sobre ella se ven juntos dos cadáveres: el de un hombre y el de una mujer!.... Al pié de ese sepulcro van todos los amantes á derramar sus lágrimas; grabados en la piedra sepulcral se ven mas de cien nombres; nosotras tambien pusimos allí los nuestros, contemplando conmovidas el sepulcro de aquellos desventurados amantes, que separados en la vida, quisieron estar unidos en la muerte!..... Ya el lector habrá comprendido de quién es aquella sencilla tumba, á la que todo extranjero consagra una visita, de la que todos arrancan una flor en su recuerdo!.... Aquel sepulcro es el de Eloisa y Abelardo, de aquellos desventurados amantes cuya historia es bien conocida!..... Nosotras nos detuvimos algunos instantes, arrancamos algunas flores, y dejamos caer otras sobre su lápida, y en seguida nos apartamos de aquel sitio.

El aspecto que presenta el cementerio en general es bello, arrebatador!.... el conjunto de las verdes colinas, de las frondosas avenidas, en las que se destacan los fúnebres monumentos, la

cristalina agua de los arroyos que corren al pié de las sepulturas, serpenteando entre la rica alfombra de verde césped y esmaltadas flores, la sombría soledad de aquella ciudad de la muerte, el aspecto imponente de sus árboles seculares, el silencio interrumpido solo por el trino dulce de las aves; todo allí se reune para impresionar al viajero, presentando los panoramas mas bellos y los cuadros mas patéticos y sublimes!..... Nosotras nos hallábamos fascinadas en aquel cementerio: si Brooklin nos habia impresionado, el Padre Lachaise habia causado en nosotras sensaciones que la mano del tiempo jamás podrá borrar.

Vamos ahora á pasar por una de esas transiciones tan frecuentes en un viajero; del seno de la muerte nos vamos á trasladar al foco de la vida, y de la soledad de un cementerio al centro de la animacion, recorriendo los mejores teatros de Paris, pues no describimos ya otros cementerios, porque esto seria fatigar la atencion del lector, y porque todos son inferiores al del Padre Lachaise.

El teatro de la Opera Italiana, que estaba construyéndose, es una obra realmente maravillosa: encuéntrase situado en un local separado, lo que hace resaltar mas su belleza, pues se contempla

el edificio aislado; su hermosa fachada, que da frente al punto de donde nace la calle de la Paz, es de mármol perfectamente cincelado; el grandioso pórtico está sostenido por columnas, y estas en otros puntos de la fachada, junto con las estatuas alegóricas que coronan el edificio, y sus demas adornos, le dan un aspecto lleno de elegancia y de suntuosidad; sobre la corniza, que por decir así, lo termina, se hallan colocados en intervalos los bustos en blanco mármol de los génios de la música, brillando en primera línea los nombres de Verdi, Rossini y Donizetti. El edificio ocupa casi una manzana en cuadro.

Cuando nosotras pasamos se hallaba en construccion, y solo pudimos juzgar de su grandiosa fachada; en el interior del teatro dicen que brilla el mayor lujo y elegancia, que está adornado con gran magnificencia, que su forma es muy hermosa, y que todo su conjunto respira un aire realmente notable, de grandeza y de suntuosidad.

No pudimos penetrar en el interior, pues á nuestro paso para San Petersburgo aun no estaba concluido, y no se permitia la entrada. El gran Teatro de la Opera ó el Conservatorio de Música es un hermoso edificio donde hay representaciones tres veces por semana; reina gran

armonia en el adorno de lo interior, y su aspecto exterior es agradable.

El Teatro de la Opera Italian se halla situado en la plaza Ventadour. Su fachada, aunque no es grandiosa, sí agrada: su pórtico está sostenido por columnas: estuvimos en él una noche para juzgar de la concurrencia y de la representación. La forma del edificio es casi redonda, tiene cinco pisos, y se halla distribuido en palcos y galerías salientes, descubiertas: el adorno del teatro es agradable y guarda gran uniformidad; notamos en el techo hermosos frescos, que iluminados por las mil luces que brotan de un magnífico candelabro, dan á conocer la animación de sus figuras y la viveza de su colorido: la orquesta era magnífica, dirigida por Straus, y la compañía, como puede imaginarse el lector, una de las primeras.

Dábase aquella noche la «Traviata», y el teatro se hallaba completamente lleno: notábase un positivo lujo en las señoras, y la gracia francesa hacía allí resaltar toda la hermosura y todo el atractivo de la mujer; los semblantes se veían radiantes de alegría; el patio estaba enteramente lleno; era la aristocracia de París la que estaba allí reunida; el conjunto era realmente seductor.

Nosotras admirábamos aquella gracia, aquel atractivo, aquel *chic* peculiar del carácter fran-

cés: brillaban en los palcos las jóvenes más seductoras, con una sencillez que encantaba, mientras á su lado deslumbraban por su lujo y riqueza las señoras casadas y de edad. Recorriamos con nuestros gemelos los palcos y las galerías, cuando comenzaron los dulces acordes de la música; olvidamos entonces la concurrencia, y nos entregamos tan solo al arte.

Los artistas estuvieron sublimes en aquella noche; la Patti, esa celebridad moderna que ha alcanzado tantos triunfos y arrancado tantos aplausos, nos hizo admirar el timbre dulce de su voz, y sus argentinos y sonoros trinos; tiene una vocalización muy clara, y el juego de su garganta es admirable: la Patti, además de ser una artista de gran mérito, es una joven simpática; su figura la favorece mucho, y es completa la ilusión que produce en las tablas.

El Teatro de la Opera Francesa está situado en la plaza de los Italianos; su aspecto, tanto interior como exterior, es agradable, aunque no se nota gran lujo y suntuosidad; la noche que á él concurrimos estaba completamente lleno, y aunque la compañía que allí funcionaba era de primer orden, nos agradó mucho más la de los Italianos; para la música, el país supremo es la Ita-

lia, y para la ópera, ninguna iguala nunca á la italiana.

El Teatro del Baudeville está situado en la plaza de la Bolsa; su fachada es agradable y tiene un pórtico de hermosa apariencia: su interior se halla adornado con gran sencillez; nótese sin embargo algunos frescos buenos y hermosos en el techo; su forma es casi redonda y el local que ocupa bastante reducido: los palcos son estrechos, y como en la mayor parte de los teatros de París, precedidos por galerías descubiertas. La concurrencia era numerosísima, pero nada de lujo se veía en ella, y extrañamos ver comer en el interior del teatro naranjas y otras frutas, cosa que en extremo nos desagradó. La compañía que allí trabajaba era de las primeras de París; dábase *la Familia Benoiton*, y como esta pieza es una crítica muy ingeniosa de las costumbres parisien- ses; estuvimos muy contentas y divertidas.

El teatro de la Puerta de San Martín, está situado en el boulevard de su nombre; su aspecto exterior sin ser grandioso, es elegante; es uno de los teatros mas grandes de París; su forma es mas bien larga; hállase adornado con gusto y los hermosos frescos que decoran el techo iluminados por la luz del gas, presentan los mas bellos grupos y risueños panoramas.

El foro es igualmente grande, y las decoraciones que posee, en pocas partes podrán tener semejantes. Son cuatro los pisos que tiene, y se hallan, aunque con alguna estrechéz bien compartidos. La pieza que vimos fué la de la *Biche au Bois*, pieza que se habia representado ya en ese teatro, mas de trescientas veces seguidas; los trajes se habian tenido que renovar varias ocasiones, y esto prueba que el concurso de extranjeros es extraordinario en París, cuando puede repetirse uno, dos y tres años una misma pieza todas las noches, y el teatro se encuentra sin embargo lleno.

Cuando nosotras concurrimos, no habia lugar para una sola persona más; es verdad que esta pieza es muy hermosa y de un aparato sorprendente. Las decoraciones son buenas y los trajes ricos y apropiados; pues como sabrá el lector, con ellos es preciso imitar al reino vegetal en sus legumbres; al reino animal en sus peces; y otra multitud de trajes de capricho, muy costosos y variados.

El personal que se ha empleado para todo esto, es numeroso, así es que un buen fondo se necesita para poder representar y montar esta pieza, con el lujo que ella requiere. Además las decoraciones teatrales son espléndidas, se le figura á

uno, el hallarse en uno de esos palacios encantados de hadas, de que se habla tanto en «Las mil y una noches.» ¡Oh, como otras eramos tan niñas, jamás podremos olvidar las gratas sorpresas que nos produjo esta representacion cuyo recuerdo permanece aun muy fresco en nuestra memoria!

Salimos esa noche del teatro, como á la una de la mañana; habiamos entrado como á las ocho, de manera que permanecimos sobre seis horas, viendo el sorprendente espectáculo que tanto nos entretenia y agradaba.

Paris posee veintisiete teatros principales de distintas diversiones, sin contar el magnífico de la Opera, que aun no estaba concluido cuando estuvimos allí: todos son muy concurridos y en algunos hay bastante lujo; en otros, sin embargo se acostumbra el traje de ciudad.

Durante nuestra permanencia en Paris, puede decirse que no desperdiciamos una sola noche, y en casi todas, recorriamos algun nuevo teatro; de manera que los de primer orden los vimos todos; en los de segunda clase nos faltaron muchos, porque existen algunos á que no pueden concurrir las personas que se estimen en algo.

Despues de hablar de los teatros, vamos á ocuparnos algo de los museos. El primero que visi-

tamos, fué el de Cluny, el cual es la antigua casa de los Abates de este mismo nombre. Fué comenzado en el siglo V y terminado por Jacobo de Amboise.

Hay en él una rica coleccion de objetos de la edad media y del renacimiento; de los que el estado hizo la adquisicion: llama sobre todo la atencion, la sala Dusommerard y la Capilla. La primera se encuentra ricamente adornada con decoraciones de armas y trofeos, armaduras completas de los personajes más ilustres de los tiempos antiguos; y la segunda llama la atencion, por su arquitectura, sus buenos cuadros, sus bajos-relieves y adornos muy antiguos.

Las otras salas, se encuentran llenas de ornamentos, ídolos egipcios, modelos de buques, piedras y conchas del mar muy diversas y raras, muchas de ellas; pescados, y animales disecados; monedas de varios paises, desde los tiempos mas remotos hasta nuestros dias; manuscritos muy antiguos, esculturas tambien antiguas y por último, gran número de antigüedades de todo género, y de casi todos los paises del mundo.

En uno de estos salones se halla todo lo perteneciente á Napoleon, sus carruajes de paseo y de viaje, sus vestidos, sus espadas, sus armaduras. Vimos en otros salones estatuas vestidas, repre-

contando á la reina María Luisa, Teresa de Austria y toda su familia. El edificio de este museo, en el tiempo en que nosotras lo visitamos, se hallaba casi en ruinas, y muchos lugares por donde penetramos eran por cierto bien peligrosos; quizás hoy se halla ya del todo restaurado.

Cuando hubimos concluido de recorrerlo todo, bajamos al jardín, en el que la buena distribución de las plantas, las estatuas que lo adornan y sus hermosas fuentes y bonitos asientos, lo hacen agradable y le prestan atractivo.

Después que hubimos recorrido todo, salimos de este museo que habíamos visitado con interés, por las muchas antigüedades que encierra y los recuerdos históricos que evoca.

Otro de los que vimos muchas veces, fué el museo del Louvre, que lo teníamos bien cerca y se halla abierto todos los días, excepto el lunes. Contiene 11 diferentes comparticiones, porque es sumamente extenso, como verá el lector. En el primer piso hay una serie de salones en los cuales se encuentran bien colocadas las esculturas antiguas: solo hablaremos de las que más llamaron nuestra atención.

Entre las estatuas enumeraremos la Vénus de Milo, encontrada en 1820 en la isla de Milo ó Melos: es una obra verdaderamente maravillosa,

por la naturalidad, belleza y expresión de sus formas: nos detuvimos algún tiempo para contemplarla, lo mismo que ante la Diana cazadora, y las otras obras clásicas.

Luego penetramos al tercer compartimiento, destinado á las esculturas modernas, entre las que se distinguen Alejandro y Diógenes, por Puget; el Amor y Poyché, por Cánova; y el Niño en la tortura, por Rude.

Dejamos este salón para recorrer el museo Asirio, que contiene una buena colección de estatuas y costumbres; y el del Asia Menor, en que se ven jarrones, losas y cubiertos antiguos.

En el museo Egipcio fijamos mucho la atención en su colección de momias, ídolos y estatuas, admirando el procedimiento de que se hacía uso en aquella época para conservar los cuerpos, que parecían sustraídos de la acción del tiempo en el trascurso de tantos siglos. Esto revela el adelanto que ya existía desde entónces en las ciencias y en muchos de sus ramos en aquellas remotas regiones, puesto que á pesar de los grandes esfuerzos que se han hecho en este siglo, llamado *de las luces*, para poder conservar de la misma manera los cadáveres, no se ha podido lograr en el embalsamamiento la misma perfección que ellos tenían, porque hablando francamente, es cosa dig-

na de admiracion la contemplacion de una mómia egipcia: en ella se conserva todo tan bien, que hasta el cabello, que tan fácilmente desaparece, permanece fuertemente unido al cráneo, á pesar del tiempo que todo lo destruye.

Penetramos despues en el museo de Argelia, que contiene colecciones extensas de menedas, medallas y vasos; y luego subimos al primer piso, destinado á las pinturas y dibujos de toda especie: grabados, antigüedades griegas, romanas y egipcias, y los salones en que se ven los vasos, joyas, estatuas y bustos de los países ya mencionados: muchos de estos objetos se hallan casi todos destruidos, pero gusta uno el verlos aunque se encuentren en ese deplorable estado, porque en ellos se descubre el génio del hombre en sus primeras invenciones.

Mucho hay que admirar entre las pinturas, tanto de autores antiguos como modernos, de gran celebridad; y en el museo que tiene por nombre de los "Soberanos," véanse, entre otras cosas, los libros, espada, corona y ropa de San Luis rey de Francia; el sombrero, ropa, armas y la rica silla de montar del Gran Napoleon Bonaparte, y multitud de otros objetos históricos de los soberanos de la Francia; algunos de ellos están muy

deteriorados, pero no por eso excitan ménos el interés.

Penetramos en seguida en la galería de los cuadros, y tuvimos ocasion de admirar el salon de honor, que es cuadrado; posée las obras maestras más preciosas de los más insígenes profesores de Italia, Francia y España: allí se encuentran la Virgen de Rafael, la hermosa jardinera, la reina Tomyris haciendo nadar en la sangre la cabeza de Syrus, por Rubens; y de la escuela francesa, el naufragio de Medusa, por Géricault, haciéndose notar la expresion del terror pintada en todos los semblantes.

En la galería de Apolo es notable la pintura, en que éste aparece vencedor de la serpiente.

Los demás salones están llenos de cuadros en los que siempre se encuentra algo que admirar.

La pintura es una de las artes que más delicia causa; para los que se dedican á ella las horas vuelan, y la imaginacion, enteramente absorta en la contemplacion del lienzo, que momentáneamente va adquiriendo tanta viveza, no puede ocuparse de otra cosa. La vida del pintor está concentrada en el lienzo que tiene delante. Se deleita y se llena completamente con su obra, quedando indiferente á todo lo que le rodea. Nosotras teniamos un placer especial en examinar atenta-

mente estas pinturas, y gozábamos al contemplar los progresos del arte y los diversos estilos en el pincel del artista, que tanto marcan las diferentes escuelas de los países, en sus hermosos cuadros.

Un día, el mismo en que visitamos el palacio y el jardín del Luxembourg, también visitamos su museo, el cual particularmente se halla destinado á las obras de los artistas contemporáneos: pintores, escultores, grabadores, litógrafos, etc. Se compone este museo de una serie bien numerosa de salones.

Entre las pinturas más notables que en él se encierran, llamaron nuestra atención particularmente, las siguientes: una apoteosis de Homero y el retrato de Chérubini, por Ingres. La decadencia de los romanos, por Couture; la Malaria, por Hébert; y el carruaje Nivernés, por la Srta Rosa Bonheur.

Lo que más llamó nuestra atención al recorrer los salones, fué un cuadro colosal, colocado en el centro de uno de los principales, representando el interior de la prisión de la Bastilla, en el momento en que unas víctimas eran arrastradas de aquel lugar al suplicio, mientras que otras penetraban en la prisión, de la que solo saldrían para recibir la muerte.... el mérito de aquella pintura es incuestionable; encontrábase inspirado el

pincel del artista cuando pudo dar á los semblantes esa expresión suprema del dolor y del abatimiento: se ven correr las lágrimas por aquellos rostros lívidos y demudados; el terror de la muerte está impreso en el semblante de los que conducen al suplicio, mientras la huella de la desesperación está pintada por todas partes: aquel lienzo respira la vida; tal es la animación de sus figuras, y la viveza conmovedora de sus grupos; parece increíble que la mano del artista hubiese transmitido á su obra tanto movimiento y tanta vida: es inmenso el mérito de este cuadro, y el nombre de su autor se ha hecho inmortal!..... Hay también en el museo del Luxembourg, muchos salones destinados á la escultura, donde brillan las estatuas más perfectas y los grupos más seductores: en estos salones se ostenta por doquier el mármol, y se encuentran también célebres bustos y magníficos grabados.

De los museos á los palacios hay un solo paso, y ya que nos hallamos tan cerca, justo es también los visitemos. Pero antes debemos hacer observar á nuestros lectores una costumbre que reina en los museos de París, y que les presta mayor interés y atractivo. En los salones de pintura, vemos durante los días de trabajo multitud de artistas de ambos sexos, que sentados frente á sus caba-

lletes, con el pincel en la mano, sacan las copias de los más bellos originales: véanse con frecuencia entre estos artistas, jóvenes bellas y llenas de atractivo; su trage es siempre sencillo; su peinado en extremo caprichoso; en sus ojos brilla el génio del arte, y sin ver lo que las rodea, absortas en su trabajo, se presentaban ante nosotras formando los cuadros más bellos é interesantes: ¡cuántas veces nuestro corazón palpitaba al leer en el semblante de aquellas jóvenes la inspiración del génio, el entusiasmo del arte!..... nos agradaba en extremo ver á los artistas, absortos en sus trabajos, y nos acercábamos á observar sus copias, contemplando por algunos instantes los rasgos que su pincel iba marcando en el lienzo.

Al ocuparnos de los palacios, comencemos por la residencia imperial ó el que sirve de morada al soberano. El palacio de las Tullerías, que construido bajo el reinado de Catalina de Médicis, según los planos de Filiberto Delorme, en diversas épocas ha sido aumentado, extendiéndose hoy desde el Sena hasta la calle de Rivoli. La fachada comprende 9 pabellones: de estos el más central es el del Relox, que dá sobre el jardín y en cuya torre flota la bandera francesa siempre que el soberano se encuentra en el palacio: el pabellon más próximo al Sena se llama de Flora, y el

más próximo á la calle de Rivoli nómbrese de Marsan. Luis XIV vivió en este palacio por algun tiempo. Luis XV y Luis XVI tambien permanecieron allí; Bonaparte trasladó á él la residencia del gobierno, y el presidente de la república se estableció allí en Octubre de 1851.

El jardín del palacio es obra de Le Notre, y no data por consiguiente, más allá de Luis XIV. Está adornado de hermosas estatuas de mármol por Coysevox, Lepautre y Guillermo Costou; y otras más modernas, de David, Angers, etc. Cuando penetramos en el palacio, verdaderamente tuvimos un momento de placer, porque no solo es célebre por su construcción y por las obras de arte que encierra, sino tambien por tantos acontecimientos notables que han pasado en él, y esto nos excitaba á visitarlo todo con gran interés, como el lector debe fácilmente comprender.

Antes de penetrar en las habitaciones imperiales, recorrimos una série de salones adornados todos con exquisita elegancia. Los muebles generalmente eran de brocatel, y cada sala los tenia diversos. Así, pues, una de ellas se hallaba adornado con muebles de brocatel amarillo, otra de carmesí, una tercera de verde, etc. En algunas las paredes estaban tapizadas por el rico y doble

brocatel, formando juego con el color de los muebles.

Después de pasar muchos salones llegamos al del Trono, que llamó nuestra atención por su tamaño y decoración, notándose gran lujo, suntuosidad y riqueza. Allí se veía en esa época, un retrato del emperador Napoleón III de cuerpo entero y muy exacto; pasamos en seguida á otro salón que se distinguía de los demás igualmente, por su extensión y mayor elegancia; las paredes se hallaban cubiertas de pinturas, que representaban de cuerpo entero y en su tamaño natural, á todos los soberanos más célebres; por lo cual se le llama el salón de los soberanos.

Después vimos los salones en que tenían lugar los famosos bailes de la Corte, los cuales son espaciosos y penden del techo multitud de hermosos candiles. En todos ellos se encuentra por lo regular algunos objetos de interés ú obras de arte; ya nos deteníamos contemplando unos jarrones de alabastro de tamaño colosal y perfectamente trabajados; ya en algunas mesas de mosaico finísimo, ó ante algunas pinturas en las que la mano del artista, había hecho lucir su pincel; y ya finalmente en las esculturas de blanco mármol, que tanto contribuían á su adorno y suntuosidad.

No puede dejarse de hacer mención del teatro en que tienen lugar las fiestas y diversiones de la corte, y en el cual han lucido ya su habilidad grandes notabilidades, y héchose admirar por los mismos soberanos. Este teatro es precioso y es una de las cosas que más llama la atención en el palacio. Tiene forma buena, y se encuentra tan bien compartido, y adornado con tanto gusto, que su vista sorprende agradablemente y causa buena impresión.

En las habitaciones imperiales, se ven bien armonizadas la comodidad y la sencillez con adornos apropiados que las hacen muy agradables. La capilla de Tullerías fué otra de las cosas que vimos con mucho gusto: se encuentra aislada y tiene una bonita forma. Su interior está adornado con un gusto exquisito; todo es en ella esmero, limpieza y seriedad; el piso y las paredes son de mármol blanco, las vidrieras tienen hermosas pinturas, y el altar mayor se destaca imponente y magestuoso. A un lado se encuentra la tribuna de la familia imperial, adornada igualmente con muchísima sencillez. El hermoso y gran Crucifijo que se halla colocado en el centro del altar mayor, es una obra maestra de escultura. En el rostro divino del autor de la vida, se descubre una expresión del más acerbo sufrimien-

to, unido á una resignacion admirable. ¡Ay! Al contemplar ese semblante bellissimo tan desfigurado, el alma se oprime, ¡es nuestro Redentor el que espira por nosotros, justo es que su muerte sea un dardo que penetre continuamente con la más viva fuerza nuestro corazon! Este pensamiento hiere el alma de un buen cristiano, y entonces la imaginacion se pierde en tan altos misterios.

¡Sublimes ideas del catolicismo, de que se ven privadas tantas naciones, y tantos hombres desgraciados!

Terminada nuestra visita, volvimos á recorrer el palacio, por si algo de notable se hubiera escapado á nuestro exámen, y nos separamos de él, llevando un recuerdo agradable que no se extinguirá jamás.

CAPITULO XXIX.

El Palacio Real.—Palacio del Cuerpo Legislativo.—Hotel de Ville.—Palacio de Justicia.—Palacio del Instituto.—Palacio de Bellas Artes.—Palacio de la Legion de Honor.—La Bolsa.—El Cuartel de Inválidos.—El sepulcro de Napoleon el Grande: impresiones que produce la vista de este monumento.

No es fácil hacer comprender en pocas líneas, las sensaciones de admiracion y de placer que experimenta el viajero en las excursiones que emprende para verlo y conocerlo todo; la vida se desliza en medio de goces, que quisiera uno ver prolongados indefinidamente: nunca tenemos en cuenta el cansancio y la fatiga; el límite de nuestros paseos era la luz que nos faltaba, cuando habíamos empleado en ellos todas las horas del día.

Lo que veíamos nos servía de incentivo para seguir disfrutando de lo que no habíamos visto. En recorrer el palacio de las Tullerías habíamos empleado mucho tiempo; sin embargo, de allí nos

to, unido á una resignacion admirable. ¡Ay! Al contemplar ese semblante bellissimo tan desfigurado, el alma se oprime, ¡es nuestro Redentor el que espira por nosotros, justo es que su muerte sea un dardo que penetre continuamente con la más viva fuerza nuestro corazon! Este pensamiento hiere el alma de un buen cristiano, y entonces la imaginacion se pierde en tan altos misterios.

¡Sublimes ideas del catolicismo, de que se ven privadas tantas naciones, y tantos hombres desgraciados!

Terminada nuestra visita, volvimos á recorrer el palacio, por si algo de notable se hubiera escapado á nuestro exámen, y nos separamos de él, llevando un recuerdo agradable que no se extinguirá jamás.

CAPITULO XXIX.

El Palacio Real.—Palacio del Cuerpo Legislativo.—Hotel de Ville.—Palacio de Justicia.—Palacio del Instituto.—Palacio de Bellas Artes.—Palacio de la Legion de Honor.—La Bolsa.—El Cuartel de Inválidos.—El sepulcro de Napoleon el Grande: impresiones que produce la vista de este monumento.

No es fácil hacer comprender en pocas líneas, las sensaciones de admiracion y de placer que experimenta el viajero en las excursiones que emprende para verlo y conocerlo todo; la vida se desliza en medio de goces, que quisiera uno ver prolongados indefinidamente: nunca teniamos en cuenta el cansancio y la fatiga; el límite de nuestros paseos era la luz que nos faltaba, cuando habiamos empleado en ellos todas las horas del dia.

Lo que veiamos nos servia de incentivo para seguir disfrutando de lo que no habiamos visto. En recorrer el palacio de las Tullerías habiamos empleado mucho tiempo; sin embargo, de allí nos

trasladamos al Palacio real situado en frente del nuevo Louvre, del lado que mira á la calle de Rivoli. Fué construido por el cardenal Richelieu, comenzado por Lemercier en 1636 y concluido en 1686. Antes llevaba el nombre del cardenal á quien pertenecía; pero al morir éste lo regaló á Luis XIII; y cuando murió este monarca, Ana de Austria, regente del reino, vino á habitarlo, y fué entonces cuando tomó el nombre de Palacio Real.

Su arquitectura es buena y presenta un hermoso golpe de vista. No quisimos penetrar en el interior de sus departamentos por estar entonces ocupado, pero se nos dijo hallarse muy bien amueblado y adornado con exquisito gusto.

El Palacio del Cuerpo Legislativo, ó bien sea, Palacio Borbon, fué construido en 1622 por Girardini, y convertido en propiedad nacional en 1790. Lo han ocupado sucesivamente el Consejo de los Quinientos, la Escuela Politécnica, el Cuerpo Legislativo y la Cámara de Diputados. La elegante fachada que mira á la calle de la Universidad y la plaza del Palacio, son también obra de Girardini. El peristilo sobre el Malecon y la plaza de la Concordia, fué construido por Poyet, y el fronton ha sido escultado por Cortot. En el interior, el salon de la Paz y la biblioteca

contienen magníficas pinturas de Madame Eugenia Delacroix: en el salon de las sesiones hay hermosos y grandes cuadros, y estatuas de mármol; entre otras, fijaron nuestra atencion la de la Libertad, el Orden público, la Fuerza, la Justicia y la Elocuencia. La chimenea de mármol se encuentra bien labrada. La sala de las conferencias, grande y hermosa, es obra de Mozyne: el cielo raso de la sala *des Pas-Perdus*, ha sido pintado por M. Horacio Vernet, y en él se descubre el pincel del buen artista.

De este palacio pasamos al Hotel de Ville, magnífico edificio cuya fachada sola bastaria para dejarnos la más grata impresion. Fué comenzado en 1532 bajo el reinado de Francisco I, y terminado en 1605 bajo el de Enrique IV. Luis Felipe aumentó el antiguo edificio, compuesto entonces del cuerpo que encierra el reloj y los dos pabellones, con las vastas construcciones que se extienden, por el malecon la calle de Rivoli y la de Lobau. El interior, cuya decoracion no fué concluida sino hasta el año de 1854, es de una extraña magnificencia. Hay en él mucho que admirar: el salon de la Paz posee las obras maestras de Madame Delacroix; el célebre apoteosis de Napoleon por Mr. Ingres se halla en la sala del Em-

perador; y las alegorías de Napoleon III por Mr. Schopin.

La galería de la Secretaría general y la galería de las Fiestas, merecen una atención particular. ¡Qué lujo! ¡Qué opulencia! En estos sitios es en los que se descubre la grandeza de los potentados del mundo; en ellos se admira hasta dónde llega la magnificencia de los grandes de la tierra!

No es posible hacer la descripción completa de todos los palacios que visitamos en Paris; tendríamos para esto que extendernos mucho, y no concluiríamos nunca. Nos conformamos, por tanto, para dar alguna idea, con hacer mención en general de los edificios, sin hablar minuciosamente de ellos. Vamos, pues, á continuar nuestra excursión. Nos encontramos frente al Palacio de Justicia, situado sobre el malecón de la *Cité*: fué en su origen la residencia de los reyes de Francia; pero Enrique II lo cedió al Parlamento, que sin embargo no le ocupó siempre. Del antiguo palacio no queda hoy mas que la torre del reloj; las dos torres vecinas, la santa capilla, una parte de las galerías y las cocinas. Los incendios, que por desgracia ha sufrido, han destruído todas las otras partes. La fachada data del año de 1776, lo mismo que los dos arimeces. Bajo el reinado de Luis Felipe se añadieron al cuerpo del edificio vastas

construcciones que son por cierto, bastante incómodas y vulgares. Los trabajos que estaban ejecutándose para su engrandecimiento y restauración, no habian concluído en la época en que lo visitamos. En el interior se encuentran los tribunales y las salas de la Corte, decoradas con gran lujo y comodidad.

El palacio del Instituto, situado frente al Louvre, por la parte del Sena, ocupa el mismo sitio que en otro tiempo tuvo la torre de Nesle, tan célebre por los asesinatos y odiosos crímenes cometidos en ella: como no visitamos este edificio, omitiremos describirlo, trasladándonos al Palacio de las Bellas Artes, situado en la calle Bonaparte que es á la vez un museo de antigüedades y una exposición de buenos modelos, que sirven para estudio de los pintores, arquitectos, escultores, etc. La fachada es elegante, y su interior presenta varios objetos dignos de nuestra admiración: allí se hallan recopilados varios monumentos notables arrancados á los templos y á los conventos durante la Revolución; en los diversos patios y salones véanse magníficas pinturas de inmortales artistas, notables fragmentos de esculturas y modelos de elegante arquitectura. Los académicos tienen sus reuniones en un salón de este palacio.

El palacio de la Legión de Honor, aunque no

lo visitamos en lo interior, merece ser mencionado, porque es uno de los edificios más notables de París: situado en el malecon d'Orsay desplega sobre él su elegante rotonda sobrepuesta de buenas estatuas: la entrada principal se halla en la calle de Lille, y la forma una elegante columna y que es á la vez un arco triunfal, en cuyo frontispicio se lee la inscripcion de la órden: "Honorta Patria."

Este palacio, de tan notable arquitectura y de tan grandiosa apariencia, fué construido en 1766 por el principe de Salm, bajo la direccion del arquitecto Rousseau; en 1782, que fué rifado, se convirtió en la propiedad del marqués Boiser-gard, cuyas suntuosas fiestas reunieron allí á toda la sociedad parisiense, hasta que descubierto el marqués como un prófugo de presidio, fué de nuevo enviado á Tolon, donde arrastró la cadena. En este palacio habitó algun tiempo Mad-Stael, teniendo despues diversos destinos.

El palacio de la Bolsa, se halla situado en la plaza de este nombre, y es un vasto paralelógramo de 69 metros de longitud por 41 de latitud: el edificio está aislado, lo cual le hace tener un aspecto más curioso y elegante, realzando el mérito de su arquitectura una hermosa escalinata que conduce hasta la entrada del edificio, soste-

nido por 66 columnas del órden corintio: la gran sala, ro leada de galerías, es muy espaciosa, y se halla bien decorada: el Tribunal del Comercio está en el piso superior en la extremidad ó fondo de las galerías: es inmensa la animacion de esta Bolsa, en la que diariamente juegan tantas y tan crecidas fortunas: nosotras nos hallábamos atur-didas el dia que á ella concurrimos; la masa de gente era compacta en el salon; los hombres estaban desaforados, elevando en el aire sus manos en las que se veian los bonos que proponian; todos gritaban y se atropellaban, y no comprendiamos cómo en medio de aquella confusion podian entenderse y arreglar negocios de importancia; tres horas permanece la Bolsa abierta durante el dia, y en ellas reina siempre la misma animacion y movimiento.

El palacio ó el cuartel de los Inválidos lo visitamos con el más positivo interés; este hermoso edificio fué construido sobre la orilla izquierda del Sena en la extremidad Oeste de París. Luis XIV, realizando un pensamiento de Enrique IV, lo hizo edificar para los soldados ancianos é inválidos que tantas veces habian expuesto su vida en defensa de la patria.

La construccion del edificio se comenzó en 1670 por Liberal Bruant, y se concluyó en 1790: es

extenso y espacioso; su fachada tiene un aspecto imponente y elegante, y su interior presta bastantes comodidades, pudiendo contener más de 5,000 hombres.

La cúpula, que se eleva gruesa y elegante, data desde principios del siglo XVIII; la construyó Julio Hardouin Mansart, el arquitecto que edificó el palacio de Versailles. Penetrando en el patio de honor, que es espacioso, rodeado de amplios y hermosos corredores, notamos en el centro la estatua de Luis XIV sobre un hermoso pedestal, obra de Coustou. En los ángulos del patio se ven colocados varios cañones, trofeos gloriosos arrancados al enemigo por la mano de aquellos mismos soldados que los contemplaban. En seguida recorrimos los dormitorios, oficinas y refectorios. En estos últimos, así como en los corredores, se notan algunas buenas pinturas, representando todas célebres batallas ó hechos gloriosos de armas, que recuerdan á aquellos valientes el tiempo de sus glorias y de sus triunfos: estos cuadros son la obra de Martin, discípulo de Vander-Meulen.

Llamó también nuestra atención la cocina, que es muy grande y cómoda; todos sus utensilios son de fierro. En los corredores que rodean el gran patio, nos encontramos con varios soldados muy

ancianos, cubierto su pecho de condecoraciones; encanecido su cabello y mutilado su cuerpo por la metralla enemiga; en la frente de estos valientes brilla el laurel de la victoria, y al contemplarlos, nos sentimos poseídas de respeto y veneración. Vimos algunos de estos soldados tan ancianos, ó mutilados, que los conducían en carretelitas de una á otra parte del edificio, porque les era imposible andar por sí solos. Nosotros contemplábamos con interés á aquellos ancianos venerables, restos gloriosos del Gran Ejército que llevó en sus águilas la victoria á tantos países, y vió abatidas tantas ciudades, fiel compañero siempre de Napoleon el Grande en todas sus batallas y triunfos.

Internándonos en el edificio, vimos y recorrimos varios corredores y escaleras, que conducen á las habitaciones de los soldados. En seguida nos trasladamos á la capilla, que es grande y hermosa: tiene tres altares, su piso es de mármol, y sus muros se hallan llenos de banderas y trofeos de armas tomadas al enemigo y cubiertas con los laureles de la victoria y los honores del triunfo.

El interior de la cúpula es como su exterior, lleno de majestad y audacia: está ornado con magníficas pinturas, y algunos buenos cuadros también se ostentan en las naves del templo. El

hermoso cuadro colocado en el altar de la izquierda, es una obra realmente notable, que llama al instante la atención del viajero: representa el Calvario, y se hallan tan destacadas las figuras y dadas con tal arte las sombras, que visto á alguna distancia, parece una escultura, y trabajo nos costó convencernos de que es un lienzo en el que obró prodigios el pincel del artista.

Varias estatuas adornan la nave del templo, y el coro se haya admirablemente cincelado, siendo una obra de real mérito artístico.

Muy complacidas salimos de la capilla, y nos dirigimos hacia un punto, visto con gran veneración por los inválidos, y en el que se encierra su mayor tesoro; ya habrá comprendido el lector, cual es el punto de que hablamos. Es al sepulcro de Napoleon I. al que conduce un patio amplio en el cual se encuentra la estatua de este célebre Emperador, rodeado por doce de sus mas notables mariscales; en seguida atravesamos varios salones, cubiertos de pinturas, armas, y trofeos militares, penetrando al fin en el santuario que encierra la tumba: este forma una capilla de blanco mármol, en cuyo centro se haya una reja circular de fierro dorado, llena de bajos relieves, y al acercarse á ella el viajero, descubre en el fondo del pavimento un monumento grandioso

en mármol gris y negro; es el magnífico mausoleo, que encierra las cenizas del hombre notable, del gran conquistador! el monumento es grandioso y lleno de magnificencia, su mérito se oscurece sin embargo al recuerdo del héroe á quien encierra!

La forma del sepulcro es la de un túmulo imponente, sobre el cual descansa el cadáver del héroe.....lo oscuro del mármol, lo lúgubre y magestuoso del sepulcro, todo impresiona á la imaginación, llenando el corazón de imágenes sombrías. Construyó tan notable mausoleo, el célebre Visconti y la imponente sencillez de este sepulcro, colocado en el fondo del santuario, difunde en el alma sensaciones sublimes de respeto. La luz de la capilla es sombría; el sol no ilumina aquel recinto sino al través de azules cristales, que prestan una incierta claridad, y dan un tinte melancólico á los objetos; al contemplar aquel monumento, el corazón se siente inclinado á llorar.

Vemos allí, eclipsada la gloria; inmóvil bajo la fría loza del sepulcro el cadáver del dominador y árbitro de los destinos de Europa, del héroe cuyo nombre hacia estremecer todos los tronos, el que fué grande entre los grandes; colmó de gloria á su patria, y se vió inmortalizado en

la historia por su valor y sus hechos gloriosos. ¿Qué queda hoy de su grandéza? Solo aquella sencilla tumba que encierra sus cenizas! éste es el mundo! ¡ésta es la humanidad!

Los restos de Napoleon I. fueron trasladados de la isla de Santa Elena, por el príncipe de Lóiville, y colocados en los Inválidos en 1840. Repetidas veces nos detuvimos á contemplar aquel sepulcro, lleno el corazón de luto y elevando al cielo nuestras plegarias por el reposo eterno del héroe; en seguida, nos apartamos del emberjado, y dirijimos una mirada á nuestro alrededor.

Todo es lúgubre é imponente en aquel santuario; sobre el imperial sepulcro, arde continuamente la débil luz de una lámpara del oro mas brillante y seductor. A los lados de la puerta se encuentran dos estátuas colosales descansando en ricos pedestales de negro mármol, las estátuas representan la fuerza civil, y la fuerza militar, y son la obra de Duret. En el vestíbulo del santuario se ven dos tumbas de blanco mármol, cubiertas de bajos relieves, que encierran los restos de Bertrand y de Duroc.

Un soldado anciano, cubierto su pecho de condecoraciones, nos sirvió de guía para conducirnos al sepulcro, y se ocupaba en hacer ver

al viajero lo mas notable del lugar en que se encuentra; cuando nos deteniamos á contemplar la tumba, su voz se embargaba, y con el acento ahogado por el llanto, nos hablaba de su emperador, de su compañero de armas, de su gran general, como le nombraba. Nunca un Inválido contempla ese sepulcro sin que las lágrimas ruedan por sus demacradas mejillas, y el piso del santuario, conserva las huellas de ese llanto que vé el viajero con veneracion.

Víivamente impresionadas salimos de los inválidos; en la esplanada que se extiende ante el edificio, se hallan colocados multitud de cañones, arrebatados al enemigo, y otros trofeos del triunfo, y de la victoria; todo nos recuerda allí las glorias de los grandes dias de la Francia.

Mas tiempo es ya de suspender por un momento nuestras descripciones; demos una tregua á las impresiones que nos proporcionan los edificios y puntos notables que hemos recorrido en la gran metrópoli capital de Francia, y dediquemos unas breves líneas al pobre manuscrito de Genaro, que por tanto tiempo tuvimos olvidado en Paris, porque la actividad de nuestra vida no nos permitia leerlo, pudiendo solo dedicarle de tarde en tarde algunos furtivos y breves instantes, que robábamos al placer y á la alegría.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
VERITATIS
CAPITULO XXX.

Continuación de la lectura de la carta misteriosa.

Durante aquella semana, continuaba Genaro; mi mente se hallaba intranquila, los estudios no habian tenido para mí incentivo alguno, y por la primera vez de mi vida me fué enfadoso el colegio, y suspiré por mi libertad. El domingo llegó al fin; en toda la semana, la imagen de Julia llorosa y enamorada, no se habia apartado un solo instante de mí; el recuerdo de Leonor habia reinado continuamente en mi corazón, produciendo nuevas llamas, é inflamando mi pecho por un sentimiento que era para mí desconocido. La imagen de Clara venia tambien á mezclarse en mis recuerdos; pero ella no me inspiraba mas que sentimientos de gratitud y de sincera amistad.

Como he dicho, el domingo llegó al fin; muy de mañana abandoné mi lecho, y con mas esmero que de costumbre peiné mi cabello y arreglé mi traje: serian las nueve, cuando pasaba el umbral de mi colegio lleno de fé y de esperanza. Mis primeros pasos no se dirigieron á casa de Julia, sino que impulsado por una fuerza estraña me encaminé hácia el punto en que ocho dias ántes habia conocido á Leonor. Cuando llegué al sitio en que por la vez primera me detuve á contemplar aquella muger divina, mi corazón palpité con violencia, y deteniendo mis pasos, me senté sobre una piedra, quedando sumergido en la meditacion mas profunda. Así transecurrió mas de una hora. La campana de un templo vecino que hirió mi oído llamando á los fieles á la oracion, me hizo recordar que aun no habia oído misa, y avergonzado de mi mismo abandoné mi asiento, y guiado por el eco de la campana, me dirigí hácia el punto de donde el sonido partia.

Pronto me encontré ante la fachada de un suntuoso palacio, en el que se respiraba todo el lujo de la mas grande opulencia. La torre de una capilla sobresalia del edificio, y el eco de la campana, que aun tocaba, me hacia conocer que era allí donde iba á celebrarse el augusto sacrificio; yo no sé porqué me sentí impresionado ante

la vista de aquel grandioso edificio. Multitud de pobres y sencillas aldeanas, penetraban por la rica puerta para llegar al oratorio; yo vacilé un momento, la campana cesó de sonar, y haciendo un esfuerzo supremo, penetré también al lado de un anciano, que conducido por una niña llamo mi atención, y le vi atentamente como queriendo reconocer aquel semblante. ¡Ah! exclamé es el mismo á quien Leonor conducía! y lleno de contento me propuse no perder de vista al buen anciano, para informarme despues de la muger á quien amaba.

Preocupado por este pensamiento me detuve un momento ante la gran escalera de blanco mármol que conducía al palacio; involuntariamente levanté la vista, y no pude contener una exclamacion de placer y de sorpresa; una jóven bella en la extension de la hermosura, vestida con elegancia descendia pausadamente al lado de una señora todavia en la frescura de la edad; al ver á la tierna jóven, mi corazon se estremeció de contento; ¡sí, es ella!... me dije á mi mismo, y al hablar así no me engañaba, era en realidad Leonor, que acompañada de su aya, bajaban al oratorio á dar gracias al Eterno, y al sacrificio augusto que iba á celebrarse.

Confuso y turbado permanecí como enclavado

al pié de la escalera, fija mi vista con pasion en la jóven encantadora que tanto me habia cautivado.

Leonor pasó á mi lado, sus hermosos ojos se fijaron en los míos; al verme se turbó, un vivo carmin tiñó sus mejillas, y sus ojos se apartaron de los míos; yo suspiré tristemente, habia temido disgustarla, y me arrepentia de haber penetrado en aquel palacio; pero ¡ay! ignoraba yo que esa fuese la mancion de la mujer á quien amaba; una dulce sonrisa, que jugueteó al través de los labios de Leonor calmó mi temor; al pasar junto á mi la encantadora jóven inclinó la cabeza saludándome, y yo quitándome el sombrero le hice una profunda reverencia; despues las ví penetrar en el oratorio; y se dirijieron á una especie de grada, donde tenian preparados sus asientos.

El sitio que ocupaban se hallaba adornado con sencillez; sobre una buena alfombra distinguíanse cuatro sillones de terciopelo oscuro, con sus respectivos reclinatorios, y eso era todo lo que allí habia.

Apénas Leonor y su compañera habian entrado, salió el sacerdote y comenzó la misa; hallábame realmente absorto, no sabia lo que por mi pasaba; pero eran tan fuertes las sensaciones que la imagen de Leonor me producía, que no

podía comprender lo que acontecía en mi alma. Durante el santo sacrificio varias veces tuve el atrevimiento de fijar mi vista en la jóven encantadora, y jamás sus miradas se encontraron con las mías, lo que me llenaba de tristeza.

La noble señorita permaneció la mayor parte de la misa postrada, sus bellos ojos fijos en el altar, ó en un pequeño libro de concha, que acariciaba entre sus blancas y delicadas manos. Sus ojos no recorrían otros puntos que los que acabo de indicar, pero en cambio, si me fijaba yo en el cuerpo del Oratorio para ver á las personas, al momento podía notar, que mas de la mitad de ellas tenían su vista fija en Leonor; los pobres aldeanitos, los ancianos y los niños, todos la veían como implorando sobre ella las bendiciones del Cielo.

Mas sobre todo, lo que en extremo llamó mi atención fué un personaje misterioso, en el cual no me había fijado.

Hallábase de pié colocado bajo del púlpito, cubría su esbelto cuerpo una gran capa, y tenía esta tan embozada que era imposible poder ver su rostro; pude distinguir sin embargo que su cabello negro caía en graciosas ondulaciones sobre su blanca y espaciosa frente; también pude notar la expresión ardiente de su mirada. Sus ojos eran

negros y grandes, y se encontraban clavados con la expresión del amor en la hermosa Leonor.

En mi preocupación me pareció que la bellísima jóven correspondía las miradas del personaje misterioso, y esto me desconcertó por completo, é infundió en mi alma la mas profunda tristeza.

¿Cómo poder ver con indiferencia aquel espectáculo? ¡No era esto posible! Aquel caballero misterioso, el único de su clase que se hallaba en aquel Oratorio, no podía ser más que un amante de Leonor, y un amante quizá correspondido..... Este pensamiento me fué en extremo funesto; mil imágenes lugúbres exaltaron mi mente! En ese instante me consideré como el mas desgraciado de los mortales, porque me decía interiormente: ¡haber puesto mi corazón en una mujer que no tiene ya dominio sobre el suyo, es la mayor de las desgracias, y esto era lo que yo experimentaba.....

¡Dios mío! ¿será posible que el corazón de esa protectora del infortunio ya no le pertenezca y ya no pueda pertenecer á nadie sobre la tierra? Al pensar así, arrojaba con mas tenacidad aún, mis miradas sobre Leonor y sobre el misterioso personaje.

Aquella mañana no había oído misa, y hasta senti haber entrado á un templo para haberme

ocupado de otros pensamientos tan extraños de la casa del Señor.

Por fin, la misa concluyó; las buenas campesinas, los pobres aldeanos, fueron saliendo poco á poco del Oratorio, el misterioso personaje no salía y yo tampoco quise entonces salir. Leonor se levantó, y bajando la grada tomó lo mano de la señora que la acompañaba, y comenzó á avanzar con pausado movimiento por las naves del Oratorio.

Cuando llegó al sitio en que se hallaba mi pretendido rival, no me engañaron mis ojos, Leonor fijó los suyos con dilatada ternura en él, y luego su pecho exhaló un suspiro que hirió el mio como un dardo de fuego, prosiguiendo en seguida su camino. Yo quise seguirla, pero también queria saber que hacia el desconocido que aun permanecía en el mismo sitio, siendo él y yo los únicos que habíamos quedado en el Oratorio.

Fué hasta entonces cuando el fijó en mí sus ojos, porque ántes como he dicho, solo en Leonor los había puesto, al verme los detuvo en mí pero con un expresion muy altiva y molesta, no me desprendió la mirada. Yo no era por fortuna cobarde; que si lo hubiera sido, aquel habria sido para mi un momento de positiva afliccion;

mas por el contrario, yo me encontraba celoso, hervia la sangre en mis venas, y con una audacia cada vez mas creciente, medí con una mirada de desprecio á mi adversario y sostuve con arrogancia su vista: diez minutos permanecimos así, yo recordé entonces que nos hallábamos en el Santuario, y avergonzado de mi mismo me dirigí al embozado:

—Caballero, le dije; no es este el sitio apropiado para permanecer, nos hallamos en el templo; si algo teneis que decirme os espero fuera del palacio.

El desconocido me dijo que lo siguiese, y yo entonces postrándome ánte el altar pedí á Dios me perdonara y salí del Templo.

Cuando estuvimos fuera, el embozado me preguntó cortezmente:

—¿Caballero, con quién tengo el honor de entenderme?

—Excusad preguntar mi nombre, me apresuré á responderle, y si agradeceré tengais á bien pronunciar el vuestro.

—Jamás lo he ocultado, me contestó con arrogancia; el Vizconde de Export se ha vanagloriado siempre en el nombre que heredó de sus antepasados.

Yo no sé por que las palabras del Vizconde

despedazaron mi alma; aquel nombre, aquel título, me hicieron daño: ¡ah! ¿quién era yo, pobre expósito para luchar con un noble de Inglaterra...? Sin embargo no humillé mi frente ante los títulos de nobleza, y guardando silencio salimos ámbos del palacio: una vez en el campo, mis ojos se fijaron en éste; el Vizconde acababa de saludar, y mi corazón se había oprimido.

En uno de los balcones estaba Leonor, yo saludé también, y al verme la joven, me contestó con una dulce sonrisa; pero sus ojos parecieron buscar con inquietud los de mi rival afortunado.

No pude por más tiempo sufrir, la medida del dolor se había agotado en mi alma, y pálido y trémulo me dirigí á mi compañero. Caballero, le dije: ¿conocéis vos á esa joven?

—La hija de Loord H., princesa del Barquino, es conocida por todos en Venecia, me dijo con una calma que me exasperó más todavía.

—Yo no os pregunto si sabéis su nombre, replicó irritado: pero veo que no queréis comprenderme, y os hablaré con franqueza: yo amo á esa joven, ¿lo comprendéis? y quiero saber si por vos es amada.

—¡Pobre niño! exclamó el vizconde: ¿quién sois vos para solicitar la mano de la princesa?...

—Os he dicho que excuseis preguntar mi nombre.

—Quereis guardar el incógnito, bien, lo respeto; pero sabed entonces que habeis llegado tarde, Leonor ha tiempo que es el ídolo de mis pensamientos, y os prohibo que profaneis con los vuestros su imágen.

—Caballero, yo no recibo leyes, las dicto; repliqué con audacia.

—¡Sois altivo! añadió mi adversario, y pueden costaros caro vuestras palabras.

—Estoy resuelto á sostenerlas en todos los terrenos, me apresuré á responderle; pero ántes añadí, una pregunta: ¿sois amado por ella?

—Vos habeis podido juzgarlo, y por otra parte no debo daros cuenta de mis acciones ni tengo deseos de complaceros.

—Bien, contesté cada vez más irritado; entonces ya sabéis como se tratan estas cuestiones entre caballeros.

—¿Quereis un duelo? preguntó mi antagonista; ¿sois un niño! vos no podeis batiros!.....

Yo me encontraba ciego por la ira, y arrojando al vizconde una mirada de sarcasmo le dije:

—Vos sois un cobarde y rehusais batiros por que teneis miedo.

—¡Miedo! ¡miedo á vos! añadió con el acento

alterado por la rabia: ¿quereis un duelo? lo tendreis; pero mi espada jamás se ha cruzado con la de un plebeyo; decidme vuestro nombre y seréis complacido.

Aquellas palabras minoraron mis fuerzas.

—Mi nombre es Genaro, respondí prontamente: el vizconde me miró.

—¡Genaro! ¿y no teneis otro nombre?

—El que tengo, ya lo he dicho.

Una carcajada de burla obtuve por respuesta, y alejándose de mí entonces, ¡pobre amigo! dijo el vizconde; solo con el desprecio puedo responder á vuestros insultos.

Al pronunciar estas palabras, avanzó hasta un carruaje que á pocos pasos se encontraba, subió en él, y desapareció de mi vista.

Yó permanecí inmóvil: el dolor, la rabia y la vergüenza me ahogaban..... ¡Oh padres míos á cuántas humillaciones me habeis expuesto!.....

Leonor nos contemplaba como he dicho ya desde su ventana..... ella oyó la carcajada burlesca con que el vizconde contestó á mis expresiones, y esto me tenía sumergido en una desesperacion horrible.

Me arrepentia de haber ido aquella mañana por ese sitio; de haber entrado al Templo para

no alabar á Dios, y sobre todo de haber tenido el atrevimiento de interrogar al vizconde. Debía yo ántes haber observado varias veces; debía igualmente haber visto si Leonor le correspondia, en cuyo caso todos mis esfuerzos serian quizá completamente inútiles, y sin el menor fruto. Todos estos reproches me dirijí á mi mismo, y á cada instante me sentia mas contrariado; hubiera querido á costa de mi propia vida deshacer lo hecho ó que Leonor, presenciase mi venganza.

Aunque los sentimientos del corazon son generalmente buenos, momentos hay sin embargo, en que siendo demasiado vivos, degeneran hasta un grado tal de maldad, que de allí nace nuestro asombro cuando se nos dice que tal persona, á la que teniamos en un alto concepto, ha sido capaz de cometer tal ó cual mala accion.

El corazon humano por grande que sea su virtud tiene momentos horribles de debilidad producidos por la fuerza de sus pasiones y estos momentos por cierto siempre son bien funestos!.....

Mi arrepentimiento aunque grande, no tenia ya remedio; dirijí una mirada al balcon donde se hallaba Leonor, para léer en su semblante lo que pasaba en su interior, pero ella no estaba ya.

¡Oh Dios mio! ¡ella me desprecia! me dije anteriormente, y lo peor es que mi corazon no pue-

de soportar su desprecio. ¡Oh Leonor, Leonor! ¡tú vas á causarme grandes males, comienzas á amargar mi vida, dándome á gustar con toda su fuerza el cáliz del dolor y de la desesperacion! ¡ay! yo siento en mi que es imposible olvidarte, que no puedo dejar de sentir hácia tí una atraccion involuntaria.....

Abrumado con estas tristes ideas me dejé caer sobre el tronco de un árbol, y quedé pronto sumergido en una meditacion profunda.

El relox dió á poco algunas campanadas, saqué el mio en ese momento, y ví que eran ya las once de la mañana. Cómo se ha pasado el tiempo exclamé: á las doce comen en casa de mis buenas amigas, y hoy debo acompañarlas; sin embargo, ántes me será preciso visitar á mi nuevo protector, y ya que me encuentro tan cerca de su casa, debo dedicarle al ménos esta hora que aun me resta.

Así lo hice, me levanté apresuradamente; dijé una última mirada hácia el balcón, sin encontrar lo que buscaba, y abatido tomé el camino de la quinta de D. Mariano, penetrando á poco en ella.

Mi protector me recibió con los brazos abiertos y me hizo sentar á su lado.

—¿Cuántas horas me dedicas hoy, Genaro? me preguntó con un tono tierno y cariñoso.

—Una, señor, le contesté.

—¿Y por qué tan corto tiempo, qué te fastidia el estar en nuestra compañía?

—Todo lo contrario, señor D. Mariano, pero es forzoso ir á comer á casa de mis buenos amigos, y por tanto, como me suelen detener allá toda la tarde, quise ántes venir á ver á Vd.

Para que quedase satisfecho D. Mariano, sin particularizar lo de la pobre Julia, le conté brevemente el mal rato que habia dado á mis amigos el domingo pasado, pero D. Mariano no se compadeció de ellos.

—Esas son exageraciones, me dijo, y aunque tú debes siempre manifestarte grato á las demostraciones de afecto que te hagan, eres enteramente libre, y no debes dejarte esclavizar por nadie en el mundo. Mira, por de pronto partiremos si te parece el tiempo, una media hora la dedicaremos á Clara, que te tiene tan tierno cariño, y la otra media hora nos encerraremos en mi gabinete donde comenzaré á darte mis instrucciones sobre el negocio que ya sabes, ¿te parece bien, te gusta la distribucion del tiempo?

—Si señor, le contesté, lo que Vd. dispone me parece muy bien y es de mi agrado.

—Pues entonces vamos ántes á ver á ese angelito que sin duda estará aun acabándose de vestir.

Poco despues llegamos al gabinete mencionado que daba entrada á las habitaciones de Clara; pasados algunos minutos salia esta encantadora criatura por la puerta de su aposento; un hermoso traje color canario cubria su delicado cuerpo, y como de costumbre, una blanca flor brillaba en sus cabellos.

Al verme Clara, me sonrió dulcemente, y tendiéndome su mano: ¿vienes á quedarte con nosotras, Genaro? me preguntó con ternura

—Nó, hermosa Clara, me apresuré á responderle; hoy me es forzoso ir á casa de mis buenas amigas, á quienes mi ausencia el domingo causó muchos disgustos.

—Sé que te aman mucho en casa de la familia de D. Justo, acudió á decir la hermosa jóven; pero creo que no te querrán más que nosotros.

—Gracias, Clara, sois tan bondadosa que no encuentro palabras con que manifestaros mi gratitud. Te ruego, añadió Clara, me digas de tú; ¿no estoy dándote yo el ejemplo?

—Sí, querida Clara, perdona, ya lo ves, he comenzado á imitarte.

—Bien, ahora sígueme; tengo que hablarte á solas.

Al hablar así se levantó de su asiento, y dan-

do un beso en la frente de D. Mariano se dirigió á la puerta.

El buen anciano no parecia disgustado, sino que correspondiendo con una mirada llena de ternura á la encantadora niña, anda, hija mia, le dijo; y cuando hayais concluido, venid á buscarme.

Luego, volviéndose hácia mí:

—Síguela, Genaro, me dijo, élla quiere hablarte.

A estas palabras de D. Mariano me levanté de mi asiento, y poco despues me hallaba al lado de Clara. Tomóse de mi brazo y me condujo hasta un pequeño cenador situado en el centro del bosque á la orilla de un cristalino lago; una vez allí se sentó invitándome para que lo hiciera; ocupé entónces un lugar á su lado, y viéndola con ternura:

—Querida Clara, le dije, ya estamos solos: ¿qué tenias que decirme?

La jóven guardó un instante silencio. Mas luego me dijo:

—Genaro, desde el primer dia en que nos vimos te pedí que me amaras como á una hermana y que en mí depositaras tu confianza; hoy quiero preguntarte si me amas y si quieres hacer de mí tu mejor amiga.

—Clara, te amo cuanto un hermano puede

amar á una hermana, contesté. En cuanto á la amistad, me parece que te trato con toda la confianza que deseas.

—Nó, Genaro; ¡es tan dulce al corazón del hombre depositar sus penas en un pecho amigo! saber que hay otro corazón que participa de nuestros mismos sentimientos, que sufre si sufrimos, que goza si gozamos; que esta sola idea mitiga nuestros pesares! Pues bien, Genaro, yo quiero encontrar en tí ese corazón; yo quiero que seas mi verdadero amigo; pero en cambio exigo de tí me trates con igual confianza, y no me ocultes las penas de tu alma.

Habia tal atractivo en el acento de Clara, que no pude resistir; recordé en aquel instante la promesa que habia hecho á Julia; pero á ella me era imposible abrirle mi corazón, y tenia yo tanta necesidad de un amigo, que estrechando entre las mias la mano de la jóven:

—Sí, Clara, le dije, acepto tu generosa proposición y quiero ser tu amigo.

—¡Gracias, Genaro! Puesto que ya nos comprendemos, permíteme que te hable con franqueza. Leo en tu mirada un aire de tristeza; parece que un agudo pesar oculta tu pecho; revelámelo, querido amigo; quizás yo pueda aliviarte ó al ménos unir con los tuyos mis suspiros!

—¡Tú eres un ángel! exclamé arrebatado de entusiasmo; tu corazón es tan bello, que cuanto más te conozco más te amo.

—Gracias, Genaro; pero ahora solo ocupémosnos de tí. Cuando yo sufra, tú olvidarás tus propias penas para mitigar las mias, hoy que tú padeces, deja que me consagre toda a tí. Díme, ¿me he engañado?

—Mi querida Clara, tu bello corazón ha leído en el mio: nó, no te engañas, soy muy desdichado, pero no está en tu mano aliviar mi tormento. ¡Ay! si tú supieras cuán terrible es vivir en el mundo sin tener una familia, sin haber conocido nunca á mis padres, sin tener un nombre con que presentarme en sociedad! Si tú comprendieses todo lo que esto nos hace sufrir y todos los desprecios á que nos expone, entonces sí me compadecerías y verías que mis desgracias no pueden tener término. Quizás tú misma, Clara, tan tierna y generosa, quizás tú misma, al saber que soy un pobre expósito, abandonado de mis padres y sin nombre; quizás, ¡ay! tú te avergüences de mí y como todos, me desprecies.

—Mal me conoces, Genaro, si así me juzgas, replicó Clara con seriedad, pero no quiero ofenderme por tus palabras, el tiempo te dará á conocer quién es Clara, y verás si mi corazón es cual

lo juzgas; pero hoy, querido amigo, hoy, ocupémonos solo de tí. ¡Ah! tienes razon, Genaro; yo no podré darte una familia, pero sí puedo consagrarte el corazón de una amiga tierna, de una cariñosa hermana; ¿y no te parecen dulces estos títulos?

—Ciertamente, muchísimo.

—Pues entonces, ya ves cuán bueno es que de mi corazón formes tú el lugar de tu descanso, confiando á él con toda seguridad tus penas.

—Bien, Clara, respondí entonces, te contaré cuanto me pase, porque hasta hoy no he tenido sino muy poco nuevo en mi existencia.

—Por algo se empieza. ¿No me quieres contar cuáles son esas novedades?

—Si no es nada todavía; simplemente el principio de una simpatía hacia una tierna joven.

—Bien, refiérme cómo nació esa simpatía y á quién se dirige.

—Queriendo yo por medio de Clara poder adquirir mejores noticias sobre Leonor, me decidí á hablar de ella, y tomando la palabra le dije:

—¿Conoces tú por casualidad á una joven que vive bien cerca de aquí y que tiene por nombre Leonor?

—La conozco mucho, Genaro, y no te puedes figurar cuánto la amo.

—¡Oh! la conoces; ¿pero no te habrás confundido, porque Leonor no es de Italia?

—Ya se vé que no, es inglesa y por desgracia no permanecerá siempre entre nosotros:

—¿Con que es ella la que ha hecho nacer en tu alma el primer germen del amor?.....

—Al ménos una inmensa simpatía, Clara.

—¿Cómo la conocistes? me preguntó.

Referí entonces brevemente á mi amiga cómo habia conocido á Leonor, cuando caminaba sola, sosteniendo entre sus delicados brazos los vacilantes pasos del anciano. Le referí la conversacion ligera que tuvimos, y concluí por hablarle con toda franqueza de lo que habia ocurrido en la mañana de ese día.

—Clara me escuchó con un vivo interés, más cuando hubé concluido, me dijo:

—¡Oh, Genaro! ten muchísimo cuidado!—no dejes crecer con fuerza en tu alma esa simpatía, porque quien sabe si podrás lograr el amor de Leonor: es ella un ángel de bondad, pero.....

—Concluye; ¿Qué es lo que temes?

—¿Que su corazón no esté ya libre!

—¿Qué me dices? ¿Acaso tú sabes?

—Nada hasta hoy, pero escúchame. Leonor fué de mí conocida por sus inmensas virtudes. Apenas llegó á estos sitios, que vino derramando

en ellos á torrentes los tesoros de su bondad. En estos lugares, no hay desgraciados que al correr á su lado para exponerle sus desgracias no encuentren en ella alivio. Leonor es la madre del huérfano; la hija y protectora tierna del pobre anciano, que no tiene sobre la tierra ninguna esperanza. Si vieras, ella es el consuelo de la jóven á quien un pérfido seductor ha robado el tesoro mas bello que posee la muger, y Leonor ha hecho y hace diariamente en el pueblo multitud de matrimonios; pues bien, no contenta aún con eso, visita al enfermo y lo cura, socorre al necesitado, enseña al ignorante, y por fin consuela y distribuye sus favores por doquier, porque Leonor es muy rica y emplea su fortuna de tal manera bien, que Dios se la bendice de continuo.

Es Leonor la admiracion de sus padres y la tienen muy consentida; aquí se encuentra solo con su padre, pero aun tiene en Inglaterra una madre igualmente modelo de virtudes como ella.

—¡Cuanto te agradezco Clara tu relato, pero no te puedes figurar la ansiedad horrible que se ha apoderado de mí, al oírte decir que Leonor puede ser que no esté libre: dime ¡por Dios! amará acaso al Visconde.

—No te lo puedo asegurar Genaro, pero hablándote con franqueza creo que lo ama.

—Las palabras pronunciadas en ese instante por Clara penetraron como ascuas ensendidas en lo mas profundo de mi corazón.

—¿Qué crees tú que lo ama me has dicho? y ¿de donde lo deduces? ¿te lo ha dicho ella, ó al ménos to lo ha dado á conocer?

—No Genaro, no llega mi confianza hasta ese extremo; pero hablándole una vez del Visconde, se expresó ella con tanto fuego, é hizo de él tantas ponderaciones, que yo concluí por pensar que lo amaba, y él por su parte la idolatra con un fuego extraordinario: ¡oh si lo vieses! no vive mas que por estas campiñas, y con solo tener el consuelo de verla, se siente feliz.

—¿Qué me dices Clara! ¿tan fuerte así es su pasión?

—¡Si Genaro: dicen que es inmensal!

—Pero dime ¿no sabes por qué el Visconde parece que trata de ocultarse y de que nadie lo descubra?

—Nó, ese es un misterio para mí; pero creo que lo hará tal vez por no infundir alguna sospecha al padre de Leonor, y que éste pudiera poner entónces un dique á la inmensa libertad que concede á su hija.

—¡Soy muy desgraciado hermana mia! exclamé yo tomando entre mis manos las de Clara.

—No te abatas Genaro, me dijo; vas á ver como quizas mis sospechas son infundadas, y tú puedas aún ser feliz.

—¡Gracias angelical criatura! exclamé yo entonces en un momento de entusiasmo.

—Clara repuso, ya que tu has tenido tanta confianza conmigo Genaro, te prometo saberla corresponder de un modo digno de tí, y vas á ver como lo cumplo; en esta semana voy á trabajar asiduamente por descubrir si existe algo entre el Visconde y Leonor, y el domingo próximo, si como lo espero nos hemos de ver, verás cuanto tengo que decirte.

—Pero Clara, hoy solo de mí nos hemos ocupado; justo es tambien que nos ocupemos igualmente de tí.

—Clara suspiró ¡era el primer suspiro que le sorprendia en medio de sus continuas sonrisas!... Luego fijó en mí sus bellos ojos con una expresión extraordinaria de ternura, y me dijo:

—Sí Genaro, pronto depositaré en tu corazón todos mis secretos; pero como no es tan corta mi relación, la dejaremos para la próxima vez en que nos veamos, pues segun me parece dicho día debes venir á comer en nuestra compañía y á pasar á nuestro lado la mayor parte de él ¿no es así?

—No lo sé aún Clara, pero de todas maneras yo vendria.

—Clara se puso entonces seria y me dijo:

—No Genaro, si no vienes á comer el próximo domingo, entonces yo no te daré ninguna noticia.

—Manifesté brevemente á mi amiga los fuertes disgustos y contratiempos que causaba mi falta en casa de la familia de D. Justo, pero ella no me quiso escuchar.

—Si no vienes me enoja contigo, y te castigo me dijo con mucha gracia.

—Si esas jóvenes son tus hermanas, yo tambien lo soy, y no es justo que entre ellas y yo exista alguna distincion.

—Iba yo á contestar á mi simpática amiga, cuando la puerta se abrió y D. Mariano apareció por ella.

—Te he dejado un cuarto de hora mas, porque gozase mi Clara; pero ahora si ya no te pierdo por mas tiempo: ven Genaro, ¡hijo mio! tengo mucho que hablarte, y es preciso que me escuches.

—Se adelantó al decir estas palabras hasta donde yo estaba, y tomándome por la mano: vamos añadió, pronto vendrá á decirte adios hija mia,

mientras tanto entretente un momento en el piano, hoy no has tocado nada.

—Es verdad padre mio, respondió Clara rodeando con sus delicados brazos el cuello de su padre, te voy á obedecer. Vé con Genaro á darle tus instrucciones, que yo me iré á divertir haciendo un poco de música.

—D. Mariano imprimió un beso en la frente de su hija, y tomándome del brazo nos encaminamos prontamente á su gabinete.

—Cuando hubimos llegado, D. Mariano cerró la puerta. En seguida abrió un cajon de su escritorio y sacando unos papeles se sentó á mi lado y me dijo: Genaro, he aquí el negocio que voy á depositar en tus manos, y no te puedes figurar el placer que experimenta mi corazon al hacer en tí este depósito: ¡si hijo mio! ya te he repetido que con el buen éxito de él vas á adquirir una notable celebridad y una inmensa fortuna, esto es lo que te deseo, porque con tu conducta y las cualidades que posees te has hecho digno de ella.

—Gracias señor, le respondí, jamás podré olvidar los bellos conceptos con que vd. me honra.

—Dejemos de cumplimientos añadió D. Mariano y escúchame. El príncipe Carsinane es dueño de una cuantiosa fortuna y uno de los primeros títulos de Italia; reside en Venecia, y se haya

próximo á perder gran parte de su capital á causa de una falsa acusacion levantada contra él. Todos los derechos están de su parte, y la justicia le asiste; pero su contrario es un judío en extremo rico y caprichudo, que ha ganado por su parte al abogado mas notable que cuenta hoy Venecia. Es esta la causa que vas á defender Genaro, causa llena de gloria en que están fijadas todas las miradas; como la justicia nos asiste, creo su triunfo indudable, y esta victoria será tu primer paso en la carrera de las leyes, y ella hará inmortal tu nombre cubriéndote de honra y de fama; todos querrán encargarte sus negocios, y el príncipe recompensará tus esfuerzos con gran liberalidad; ya ves hijo mio que en un solo dia vas á conquistar una gloria, que solo se obtiene al cabo de los años y á fuerza de teson y de trabajo.

—Cuando D. Mariano hubo concluido, ¡ah señor! le dije: Vuestra bondad es inmensa, y mi gratitud no tiene límites; pero á la verdad tengo miedo, ¡y si en vez de un triunfo solo obtengo una derrota?

—Desconfiadol no te he ofrecido ya unir mis esfuerzos á los tuyos? Genaro, nada temas, este litigio será el principio de tu fortuna, y engrandecerá tu nombre.

—¡Mi nombre! murmuré inclinando abatido mi frente ¡mi nombre! ¡ah señor! vos sabeis que nunca lo he tenido!

—Un velo de disgusto cubrió el semblante del buen anciano; despues de un instante de silencio me dijo: ¡Valor Genaro! no te entregues al abatimiento, yo no habia pensado en que para tu carrera era preciso un nombre; si hijo mio es preciso y lo tendrás.

—¡Ah! ¿qué habeis dicho? ¿yo tener un nombre, yo pobre exposito que ignoro quienes son mis padres?

—Si Genaro van á concluir tus humillaciones; dentro de ocho dias ya tendrás un nombre, y podrás responder sin ruborizarte á esa pregunta que tanto te ha hecho sufrir desde que eras un niño.

—Las palabras de D. Mariano habian alentado mi espíritu y derramado en mi alma el contento y la esperanza.

—¡Dentro de ocho dias! exclamé lleno de gozo; ¡ah! luego voz sabeis donde están mis padres, decídmelo por piedad, decídmelo; yo volaré á sus piés, los regaré con mis lágrimas, les haré ver mis martirios, y lograré conoverlos y hacer que me reconozcan. ¡Ah! señor si me devolveis á mis padres, os deberé todo sobre la tierra!.....

—Don Mariano, que me escuchaba conmovido, cuando habe concluido continuo. Y le oí decir como si lo

—No hijo mio, desgraciadamente no está en mi mano devolverte el mayor tesoro que tenemos sobre la tierra, los autores de nuestra vida, pero sí puedo arrancar de tu frente el estigma que te hace rechazar de la sociedad; puedo darte un nombre que ocultará tu suerte á las ojos del mundo, y del que no tendrás que avergonzarte.

—Yo que habia concebido la esperanza de encontrar á mis padres, me sentí desconsolado con las palabras de D. Mariano, y no pudiendo sobreponerme.

—Si no conoceis á mis padres le dije tristemente, como quereis ¡ay! que yo tenga un nombre! Como podriais vos darmelo!.....

—Escuchame Genaro: Hay en Italia multitud de nobles que se hallan en la miseria, y que por un puñado de oro venden todos sus títulos y sus blazones; es á uno de estos desgraciados á quien pienso dirigirme, le daré el oro que cubra su miseria, y tu te revestirás de su título de nobleza. Cuando te pregunten tu nombre, solo responderás con el título, y nadie te interrogará de nuevo.

—¡Yo no volvía en mi del asombro que las palabras de D. Mariano me habian causado.

—Yo podría ser noble, noble como Leonor, noble como el Visconde, con quien ya podría cruzar mi espada; este pensamiento me llenaba de contento; repentinamente una idea hirió mi mente, y con mi franqueza habitual me apresuré á decir á D. Mariano

—Señor vos sois muy generoso pero no puedo aceptar vuestras bondades.

—¿Cuál es la causa Genaro?, preguntó el anciano sorprendido.

—Yo repliqué: no me parece propio ni digno de un caballero despojar á otro de lo que le pertenece y revestirme de un nombre y de un título que no me corresponde, me parece abusar de la necesidad, y engañar á la sociedad.

—Los movimientos de delicadeza que poseés Genaro, me replicó, son dignos de tí, pero no pueden hijo mio extenderse hasta este punto, porque debes saber, que lo que vas á hacer, no es lo que por primera vez se ha hecho, otros muchos lo han efectuado ántes que tú; con que ya ves que no tiene nada de particular.

—Pero señor, si esta costumbre es tan solo de los desdichados jóvenes que como yo no han conocido á sus padres, entonces..... todos sabrán distinguirlos igualmente de aquellos que

por un derecho sagrado poseén el título que llevan.

—No te pongas á cabilar, no solo los que no tienen padres compran su título, sino que muchos cambian su nombre por un título, puesto que este los saca de la oscuridad en que viven.

—Vamos Genaro en vez de abatirte, resignate y piensa si soy indiferente á tus sufrimientos, y si me intereso ménos por tí, que el mismo D. Justo.

—Yo entonces comencé á demostrar mi gratitud al buen señor, cuando sonaron las doce.

—Ya no tenemos tiempo, me dijo entonces D. Mariano, tomándome una mano, de recorrer las numerosas páginas de este litigio, del cual es preciso te impongas municiosamente; no podrias dedicar en el colegio algunos minutos diarios;

—Señor, como estoy en los preparativos mayores, lo dudo, y ademas ya sabéis lo que es un colegio; en él todos parece que se hallan autorizados para verlo y tomarlo todo; falcean las llaves de los roperos, y cuanto lleva uno consigo está espuesto á todas las miradas, por lo cual no me sería grato, como creo no le sería á vd. tampoco, que anduviese en otras manos este delicado depósito.

—¡Oh es verdad! No es conveniente que lo

llevés Genaro; pero en cambio el domingo próximo desde temprano eres nuestro, y entonces podremos examinar despacio este negocio.

—Habria sido una verdadera injusticia corresponder con una groseria los multiplicados favores con que D. Mariano me distinguia, y aunque pensé en mis amigos y en la pobre Julia, sin embargo no me pude excusar; prometí á D. Mariano venir muy temprano el siguiente Domingo, y despues de pasar á las habitaciones de Clara, para decirle adios, partí presuroso á la casa de la familia de D. Justo, quo sin duda me estaria esperando ya con la mayor impaciencia.

CAPITULO XXXI.

Excursiones en los alrededores de Paris.—Saint Cloud, el Castillo, sus salones, el Parque.—La gran Cascada y juego de aguas.—La linterna de Diógenes.—Los Jardines.—Aspecto de la poblacion.—Nuestro regreso á Paris.

Despues de habernos ocupado algunas horas en la lectura de la cartera misteriosa, vamos á dar cuenta á nuestros lectores de nuestras impresiones al recorrer los hermosos y pintorescos alrededores de Paris, á que destinábamos los dias festivos.

Muy gratos eran para nosotras estos paseos. El cambio total de escena y de vida, la animación propia de las estaciones de los caminos de fierro, el continuo entrar y salir de gente, la alegría que se nota en todos los semblantes, y el cambio y rapidez con que van sucediéndose tantos objetos, todo contribuia á darle animacion encanta-

llevés Genaro; pero en cambio el domingo próximo desde temprano eres nuestro, y entonces podremos examinar despacio este negocio.

—Habria sido una verdadera injusticia corresponder con una groseria los multiplicados favores con que D. Mariano me distinguia, y aunque pensé en mis amigos y en la pobre Julia, sin embargo no me pude excusar; prometí á D. Mariano venir muy temprano el siguiente Domingo, y despues de pasar á las habitaciones de Clara, para decirle adios, partí presuroso á la casa de la familia de D. Justo, quo sin duda me estaria esperando ya con la mayor impaciencia.

CAPITULO XXXI.

Excursiones en los alrededores de Paris.—Saint Cloud, el Castillo, sus salones, el Parque.—La gran Cascada y juego de aguas.—La linterna de Diógenes.—Los Jardines.—Aspecto de la poblacion.—Nuestro regreso á Paris.

Despues de habernos ocupado algunas horas en la lectura de la cartera misteriosa, vamos á dar cuenta á nuestros lectores de nuestras impresiones al recorrer los hermosos y pintorescos alrededores de Paris, á que destinábamos los dias festivos.

Muy gratos eran para nosotras estos paseos. El cambio total de escena y de vida, la animación propia de las estaciones de los caminos de fierro, el continuo entrar y salir de gente, la alegría que se nota en todos los semblantes, y el cambio y rapidez con que van sucediéndose tantos objetos, todo contribuia á darle animacion encanta-

dora, y á prestar mayor incentivo á nuestros paseos.

El primer punto á que conduciremos á nuestros lectores será á Saint Cloud.

En el tránsito tuvimos ocasion de detenernos ligeramente en varias estaciones; pasamos primero por Asniere, que es una pequeña poblacion que tendrá 1,500 habitantes; posee un hermoso castillo trasformado entónces en un Restaurant, y se ve un lindísimo parque, que no pudimos visitar, porque nos dirigiamos directamente á Saint Cloud. Nos detuvimos luego algunos minutos en Courbevoies, compuesto de 8972 habitantes, y no poseé nada de notable mas que las cavernas construidas por Luis XV.

En seguida, despues de atravesar una frondosa campiña, nos detuvimos en Poteaux, que tiene 6,403 habitantes, lugar muy antiguo en el cual á las fábricas ó talleres que poseia ántes, han sucedido hoy las casas de placer y de campo, donde los que habitan las grandes ciudades como Paris tienen un especial gusto en ir á pasar unas largas temporadas, para descansar un poco de la vida agitada que se tiene continuamente en ellas.

Llegamos en seguida á Lucesnes, que tiene

5,363 habitantes: el castillo, el parque y los jardines son lo que encierra de notable.

De allí pasamos á Saint Cloud, objeto de nuestro paseo.

Clodowal, nieto de Clovis, fundó en este lugar, llamado entónces Nogent, una ermita donde murió en olor de santidad hácia el año 560; tomó entónces el nombre de Saint Clodowald, de donde le ha venido el de Saint Cloud.

Enrique II hizo construir en él una villa; Enrique III permaneció en ella durante el sitio de Paris, y allí fué donde Jacobo Clemens lo hirió mortalmente.

Luis XIV adquirió esta finca en propiedad para darla á su hermano el duque de Orleans, despues de haberla engrandecido y trasformado en un palacio, haciendo designar los parques y los jardines por Le Notre. Enriqueta de Orleans, hija del rey de Inglaterra Carlos I, murió en este lugar. En él se estableció despues el Consejo de los Quientos, y lo habitaron y embellecieron multitud de grandes personajes, de los cuales no hacemos mencion especial por no ser muy prolijas.

Saint Cloud no posee de notable mas que su castillo, su parque y sus jardines. El domingo que lo visitamos era inmensa la concurrencia, y

aun mayor que lo de costumbre, porque se celebraba la feria que es siempre tan concurrida en este lugar.

A penas hubimos recorrido ligeramente algunas calles, cuando nos encontramos por fin en la plaza. ¡Qué hermoso golpe de vista presentaba! ¡Cuán grande era su animacion! Estaba llena de puestos en los que se veían muchos objetos y variadas vendimias, y entre otros, los que fijaron de un modo particular nuestra atencion por su número fueron unas mesitas de lotería: en unos pequeños cuartitos formados provisionalmente, cubiertos de preciosos juguetes y otras varias cosas, entre las cuales se distinguian algunas mejores, de más precio y mucho más finas: todo se hallaba colocado simétricamente sobre una tabla circular que giraba con un pequeño impulso que se le dá: por el ínfimo precio de 10 á 15 céntimos puede uno entrar en estas loterías, en las cuales para avivar el interés, está dispuesto de modo que siempre saque uno algo aunque sea una pequeña cosa; para lograrlo, pagada la cuota, da uno movimiento á aquella rueda con una mano, y al detenerse, un palito señala el objeto que le toca al jugador; pero hablando con franqueza, jamás se llegan á sacar los buenos objetos, que solo para atraer la atencion y avivar el interés se hallan

allí, pero de manera que rara vez son tocados ó señalados por la varita; así es que este juego siempre es ventajoso para los propietarios.

Sin embargo, no por eso se deja de tener interés y un gusto particular en entrar á estas multiplicadas loterías, porque en unas partes ve uno objetos curiosos, piezas de porcelana, muebles pequeños perfectamente trabajados, etc., y en otras dulces distintos, buenos y grandes pasteles, botellas de vino, y como todo se halla colocado como se ha dicho, con tanta gracia y tan particular que exita y no se le puede ver con indiferencia, al fin y al cabo concluye uno por entrar á casi todas las loterías, mucho más siendo el precio tan bajo; nosotras nos divertiamos siempre en esto, entrábamos á muchísimas, y volviámos á Paris cargadas de mil distintos juguetes, conservando esos pequeños objetos como un recuerdo de las sensaciones agradables que todo esto nos causaba.

Es muy grato conservar de todas partes recuerdos que traigan á la memoria lo que en un tiempo nos ecsitó mas vivamente, y nosotros hemos tenido siempre esta costumbre. ¡Qué instantes, qué dia tan agradable pasamos en Saint-Cloud! Vamos á hacer de él ligeramente una descripcion.

El primer lugar á que nos dirigimos fué al cas-

tillo, construido sin ningun plan, en diversas épocas: el exterior no ofrece nada de notable, en medio de la fachada central se abre el vestibulo del emperador, en el fondo del cual se vé una estátua de Safo, última obra de Pradier.

En el interior merecen fijar la atención algunos salones, por ejemplo, el salon de Mars que pintó Mignard á la edad de 67 años, la galeria de Apolo, donde se reunía el directorio, y donde el Consejo de los Quinientos tenia sus sesiones. Las grandes pinturas que decoran este salon son del autor antes citado; hay tambien otros cuadros de diversos maestros, casi todos de la escuela francesa.

El salon de Diana se halla adornado con mucho gusto; el de Vénus tiene una hermosa plataforma pintada por Lemoyne; el de la Verdad, tambien contiene curiosas obras de arte. Los salones de Mercurio y de la Aurora, al pié de la escalera de la reina, lucen hermosas estátuas; entre otras, fijó de un modo particular nuestra atención, una, cuyo autor es M. Pollet; representa de un modo muy caprichoso la una de la mañana. Los aposentos del emperador y de la emperatriz no se pueden visitar, y por ese motivo no penetramos en ellos.

Después de haber acabado de recorrer este

castillo, nos dirijimos al Parque de 392 hectáras de extension, dividido en parque público, y privado; el parque público se compone de dos partes, el parque bajo, que se extiende al lado del Sena, y el alto en que está la gran cascada de celebridad tan conocida, y cuyas aguas elevándose á una altura prodigiosa, dominan los corpulentos árboles. Magnífico es el gran juego que se levanta á una altura de 42 metros sobre la fuente, precipitándose despues en una grandiosa escalinata que ofrece el mas sublime golpe de vista.

La Linterna de Diógenes es una reproducción exacta de el original que existe aun en Atenas, y merece la atención particular del viajero.

Pasamos en seguida á recorrer los jardines, tan bien distribuidos y con tanto esmero plantados: en ellos estuvimos contemplando con gusto las delicadas plantas cuidadosamente cultivadas. Se encuentran colocadas con arte hermosas estátuas, y en las glorietas los asientos ofrecen bastante comodidad.

La mañana entera se nos pasó en recorrer lo que ligeramente hemos mencionado. Serian sobre las tres de la tarde cuando penetramos en un *restaurant* para almorzar, ó mas bien dicho para

comer, teníamos entonces un magnífico apetito de manera que no dejamos de hacerlo bien.

Por fin, en la tarde recorrimos el pueblo, compuesto en su totalidad de construcciones bajas y comunes; luego permanecemos largo rato en el parque, contemplando todos aquellos juegos de agua, tan maravillosos y que tanto asombran al viajero; en seguida penetramos de nuevo en la plaza, donde reinaba mayor animación aun que en la mañana.

Serían las ocho de la noche, cuando tomamos el tren para regresar á Paris, despues de haber recorrido todo lo que Saint-Cloud tiene de mas notable y hermoso. Nos hallábamos en extremo fatigadas, es cierto; pero habíamos recibido tan gratas impresiones en aquel dia, que ni sentíamos el cansancio, al recuerdo de lo que en Saint-Cloud habíamos gozado.

CAPITULO XXXII.

Paseo á Versalles. Poblaciones que se hallan en el tránsito. Lo que es y fué en tiempo pasado. Edificios notables. Plaza de S. Luis, y estatuas con que está adornada. La fèria, lo que en ella vimos y nos sirvió de entretenimiento. El palacio, sus parques y jardines. Lo que fué al principio, obras que sucesivamente fueron ejecutándose y recuerdos que evocan. Parte material del edificio, su extension, su aspecto y hermosura. El Museo, galerias y salones que lo forman, y objetos notables que contiene. El Teatro ó salon de la Opera. Otros salones de esculturas y pinturas. Galeria de los espejos. Pequeños apartamentos. El jardin, sus vistosas avenidas, sus hermosas fuentes, y sus admirables juegos de agua. La fuente de Neptuno. El bosquecillo de la columnata. La fuente de Saturno. El bosquecillo de Apolo. La fuente de la Celada. Los jardines privados, su atractivo y encantos. Los Triangulos. Descripción de los juegos de agua; su iluminación por fuegos artificiales. Aspecto que presentaban las calles y avenidas del jardin al terminar los juegos. Dificultades que ofrecia en aquellos momentos la salida del jardin. Como la vencimos. Nuestro regreso á Paris.

Para visitar alguno de los alrededores de Paris, escojiamos siempre el dia en que hubiese fiesta en ellos; así es que para ir á Versalles no solo

comer, teníamos entonces un magnífico apetito de manera que no dejamos de hacerlo bien.

Por fin, en la tarde recorrimos el pueblo, compuesto en su totalidad de construcciones bajas y comunes; luego permanecemos largo rato en el parque, contemplando todos aquellos juegos de agua, tan maravillosos y que tanto asombran al viajero; en seguida penetramos de nuevo en la plaza, donde reinaba mayor animación aun que en la mañana.

Serían las ocho de la noche, cuando tomamos el tren para regresar á Paris, despues de haber recorrido todo lo que Saint-Cloud tiene de mas notable y hermoso. Nos hallábamos en extremo fatigadas, es cierto; pero habíamos recibido tan gratas impresiones en aquel dia, que ni sentíamos el cansancio, al recuerdo de lo que en Saint-Cloud habíamos gozado.

CAPITULO XXXII.

Paseo á Versalles. Poblaciones que se hallan en el tránsito. Lo que es y fué en tiempo pasado. Edificios notables. Plaza de S. Luis, y estatuas con que está adornada. La fèria, lo que en ella vimos y nos sirvió de entretenimiento. El palacio, sus parques y jardines. Lo que fué al principio, obras que sucesivamente fueron ejecutándose y recuerdos que evocan. Parte material del edificio, su extensión, su aspecto y hermosura. El Museo, galerías y salones que lo forman, y objetos notables que contiene. El Teatro ó salon de la Opera. Otros salones de esculturas y pinturas. Galería de los espejos. Pequeños apartamentos. El jardin, sus vistosas avenidas, sus hermosas fuentes, y sus admirables juegos de agua. La fuente de Neptuno. El bosquecillo de la columnata. La fuente de Saturno. El bosquecillo de Apolo. La fuente de la Celada. Los jardines privados, su atractivo y encantos. Los Trianones. Descripción de los juegos de agua; su iluminación por fuegos artificiales. Aspecto que presentaban las calles y avenidas del jardin al terminar los juegos. Dificultades que ofrecia en aquellos momentos la salida del jardin. Como la vencimos. Nuestro regreso á Paris.

Para visitar alguno de los alrededores de Paris, escojiamos siempre el dia en que hubiese fiesta en ellos; así es que para ir á Versalles no solo

esperamos un domingo en que jugasen todas las grandes aguas, sino que ese día se preparaba también una novedad que atrajo allí un número infinito de personas. En la noche había fuegos artificiales en la espaciosa fuente de Neptuno, é iban á competir en su juegos y figuras, el agua cristalina y las brillantes luces: como supondrá el lector, nosotras estábamos muy inquietas, y teníamos un positivo deseo de ver aquel espectáculo tan sorprendente y seductor.

Muy de mañana nos arreglamos y á las nueve nos encontrábamos en la estacion; como tambien habia feria en Versailles, el tumulto era espantoso: tuvimos que esperar largo tiempo, y no sin dificultad se tomaron los billetes y nos colocamos en el wagon: serían las diez cuando partimos de Paris, el camino era muy agradable y á cada instante tropesábamos con pequeñas poblaciones en las que nos deteniamos algunos minutos, llegando al fin á Versailles despues de tres cuartos de hora de camino.

Versalles es la cabecera del departamento del Sena y Oise: fué por largo tiempo la residencia real de la corte, y contiene, varios edificios notables y de mérito, entre los que sobresalen el Templo de Notre-Dame, la Biblioteca y el Teatro: en la plaza de San Luis se ven dos hermosas es-

tatuas descansando en sus elegantes pedestales: la una es del abate l'Epée y la otra del general Hoche.

Cuando llegamos á Versailles la animacion era inmensa; en la mañana nos trasladamos al lugar de la feria; como en Sain-Cloud, encuéntranse multitud de mesitas con todos los objetos de la rifa; entramos á ella repetidas veces, y sacamos varios juguetitos que aún conservamos en recuerdo: al lado de estos puestos se ven varias tiendas de campaña destinadas á varios objetos: en algunas se ejecutaban ligeras representaciones; en otras se exponian cosas fenomenales para excitar la curiosidad del transeunte, y mediante un módico precio se puede penetrar en estas pequeñas tiendas á cuya puerta un individuo pregona lo que en el interior se encierra ó va á ejecutarse; nosotras penetramos en algunas, en las que contemplamos una mujer de una gordura fenomenal, cada brazo podia tener como una vara de circunferencia, aquello nos causaba horror, y apenas podia uno creer que existiera un sér tan extraordinario: al lado de esta pequeña tienda se hallaba otra en que penetramos á contemplar un hombre, pero tan delgado, que realmente era un esqueleto del cuerpo humano animado por la vida, su piel enteramente unida al cuerpo dejaba

contar sus huesos y aun se veía la ramificación de sus venas y membranas: penetrando en otras vimos un gigante y una enana; y en otras, figuras de cera, panoramas y ligeras representaciones.

En recorrer estas tiendas ambulantes, entrar en las rifas, y ver todos los puntos de la feria, llenas de creciente animación y de inmenso movimiento y vida, se nos pasaron las horas restantes de la mañana; á la una nos dirijimos ó un restaurant, donde se nos sirvió una buena comida, y en seguida nos trasladamos al palacio para visitar éste, los jardines, los parques y los trianons que es lo mas notable que encierra Versalles y lo que siempre visita el viajero.

Luis XIII, que iba á cazar con mucha frecuencia en el bosque de Versalles, hizo construir en él un pabellon de caza, que remplazó despues por un castillo en 1627. Luis XIV, habiendo resuelto fijar en este castillo la residencia de la corte, hizo emprender en 1682 grandes trabajos que debian durar por muchos años; Mansart fué el arquitecto designado para la construcción del palacio y sus dependencias, y Le Notre fué el que dió los planos y arregló los jardines.

El 1.º de Setiembre de 1615, Luis XIV murió en este mismo palacio, en el que habia dado tantas fiestas, llenas de grandeza y magnificencia.

El palacio de Versalles sirvió de morada á otros muchos soberanos de Francia, que lo embellecieron y lo engrandecieron considerablemente; era la residencia favorita de Luis XVI y María Antonieta.

La revolución destruyó una parte, pero Luis Felipe la mandó edificar de nuevo poniéndolo en todo su esplendor: este monarca fundó en él un museo destinado á todas las glorias de Francia, y gastó en la ejecución de este pensamiento. 23.494,000 francos.

El palacio comprende tres cuerpos de edificios principales, la parte central y dos alas laterales por la parte de los jardines.

La gran fachada, ofrece á la vista una línea de inmensa extensión, que tiene 415 m. 25 de longitud sin contar con las fachadas laterales sobre las que se avanza el cuerpo del edificio. El patio de entrada se halla separado de la plaza de armas por una reja de hierro dorada, desde la cual presenta el palacio un magnífico golpe de vista, en este palacio se ven varios grupos en piedra: diseminados con armonía y 16 estatuas colosales de fino y blanco mármol, reposando todas sobre sus cómodos pedestales: en el centro, se eleva la estatua ecuestre de Luis XIV. A la derecha se encuentra la capilla real comensada en 1699, y

terminada en 1710. Esta fué la última obra de Mansart, todas las revoluciones la habian respetado y se conservaba entónces tal cual la habian construido: su exterior presenta un aspecto airoso y elegante; en su interior se ostentan varias pinturas notables, de Coypel, y de Jouvenet. Sostienen la nave del oratorio hermosas columnas, el altar mayor se halla decorado con magnificencia y su adorno es todo artístico; á la derecha se eleva el trono, bajo cuyo dosel descansa la silla real.

Ahora nos dirigiremos á recorrer ligeramente el Museo, que debe traer á nuestra mente tantos recuerdos históricos. Una escalera magnífica, dá entrada al palacio; por todas partes brilla la magnificencia, y todo tiene allí ese sello de grandeza que solo presta el esplendor del trono en las mansiones reales. Al penetrar en el palacio conducidas por un guia, nos dirijimos á la parte norte del museo. En el piso bajo, ó bien sea en el entresuelo, se extienden una série inmensa de salones, llenos de estátuas, grabados y esculturas de infinito mérito, la mayor parte de mármol y yeso. Allí admiramos algunas obras de gran mérito artístico, y grupos, verdaderas obras maestras de arte y de valor. No nos detendremos en mencionar todos los que llamaron nuestra aten-

cion, porque entónces cansariamos al lector, y nuestro objeto es proporcionarle momentos de distraccion.

De las salas de escultura pasamos á los salones de pintura; donde notamos cuadros de gran mérito. Es tan extenso este museo, que no basta un dia para recorrerlo, nosotras sin embargo, todo lo vimos, aunque no con la calma con que deben visitarse estos lugares.

En el piso inferior interrumpimos la vista de la série de salones del museo, y penetramos en una hermosa sala destinada á servir de teatro al suntuoso palacio. Se dá generalmente á este local el nombre de sala de la ópera, es obra de Gabriel, inaugurada en 1770 con motivo del matrimonio de Luis XVI con María Antonieta. Este pequeño teatro es de una preciosa construccion, y se halla adornado con mucho gusto y armonía; al visitarlo, el recuerdo vivo de María Antonieta hirió nuestra imaginacion. Luego volvimos á tomar la série de salones, y entramos en el de las Cruzadas. Allí se encuentra una buena coleccion de grandes cuadros, representando los principales hechos del tiempo que agitó á toda la Europa. Véence entre ellos, la toma de Constantinopla, al gran Saladino, á Felipe Augusto, Ricardo corazon de Leon, y otros muchos.

Con este concluyeron los salones de ese piso, y por una bella escalera subimos al primero y penetramos en otra serie de salones de pintura. En la primera sala fijó de un modo particular nuestra atencion un cuadro por Delaraché, representando á Carlo Magno atravesando los Alpes.

En los demas salones los cuadros mas remarquables para nosotras fueron la toma de Smala, el Sitio de Roma, y la Batalla de Isly. Luego seguia una galeria de escultura entre cuyas obras figuran particularmente la del duque de Orleans, Juana de Arco, y la Princesa María, hija de Luis Felipe. Subimos en seguida al segundo piso, donde se encontraba una inmensa coleccion de retratos, muchos de ellos originales y de los mejores maestros franceses. Despues descendimos otra vez al primer piso y penetramos en la ala central.

En el salon hay una hermosa pintura que representa á Luis XVIII, abandonando las Tullerías.

El salon de Hércules sirve de entrada á los apartamentos; en la plataforma véese una apotheosis de Hércules muy notable.

El salon de Diana, contiene un busto perfecto de Luis XIV, y está adornado con mucho gusto.

Penetramos luego en la galeria de espejos, que

tiene 73 metros de largo, sobre 10^m 40 de ancho, le entra la luz por 17 ventanas en forma de arcos á los cuales corresponden 47 arcos llenos de espejos inmensamente grandes del alto total de la galeria. Los pequeños apartamentos que visitamos tambien están adornados con mucha sencilles pero con gusto exquisito. Vimos con interés la recámara de Luis XIV, el salon de la reina, y la sala de consagracion.

Nos dirigimos despues al lado del Sur y penetramos en la galeria de las batallas compuesta de magníficos y grandes cuadros, representando las principales batallas de esta nacion guerrera que testifican sus hechos gloriosos, pintados por los principales y mas afamados artistas franceses. Salimos al balcon en el que María Antonieta logró conmovier al pueblo enfurecido, llenas de esos dolorosos recuerdos.

Despues de haber tenido un gusto particular en recorrer todo lo que encierra ese gran palacio, bajamos al jardín que se hizo segun el modelo de Le Notre.

Este jardín presenta verdaderamente un interés particular. No solo se encuentra perfectamente compartido, sino que contiene además buenas obras de arte. Regadas al capricho hállanse pre-

ciosos grupos de estatuas de mármol, y otras de bronce.

Tuvimos el gusto de presenciar los juegos de aguas, que son admirables y sorprendentes, de los cuales nos proponemos hacer un ligero bosquejo.

La narangería construida en 1685 por Mansart fué adquirida en 1530. La grande avenida ofrece una perspectiva verdaderamente encantadora.

La fuente de Neptuno, la mas grande y hermosa de todas las de Versalles, es la última que juega en los dias de las grandes aguas. El grupo central representa á Neptuno, hecho por Adam, el de la izquierda á Proteo, y el de la derecha al Océano. En medio de la fuente hallanse colocados varios dragones que hacen un gran papel en el maravilloso efecto de las aguas. El bosque de la columnata, cuyo modelo es debido á Harduin, Mansart es de un hermoso conjunto.

En el centro se halla un grupo de mármol blanco representando el rapto de Proserpina; este bosquecillo que es muy ameno se halla siempre cerrado, ménos en los dias que como ese domingo jógaban las grandes aguas, y todo se hallaba abierto. La gran avenida del tapiz verde es deliciosa, así como la fuente de Latone, que tiene

un juego de agua muy vistoso y agradable. El bosquecillo de Apolo es un lugar lleno de poesía; los árboles se hallan allí todos tan bien podados, guardan entre sí tanta armonía, que en aquel lugar mas reina el arte que la naturaleza. En este bosque se ven los hermosos grupos que forman en blanco marmol Apolo rodeado de las ninfas: la fuente de Apolo es en extremo hermosa. Sus juegos de agua son de los mejores de Versalles; de ella nace el gran canal que tanto adorna al hermoso parque.

La fuente de la Celada es tambien una de las mas bellas, forma una roca, en cuyo seno se oculta un gigante de mármol blanco, el cual lanza entre torbellinos de aguas un hermoso juego que se eleva á 23 metros. En la fuente de Apolo que acabamos de mencionar se ostenta un hermoso carrucel; en bronce el agua que se precipita por la boca de los caballos, forma al caer una gruta, con su cristalino techo, en cuyo centro se ostenta una pequeña fuente, que lanza tambien sus aguas que vienen á entrelazarse con las que se desprenden del carrucel, formando el conjunto, el mas seductor y bello panorama. Nosotras sorprendidas recorriamos las aguas de Versalles. Era tan fantástico, tan bello todo lo que nos ro-

deaba, que nos parecia vernos transportadas á un mundo de hadas y de encantos. *A ob ollosuprad*

La tarde declinaba ya, y ántes de irnos á colocar en la fuente de Neptuno, donde iban á tener lugar los fuegos, quisimos visitar los jardines privados del Emperador y los Trianons que aun no habiamos recorrido; los primeros, son un verdadero eden en el que se han reunido todos los encantos de la naturaleza y la poesía: allí se ostentan siempre las mas finas y esmaltadas flores junto con el mármol de las estátuas y las cristalinas fuentes; en este sitio se respira el ambiente embalsamado por las flores, y el corazon se ensancha al verse rodeado de encantos y de perfumes.

Los Trianons son dos, el grande y el pequeño y se encuentran en el parque. En 1670, Luis XIV hizo construir un castillo pequeño, remplazado pronto por un palacio, hecho por Mau-sart, y al que hoy se dá el nombre del gran Trianon. Se compone de un solo pizo, al parecer sin techo, y encierra gran número de pinturas de mérito, distribuidas en diversos salones. Una gran galeria lo une al Trianon Sous-Bois, en donde Luis Felipe hizo construir una elegante y cómoda Capilla.

El pequeño trianon, construido por Gabriel en 1766, no es mas que un sencillo pabellon poéticamente situado; Luis XVI obsequió con él á María Antonieta, que lo convirtió en su residencia favorita, siendo entónces teatro de tantos acontecimientos que no son desconocidos al lector.

Se halla situado en el centro del mas ameno y delicioso jardin; encierra un pequeño riachuelo, á cuya orilla se ven los mas preciosos árboles de las especies mas raras y poco conocidas: diseminadas con gracioso capricho, se ven tambien algunas ligeras y graciosas construcciones; un templo consagrado al amor, en cuyo seno está la estátua de Cupido de mármol de Carrara, rústicas cabañas, hermosos cenadores, asientos campestres, todo está allí reunido; posée este jardin una coleccion de las mas escogidas flores, y los apasionados á la horticultura encuentran un positivo placer en visitarlo.

Una vez recorridos los trianons, volvamos á las aguas y vamos ahora á bosquejar aunque muy ligeramente los preciosos juegos de Versailles.

Nunca podrá la pluma presentar su hermoso colorido, su efecto sorprendente, y esa obra maravillosa, pero al ménos daremos de ellos una pá-

lida idea. Eran las cuatro y media cuando un tumulto se detenía; ó mas bien dirijíase á las grandes fuentes, cuyas aguas solo se sueltan por la tarde; inmenso era el tropel que avanzaba á contemplarlas. La fèria quedábase enteramente desierta y todos con grande agitacion marchaban hácia los jardines para tomar el mejor puesto.

La animacion era verdaderamente extraordinaria, nosotras caminábamos tambien con mucha prisa entre esa inmensa multitud, por fin llegamos.

¡Que espectáculo tan asombroso se presentó ante nuestra vista! ánte todo, nos dirijimos entre el tumulto á la gran fuente de Neptuno, y quedamos pasmadas de admiracion; jamás habíamos visto ni imaginado una cosa semejante: qué conjunto tan maravilloso presenta esa fuente en el momento en que brilla en el espacio su agua pura y cristalina. Es algo mágico lo que las aguas de Versailles nos presentan.

Figúrese el lector mil distintos tubos, colocados en diversas direcciones con un impulso tan extraordinario, que se elevaba el agua á una altura considerable; todos aquellos dragones que hemos mencionado hallábanse en el centro de la gran fuente, tenían la boca elevada hácia la estatua de Neptuno, y allí era en donde iba a parar

el agua abundante que de ellos salía; hermosa al subir, enlazábase un chorro con otro, y formando las mas bellas figuras entre las que se veían bouquets de hermosas flores, presentando un hermoso aspecto que no podia contemplarse sin admiracion.

Los dos grupos laterales hacian un efecto admirable, y de los dos otros dioses elevábase un grandísimo chorro de agua á una altura tal, que casi perdiase de vista.

¡Oh! cómo se recreaba uno contemplando tan hermoso y poético panorama. La estatua de Neptuno, bañada de aguas por todas partes, parecia encerrada en un gran nicho de cristal. Es inútil querer describir ciertas cosas: para poderse formar una idea de ellas es preciso verlas; porque aquello es á la verdad sublime, asombroso.

La fuente de Neptuno es la mayor y mejor de las que posee Versailles; nos habíamos detenido algun tiempo en contemplarla. Al rededor de la glorieta en que se hallaba colocada, habia multitud de asientos para mayor comodidad de las personas que desearan permanecer allí, mediante una módica retribucion. Nosotras nos propusimos desde luego ser de este número, pero antes quisimos ver las demás fuentes y juegos de agua, y así lo hicimos en efecto, las recorrimos todas

umentando á medida que las veíamos nuestra admiracion. Verdad es que la fuente principal sobrepuja en hermosura á todas las demás, pero no por eso dejaban de tener las otras su encanto particular.

Ya se nos mostraba á la vista una preciosa parra llena de flores, formada por supuesto por las mismas aguas, ya otra presentaba la figura de una hermosa jaula con una pequeña estatua dentro, en otra unas preciosas cascadas hacian lucir en buen declive la caída de las aguas.

Estos diversos juegos de agua no se encontraban todos reunidos, sino caprichosamente repartidos; uno de ellos lo contemplamos en el centro de una pequeña glorieta, otro allá en medio de verdes y frondosas hojas, oculto en un ameno bosquecito, éste daba principio á una hermosa avenida, aquél regaba las flores exquisitas que tenia á sus pies, pero todos presentaban algo nuevo que admirar, algo que de un modo particular atraía la atencion del que lo contemplaba.

En la visita de las otras fuentes gastamos más de una hora, porque ante cada una de ellas nos deteníamos largo rato, sin dejar pasar ninguna desapercibida, sino prestando nuestra atencion á todo: esto nos tenia ya muy fatigadas y ansiábamos por encontrar asiento; con este objeto nos

encaminamos de nuevo á la gran fuente de Neptuno; pero ¡oh desgracia! en vano recorrimos la gran glorieta en todas direcciones, no habia quedado ya una sola silla vacía, porque era indescriptible el numeroso conjunto de personas que allí habia reunidas, y que por completo se habian apoderado de todos los asientos. Esto no pudo ménos que sernos en extremo sensible, nos hallábamos muy cansadas, no nos era ya posible mantenernos en pié, rogamos á uno de los dueños de las sillas que nos consiguiese una media docena, prometiéndole serian bien pagadas.

El dinero tiene el poder de allanar casi todas las dificultades, pronto tuvimos sillas y nos colocamos en ellas, este fué uno de los dias en que mas hemos gustado del descanso, ¡que placer experimentamos, nos considerabamos felices, de tener esas sillas de paja donde poder descansar de nuestras fatigas!

Las sombras de la noche envolvieron ya por completo la tierra, la gran glorieta, las colinas y las avenidas contiguas, todas se hallaban cubiertas de gente, era aquel un macizo tan compacto, que era imposible dar un solo paso, la claridad del gas que iluminaba el jardin nos dejaba ver aquel empedrado de cabezas humanas que nos rodeaba por doquier, la banda militar hacia reso-

nar en el espacio sus armonías, y por todas partes reinaba el placer y el alborozo; entre toda aquella multitud no se mostraba el menor desorden; todos se hallaban dispuestos á divertirse, y ninguno pensaba en hacer daño, ó en molestar á los demás.

A las ocho de la noche, un ramillete de las mas bellas luces nos hizo comprender que el momento de los fuegos habia llegado: nuestros ojos se fijaron entónces en la hermosa fuente; se hallaban jugando en aquel instante las grandes aguas, y el panorama era bellísimo; repentinamente todas aquellas seductoras figuras, que formaban al precipitarse en el cristal de las aguas, fueron tomando los mas hermosos colores; ya se presentaban á nuestra vista cual torrentes de esmeraldas, de turquesas y rubies; ya brillaban cual zafiros y diamantes. ¡Aquello era ideal, fantástico! todas las miradas estaban fijas y absortas en la gran fuente, que sufría en un instante las transformaciones mas asombrosas.

Serian las nueve de la noche, cuando un espectáculo seductor, un cuadro realmente mágico, sorprendente arrancó un ¡ay! de admiración á todos los pechos. Del seno mismo de las aguas parecían salir torrentes de fuego, que formaban las figuras mas caprichosas y complicadas; figúrese

el lector contemplar multitud de edificios y figuras doradas; al lado de estos torrentes de fuego se precipitaban los juegos de la fuente, y este conjunto formaba el cuadro mas bello y asombroso; no hay frases con que ponderarlo, nó, es inútil; en vano nuestra pluma trataría de querer describir tan celestial panorama, hay cuadros inimitables ante los cuales se estrella el arte y la elocuencia; ante ellos se desprende el pincel de la mano del artista, la lengua enmudece en los labios del orador, la pluma permanece inerte entre los dedos del escritor..... Porque hay prodigios que no pueden imitarse, que no se pueden describir, y que no deben bosquejarse, comprendiendo que es preferible callar.

Guardamos en ese instante silencio, y dejamos á la consideración del lector toda la belleza y la magnificencia del mágico espectáculo que se extendía ante nuestra vista.

Serian las nueve y media cuando los fuegos terminaron, el último tren de Versalles salía á las diez, y ya tan sólo media hora faltaba; cuando la última luz dejó de brillar en el cristal de las aguas, todos abandonaron sus puestos, y aquella masa humana comenzó semejante á un torrente desbordado á precipitarse por las calles y avenidas del jardín, aquello era interminable; la

multitud cada vez se hacia mas compacta, las puertas de fierro, que se hallaban en la reja, no podian contener la masa de gente que a ellas se agrupaba, y la salida era impracticable para nosotras.

Reinaba entónces el mayor desórden; la muchedumbre se agolpaba para salir, y llegaban hasta nosotras los gritos de confusion y de angustia.

Una desgracia habria sido muy fácil en medio de aquel tropel, y papá no quiso exponernos; permanecemos pues en un lugar apartado de la multitud y distante de la puerta.

El tiempo trascuria y la partida del tren se aproximaba ya, nuestra angustia por momentos aumentaba: permanecer aquella noche en Versalles era terrible, regresar á Paris nos parecia imposible; en estas reflexiones nos hallábamos, cuando á través de los árboles que formaban verja á la avenida, nos pareció descubrir una luz que avanzaba hácia nosotras; era en efecto un hombre que con un farol en la mano, atravesaba aquella vereda oscura; al verlo papá lo detuvo, y le preguntó si era posible salir por aquel punto del jardin, el desconocido dijo que sí tenia una puerta excusada, pero que no era permitido que niuguno pasase por allí; que además la senda era

muy estrecha, que allí se hallaban todos los conductores eléctricos que habian servido para los fuegos, que podiamos tropezar con alguno y causar una explosion. Papá insistió sin embargo en que nos sacase por aquel sitio, y como el dinero tiene el poder, como dijimos ántes, de allanar la mayor parte de las dificultades, mediante una buena recompensa el individuo aquel se comprometió á sacarnos por aquel lugar excusado. Llegamos á un punto, en el que habia una pequeña puerta, nos fué ésta abierta y penetramos en la estrecha vereda; era en realidad molesto y peligroso el camino; por todas partes nos rodeaban los tubos eléctricos, y con gran cuidado atravesamos aquella senda excusada á todos los transeuntes.

A los cinco minutos nos hallábamos fuera del jardin: allí descubrimos el tumulto que se agolpaba en las puertas y dimos gracias al Eterno de vernos libres de aquella multitud; dió papá su buena gratificacion al que nos habia sacado, y tomando violentamente un carruaje nos trasladamos á la estacion.

Habia ya en ella un concurso inmenso; pero el tren no habia salido aún; no sin trabajo y sin vencer algunas dificultades, logramos penetrar y tomar los billetes; cuando lo hubimos logrado, nos

dirijimos al tren, que estaba enteramente lleno; habló papá entónces con el director, que al saber con quien trataba, nos proporcionó un wagon en el que nos colocamos con gran comodidad; acabábamos de sentarnos cuando se dió la primera señal de partida, la agitacion creció entónces en la estacion, todos corrian asomando las cabezas por las portezuelas de los wagoes buscando un lugar para colocarse; tres minutos despues sonó la segunda campanada, la multitud que se hallaba fuera de la reja comenzó á arrojar gritos de rabia, y á pedir que se detuviese el tren; pero éste sin atender á sus clamores partió a la tercera señal, y poco despues de las once nos hallábamos en París, porque el tren habia retardado su hora de partida.

Cuando nos vimos en la gran capital apenas pudimos creerlo; descendimos en la estacion y subimos á unos carruajes que nos condujeron al hotel de Louvre.

Apénas llegamos nos dirijimos al restaurant donde se nos sirvió una buena cena, pues desde el medio dia nos habia sido imposible comer de nuevo, y sólo nos habiamos entretenido con plaisir (barquillos) y otras golosinas que nos habian comprado en el jardin: aquella noche nos hallábamos en extremo fatigadas, aquel dia habia si-

do muy agitado para nosotras, y nuestra mente, vivamente impresionada por las imágenes que la habian herido, nos representaba sin cesar los cuadros fantásticos y seductores que con tanto placer habíamos admirado.

Hay dias que se graban más que otros cuando se viaja; pues aun en medio de esa vida de variedad que tiene el viajero, algunos dias forman un paréntesis en la existencia; aquel domingo lo formó en la nuestra, porque hay impresiones que jamás se borran de nosotras, y sensaciones gratas que nunca pueden olvidarse.

Siempre en París esperábamos ansiosas los domingos, pues en aquellos dias se quebrantaba el órden de nuestra vida, porque trasladándonos al campo, allí recibíamos nuevas impresiones y se nos esperaban nuevas sorpresas y placeres.

CAPITULO XXXIII.

Vincennes.—El Castillo, reminiscencias históricas, su construcción, sucesos notables acaecidos en él.—El Salon de armas.—La capilla.—La torrecilla.—El asilo imperial, su extensión, departamentos, salones y dormitorios, oficinas y dependencias.—El bosque, su extensión y belleza.

Habíamos ya visitado los dos alrededores más notables de París; pero nos faltaban otros que sí bien no de tanto nombre, eran sin embargo dignos de ser conocidos. El domingo siguiente nos dispusimos como de costumbre temprano; siempre oíamos misa en San Germain l'Auxerrois, y á las nueve ó diez nos hallábamos en la estacion: así lo hicimos aquella mañana, tomando pronto el tren que nos condujo á Vincennes.

La poblacion de Vincennes se compone de más de 12,502 habitantes, lo más notable que

posee es el bosque, el castillo y el asilo imperial. El camino para llegar á ella es muy agradable; despues de la barrera del trono se abre una hermosa y larga avenida que recorre el tren, y la conclusion de ésta es una gran puerta que da entrada al bosque; penetramos en él. Este bosque encierra árboles seculares, se halla cuidado con esmero y muy bien distribuido; en él se ven hermosísimas avenidas en las cuales no penetran los rayos solares, porque el frondoso follaje forma un techo oscuro, y lleno de hermosura, de poesía y de fresco; hay en él caprichosamente regadas algunas estatuas.

Pero más que el bosque, lo que desde luego atrae y se desea visitar en Vincennes es el castillo comenzado por Luis VII y construido de nuevo por Felipe Augusto, Felipe de Valois y sus sucesores: Luis XI hizo de él una prision de Estado, Catalina de Médicis y Luis XIV le añadieron otras construcciones.

Desde la mitad del siglo XVIII dejó de ser habitacion real, y en 1740 se estableció en él una fábrica de porcelana trasportada despues á Sévres, luego se convirtió en una escuela militar, pero últimamente se encuentra reparado de las mil trasformaciones que tuvo que sufrir.

Este edificio ha sido teatro de muchos aconte-

cimientos notables é históricos, cuyo recuerdo aumenta nuestro interés. La partida de San Luis en las dos cruzadas, la muerte de Luis X, de Felipe V, de Carlos IV y Mazarini, el nacimiento de Carlos V, la condenacion del último de los Condés por una comision militar, y su ejecucion durante la noche del 20 de Marzo de 1804, el duque Enghien fusilado en un foso donde fué enterrado, la resistencia de la fortaleza á los aliados en 1814 y 1815 bajo el mando del general Daumesnil, y otros muchos sucesos que tanto figuran on la historia de Francia, y que tuvieron lugar en este memorable castillo.

Hoy Vincennes, donde se ha formado el batallon de cazadores de á pié que ha ilustrado tanto su nombre, es á la vez una fortaleza, un caserua, un arsenal y una escuela de tiro.

Al penetrar en el castillo, fijó desde luego de un modo particular nuestra atencion la solidez de su construccion y la espesura de sus muros. Penetrando en el interior, el salon de armas fué lo primero que visitamos, habia entónces en él armas para 120,000 hombres, y todas casi de las últimas invenciones. Entramos despues en la capilla construida por San Luis en 1248 bajo la direccion de Pedro Montereau, y concluida hasta 1552; tiene hermosísimas vidrieras, siete de las

cuales fueron pintadas por Juan Cousin. La torrecilla se halla rodeada de un foso independiente del castillo y se compone de cinco pisos. Enrique IV, el duque de Beaufrot, el cardenal de Rerz, Fouquet, Latude, Diderot, Mirabeau y los ministros de Carlos X fueron retenidos en diversas épocas en sus prisiones.

No todo el castillo es visible, por lo cual nosotras solo recorrimos lo que entónces estaba, que era como hemos dicho, la sala ó arsenal, la capilla y los salones de tiro, grandes y espaciosos. Despues de haber hecho la visita á este castillo tan célebre, nos dirigimos al asilo Imperial, hospicio de los inválidos civiles situado en el bosque, cerca de Charenton, y formado en virtud de un decreto dado el 8 de Marzo de 1855. Se halla destinado á recoger y curar á los obreros cuyas heridas no son incurables. Ocupa 16 hectáreas, 95 acres de terreno; la superficie de la construccion es de 8000 metros en cuadro, y más que elegancia y buen gusto se nota solidez y severidad en su arquitectura. Contiene varios departamentos destinados á las diversas oficinas del establecimiento, y en los espaciosos salones dedicados á los dormitorios se cuentan más de 500 lechos. Se inauguró este asilo en 1857, y desde luego se nota que reina en él, mucho es-

mero y cuidado, que es lo más necesario en esta clase de establecimientos.

Antes de partir recorrimos de nuevo el hermoso bosque, que ocupa una superficie de 1001 hectáreas de terreno; en este bosque de gran mérito por la antigüedad y dimensiones de sus árboles, así como por sus recuerdos, se han hecho grandes trabajos, y se halla en partes convertido en un ameno parque, como el bosque de Boulogne, reuniéndose en este sitio la belleza de la naturaleza favorecida por el arte y el adorno.

Después de haber visitado todo lo que tiene Vincennes de notable, regresamos a Paris ya a la caída de la tarde.

Esta Abadía gozó de grandes riquezas y de considerables privilegios en los primeros tiempos de la monarquía francesa. En 638, Clóvis le concedió el derecho de asilo, aun para los crimenes de las majestades. Sus religiosos escribieron una célebre historia, conocida con el nombre de "Las grandes crónicas de Saint Denis" entre el número de sus abates contó a Suger, y su último ob-

CAPITULO XXXIV.

Paseo a Saint Denis.—Su aspecto.—La Abadía, su antigüedad y privilegios, algo de su historia, destino que últimamente se el ha dado.—La iglesia, sucesos que recuerda, se da una idea de ella.—Sepulcros y sarcófagos de los reyes de Francia.

En otro de nuestros paseos a los alrededores de la hermosa Capital, visitamos a Saint Denis digno de conocerse, por encerrar en su recinto los sepulcros de casi todos los soberanos de Francia. Saint Denis no ofrece nada de notable en el aspecto de su población; sus calles son estrechas, y sus casas son por lo regular de dos ó tres pisos. Se halla situado a la orilla derecha del Sena, y su posición es poética y risueña.

Después de recorrer ligeramente la población, nos dirigimos a visitar la célebre Abadía, de la que tantas veces habrán oído hablar nuestros lectores.

mero y cuidado, que es lo más necesario en esta clase de establecimientos.

Antes de partir recorrimos de nuevo el hermoso bosque, que ocupa una superficie de 1001 hectáreas de terreno; en este bosque de gran mérito por la antigüedad y dimensiones de sus árboles, así como por sus recuerdos, se han hecho grandes trabajos, y se halla en partes convertido en un ameno parque, como el bosque de Boulogne, reuniéndose en este sitio la belleza de la naturaleza favorecida por el arte y el adorno.

Después de haber visitado todo lo que tiene Vincennes de notable, regresamos a Paris ya a la caída de la tarde.

Esta Abadía gozó de grandes riquezas y de considerables privilegios en los primeros tiempos de la monarquía francesa. En 638, Clóvis le concedió el derecho de asilo, aun para los crimenes de las majestades. Sus religiosos escribieron una célebre historia, conocida con el nombre de "Las grandes crónicas de Saint Denis", entre el número de sus abates contó a Suger, y su último ob-

CAPITULO XXXIV.

Paseo a Saint Denis.—Su aspecto.—La Abadía, su antigüedad y privilegios, algo de su historia, destino que últimamente se el ha dado.—La iglesia, sucesos que recuerda, se da una idea de ella.—Sepulcros y sarcófagos de los reyes de Francia.

En otro de nuestros paseos a los alrededores de la hermosa Capital, visitamos a Saint Denis digno de conocerse, por encerrar en su recinto los sepulcros de casi todos los soberanos de Francia. Saint Denis no ofrece nada de notable en el aspecto de su población; sus calles son estrechas, y sus casas son por lo regular de dos ó tres pisos. Se halla situado a la orilla derecha del Sena, y su posición es poética y risueña.

Después de recorrer ligeramente la población, nos dirigimos a visitar la célebre Abadía, de la que tantas veces habrán oído hablar nuestros lectores.

Esta Abadía gozó de grandes riquezas, y de considerables privilegios en los primeros tiempos de la monarquía francesa. En 653, Clóvis le concedió el derecho de asilo, aun para los crímenes de lesa magestad. Sus religiosos escribieron una célebre historia, conocida con el nombre de "Las grandes crónicas de Sain Denis;" entre el número de sus abates contó á Suger, y su último comendatario fué el Cardenal de Retz.

El aspecto del edificio, participa de esa severidad de los claustros, que tanto impone é impresionan: se le han agregado sin embargo, algunas construcciones modernas y esto dá un aspecto ménos severo al conjunto de su arquitectura; hoy la antigua Abadía se halla destinada á un establecimiento de instruccion para señoritas nobles, fundado por Napoleon en 1809 y conocido bajo el nombre de "Casa de la Legion de honor."

El establecimiento se encuentra bien asistido, el número de sus alumnas es crecido; nada de notable nos presenta su interior; solo encontramos por todas partes los recuerdos de lo que fué, las huellas del pasado!.....[los restos de su grandeza!.....]

De la antigua Abadía ó casa de la Legion de honor, pasámos á visitar la iglesia de San Denis, construida por Santa Genoveva, en el local

de un antiguo oratorio, reconstruida por Pepino en 754, y más tarde por Suger; no fué concluido el templo sin embargo, tal cual lo vemos hoy, si no hasta el siglo XIII.

Durante la revolucion iba á ser demolido, cuando vino el concordato á salvarlo; más tarde ha sufrido muchas restauraciones, lo que le ha hecho perder en parte el aspecto de su primitivo estilo.

En 754, Pepino fué consagrado en este templo por el Papa Estevan III. En 1423, Juana de Arco herida ante los muros de Paris, colocó en el interior del santuario, su invencible guante y su armadura. En 1593, Enrique IV abjuró del protestantismo al pié de ese altar, y durante el transcurso de muchos siglos, los restos de los Reyes de Francia fueron inhumados bajo sus bóvedas. Este templo es pues para la Francia, un lugar de inolvidables, de sagrados recuerdos!....

La construccion de esta iglesia es magnífica; las figuras de la puerta céntrica representan algunas escenas del día último del mundo. Las de la puerta del Medio día, el martirio de San Dionisio. Las figuras modernas de la puerta del Norte nó llaman gran cosa la atencion. Una cuarta puerta monumental se abre á la extremidad del crucero setentrional, y se halla adornada con

grandes estatuas, que son no como se ha creído los reyes de la dinastía Capeto, sino los antecesores de nuestro Señor Jesucristo.

Antes de la revolucion la iglesia alta contenía cinco capillas sepulcrales; 21 sarcófagos con estatuas; una columna y cuatro tumbas plateadas; ninguno de estos monumentos era anterior al siglo XIII, ni posterior al XIV. Las sepulturas reales fueron violadas en 1793, el bronce de las tumbas transformado en cañones, el plomo en balas de fúcil, y los cuerpos de los reyes arrojados en las fosas.

Después se hicieron muchos esfuerzos por encontrarlos, y en efecto algunos huesos se hallaron en el templo. Varios monumentos fúnebres salvados por A. Lenou se han vuelto á colocar en él; y se ha llenado el templo de otros más recientes y más interesantes. En la Iglesia alta está la tumba del rey Dagoberto uno de los más curiosos monumentos de la edad media.

La de Luis XII y Ana de Bretaña (antigua capilla de San Hipólito), y la de Enrique II y Catalina de Médicis. En la capilla de San Miguel la tumba de Francisco y Claudia de Francia, que es uno de los más preciosos monumentos del renacimiento. En la cripta, cuyas capillas corresponden á las de la Iglesia, el pavimento

central, que se hallaba destinado á la familia de los Borbones, encierra hoy los restos de Luis XVI y de María Antonieta. Se examina con particular interés la tumba en Mosaico de Frédegonde, el monumento conmemorativo de la batalla de Bouvines erigido en el año de 1373, y por último la tumba de la casa de Orleans, que es un admirable trabajo del Renacimiento ejecutado por orden de Luis XII.

Salimos de este templo llenas de históricos recuerdos, después de haber examinado atentamente cada uno de esos grandes monumentos, destinados para honrar sobre la tierra la memoria de los que en ella fueron grandes, aunque el manto lúgubre de la muerte los haya encerrado entre sus numerosos pliegues.

Después de dar un último paseo por la población, regresamos al fin á Paris, contentas y satisfechas hasta cierto punto de nuestra expedición.

El primero era el de Sévres, tan notable y celebre por su grandiosa fábrica de ear por celana nombrada en todo el mundo. El segundo era Montmartre celebre tambien por sus ruinas de los interresantes monumentos. No teniendo ya mucho tiempo disponible, nos propiamos dedicar á uno la mañana y el otro la tarde, y así lo hicimos. Muy temprano queda-

grandes estatuas, que son no como se ha creído los reyes de la dinastía Capeto, sino los antecesores de nuestro Señor Jesucristo.

Antes de la revolucion la iglesia alta contenía cinco capillas sepulcrales; 21 sarcófagos con estatuas; una columna y cuatro tumbas plateadas; ninguno de estos monumentos era anterior al siglo XIII, ni posterior al XIV. Las sepulturas reales fueron violadas en 1793, el bronce de las tumbas trasformado en cañones, el plomo en balas de fúcil, y los cuerpos de los reyes arrojados en las fosas.

Despues se hicieron muchos esfuerzos por encontrarlos, y en efecto algunos huesos se hallaron en el templo. Varios monumentos fúnebres salvados por A. Lenou se han vuelto á colocar en él; y se ha llenado el templo de otros mas recientes y mas interesantes. En la Iglesia alta está la tumba del rey Dagoberto uno de los mas curiosos monumentos de la edad media.

La de Luis XII y Ana de Bretaña (antigua capilla de San Hipólito), y la de Enrique II y Catalina de Medicis. En la capilla de San Miguel la tumba de Francisco y Claudia de Francia, que es uno de los mas preciosos monumentos del renacimiento. En la cripta, cuyas capillas corresponden á las de la Iglesia, el pavimento

central, que se hallaba destinado á la familia de los Borbones, encierra hoy los restos de Luis XVI y de María Antonieta. Se examina con particular interés la tumba en Mosaico de Frédegonde, el monumento conmemorativo de la batalla de Bouvines erigido en el año de 1373, y por último la tumba de la casa de Orleans, que es un admirable trabajo del Renacimiento ejecutado por orden de Luis XII.

Salimos de este templo llenas de históricos recuerdos, despues de haber examinado atentamente cada uno de esos grandes monumentos, destinados para honrar sobre la tierra la memoria de los que en ella fueron grandes, aunque el manto lúgubre de la muerte los haya encerrado entre sus numerosos pliegues.

Despues de dar un último paseo por la poblacion, regresamos al fin á Paris, contentas y satisfechas hasta cierto punto de nuestra expedicion.

El primero era el de Sévres, tan notable y celebre por su grandiosa fábrica de ear por celana nombrada en todo el mundo. El segundo era Montmartre celebre tambien por sus ruinas de los interresantes monumentos. No teniendo ya mucho tiempo disponible, nos propiamos dedicar á uno la mañana y al otro la tarde, y así lo hicimos. Muy temprano queda-

CAPITULO XXXV.

Visita á Sèvres, cómo está situado, su aspecto y población de que se compone. La fábrica de porcelana, sus salones y aparadores, diversas clases de porcelana y trabajos admirables. Recuerdos de Sèvres.

Pocos días nos restaban de permanencia en París, y aun teníamos deseo de visitar dos lugares, que no habíamos visto, que nos interesaban y no podíamos conformarnos con no destinarles un día.

El primero era el de Sèvres, tan notable y célebre por su grandiosa fábrica de esa porcelana nombrada en todo el mundo. El segundo era Montmartre, célebre también por sus recuerdos interesantes é históricos.

No teniendo ya mucho tiempo disponible, nos propusimos dedicar á uno la mañana y al otro la tarde, y así lo hicimos. Muy temprano queda-

mos listas y á las ocho tomábamos el tren que nos debía conducir á Sèvres, situado sobre la orilla izquierda del Sena, en el estrecho valle que forman las dos colinas que soportan los dos caminos de fierro. Sèvres no posee nada de interesante fuera de su fábrica de porcelana, que era el único móvil que allí nos había conducido.

Cuando llegamos, recorrimos ligeramente la población compuesta en su totalidad de casas muy sencillas, algunas tienen jardín interior, lo que le da un bonito aspecto. El número de sus habitantes no pasaba de 5760.

Pronto nos dirigimos á la fábrica de porcelana, que no es por cierto el mayor edificio que se ve. Es grande y su arquitectura aunque no es rica, si es agradable; penetramos en ella, subimos por una buena escalera, y nos dirigimos en seguida hácia la derecha, entrando en un hermoso salón, cubierto de aparadores por sus cuatro lados, ostentándose en ellos las muestras de lo que allí se fabrica.

Este primer salón no contenía lo mas fino sino lo mas ordinario. Había una multitud de platos y platonos de todos géneros y tamaños, tazas, jarras, etc., que examinamos atentamente; penetramos en seguida al segundo salón, tan grande como el primero, en el que se veían trabajos mas

finos le dedicamos algun tiempo examinándolo todo y por último entramos en un tercer salón mas grande y hermoso que los dos anteriores. Este era en el que se encerraba la perfección de la obra y los trabajos mas hermosos de Sévres con los que incrustaciones, que pintura tan delicada, y tan fina! Estábamos realmente asombradas, tomábamos en las manos ya un plato, ya una taza, lo colocábamos contra la luz, y al ver esa transparencia, esa finura, no nos cansábamos de admirar la pintura que nos arrebatava: qué pinceles tan finos y delicados se habian empleado en colocar sobre la porcelana esas flores tan preciosas, esas figuras que tan gratamente recreaban la vista. Nos hallábamos sorprendidas de los adelantos del arte y hubiéramos querido permanecer mas tiempo en este sitio, para contemplar minuciosamente todo lo que en él se contenia, mas aun permanecer algun tiempo en Sévres y en la misma fábrica, para seguir uno por uno todos sus trabajos, hasta dejar formado uno de esos preciosos objetos, pero esto no era posible. Vimos tambien otras pequeñas salas, que contenian igualmente porcelana de la mas fina. Penetramos luego en otra gran sala, y tuvimos la mas grata sorpresa al contemplar una preciosa exposicion de cristal pintado tan delicadamente

como la porcelana. Se nos dijo que hacia ya algunos años, que se habia unido á la manufactura de Sévres y á su fábrica, la de los vidrios pintados. Gozamos mucho contemplando atentamente cada uno de estos cristales tan claros y tan perfectamente trabajados. Sentimos verdadero placer en ver todo esto, y ya tomábamos un objeto en la mano, ya otro, nos dirijiamos á la luz para verlo contra ella, y poniamos toda nuestra atencion examinando minuciosamente cuanto se nos presentaba, para dar razon de todo y evitarnos el disgusto de no haber visto bien algo.

Antes de abandonar la fábrica, queriamos traer de ella algun recuerdo, de manera que nos fijamos atentamente en los objetos mas finos y delicados, tanto en la porcelana como en el cristal, y como todo lo que allí se encontraba expuesto se vendia, papá compró varios objetos que conservamos con un verdadero placer.

Mucho tiempo quedamos en la fábrica de Sévres. El tiempo se nos extrahaba seria como las horas y antes de partir para Montmartre era preciso que examinásemos. Así lo hicimos con bastante gusto en un hermoso taller que se encuentra en la misma estación del camino de París; en seguida tomamos el tren mas directamente hacia París, y no tardamos mucho tiempo en llegar.

CAPITULO XXXVI.

Montmartre, su situación y número de habitantes. Antigüedad de algunos de sus templos. Molinos de viento, sus restaurants y sus bailes. Vista espléndida que desde allí se disfruta de Paris y del valle del Sena. Paseo al rededor de Paris. Nuestra visita á la Fábrica de los Jovelinos. Sus salas de trabajo. Las obras que se ejecutan en ellas. Salones y galerias de exposicion y lo que contienen. Paseo á San German en Laye, su templo, su castillo y selva notable. Reminiscencias históricas, y lo que nos llamó la atencion; extension de la Selva, árboles añosos que la forman y sus extensas avenidas.

Mucho tardamos en examinar las obras de la fábrica de Sèvres. El tiempo se nos estrechaba, serian como las doce y antes de partir para Montmartre era preciso que almorzásemos. Así lo hicimos con bastante gusto en un hermoso restaurant que se encontraba en la misma estacion del camino de fierro; en seguida tomamos el tren que mas directamente podia conducirnos y no tardamos mucho tiempo en llegar.

Montmartre se halla situado al norte de Paris en una colina muy interesante para los geólogos; sus vastas canteras hace largo tiempo se encuentran cerradas.

El aspecto de la poblacion es ameno, y su posicion en extremo poética, sus construcciones son de buena arquitectura, sus templos bastante buenos y algunos de sus paseos tambien hermosos y animados.

La mejor Iglesia data desde el principio del siglo XII, el Papa Eugenio III la consagró en presencia del gran San Bernardo, formaba parte de un monasterio largo tiempo célebre que se encuentra ya completamente destruido, lo mismo que la capilla de los mártires, en la cual en 1534, San Ignacio de Loyola, pronunció sus votos.

A la derecha del templo; se encuentra un calvario fundado en 1805, compuesto de ocho estaciones.

Montmartre poseia en tiempos anteriores muchos molinos de viento, cuyos propietarios tenían un gran número de tabernas, que la mayor parte ya no existen; pero sus restaurants y sus bailes gozan aun de cierta reputacion, y nosotras tuvimos ocasion de juzgar de los primeros porque allí comimos.

Entre los mas notables se citan como prncipa-

les, el de los Príncipes y el del pequeño Ramponneau, y entre los bailes el del Castillo Rojo, cuya casa fué construida por Enrique IV para Gabriela d' Estrees, el Ermitage y el de la Reina Blanca.

Desde Montmartre se descubre perfectamente París y el valle del Sena, de manera que la perspectiva es ciertamente admirable. No tiene ningún palacio ni castillo célebre, por cuya razón con mucha comodidad pudimos verlo todo.

A las seis de la tarde entramos en un restaurant y tuvimos un gusto especial en comer en Montmartre. A las siete tomamos de nuevo el tren que pronto nos condujo á París, satisfechas de nuestro paseo.

Conversando sobre los alrededores de esta bella capital, recordamos que en la estación del norte habia un tren que diariamente salia, y que tenia por exclusivo objeto, dar por fuera una vuelta á París.

Todo se veia á vista de pájaro, como vulgarmente se dice, pero tenia la ventaja de que podia uno formar algun juicio de las poblaciones por donde el tren pasaba, pues se detenia en todas las estaciones.

Era aquella, como hemos dicho, la última semana que permaneciamos en la capital de Fran-

cia, y debiamos partir antes del domingo, de manera que nos propusimos hacer nuestro paseo y así lo efectuamos al dia siguiente.

Muy temprano tomamos en la estación del Norte el tren, y con gran placer comensamos á gozar con el fresco y encantos de la mañana de la hermosa vista que presentaba la verde y poética campiña. No se tardaba mucho el tren en recorrer la cintura de París como llaman los franceses á este paseo; la cuestión era de cuatro á cinco horas, y durante el tiempo que ocupamos en ello, tuvimos verdaderamente un positivo contento; cada vez que nos deteniamos en las estaciones, contemplábamos con gran interés cuanto nos rodeaba. Verdad es que no nos podiamos formar una idea completa de todo, porque apenas descubriamos algunos puntos de su hermoso conjunto; veíanse á lo lejos un bosque, un castillo, la torre de un templo; mas cerca ya una plaza, ó unas cuantas casas, ya una hermosa avenida; pero aunque todo lo viésemos en parte, encontrábamos mucho gusto en nuestra escursion. En este paseo volvimos á pasar por la mayor parte de los alrededores que habiamos ya visitado formalmente, y entónces se duplicaba nuestro contento al reconocer por momentos cuánto estaba á nuestro alcance. Por fin concluyó nuestra grata escursion,

y de nuevo nos encontramos de vuelta en la misma estacion del Norte, sin haber bajado ni un momento del tren. Regresamos al hotel y con un buen apetito tomamos un magnifico almuerzo.

Como era aún temprano nos prometimos aprovechar la tarde, y como léjos de estar cansadas deseábamos movernos, reposamos un momento la comida, y en seguida tomamos á pié el camino que conduce á la fábrica de los Jovelinos que tiene tanta celebridad.

¡Con cuanta tristeza recorriamos hasta cierto punto esas calles, que bien pronto íbamos á dejar de ver: con una corta permanencia en un lugar se acostumbra uno de tal manera á vivir en él, que luego se le hace sensible abandonarlo!

La fábrica de los Jovelinos se encuentra bien distante, pero tuvimos especial empeño en llegar á pié hasta ella; pronto penetramos en el edificio que aunque no presenta un aspecto magestuoso, tiene una bonita arquitectura. Los salones y galerias de la exposicion están todos abiertos, lo mismo que las salas de trabajo. Entramos primero á éstas para podernos hacer cargo de lo que valian los jovelinos, vimos en ellos una multitud de mujeres que trabajan con la mayor ligereza y con sus propias manos, y no en especie alguna de máquina.

Nos acercábamos ya á un grupo, yá á otro, y veíamos atentamente todos los trabajos que eran necesarios para dejar ya bordado y bien matizado el género; en seguida penetramos en las galerias y salas de la exposicion, y contemplamos ya formados esos liensos tan admirablemente tejidos, y de los que tan justamente tiene orgullo la Francia.

Hállanse colocados en cuadros y bastidores perfectamente estendidos, y los hay de todos tamaños desde el mas pequeño hasta el mas grande. Muchas personas van de continuo á visitar esta fábrica tan admirable, de la que salimos muy complacidas montando en un omnibus para efectuar nuestro regreso.

El último domingo de nuestra permanencia en Paris, visitamos otro de sus alrededores que exige de nosotras le consignemos aquí un recuerdo tambien: Saint Germain en Laye. Es esta una pequeña poblacion que no ofrece en sí nada de notable, y que es visitada sin embargo por el extranjero á causa de su castillo y de su célebre selva: vimos primero el templo que es de buena arquitectura y grandioso aspecto; en su interior se encierra un mausoleo erigido á Jacobo II, y algunas buenas pinturas y frescos por Amaury Duval; en seguida pasamos á visitar el castillo

fundado por Luis el grueso y redificado por Francisco primero; durante algun tiempo este castillo sirvió de fortaleza; Enrique IV, encontrando su arquitectura en extremo severa, hizo construir otro, no quedando hoy del primero mas que un pabellon; Ana de Austria se retiró al nuevo castillo durante la revolucion de la Fronde. La viuda de Cárlos I de Inglaterra lo habitó en seguida, Luis XIV pasó en él varias épocas de su juventud gastando en su engrandecimiento sumas considerables; después de la revolucion de 1688, Jacobo II estableció allí su corte muriendo en el mismo castillo en 1701; Desechado por Luis XV este castillo, sufrió pérdidas considerables, y la residencia real se convirtió en una caserna durante la revolucion; más tarde sirvió de prisión ó penitenciana, y hoy se halla deshabitado.

El edificio tiene un aspecto de grandeza, que impresiona en el exterior. Su interior ha sido muy maltratado, y nó presenta nada de notable á nuestra vista; pero sí encierra grandes recuerdos que vienen á herir la imaginacion al visitarlo. Los jardines que se hallan ante la fachada, forman un agradable paseo, aunque carecen de la suntuosidad y cuidadoso esmero, que se nota en los de las otras residencias imperiales de los alrededores de Paris.

En San German se deja ver desde luego el abandono, y se comprende que aquel castillo no es ya la residencia favorita de los monarcas de la Francia.

La asotea construida por Le Notre, y que comprende una extension de 12,400 metros de longitud, presenta un magnífico panorama, que nos agradó y sorprendió. Después de recorrer estos lugares con el espíritu del viagero de verlo todo, nos internamos en la selva, notable por su extension, y el espesor de sus árboles: esta selva se extiende al Norte de San German, y ocupa una superficie de 4,400 hectáras de terreno, calculándose en 380 la longitud de sus calles. Largo tiempo permanecemos en la selva recorriendo sus diversas avenidas. Allí se ven árboles seculares, puntos en que la planta del hombre no se ha internado, dejando obrar á la naturaleza, y donde el espesor de los árboles no deja penetrar los rayos del sol; en otros sitios el arte se deja admirar, cultivando á la naturaleza, y aumentando sus encantos. Nosotras contemplábamos con placer todos estos puntos, que ofrecian á nuestra vista tan diversos panoramas: cuando salimos de San German la tarde declinaba ya, y cuando llegamos á Paris, el sol hacia largo tiempo que se habia ocultado en el Ocaso.

En San German se deja ver desde luego el abandono y se comprueba que el castillo no es ya la residencia favorita de los monarcas de Francia.

Las artes concurridas por la gran extensión que comprende una extensión de longitud, presenta un magnífico espectáculo. Los agrados y adornos de estos lugares, por todo, nos interesamos de la bella, notable por su extensión y el espacio de las pinceladas.

CAPITULO XXXVII.

Ultimas pinceladas sobre Paris.—El grande Hotel de Louvre, sus apartamentos y cuartos, comodidad que se disfruta en él, su espacioso comedor, sus salones de lectura, su extensión y sus diferentes pisos.—Los almacenes de comercio, su extensión, sus ricos y lujosos aparadores, y diversidad de objetos que contienen.—Como se hacen las compras en ellos, orden y comodidad con que en estos se procede, y atención y galantería de los dependientes.—Talleres y tiendas de modistas.—Amabilidad del carácter frances, papel que las mugeres hacen en el comercio, sus tiendas al menudeo.—El último dia de Paris y nuestra partida.

Antes de partir de la bella Capital de Francia, justo es que demos á conocer sus hoteles y sus almacenes; que os hablemos algo de sus costumbres, y del carácter de sus habitantes. Comenzaremos, como es natural, por el Hotel que nosotras habitabamos, que es uno de los primeros de Paris, y el que mejor podremos describir.

El grande Hotel de Louvre, que como saben ya nuestros lectores, fué en el que nos alojamos, es

verdaderamente magnífico, y muchos creen justamente que es el mejor de Paris, al ménos por su extension. Fué construido en 1855 por una compañía de accionistas. Los cuartos de que se compone pasan de 600, y cada una de las piezas tiene otro pequeño cuartito de *toilette*, que por supuesto no entra en el número de los indicados. Todos están bien amueblados, con cómodos asientos, buena cama amplia con pabellon, cortinas, espejos, relojes, mesas, tocador, aguamaniles, etc., etc. Tambien se divide en algunos apartamentos que fué lo que nosotras tomamos.

Estos apartamentos se componen de tres ó cuatro recámaras, segun se necesite, y un salon para recibir perfectamente amueblado. Regularmente se baja á comer al Restaurant del Hotel, pero los que quieren hacerlo en su apartamento no tienen mas que aumentar la paga, y la comida le es á uno servida en su propio cuarto. Para mayor libertad y comodidad, y no estar sujetos á determinadas horas, se dispuso que nos sirviesen la comida en nuestro apartamento, lo que nos fué muy agradable. La cocina francesa tiene un sazon y un gusto admirable; el olor de los platos tan bien condimentados basta por si solo para abrir el apetito. Durante nuestra permanencia en Paris fuimos perfectamente asisti-

das en este punto, y como hacíamos un ejercicio tan continuo, nuestro apetito era excelente, y comíamos bien, excitadas por los platos exquisitos de la cocina francesa.

El comedor del Hotel es un espacioso y gran salón, con buenos candiles que se iluminan lo mismo que todos los cuartos y corredores por medio de gas. Puede contener cosa de 1200 personas.

Los salones de lectura, sirven igualmente á todos los pasajeros que no han tomado apartamento para recibir á sus visitas. Son grandes y amueblados con lujo; tanto que ellos se ocupan bien á menudo para los bailes de los matrimonios, por que generalmente las salas de las casas de Paris son pequeñas.

Contienen buenos espejos de tamaño colosal, muebles muy cómodos y variados, y multitud de mesas, en las cuales se encuentran periódicos de todas las partes del mundo, y por supuesto en casi todos los idiomas; hay tambien algunos volúmenes sueltos de novelas y obras serias, para que se entretenga el viajero en sus horas de descanso. Nosotras bajamos dos ó tres veces, para leer los diarios de nuestra amada patria; pero como éramos aun tan pequeñas, se reían sobre todo los ingleses al ver la formalidad con que tomábamos

en nuestras manos estos periódicos, y el interes vivo con que los registrábamos.

Los corredores del Hotel todos alfombrados, lo mismo que las recámaras del piso principal, son anchos aunque oscuros, su largo es el de las calles, porque este edificio ocupa al ménos, unos 100 metros en cuadro, si no es que algo más; de consiguiente cada uno de estos corredores, que son los que dan entrada á las piezas, tienen el nombre de la calle á que corresponden cada uno de ellos; hay multitud de escaleras que hasta cierto punto les quitan algo de lo ancho, unas rectas, otras de caracol que sirven para conducir y subir y bajar á los diversos pisos del Hotel, tan digno de ocupar uno de los primeros edificios de Paris. Teníamos especial gusto en examinarlo todo atentamente, porque deseábamos que se nos quedase una idea completa, para poder hacer de él una descripción sino completa, al ménos algun tanto adecuada.

El exterior es de piedra muy bien labrada. Su arquitectura llama la atención. Se encuentra situado entre el palacio de su nombre y el palacio real. Los pasajeros son perfectamente asistidos y todo el tiempo que permanecemos en él estuvimos muy contentas.

Además de éste, hay otros muchos buenos Ho-

teles en Paris, los hay tambien de segunda orden que no mencionaremos, porque son muchos y estos ofrecen á la gente mediana bastante comodidad en todos conceptos. Nos contraeremos á hablar solamente del grande Hotel que era el mas reciente cuando hicimos nuestro viaje, y el que mas llamaba la atencion.

Se halla situado en el Boulevard de los Italianos y es bastante grande. Su arquitectura es magnífica y ofrece un precioso punto de vista. Se compone de seis pisos, y una hermosa escalera de mármol blanco le sirve de entrada.

No nos contentamos con verlo en el exterior, sino que entramos á él y lo recorrimos todo. Se halla lujosamente amueblado, y tiene tambien ricos apartamentos.

En el tiempo en que estuvimos se acababa de estrenar, de manera que estaba en gran moda, y era inmenso el número de extranjeros que en él se habian hospedado, tanto que no duraba doce horas un cuarto desocupado.

En los otros Hoteles nótese tambien hermosa arquitectura, y en sus fachadas se ostentan bellas estátuas, columnatas, etc; pero ninguno puede compararse en hermosura á los que hemos mencionado.

De los hoteles pasemos á visitar los grandes al-

macenes de que se encuentra llena esta simpática ciudad. Son ellos en tanto número, tan hermosos y suntuosos, que no pueden dejar de llamar de un modo particular la atencion del viajero.

Entre los de ropa, cuéntanse en primer lugar, la Leonesa, el gran almacen de Louvre, los cuatro Arrabales, y otros. No intentaremos hacer una pintura de ellos, porque esto no es posible; es tanta su grandeza, la animacion y el atractivo que presentan, que no puede la pluma describirlos en su verdadero colorido, y preciso es verlos para formarse una idea de lo que son los almacenes en Paris. Cada uno de ellos ocupa un edificio aparte, compuesto de seis á ocho pisos.

La apariencia exterior atrae y nos hace desde luego fijar con particular cuidado la vista, que se encanta en todo cuanto se presenta ante los ojos. La construccion es sencilla, pero vése acompañada de ricos y lujosos aparadores, donde la gracia francesa ha sabido reunir con admirable gusto y armonía, el mas precioso conjunto de los mas diversos objetos para llamar la atencion y exxitar el deseo de comprarlos.

Este es sin duda el objeto con que se esmeran tanto en el adorno de los almacenes y aparadores,

porque una vez que se ha entrado á uno de ellos difícilmente salimos sin comprar algo.

El interior asombra por su extension y el orden admirable que en él reina. Cada género tiene su departamento, y todo se halla allí colocado con tal arte, con tal gracia, que se encuentra un positivo placer en verlo. Msa de cien dependientes se ven distribuidos en los diversos departamentos, y todos tienen tal galantería, tal arte para tratar á las personas, que es imposible no comprarles algo. Casi siempre entrábamos con la intencion de comprar una sola cosa, y salíamos despues de haber comprado otras muchas.

Figúrese el lector, que le enseñan el género para un traje; comienzan con la gracia francesa á hacer de él mil ponderaciones; ya lo recogen en su mano, ya le ponen un liston para que se vea el efecto del adorno; lo colocan de diversos modos, y por último, es conducido á un cuarto oscuro, encienden el gas, y nos lo hacen ver á la luz artificial, para juzgar aun así de sus matices y belleza; es tanto lo que hacen, que el género mas feo parece bonito, y muchas veces por mortificación comprábamos lo que no pensábamos. Cuando se ha concluido, el dependiente con su apunte en la mano y el bulto de la mercancía conduce al comprador al lugar en que puede hallar

se lo que aun desea, y entregando todo á uno de los dependientes de ese apartamento, lo deja con él y se retira; esto se va repitiendo en todos los departamentos, hasta que concluidas las compras, el último dependiente cargado con todo, lo lleva á la caja; allí apuntan en el libro la partida comprada, el nombre y domicilio, y sin pagar nada sale del almacén dejando en él si son señoras, los efectos; media hora despues, se presenta un criado en la casa con las compras que se han hecho, y el recibo de la casa de comercio.

Como verá el lector todo se practica con el mayor orden y comodidad; así es que da gusto entrar á los almacenes de Paris, sin que esto cause la menor molestia.

En los talleres de modistas, sombrererías, etc., es inmensa la animacion que reina, y el orden que en todo se vé; hay dos ó tres jóvenes en extremo bonitas y graciosas, destinadas tan solo á probarse lo que se desea comprar, para que se vea el efecto; y como todo les va tan bien, nos entusiasamos y nos decidimos á comprarlo. El carácter francés es el mas apropiado para el comercio, porque ellos ponen su mayor esmero en agradar, y de esta manera hacen siempre buen negocio. En el interior de los almacenes se nota mucho lujo y un cuidadoso esmero; gran parte

del comercio en París está á cargo de las mujeres, siempre vestidas con tanta gracia y con tanta limpieza, que da gusto verlas.

Los cafés de París son tambien muy elegantes y se hallan adornados con exquisito lujo, siendo su servicio en extremo esmerado: ocupan varios salones amueblados con esmero; grandes espejos, mesas de mármol, exquisito gusto brilla en ellos: vese en todas partes la mayor limpieza, cuarenta ó cincuenta criados todos con sus delantales blancos y en extremo aseados están destinados al servicio; allí se encuentran periódicos en todos los idiomas, y todo lo que pueda contribuir á la distraccion y comodidad de los concurrentes: durante la noche la iluminación es profusa y presenta un aspecto agradable; fuera de la puerta, y colocadas en las banquetas de los boulevards se ven multitud de mesitas de blanco mármol rodeadas de ligeras sillas, en las que al par que se toman con comodidad ricos helados, etc., se goza de la animacion de la calle y del fresco de la noche: la concurrencia en estos cafés es numerosa á todas horas, y en ellos se goza del mayor confort.

En muchas calles y parajes, y en los portales se ven tambien tiendas al menudeo destinadas á

objetos diversos y mercancías, como sombrerías, paraguiterías, ropa hecha guanterías, etc., etc. En los portales del Palacio Real se hallan con profuions las joyerías, que tambien se ven de exquisito gusto y valor en la calle de la Paz y otras. Nunca concluiríamos si quisiéramos describir por completo esta hermosa ciudad en que tanto y de tan diverso género hay que admirar, y que tan gratamente nos impresionó; pero no nos sentimos con fuerzas para hacerlo, y seria preciso ocupar muchas páginas, y nos haríamos interminables cansando tal vez la atencion de nuestros lectores. Estamos además en la última semana de nuestra permanencia en París, y preciso es abandonar la hermosa capital.

El último dia fué agitado para nosotras, pues aunque teníamos intencion de volver á verla, y dedicarle algun tiempo más, cuando hubiéremos de regresar de Rusia, sentíamos sin embargo una tristeza inmensa al abandonarla, porque en vez de haber tenido una desilusion, despues de las muchísimas ponderaciones que ántes se nos habian hecho de ella, no hicimos mas que afirmar nuestras simpatías por la capital que tienen los franceses, y nos propusimos recorrer por la última vez siquiera fuera muy ligeramente sus mejores calles, sus mas lindos templos y sus mas suntuo-

nos edificios. Efectivamente, muy temprano nos dirigimos á los templos que más nos gustaban; fuimos á la Magdalena, á San German d'Auxerois, á Santa Cleotilde, á Notre-Dame, permanecimos en ellos largo rato orando, y pidiendo al Omnipotente nos siguiera dispensando su protección, para concluir nuestro viaje con felicidad.

Después nos dirigimos á los campos Elíseos, á la plaza de la Concordia, y volvimos por la calle de Rivoli hasta el Palacio Real y las Tullerías. En seguida fuimos al boulevard de los italianos, al de la Magdalena y á otros varios; también pasamos en algunos de nuestros pasajes favoritos y compramos en varios lugares por recuerdo pequeños objetos; la mañana la empleamos muy bien, aunque al regresar nos sentimos muy fatigadas; esto sin embargo no destruía la intención que teníamos de aprovechar del mismo modo la tarde, aunque parte de nuestra escursión tuviéramos que hacerla en coche.

Ese día almorzamos con mas apetito que nunca, y en seguida después de haber bajado á reposar un breve rato en el salón principal de lectura, recorrimos de nuevo el hotel del Louvre.

Después tomó papa dos carruajes, y nos dirigimos en ellos á recorrer todo lo que en la mañana

no habíamos podido ver y entraba en nuestro plan de despedida; pero como eran ya las cuatro de la tarde, y el tren salía de Paris á las cinco, tuvimos que regresarnos prontamente al Hotel, dispuestas ya para marchar.

Nos despedimos de los buenos sirvientes, que nos habian tomado en el poco tiempo de nuestra permanencia un gran cariño, les dió papa sus gratificaciones como es costumbre hacerlo en Europa, y subimos otra vez en los coches que nos condujeron á la estación, donde el camino de fierro debía arrancarnos de Paris.

Como en todas las estaciones de esta grandiosa capital, la animación era inmensa y se respiraba la alegría; pero nosótras no participábamos por cierto de ese general contento; nuestro corazón se hallaba oprimido, y mil veces las lágrimas nos venían á traicionarnos. En Paris teníamos muchas amistades, y gran parte de ellas nos habian prometido venir á dejarnos á la estación: al llegar extrañamos no encontrarlas, mas supimos con asombro que el tren no partía sino hasta las siete; eran las cinco ¿qué hacer? desperdiciar dos horas en Paris era imposible, así es que nos decidimos á visitar por la última vez la tumba de Napoleon; dejamos en la estación nuestro equipaje, y subien-

do en dos carruajes nos dirigimos á los Inválidos. Eran mas de las seis y media cuando volvimos de nuestra visita, y aquellos carruajes venian con una lentitud desesperante: en vano apresuráramos á los cocheros, éstos parecia que de intento caminaban mas despacio. Nuestra ansiedad era inmensa, temíamos ya no encontrar el tren, y el trayecto se nos hizo eterno; al fin con amenazas y promesas logramos que los cocheros se apresuraran, y llegamos á la estación poco antes de que el tren partiera. Allí encontramos ya á nuestros amigos, y conversando estábamos con ellos cuando el tañido de la primera campana se hizo oír; entónces nos dirigimos al tren; cuando el segundo toque sonó nos despedimos de todos y penetramos en el wagon, esperando con tristeza que este se partiese; en efecto, al tercer tañido de la campana comenzamos á caminar agitando nuestros pañuelos en correspondencia á los de nuestros amigos.

¡Pronto desapareció todo ante nosotras! ¡Paris, esa ciudad risueña, en que tan gratas horas habíamos pasado, todo, todo lo perdimos en un instante, despues que tan largo se nos habia hecho el llegar á él! ¡Oh! no es exageracion lo que decimos, la partida de Paris produjo en nosotras movimientos muy marcados de tristeza. En los pri-

meros momentos ni pensamos siquiera en la hermosa perspectiva que teníamos delante, ni en conocer las bellas ciudades del Norte, en las que tantas cosas deberian llamar nuestra atencion; en nada pensábamos, y por eso era nuestro pesar mas profundo; impresionadas y solo ocupadas del reciente abandono de la simpática capital de Francia, nos llenamos de inmensa tristeza. Paris es justamente ponderado en todo el mundo, y puede decirse que es la capital de Europa que presenta mas atractivo y promete mas goces al viajero. Casi no hay uno de los viajeros europeos que no la haya visitado; es tambien el sueño dorado de los americanos, que cuando llegan sienten toda la fuerza del encanto y bienestar que produce.

Cuantas veces sucede, que alguno de América toma directamente un vapor que deba conducirlo á alguno de los puertos de Francia, desembarca, llega á Paris ¡extasiase! apesar de las otras capitales y grandes naciones que están á su alcance, se da por satisfecho, regresa á su patria y ¿qué conoce? ¡tan solo Paris! nó, esto no es de aprobarse en manera alguna: pero dejemos esto aparte, y volvamos á nuestro viaje. Nos encontráramos tan disgustadas con haber dejado á Paris,

que no creyendo bastante para distraernos el contemplar la naturaleza en sus diversas faces, nos propusimos abrir otra vez el manuscrito de Genaro, sobre el cual tan pocas veces habíamos puesto nuestros ojos en Paris; así lo hicimos en efecto, y esto formará la materia del siguiente capítulo.

Europa que presenta una atractiva y prometedora perspectiva. Casi no hay uno de los viajeros europeos que no se hayan visitado en sus viajes el seno dorado de las Antillas, que cuando llegan sienten toda la fuerza del encanto y bienestar que produce.

Cuanto veces sucede, que alguno de América toma directamente un vapor que deba conducirle a alguno de los puertos de Francia, desahucándose a París; y cuando se desahucan de las otras capitales y grandes ciudades que están en América, se da por satisfecho, regresa a su patria y que conoce tan solo París, no es de apro- pósito en manera alguna para nosotros esto que te y volvamos a nuestro viaje. Nos encontramos tan fatigados con haber dejado a París

En ese momento las muchachas que estaban en la sala fueron entrando. Julia vestía un traje negro que era mucho lo que le atraía; estaba pálida, sus bellísimos ojos negros tenían una expresión muy pronunciada, y se hallaban más que nunca llenos de una expresión inmensa de melancolía.

CAPITULO XXXVIII

Continuación de la lectura del manuscrito de Genaro.

Recordarán nuestros lectores, que dejamos a Genaro en el momento en que, después de haberse despedido de D. Mariano y su simpática hija, se encaminaba presuroso a casa de sus antiguos amigos.

Pronto llegué, decía, y en efecto se notaba en todos los semblantes el ansia con que me estaban esperando.

—Oh Genaro! me dijo Alfredo, (extrechando me entre sus brazos, creíamos que querías dar un nuevo golpe a tus amigos.

—Nó, Alfredo, me apresuré a contestarle, tú me conoces bien, y sabes que cuando ofrezco una cosa la cumplo, y que aun cuando no hubiese he-

que no creyendo bastante para distraernos el contemplar la naturaleza en sus diversas faces, nos propusimos abrir otra vez el manuscrito de Genaro, sobre el cual tan pocas veces habíamos puesto nuestros ojos en Paris; así lo hicimos en efecto, y esto formará la materia del siguiente capítulo.

Europa que presen-
mas veces el viajero. Casi no hay uno de los viajeros europeos que no se haya visto en París, y bien el aseo de la ciudad de las bellezas que cuando llegan sienten toda la fuerza del encanto y bienestar que produce.

Quanta veces sucede que alguno de nosotros toma directamente un vapor que deba conducirle á alguno de los puertos de Francia, desahucado.

hija de París; estas cosas que pasan en las grandes ciudades que están en la patria y que se da por satisfecho, regresa á su patria y que conoce; tan solo París, no es de otro.

para en un momento algunos de nosotros que te, y volvamos á nuestro viaje. Nos encontramos mos tan disgustadas con haber dejado á París.

En ese momento las muchachas que estaban en la sala fueron entrando. Julia vestida en traje negro que era mucho lo que le atraían estas pálidas, sus bellísimos ojos negros tenían unas ojeras muy pronunciadas, y se hallaban más que nunca llenos de una expresión inmensa de melancolía.

CAPITULO XXXVIII

Continuacion de la lectura del manuscrito de Genaro.

Recordarán nuestros lectores, que dejamos á Genaro en el momento en que, despues de haberse despedido de D. Mariano y su simpática hija, se encaminaba presuroso á casa de sus antiguos amigos.

Pronto llegué, decía, y en efecto se notaba en todos los semblantes el ánsia con que me estaban esperando.

—Oh Genaro! me dijo Alfredo, (extrechándome entre sus brazos, creíamos que querias dar un nuevo golpe á tus amigos.

—Nó, Alfredo, me apresuré á contestarle, tú me conoces bien, y sabes que cuando ofrezco una cosa la cumplo, y que aun cuando no hubiese he-

cho ese ofrecimiento, habría sido incapaz de no pasar siquiera un breve rato con vosotros.

En ese momento las muchachas, que estaban en la sala, fueron entrando. Julia vestía un traje negro que era mucho lo que le agradaba: estaba pálida, sus bellísimos ojos negros tenían unas ojeras muy pronunciadas, y se hallaban más que nunca llenos de una expresión inmensa de melancolía.

Se adelantó hacia mí con cierto sobresalto, que sin duda yo solo pude notar; extendió su mano para saludarme, y fijó en mí sus bellísimas miradas con una ternura inmensa.

—¿Cómo has estado Genaro? me dijo, ¿no has tenido novedad?

—Ninguna, bella Julia, exclamé estrechando su linda y delicada manecita entre las mías.

En ese momento Sofia, la simpática y hermosa hermana de Julia, se adelantó hacia mí, y dándome un abrazo:

—¿Cómo estás Genaro? me dijo, ¿estás bueno?

—Sí, Sofia, ya lo ves ¿y tú?

—Como siempre, esperándote con mucha ansia: ¿creerás que hubo momento en que dudé si vendrías?

—No me repitas eso, porque me enfadas Sofia. ¿Qué sería yo acaso tan simple, que quisiese

clavar por mi propia mano un puñal homicida en mi corazón? Vds. son las personas que más aprecio sobre la tierra, son las únicas á quienes distingo con una ternura llena de fuego, ¿cómo podría querer cortar esta amistad tan dulce y tierna que nos une? ¡oh eso es imposible! ¿verdad que tú no lo crees Julia? exclamé fijando en ella mis miradas.

—¡Oh Genaro! me contestó, ¡quién sabe!..... ¡eres ya tan distinto!.....!

—¿Qué es lo que decís? repliqué con asombro, ¿distinto! te ruego seas más franca, más explícita:

—¿Y porque nó? dijo Julia: lo que te decía es que mucho temo de tí de hoy en adelante; diré más bien, desde que contrajiste tan estrecha amistad con D. Mariano y con su hija, porque antes jamás nos habías dado un disgusto y luego.....

¡ya tú sabes lo que sucedió!

—Pero Julia, es que hasta cierto punto eres injusta y quieres confundir los deberes sociales con la falta de afecto; ¿cómo quieres que no sea yo consecuente con una familia que me colma de atenciones, que tan sólo tiene para mí, bondad y cariño?

—¡Ah Genaro! murmuró tristemente Julia el calor con que la defiendes prueba lo que la amas, si no la amases más que á nosotros, ¿se-

ría justo y natural que faltases, y fuéras ingrato é inconsecuente por personas á quienes acabas de conocer, con una familia á quien has tratado años, que es la tuya, y de la que sólo has recibido muestras de cariño, de inmensa ternura? No, Genaro, tú ya no eres el mismo, y por eso tu corazón escusa las faltas que cometes.

—Julia, repliqué yo entónces, viendo que la jóven guardaba silencio; tú sí eres injusta, y no sabes todo el mal que hace á mi corazón el ver que despues de tratarme tantos años, aun no me conoces ni me comprendes. Escúchame con calma, y tú serás la primera en aconsejarme qué cultive la amistad de D. Mariano y qué trate de agradarle siempre.

Julia suspiró, y Sofia me dijo:

—Habla Genaro, que impacientes te escuchamos.

—Bien, continué yo entónces; D. Mariano lleva de conocerme más tiempo que vosotras, y siempre me ha distinguido con su predileccion y su ternura en el colegio, me prefería entre todos mis condiscipulos, lo que le atrajo no pocos disgustos, hoy, que ya soy un hombre, y que él abandona el colegio, se ha convertido en mi protector, en mi segundo padre, quiere revestirme de toda su ciencia, despojarse de su gloria para

odármela; me abre un porvenir, me brinda una fortuna, es mi apoyo en la sociedad, mi protector en el mundo, ha llorado conmigo mis desgracias, y procura regar algunas flores entre las espinas de mi vida. Dime amiga mia: ¿es justo que pague con el desprendimiento y la ingratitud tanta bondad y tan señalados favores?

Julia guardó silencio.

—Ya ves como no puedes responderme, ni tu corazón acusarme de ninguna falta?

—Es verdad, Genaro, murmuró la jóven; pero si con D. Mariano te vienen esos lazos de gratitud, ellos nó te ligan con la hermosa Clara, y sin embargo encuentras placer en estar con ella, y pasas largas horas á su lado.

—Esto es lo que nos hace daño, añadió Sofia, que una jóven á quien acabas de conocer nos haya robado tu corazón y tu cariño.

Julia dirigió á su hermana una mirada de gratitud, y yo viéndome atacado por las dos jóvenitas, tomé sus manos entre las mías y sonriendo les dije.

—No seáis inocentes, encantadoras niñas! como quereis que no trate á Clara, cuando ella forma el encanto de su padre, y ella es siempre amable y fina conmigo? pero esto no quiere decir, que la ame más que á vosotras, eso jamás:

la quiero sí, mas á vosotras os amo con delirio; no estoy disgustado cuando me encuentro á su lado, ¡pero ay! sin vosotras no podría vivir.

—¡Oh, que fuesen ciertas tus palabras!.... exclamó Julia con el semblante animado por el placer.

—¿Puedes dudarle? me apresuré á responderle, jamás ha manchado mi labio una mentira y en este instante Dios es testigo de mis sentimientos; pero concluyamos ya, en castigo de todo lo que me habeis regañado, me daréis un abrazo, y en seguida vamos á saludar á mis tios á quienes aun no he visto.

Al decir esto me levanté; Sofia me dió un estrecho abrazo con la ingenuidad de una niña y el desembarazo de una hermana; Julia cubierta de rubor se arrojó tímidamente entre mis brazos, yo la estreché contra mi corazón, y sofoqué un suspiro que se escapó de su pecho, en seguida nos dirigimos á la sala, donde en breve me ví rodeado por toda la familia!

Aquel dia por la vez primera no me sentia bien en la casa de mis buenas amigas, las atenciones con que me colmaban, la confianza de las muchachas, el amor de Julia, todo como que me embarazaba, nada era bastante á borrar de mi pecho las tristes impresiones que habia recibido

en la mañana, tenia que hacerme violencia para no demostrar lo que en mi interior pasaba, y deseaba que llegase el momento de verme solo, para entregarme con libertad á mis reflexiones; mi tristeza sin embargo pasó desapercibida á los ojos de todos menos á los de Julia, porque al amor nada se escapa.

A la hora de comer, me senté como de costumbre entre las dos muchachas. Sofia estaba contenta, la melancolía de Julia por el contrario á cada instante crecia; sus ojos se nublaban á menudo con las lágrimas, que hacia esfuerzos por reprimir, yo estaba á su lado, y siempre mi mirada se encontraba con la suya.

Noté que aquel dia, Julia tan solo acercaba á sus labios el alimento, que comia poco, diré mas bien, nada. Esto como es de suponer me entristeció, me causó pena; yo la instaba á cada momento para que no fuese tan sóbria.

—Nunca te he visto comer tan poco, le dije, y si en este punto no te enmiendas, te prometo no volver á comer á tu lado, porque me aflijo mucho de ver tu desgano; ¿qué, estás enferma?

—No; Genaro, contestó con algun embarazo mi pobre amiguita, sino que ya lo ves no tengo apetito.

—Pues amiga mia, le repliqué; es preciso que

comas, porque de lo contrario te enfermarías, y esto nos haría padecer muchísimo á todos.

Luego dirigiéndome á D.^a Margarita, le dije: —Tia, haz que coma Julia, porque si no se va á descomponer y nos mete en grandes penas; ya ves que hace como seis meses que está enflaqueciendo, y ese es siempre un mal síntoma.

—Tienes razon Genaro, me respondió; es preciso que la corrijamos.

—Yo por mi parte, tia, ya le prometí no volver á comer á su lado, mientras no se enmiende.

—Pero si te sentarás junto á mí, contestó Sofia con una gracia encantadora.

—Nó, no comeré tampoco á tu lado le dije porque no pudiendo efectuarlo con Julia, dejaré de hacerlo en tu casa.

—Ese es el pretexto que andas buscando, Genaro, replicó Julia con mucha seriedad. Si lo que tú quieres es excusar la venida aquí, si nuestra pobre comida ya no te satisface, ¡qué vamos á hacer!

Las palabras de Julia me lastimaron y usando de un tono ofendido.

—Si me vuelven á hablar en ese sentido, dije, les prometo que no volveré. Vds. me conocen demasiado; saben que tienen en mi corazón el lugar mas distinguido; es por tanto inútil que di-

gan lo que no sienten, porque si realmente lo sintiesen, me ofenderían en extremo. Les suplico, pues, que no vuelvan á herir mi corazón con palabras tan agudas, que penetran como un puñal afilado en su parte mas sensible.

Después que hubé concluido de hablar, se siguió un momento en el que reinó el mayor silencio. Vi que Julia temblaba, y que se había puesto mas pálida que un difunto; esto me alarmó: Alfredo fué el que por fin rompió el silencio.

—¿Estuviste esta mañana en casa de D. Mariano? me preguntó.

—Sí Alfredo, estuve allí dos horas, y para que no tengan sentimiento, amigas mías, proseguí dirigiéndome á las muchachas, desde ahora les anuncio que el próximo domingo tengo que comer allá. Por ahorrar á vdes. el disgusto cariñoso con que me distinguen, me excusé hasta tal punto, que D. Mariano se enfadó conmigo, le ví disgustado, y tuve que excusarme diciéndole, que si no aceptaba, no era por falta de voluntad, sino por acompañar á vdes; pero me habló tan fuertemente, y Clara me manifestó igualmente el mal que hacia yo en disutar á su padre, que me comprometí á dedicarles la mitad de mi tiempo. Mas no por eso creais que no vendré la mañana

será vuestra, y la tarde la dedicaré á mi bienhechor.

De nuevo comencé entónces á contar a mis amigos el negocio que habia puesto en mis manos D. Mariano, y la conversacion fué entónces mas animada. Cuando hubimos concluido de comer me fui, como de costumbre, con mis amiguitas; Julia estaba sumergida en la mas profunda meditacion.

De repente Arturo y Alfredo salieron de la pieza; Sofia se dirigió al balcon y quedé yo enteramente solo con Julia, y esta infeliz víctima de un amor oculto, no pudiendo contenerse ya, prorumpió en un amargo llanto.

—¿Qué tienes ¡por Dios! Julia? exclamé yo entónces estrechando entre las mias su blanca mano. Es preciso que corrijas tu carácter, porque sino vas á ser muy desgraciada. Por lo pronto ¡perdóname! me arrepiento de haberte herido por medio de una amenaza que yo mismo no tendria valor de cumplir; te suplico Julia, que reprimas algo esa imaginacion que tienes, esos movimientos tan violentos que te conducen á presumir cosas que están muy léjos de suceder. No, Julia, no seas así, hazme favor de tratar de dominarte de hoy en adelante ¿me lo prometes querida mia?

Julia fijó entónces en mí sus bellos ojos, que se encontraban cubiertos de lágrimas. ¿Qué es lo que me pides, Genaro? replicó con un tono débil y conmovido.

—¡Que te he de pedir! lo que es muy natural; que no adelantes nunca tus pensamientos mas de lo debido, y siendo tu corazon tan tierno, juzgues bien y no mal. Eso es todo lo que te suplico, y lo hago por tu mismo bien.

—Genaro, me contestó, lo que constituye nuestro carácter no es fácil que se pueda cambiar; pero hay un medio para no molestar á nadie, aunque una sufra doblemente, y es del que yo voy á usar de hoy en adelante.

—¿Cuál es Julia? le repliqué al instante.

—Es amigo mio ¡la reserva! me dijo; encerrar en lo mas profundo del corazon todos los movimientos del alma, y no darlos á conocer; ellos no podrán ser molestos á nadie mas que al que los experimenta y los sufre.

—Muy bien, Julia, contesté yo entónces un tanto ofendido, quiere decir que lo que tú deseas es romper esa dulce cadena de la amistad que hasta hoy nos habia unido; porque donde no hay confianza, no hay amistad; quiere decir que desde este momento no debo ver en tí á esa prima querida, que tenia un lugar tan distinguido en mí

alma, sino á la señorita Julia, á una persona que me es enteramente desconocida.

— Tú lo has querido Genaro, y yo no hago en esto mas que sacrificarme por complacerte.

— ¿Qué es lo que estás diciendo, por Dios! murmure, ¿si lo hubiera querido, me vieras entonces ofendido como lo estoy? ¿Si con eso complacieras mis deseos, te haria alguna demostracion en contra que viniese á cortar tus pensamientos tan gratos para mí; responde, Julia, debia yo hacerlo así?

— Genaro, nó; cierto es que el camino que has seguido no conduce á ese fin, pero, amigo mio, jamás cual hoy te habias expresado; hasta cierto punto tú mismo cortas mi franqueza con tus amenazas, ¿lo que me dijiste en la mesa, no quiere decir, calla, porque si otra vez me revelas semejantes pensamientos no volveré mas á verte?

Nunca te habia yo visto un movimiento de seriedad respecto de nosotras, y hoy si ya he notado uno, luego ¿no he comprendido tu deseo, no te será mas grato que de hoy en adelante nos propongamos todos en casa, por no molestarte, por no cortar una libertad que por cierto te pertenece, el no hacerte ninguna observacion, el dejarte completamente libre en tus acciones, el ver en la apariencia con cierta indiferencia tus pasos?

¿no es verdad que interiormente sientes unas sensaciones que te impulsan á pensar y á convenir en lo que te estoy manifestando?

—Nó, Julia, no me conoces aun, murmure con un acento lleno de fuero. Sí, no me conoces, y á pesar de que hace ya tantos años que nos tratamos, no has adivinado mi carácter.

—Qué es lo que dices?

—El dia que Vds. me tratasen de la manera que me estás proponiendo, cesaria en el instante toda confianza, vendria yo un momento por consecuencia, porque ésta no faltará en mí jamás: pero ya no volverias á verme sentado á tu mesa, ni las trataria con la intimidad con que hasta hoy me he permitido hacerlo. Tú sabes hermosa Julia, lo que haces de hoy en adelante; pero te repito concideres lo que te he advertido y despues, segun tu obres, así obraré yo.

Julia no me respondió, le habia yo hecho pasar momentos demasiado amargos, que habian concluido por agotar sus fuerzas morales; en aquel instante de silencio en que tan solo me ocupaba de contemplarla, la ví tan desgraciada y bella, que casi estuve á punto de darle á beber el néctar de la vida que pendia de mis labios; pero cuando quizá lo hubiera hecho, Sofia se acercó á nosotros despues de haber dejado la ventana.

—Genaro, me dijo, poniendo su pequeña mano sobre mis ojos, ¿a que no adivinas quién soy?

—¡Vaya una adivinanza difícil! exclamé yo, mientras la preciosa Sofia tomaba asiento enfrente de mí.

—¿Sabes, Genaro, murmuró, lo que me han dicho?

—Qué preciosa?

—Que te vas á recibir de abogado en estos dias, ¿es cierto?

—No te han engañado.

—¡Conque es verdad! ¡qué apurado y afligido debes de estar!

—Mucho, Sofia, mucho.

—Y yo he pensado, prosiguió mi amiguita, que apenas te recibas, debes necesariamente abandonar el colegio, como lo hicieron mis hermanos, ¿verdad?

—Es al ménos muy posible.

—No digas así, sino mas bien asegúralo porque no podria suceder de otra manera.

—Sí, creo yo que saldré.

—En ese caso, Genaro, te vendrás á vivir á nuestro lado, ¿no es así?

Me sorprendió de tal manera la pregunta que me habia hecho mi amiguita, que no acerté á contestar.

—¡Oh Genaro, no seas así, porque vas á tener de que arrepentirte! me dijo con un tono de reproche Sofia.

—Pero ¡mi vida! le dije, contemplándola con un semblante risueño, figúrate que me haces ciertas preguntas que no puedo contestar.

—Eso dices tú porque no tienes el corazón como el nuestro; pues de lo contrario no habrias vacilado en asegurar que te vendrias á vivir con las únicas parientes que tienes en Venecia. Figúrate, continuó con una gracia encantadora, que nosotras fuésemos á parar á Turin, que era el sitio en que, hallándote tú establecido, tuvieras tu casa, tus comodidades, etc., pues bien, ¿te gustaria Genaro, que en vez de ir á tu casa, fuésemos á un hotel, ó pusiéramos una casa para poder habitar.....? ¿Verdad que te disgustarias con nosotros?

—Ciertamente, le contesté maquinalmente á Sofia.

—Pues ya lo vés, tú mismo lo has dicho; luego si no te vinieses á vivir con nosotras, es señal de que con toda advertencia, consentimiento, y voluntad nos quieres dar un disgusto, y ¡ah Genaro, si tal hicieras serias verdaderamente indigno de perdon!

—No lo creas preciosa Sofia, tú eres ingénu

y me ofreces con todo tu corazón la casa; pero no todos participan de tus mismos sentimientos, mi permanencia aquí sería molesta á tus padres, les serviría de estorbo, y, en fin, todos tendrían motivos de disgusto y no de placer al tenerme á vuestro lado, porque yo no soy un joven alegre, bullicioso, amigo de fiestas, sino místico y muy afecto á mi libertad; con que ya ves que no podríamos en manera alguna congeniar.

—Eso es lo que tú crees, y ahora á nuestro ver nos tocaría el reclamarte ese lenguaje, ¡ah Genaro, el colegio te ha hecho variar mucho, tú no eres ya el mismo que ántes!

En el momento en que me disponía yo á contestar á mi amigueta, Arturo y Alfredo llegaron, y tomándome del brazo,

Ven, me dijeron, es preciso que vayamos á dar una vuelta; no que tu nunca paseas.

Me despedí de mis amigas, porque probablemente ya yo no volvería, y al fin me dirigí con Arturo y Alfredo á pasear en una preciosa góndola, por los poéticos alrededores de Venecia. Mientras caminábamos, Arturo tomándome familiarmente por la cintura me dijo:

—Genaro, tengo que revelarte hoy un secreto, que he guardado en mi interior hace más de un año, y que no quise manifestarte, sino hasta que

me hubiera podido cerciorar de que no era una ilusión sino una realidad lo que sentía.

—Si ¡y qué cosa tienes que revelarme? habla que te escucho con impaciencia.

—Entonces Arturo, tomando la palabra me dijo: querido Genaro, hace algo más de un año, que al hacer un paseo parecido á este por los alrededores de Venecia, vi deslizarse rápidamente ante mí una góndola magnífica, que por su apariencia, al momento se comprendía, que debía pertenecer á una familia distinguida; iba yo solo, y como tú sabes la curiosidad en un joven es siempre uno de sus más habituales defectos. Pues bien, desde el momento en que contemplé la rapidez con que aquella ligera embarcación se deslizaba entre las olas, nació en mí el deseo de ver quien era el que iba en ella; comencé á remar con todas mis fuerzas, pero no me era posible alcanzar la ligera góndola, porque era conducida por cuatro pequeños negrillos, que la llevaban volando materialmente. Crecía mi capricho á medida que la dificultad me impedía ver cumplidos mis deseos. Derepente la góndola en vez de proseguir su camino recto, varió y comenzó á regresar con la misma rapidez ¡oh no puedes imaginarte el placer que me causó la sola idea, de

que iba yo á contemplar al fin á la persona que traía aquella pequeña embarcacion.

Pocos momentos despues mi deseo se vió completamente satisfecho; pero ¡ah! ¡ojalá ese deseo nunca lo hubiera sido! Su cumplimiento es Genaro el que causará mi desdicha, porque no hay remedio, yo no puedo ser feliz.

—Mi amigo suspendió aquí su narracion, y yo no pude menos que instarle para que continuase, pues me interesaba vivamente por su desgracia... Arturo, despues de haberse repuesto un tanto, dijo: Si Genaro, lo que contemplé en aquella góndola, á ti tambien te habria como á mi fascinado. Entre almohadones de hermoso damasco carmesi, se hallaba muellemente reclinada una preciosa ninfa, una de esas vírgenes puras cuyo solo aspecto encienden en el alma un volcan de puro amor. Era muy jóven y en extremo bella, pero una hermosura no comun sino particular fascinadora, quizas única en su género. Vestia una larga bata de merino blanco, y se encontraba fuertemente ligada con un cinturón café que hacia lucir su finura. Sus hermosos cabellos largos y abundantes, caian en preciosos bucles sobre sus espaldas. Estaba como antes te decia muellemente reclinada, y tenía entre sus pequeñas manos un libro en el que

tenia fijos sus preciosos ojos, con atencion muy marcada. No pude contemplarla con indiferencia Genaro; desde el momento en que la vi, no sé lo que sentí, pero fue algo muy extraño que antes no habia experimentado: no te negaré que, como tu sabes ya, en mi vida de colegial he sentido pequeñas simpatias, que manifestadas han formado relaciones aunque muy superficiales y cortas; pero al ver á esta jóven, Genaro, sentí lo que jamás habia experimentado. Figurate que interiormente formé esta resolución, que estoy dispuesto á cumplir: si ésta muger no es mi esposa, siendo desgraciado trataré de olvidarla con una conducta impropia de mí.

—No. Arturo, le repliqué entónces; no vuelvas á repetir semejantes palabras, ellas son indignas de un jóven que, como tú, posee un fondo bien marcado de moralidad; pero prosigue, ¿qué sucedió?

—No te referiré minuciosamente el curso de estas relaciones, lo que fué aquel día ya no la pude ver mas, porque con admirable rapidez la góndola siguió su marcha, y no me fué posible alcanzarla; pero despues trabajé tanto, recorrí tan prolijamente estos sitios, que al fin supe donde habitaba, y entónces fue cuando emprendí la difícil tarea de cortejarla; figurate Genaro cual se-

ria mi osadía, mi atrevimiento. Al principio se mostró ella muy esquivo conmigo; pero ¡era una niña! una criatura tiernísima, que aun no había abrigado en ese corazón virgen el primer fuego del amor. Mi constancia logró vencerla, y hoy ¡es mío su corazón!

—Y entonces Arturo ¿de qué te quejas? pregunté con admiración á mi amigo. Si te pertenece el corazón de esa jóven ¿qué es lo que puede hacerte desventurado? yo no acierto á comprenderlo.

—Escúchame atentamente, y verás si puedo reputarme feliz apesar de que el corazón de Clara sea mío.

—¿Clara es su nombre?

—Si amigo mío Clara; pues bien, Clara es rica aunque no sea noble, tiene un padre que la ama con delirio, y conociendo perfectamente la posición de mi pobre familia, es imposible que me diera la mano de su hija. Clara así lo comprende también, y por tanto me ha rogado que obre en todo con la mayor reserva, para que su padre no llegue á sospechar siquiera que nos amamos, de manera que en nuestras relaciones todo es temor, sobresalto y contradicción. ¿Cómo poder ser feliz de esta manera?

—Al principio, Genaro, traté de sofocar el atre-

vido pensamiento que osaba concebir, pero ¡no pude! Hace un año que amo á Clara y que solo vivo para ella; y hace cuatro meses que Clara me hizo el juramento solemne de ser mi esposa, correspondiendo despues de ocho meses de afanes mis continuas instancias. Por que mantenerte mas tiempo en la duda que ya he comprendido ha nacido en tu corazón: sí Genaro, Clara es tu tierna amiga, la hija de D. Mariano el antiguo director de nuestro colegio.

—¿Qué es lo que dices Arturo, hablas con formalidad?

—No podría chancear en una cosa tan seria ¡lo sabes ya todo! te he descubierto el secreto que tan cuidadosamente habia guardado, y que siempre te habria rebelado aunque no hubiese de por medio el interés que existe. Hemos podido Clara y yo hablar largamente sobre tí, y me ha manifestado con su habitual franqueza, el cariño verdadero que te profesa, me ha dicho, hagamos á Genaro nuestro ángel protector, y él será el que haga ménos amarga nuestra suerte; tú siendo ya su amigo íntimo, no tienes mas que hacerlo tu confidente, y yo por mi parte también depositaré en su bella alma todos mis secretos, y no lo dudes, será nuestro protector y en él encontraremos un fuerte apoyo. He aquí Genaro lo

que Clara me dijo, y yo que no veía en sus palabras sino el eco de mis sentimientos, figúrate todo el placer que en esto tendría. En todo el universo no hay nadie más que Alfredo que sepa lo que se encierra en mi pecho; si Alfredo, que hasta hoy me ha servido de un modo tan generoso, que jamás podré olvidar, y hoy á tí es al que introduscó en los senos más ocultos de mi interior, par que veas cuanto se encierra en ellos ¿crees que puedo ser feliz? ¿tu corazón no puede ofrecerme ningún consuelo?... ¿tú que tan íntimamente tratas á D. Mariano, y que tan inmensamente te distingúe que juzgas? ¿será fácil que con el tiempo me dé la mano de su hija?

Yo no sabía que responder á mi amigo, me parecía dificultoso el cumplimiento de sus deseos; pero no quería lastimar con mi opinion su corazón enamorado. Verdaderamente comprendí, que era un mal inmenso el que me habian hecho ambos con declararme sus secretos, porque me colocaban en la más horrible posición. Si como era natural, D. Mariano se opondría á estas relaciones harto desventajosas para Clara, el papel que yo hacia ayudándola era no solo odioso, sino criminal: ¿cómo corresponder las inmensas muestras de distincion que me habia dado D. Mariano con la perfidia de ayudar yo mismo á que se

le diera el golpe mortal? ¡Ah! y si él me escojia, como era natural por el inmenso afecto con que me distingia, para que yo fuera el que con mis esfuerzos tratase de evitar este golpe que le amenazaba; ¿qué haria despues de haberlos ayudado?

¿Cómo negarme por otra parte á cumplir los deseos de mis buenos amigos? ¿Seria esto posible? nó ciertamente, porque mi oposicion seria el acto más feo de ingratitud que se podia cometer. ¿Negarme á protegerlos cuando en mi habian depositado su confianza y era yo testigo de sus sufrimientos, nó era esto posible! me haria al instante acreedor á su odio, y este odio me seria muy sensible. Tenia yo además fuertes cadenas que me unian con Clara y con Arturo; la primera se habia ofrecido á protegerme en mis aspiraciones respecto á Leonor, y sin su auxilio todo me seria imposible, y perdida la amistad de Clara; también era muy fácil perder la de D. Mariano, y entónces ¿qué seria de mí?... La gratitud también tenia en mi alma un lugar distinguido; ¿cómo corresponder a amor que me habia demostrado D. Justo, siendo el verdugo de su sobrino?... no podia decidirme á ello. Comprendí por supuesto, que al ayudarlo me declaraba hasta cierto punto, enemigo de mi segundo padre... del hombre que me iba á dar un nom-

brel..... ¡una fortuna!..... ¡una posición!... que quizás con mi conducta atraería sobre mí su reprobación y su enemistad, perdiéndolo igualmente todo; pero siendo tan difícil mi posición, no tuve otro recurso; contesté á mi amigo, que con el tiempo todo lo podríamos lograr, aunque yo veía grandes dificultades; que contara con mi amistad, y que yo protegería á ambos, aunque esto pudiera traerme fuertes disgustos. Arturo me estrechó contra su corazón, mostrándome su gratitud con las mas significativas expresiones, me dijo que no podía esperar otra cosa de mi amistad, y que al siguiente día Clara sabría las bellas disposiciones de su hermano adoptivo

Quería llevarme Arturo á su casa, pero era ya muy tarde y no le pude complacer: entonces mis dos amigos me condujeron hasta la puerta del colegio, donde penetré con el corazón lleno de amargura, y pensando cada momento en lo horrible de mi posición, y en las grandes contrariedades que en lo futuro tendría que soportar. ¡Ahl como lloré aquella noche sobre la memoria de unos padres que me hubiesen podido librar de tantos males!

CAPITULO XXXIX.

Viaje de Paris á Bruselas, hermosas vistas que presenta el camino, estaciones y poblaciones cerca de las cuales se pasa.—Compiègne, recuerdos históricos.—S. Quentin.—Batalla entre los franceses y españoles.—Mons.—Nuestra llegada á Bruselas.

Comprendiendo que hacíamos mal en no ver el camino, suspendimos un breve rato la lectura, y nuestros ojos se fijaron en el campo; presentaba éste variados y agradables panoramas, la naturaleza se ostentaba allí lozana y exuberante de vida: hermosos bosques, cristalinos riachuelos, fincas perfectamente cultivadas con sus campestres habitaciones, todo se presentaba sucesivamente ante nosotras haciéndonos sentir gratas sensaciones; los rayos del agonizante sol que doraban los objetos, les prestaban aun mas atractivo; de distancia en distancia el tren se detenía en algunas poblaciones, y entonces nos divertíamos viendo la animación que reinaba en la estación, y el aspecto general del lugar en que nos hallábamos.

brel..... ¡una fortuna!..... ¡una posición!... que quizás con mi conducta atraería sobre mí su reprobación y su enemistad, perdiéndolo igualmente todo; pero siendo tan difícil mi posición, no tuve otro recurso; contesté á mi amigo, que con el tiempo todo lo podríamos lograr, aunque yo veía grandes dificultades; que contara con mi amistad, y que yo protegería á ambos, aunque esto pudiera traerme fuertes disgustos. Arturo me estrechó contra su corazón, mostrándome su gratitud con las mas significativas expresiones, me dijo que no podía esperar otra cosa de mi amistad, y que al siguiente día Clara sabría las bellas disposiciones de su hermano adoptivo

Quería llevarme Arturo á su casa, pero era ya muy tarde y no le pude complacer: entonces mis dos amigos me condujeron hasta la puerta del colegio, donde penetré con el corazón lleno de amargura, y pensando cada momento en lo horrible de mi posición, y en las grandes contrariedades que en lo futuro tendría que soportar. ¡Ahl como lloré aquella noche sobre la memoria de unos padres que me hubiesen podido librar de tantos males!

CAPITULO XXXIX.

Viaje de Paris á Bruselas, hermosas vistas que presenta el camino, estaciones y poblaciones cerca de las cuales se pasa.—Compiègne; recuerdos históricos.—S. Quentin.—Batalla entre los franceses y españoles.—Mons.—Nuestra llegada á Bruselas.

Comprendiendo que hacíamos mal en no ver el camino, suspendimos un breve rato la lectura, y nuestros ojos se fijaron en el campo; presentaba éste variados y agradables panoramas, la naturaleza se ostentaba allí lozana y exuberante de vida: hermosos bosques, cristalinos riachuelos, fincas perfectamente cultivadas con sus campestres habitaciones, todo se presentaba sucesivamente ante nosotras haciéndonos sentir gratas sensaciones; los rayos del agonizante sol que doraban los objetos, les prestaban aun mas atractivo; de distancia en distancia el tren se detenía en algunas poblaciones, y entonces nos divertíamos viendo la animación que reinaba en la estación, y el aspecto general del lugar en que nos hallábamos.

La primera estacion en que nos detuvimos fué Creil, serian las siete y media de la tarde; es espaciosa y vense en ella cinco líneas de caminos de fierro, su techo es de cristal, y en sus amplias galerías se notaba gran movimiento y animacion.

Al lado de la estacion está un hotel de una hermosa fachada, mas léjos se perciben las ruinas de la Abadía de San Everardo: á los pocos minutos de espera, el tren caminó de nuevo, haciéndonos gozar de las bellas perspectivas que presenta el campo, cuando á la luz dudosa de la caída de la tarde, todo se ilumina con un tinte lleno de encanto y de melancolía.

Serian las siete y treinta minutos cuando el tren se detuvo ante Compiégne y nosotras, que momentos leíamos y otros fijábamos la vista en el camino, cerramos la cartera para ver la nueva estacion que teniamos delante. Notábase en ella como de costumbre animacion y movimiento; veíanse mesitas preparadas con apetitosos alimentos, y muchos pasajeros bajaban aprovechando los cortos instantes de espera para tomar alguna cosa; cuando salimos de la estacion, pudimos notar de paso las torres de los castillos reales y las cúpulas de algunos templos. La población parecía animada, se veían algunas buenas casas y en lontananza algunos paseos y jardines sobre los

bordes del Oise; á poca distancia de Compiégne, un recuerdo histórico vino á herir nuestra mente, haciéndonos ver ese sitio con notable interés, pues era el lugar en que Juana de Arco habia sido hecha prisionera por los ingleses, cuando estos sitiaron la ciudad, el 24 de Mayo de 1430.

Pronto este lugar memorable desapareció á nuestra vista, dejándonos ver en el camino algunas quintas rodeadas de espesos bosques y jardines, que presentaban las mas variadas perspectivas.

Las sombras de la noche nos sorprendieron en nuestra contemplacion, y ocultándonos los objetos nos dejaron entregadas á nuestras reflexiones; á las ocho y veinte minutos la iluminacion del punto en que nos deteníamos fijó nuestra atencion: nos hallábase ante Tergnier-la-Fere; la estacion era hermosa, sostenida por una arcada que presentaba buen aspecto; las casas que se ven cerca de ella, son bajas pero de graciosa arquitectura: fuera de esto, ya solo pudimos percibir el conjunto de las luces de la poblacion, que se destacaban cual estrellas en las tinieblas de la noche; despues de algun tiempo de camino, en el que solo distinguíamos de cuando en cuando algunas luces en lontananza, llegamos á San Quentin, lugar de tantos recuerdos históricos; eran las nueve

de la noche, allí se nos dió un cuarto de hora, y lo aprovechamos bajando al restaurant á tomar alguna cosa.

San Quentin es una poblacion de mucho comercio y animacion. En 1557, los franceses mandados por la memorable Ana de Montmorency fueron vencidos bajo sus muros por los españoles: con la iluminacion tan solo pudimos percibir algunos buenos edificios cercanos al cuerpo de la catedral de estilo gótico, situada sobre una verde colina.

En seguida subimos al tren; como nada podíamos ver del camino, el sueño se apoderó de nosotras. Al llegar á Mons sin embargo despertamos, eran las 10 y 20^m; percibimos en lontananza la torre de Beffroy y las cúpulas de algunos templos. Volvimos en seguida á entregarnos al reposo, hasta que á las 11 y 30^m fuimos despertadas, pues habíamos concluido la jornada, y nos hallábamos ya en la Capital de Bélgica, en Bruselas.

CAPITULO XL.

Nuestra llegada á Bruselas, primeras impresiones.—Hotel en que nos alojamos.—Situación de la Ciudad, su aspecto y extensión, plaza en que está situado el Hotel de Ville. Iglesia de Sta. Gudula, su arquitectura y lo mas notable que contiene.—Templo de N. Sra. de las Victorias.—Iglesia de N. Sra. de la Capilla.—La de San Jacobo.—La de Sta. Catarina; hermosas imágenes y mausoleo que en ella se encuentran.—Los palacios del Rey, del Príncipe de Orange y de la Nacion.—La fuente Manne-Ren-Pis.—La galería de vidrios de San Huberto.—La plaza real.—Palacio de Bellas Artes.—Museo Nacional, sus capillas, apartamentos y la Biblioteca real.—Hotel de Ville, el interior y sus salas, suntuosidad y elegancia con que está adornado.—Construcciones al rededor de la plaza.—La casa Louve.—L'Hait de Nrim.—Los Teatros.—Salones de conciertos.—La poblacion y manufacturas de blondas y encages.—Paseos, calles, plazas y jardines.—Los Boulevards.—Parte antigua y nueva de la ciudad.—Nuestras impresiones respecto de Bruselas.

La primera impresion que causó en nosotras Bruselas fué grata. La estacion es espaciosa; sólidos y buenos muros sostienen el techo, que es de cristal y fierro, formando varios dibujos que presentan una buena perspectiva. La estacion se halla bien iluminada, y habia algun movimiento de pasajeros; eran las doce de la noche, cuando

de la noche, allí se nos dió un cuarto de hora, y lo aprovechamos bajando al restaurant á tomar alguna cosa.

San Quentin es una poblacion de mucho comercio y animacion. En 1557, los franceses mandados por la memorable Ana de Montmorency fueron vencidos bajo sus muros por los españoles: con la iluminacion tan solo pudimos percibir algunos buenos edificios cercanos al cuerpo de la catedral de estilo gótico, situada sobre una verde colina.

En seguida subimos al tren; como nada podíamos ver del camino, el sueño se apoderó de nosotras. Al llegar á Mons sin embargo despertamos, eran las 10 y 20^m; percibimos en lontananza la torre de Beffroy y las cúpulas de algunos templos. Volvimos en seguida á entregarnos al reposo, hasta que á las 11 y 30^m fuimos despertadas, pues habíamos concluido la jornada, y nos hallábamos ya en la Capital de Bélgica, en Bruselas.

CAPITULO XL.

Nuestra llegada á Bruselas, primeras impresiones.—Hotel en que nos alojamos.—Situación de la Ciudad, su aspecto y extensión, plaza en que está situado el Hotel de Ville. Iglesia de Sta. Gudula, su arquitectura y lo mas notable que contiene.—Templo de N. Sra. de las Victorias.—Iglesia de N. Sra. de la Capilla.—La de San Jacobo.—La de Sta. Catarina; hermosas imágenes y mausoleo que en ella se encuentran.—Los palacios del Rey, del Príncipe de Orange y de la Nacion.—La fuente Manne-Ren-Pis.—La galería de vidrios de San Huberto.—La plaza real.—Palacio de Bellas Artes.—Museo Nacional, sus capillas, apartamentos y la Biblioteca real.—Hotel de Ville, el interior y sus salas, suntuosidad y elegancia con que está adornado.—Construcciones al rededor de la plaza.—La casa Louve.—L'Hait de Nrim.—Los Teatros.—Salones de conciertos.—La poblacion y manufacturas de blondas y encages.—Paseos, calles, plazas y jardines.—Los Boulevards.—Parte antigua y nueva de la ciudad.—Nuestras impresiones respecto de Bruselas.

La primera impresion que causó en nosotras Bruselas fué grata. La estacion es espaciosa; sólidos y buenos muros sostienen el techo, que es de cristal y fierro, formando varios dibujos que presentan una buena perspectiva. La estacion se halla bien iluminada, y habia algun movimiento de pasajeros; eran las doce de la noche, cuando

subimos en un ómnibus, que atravesando varias calles de la ciudad, nos condujo á uno de los mejores hoteles, llamado de Europa, y situado en la plaza real.

Por lo que pudimos juzgar en nuestro trayecto, la poblacion no nos desagradó. Hálabase iluminada, pero en aquella hora, sus calles se veian desiertas y sin vida.

Bruselas, Capital de la Bélgica y residencia del rey y de los poderes gubernativos, está situada sobre el Sena y su poblacion forma el contraste de ver una parte de ella construida sobre una eminencia, y otra sobre un plano, la parte alta de la ciudad es habitada por la aristocracia, y la parte baja se halla destinada á la industria y el comercio. Ocupa una superficie de 450 hectáras, 46 acres de terreno, y su aspecto en general es agradable, y muy aseada; se ve alguna animacion y presenta regularidad y armonía en sus construcciones.

En 966, no era Bruselas mas que una aldea, con el nombre de Broeksele, á fines del siglo XI, pasó sucesivamente bajo el dominio de los duques de Borgoña, Felipe el bueno, y Carlos el temerario, de Maximiliano de Austria, á causa de su matrimonio con la Princesa Maria, y mas tarde de Carlos V; entonces volvió á ser la Capital de

los Países Bajos, y la residencia del Gran Consejo de Brabante, gobernada mas tarde por Felipe II, y por el Duque de Alba, se insurreccionó; fué sitiada por los españoles, y se vió obligada á capitular en 1586. Villeroy la bombardeó en 1695 y Dumouriez y los austriacos, la ocuparon sucesivamente en 1793 y 1794 hácia esta época, se convirtió en una poblacion Francesa.

En seguida perteneció de nuevo al reino de los Países Bajos, y después de la revolucion de 1830 se elevó por segunda vez al rango de Capital, que es como hoy existe.

Bruselas vió nacer á Felipe de Champagne, al príncipe de Ligne, á Vesale, Margarita de Austria, el célebre pintor Van der Meulen, y el escultor Duquesnoy; en ella se meció tambien la cuna de la infortunada Carlota, ex-emperatriz de México.

La Ciudad tiene cinco divisiones compartidas en diez secciones, con trescientas calles, diez y siete Garitas, y veinte mercados. Está en comunicacion por sus canales, con el Somme y el Sambre, y con Alemania y Francia por sus caminos de fierro. Tiene varias fábricas y manufacturas, entre otras la de encages y blondas, que son de gran nombre y valor en todo el mundo. Su poblacion se compone de mas de 260,659 ha-

bitantes, y es industrial y activa para el comercio.

A la mañana siguiente como teníamos costumbre de hacerlo, tomamos un guía, y ocupando dos carruages, nos internamos en aquella Capital, nueva para nosotras, dispuestas á conocer todo lo que en sí encierra de mas notable. El primer lugar á donde nos dirigimos fué á la plaza del Hotel del Ville, en la cual se halla situado este edificio, que es uno de los mejores de estilo gótico. Sobre la torre se ve una estatua gigantesca de cobre dorado, que representa á San Miguel vencedor del dragon, tiene 100 metros de altura.

La plaza forma un cuadrado, y en sus cuatro lados aparecen hermosos edificios y muy buenas casas. Visitamos en seguida la iglesia de Santa Gudula, en la cual se encuentra el cuerpo de dicha santa. Tardó la construcción de este templo tres siglos. La fachada construida sobre una gradería de 40 escalones tiene dos torres de igual altura. La arquitectura interior es simple pero grandiosa; á los pilares macisos se hallan unidas unas estatuas colosales, representando á nuestro Señor Jesucristo, la Santísima Virgen, y los doce apóstoles. El púlpito es de madera con muchas esculturas, representa á Adán y Eva arro-

jados del paraíso; y los varandales de las escaleras se hallan formados de troncos de árboles. En el coro hay un grande altar moderno; á la izquierda se halla el mausoleo consagrado por el archiduque Alberto á la memoria de Juan II duque de Brabante, muerto en 1312, y de su esposa Margarita de Inglaterra muerta en 1318. Este monumento es de mármol negro, con un león de cobre que pesa 3,000 kilogramos. En frente se encuentra el sepulcro del archiduque Ernesto, muerto en Bruselas en 1595. La construcción de los confesonarios también llamó nuestra atención.

Después de este templo vimos el de Nuestra Sra. de las Victorias, cuya construcción se remonta hasta la mitad del siglo XV, encierra ambiente algunos sepulcros célebres.

Nuestra Sra. de la Capilla se divide en tres naves, de las cuales la principal contiene buenas estatuas, entre otras una del Señor y de María Santísima. Hay también en ella buenas pinturas, entre otras la aparición de Jesús á la Magdalena. Visitamos en seguida la iglesia de San Jacobo, que se encuentra situada en la Plaza Real, y que es un monumento moderno que ha reemplazado á la Abadía de su nombre. La iglesia de Sta. Catarina tiene una hermosa cúpula, y posee una bellísima imagen de Sta. Catarina de Crages.

un Cristo en la tumba, una Asunción que se atribuye á Rubens, y dos magníficos mausoleos. Después de las iglesias nos propusimos recorrer los palacios y edificios civiles de los que hablaremos aunque sea ligeramente.

El palacio del rey no se distingue sino por su gran sencillez.

Bajo la dominación francesa sirvió de hotel á la prefectura. Napoleon y Josefina lo habitaron en 1807, Maria Luisa en 1811.

El palacio del príncipe de Orange, construido en 1823, de estilo italiano, presenta un buen golpe de vista.

El palacio de la nación nos ofrece una construcción moderna de mucho gusto. La entrada es soberbia, en ella aparecen dos anchas escaleras de mármol blanco, que le dan un aspecto régio. Entre las columnas, que adornan la fachada principal, se encuentran muchas estatuas de los soberanos más célebres.

En los edificios que circundan este palacio se hallan los Ministerios.

El palacio de Justicia es el antiguo convento de los jesuitas; el rey Guillermo le hizo añadir un pórtico corintio, que anima algo su severa construcción.

La fuente llamada Mannueken, ¿Pis merece la

atención del viajero por su singularidad y por sus historias.

Al fin de las calles del Etève y de Chêne se eleva esta pequeña figura de bronce, cuyo nombre indica bastante su actitud.

Visitamos también la galería de vidrios llamada de San Huberto: tiene 213 metros de largo, sobre 8 de ancho y 18 de altura. Se encuentra adornada con bellas estatuas de Jacobo; sus dos fachadas son de buen estilo. Hay en ella tres divisiones; una la forma la galería del rey, la otra comunica la galería de la reina y la de los príncipes.

La plaza real, lo mismo que los monumentos que la rodean, datan del año de 1774, el arquitecto Gouimard hizo su diseño bajo los mismos planos de la plaza real de Reims. Encuéntrase en esta plaza la estatua de Godofredo de Bouillon, teniendo en la mano su bandera y levantando los ojos al cielo.

La fuente de mármol de la plaza del gran Sa-blon es preciosa, y la estatua que se halla en el centro representa, bajo la figura de Minerva, á María Teresa.

Hay otra plaza que es la de San Miguel ó de los Mártires, que forma un paralelógramo plantado de una doble hilera de tilos y rodeado

de edificios regulares adornados de columnas de orden dórico. En 1830 se enterraron en esta plaza un gran número de Belgas muertos combatiendo las tropas reales. Para consagrar su memoria se construyó un monumento, el cual se compone de una cripta abierta rodeada de una galería, á lo largo de la cual se hallan escritos en mármol negro, los nombres de las víctimas. En el centro se eleva un alto pedestal de piedra azul, con una estatua de mármol figurando á la Bélgica, pisando sus cadenas; cuatro ángeles ocupan los ángulos, y el pedestal está adornado con bajos relieves.

En los dos dias que permanecemos en Bruselas, nos propusimos visitarlo y recorrerlo todo, y así lo hicimos; vimos varios de sus museos; el que más nos agradó fué el palacio de Bellas Artes, situado cerca de la plaza real; de 1730 á 1744, fué la residencia de los gobernantes de la Bélgica, se le llamaba entónces la Antigua Corte.

El príncipe Carlos de Lorraine le dió su forma actual; la fachada de hermosa arquitectura está adornada por varias estatuas, entre las que se distingue la de María Teresa.

El interior es suntuoso; en el piso bajo se encuentra el gabinete de física y de química, así

como una vasta coleccion de objetos de historia natural adquiridos en 1832.

Atravesamos en seguida un espacioso patio, en el que se eleva la elegante escalera que conduce al piso superior, donde se ostenta en una série de salones una hermosa coleccion de esculturas y pinturas de gran mérito. Al pié de la escalera se ve una estatua colosal de Hércules en blanco mármol; esta es la obra maestra de Laurent Delvaux.

De este palacio nos trasladamos al Museo Nacional, donde se encierra la galería mas notable de pinturas, en la que se ven varios originales de Güido, de Murillo y del Ticiano, etc.; el número de los lienzos pasa de 700. Contiene además dos capillas, la antigua data del siglo XIV, y hay en ella una coleccion muy notable de esculturas compradas por el gobierno á la viuda del célebre escultor Kessel. La Capilla moderna fué comenzada en 1770, y se halla hoy convertida en un templo protestante; su arquitectura es hermosa, sirvió de modelo para su construccion la capilla del palacio de Versalles. La parte moderna del Museo, llamada Palacio de Industria; encierra el Conservatorio de Artes y Oficios; los gabinetes de física y química, y la bibliotece real; esta parte del edificio fué construida en 1829 en el local

que ántes ocupaba el Jardín Botánico. En el centro del gran patio se vé la estatua de Cárlos de Lorraine.

La biblioteca abierta en 1837 cuenta 200,000 volúmenes y 20,000 manuscritos; todos se hallan colocados en elegantes libreros, que ocupan varias salas; entre las cosas más notable que posee la biblioteca se ven, el Misal del rey de Hungría, y la Crónica de Hainant, adornada de miniaturas por Memling. También vimos el Museo de Antigüedades, que contiene algunos objetos curiosos y de mérito.

De los museos pasamos á visitar el interior del Hotel de Ville, que ántes no habíamos visto; este hermoso edificio fué construido por Juan Quysbroek; se comenzó en 1401, y se terminó en 1455. El interior es muy hermoso, y se nota en él suntuosidad y elegancia; hay varias salas tapizadas de jobelinos representando costumbres y figuras de China y de Turquía, este trabajo es de mucho mérito, y aunque antiguo es muy estimado: tanto éstas como las otras salas, adornadas con hermosos cuadros, estan perfectamente amuebladas, brillando por todas partes el lujo y la magnificencia. La que más llamó nuestra atención, fué la que se halla destinada á los matrimonios, y que incuestionablemente es la

mejor del edificio: esta sala es grande, sus muebles son ricos, adornan sus muros grandes espejos y buenos cuadros; pero lo que sobre todo llama la atención del viajero es un hermoso fresco en el techo, y verdadera obra maestra de arte y perfección: en esta notable pintura se hallan representados en animadas figuras los dioses de la Mitología Griega y Latina. El colorido es muy bello y las figuras perfectas; pero lo que más se admira, y en lo que más especialmente se funda su mérito es, que las figuras mudan de posición, según el sitio en que nos coloquemos, y así por ejemplo, si nos hallamos en un ángulo de la sala, contemplamos á Vénus jugando entretenida con Cupido; si pasamos al extremo opuesto, Vénus está ya reclinada en el seno de su concha, y Cupido duerme tranquilo entre sus brazos, y así sucesivamente todas las figuras varían de posición según el punto desde donde se observan.

De esta sala pasamos á otra pequeña, pero suntuosa; en el centro, sobre una mesa de mármol de Carrara se ve una caja de oro; la abrieron y sacando dos grandes llaves del mismo metal, las colocaron en nuestras manos. Eran aquellas las llaves de la ciudad!..... Recorrimos aún varios salones grandes y hermosos, y al salir del edificio

y bajar las amplias escaleras, nos encontramos con unos novios que venian á unirse; ámbos eran jóvenes, y varias personas los acompañaban.

El aspecto exterior es suntuoso; rodean la plaza, como ántes indicamos, buenas construcciones, entre otras, la que se halla frente al Hotel de Ville, adornada con 24 estatuas que prestan gran elegancia á su fachada, y la casa llamada de La Louve, que posee entre otros bustos que la adornan, los de cuatro emperadores romanos, y se halla coronada por un hermoso grupo representando la alianza de Rómulo y Rémus.

Nos detuvimos tambien á contemplar «Halle au pain» ó la casa del rey, construida de 1515 á 1525 por Eildermans arquitecto de Carlos V, que puso todo su esmero en fabricar una casa elegante y agradable; adornan su fachada hermosos grupos y grabados, y en su interior fué donde los condes de Egmont y el de Horn pasaron la noche que precedió á su ejecucion.

Bruselas posee seis teatros, algunos pudimos conocer, son de buena arquitectura y de un aspecto agradable. Cuando los visitamos la concurrencia era inmensa, las compañías, que en ellos trabajaban, bastante regulares; allí tuvimos ocasion de conocer á los soberanos de Belgica hermanos de la infortunada Carlota.

Además de los teatros hay varios salones de conciertos, y otras diversiones públicas que no tuvimos lugar de visitar.

No quisimos partir de Bruselas sin hacer una visita á las célebres manufacturas de blondas y de encajes, y el segundo dia de nuestra permanencia en esa simpática ciudad, fuimos en la mañana á visitarlas.

El aspecto exterior del edificio es agradable, lo adornan varios grabados y su fachada es grande y hermosa; entramos á la fábrica por una gran puerta almacén, en donde comenzaron á sacarnos los mas finos trabajos, las mas delicadas blondas, pañuelos, etc; compramos algunas cosas, y en seguida pasamos á la fábrica: en unas extensas salas se hallaban sentadas multitud de mujeres peinadas y vestidas todas, si no con lujo, sí con suma limpieza y una sencilla compostura; las sillas estaban de una y otra parte de los vastos salones, unas formando grupo, y otras aisladas ó en línea; entre las trabajadoras se ven tipos muy hermosos y agraciados, el trabajo es muy fino y delicado; fabricase la tela con multitud de alfileres que sostienen mas de cien hilos; es prodigiosa la rapidez con que practican todas las operaciones; nosotras las contemplábamos con interés y salimos muy complacidas del aspecto que pre-

senta la fabricacion de esas blondas y ricos encajes: es tanto el trabajo que cuesta y el tiempo que se emplea en hacerlos, que al verlo se comprende por qué son tan crecidos sus precios y cuán justo es el mérito y valor que estas obras tienen en todas las partes del mundo.

Después de haber visitado los edificios notables, quisimos recorrer los paseos y en general las mejores calles, plazas y jardines de la población: el primer punto á que nos dirigimos fué al Parque, antigua dependencia del palacio de los archiduques.

Fué trazado por Zinner y modificado por Guymard; su aspecto es en extremo agradable, sus frondosas y verdes avenidas parten todas de un punto, formando el mas gracioso y delicioso abanico; este punto de donde parten es una glorieta llamada la Fuente Verde adornada por bouquets de flores que exhalan los mas suaves perfumes; varias estatuas de blanco mármol y cómodos asientos están dispersos por el parque; cerca de la glorieta se eleva un elegante kiosco de fierro finamente cincelado, destinado á los conciertos públicos de los domingos de verano. El Parque de Bruselas es un delicioso paseo, y nosotras pasamos gratos momentos á la sombra de sus frondosos árboles.

Del Parque nos dirigimos á los boulevards, comenzados en 1818 y terminados en 1840, ocupan el lugar de las antiguas fortificaciones, y se extienden hasta seis kilómetros de longitud; véense tres y aun cuatro líneas de hermosos árboles, y de una y otra parte se elevan magníficas casas y hermosos edificios; reina casi siempre gran animación en esos boulevards que son una imitación de los de Paris.

Nótase un verdadero contraste entre la parte antigua y la parte nueva de Bruselas; la primera tiene un aspecto triste y desagradable, sus calles son estrechas y tortuosas; sus casas antiguas y de mal aspecto, el comercio es muy escaso y por consiguiente hay muy poca animación; la parte nueva por el contrario, es muy alegre y bonita. Los belgas la llaman el pequeño Paris y en realidad participa algo del aspecto de la grandiosa capital que se propuso por modelo.

Sus calles son anchas y rectas; sus casas de moderna arquitectura presentan un aspecto agradable; se destacan entre ellas algunos buenos edificios, y con frecuencia se ven amenos jardines que recrean la vista con sus frondosos árboles, sus cristalinas fuentes, sus bellas estatuas y sus balsámicas flores. El comercio es frecuente en esta parte, y reina una perpétua animación, que lo

muestra todo lleno de vida; el aspecto del pueblo es muy aseado, parecido en sus trajes al de Paris, las vendimias las llevan por las calles en unos carritos tirados por perros, costumbre que llamó nuestra atención.

La Plaza Real, en la que estaba situado el hotel en que habitamos, es una de las mejores y mas animadas de la poblacion.

El hotel es hermoso, su fachada tiene un aspecto imponente y elegante y su interior es muy espacioso; hállase bien decorado, encuéntrase muy bien servido, y presta grandes comodidades; tiene cuatro pisos, y es sin disputa, el mejor hotel de Bruselas.

Nosotras estuvimos muy contentas durante nuestra permanencia en la capital de Bélgica; la poblacion nos agradó mucho, y hubiéramos deseado prolongar algunos dias nuestra residencia en ella, pero esto no era posible, porque el tiempo se nos habia estrechado, y era preciso llegar ya á San Petesburgo; por esta razon nos decidimos á partir, y al siguiente dia á las siete de la mañana subíamos al tren que debia conducirnos á Colonia.

CAPITULO XLI.

Viaje de Bruselas á Colonia, encanto particular y sensaciones agradables y sorprendentes que producen los viajes en Europa.—Nuestros goces.—La estacion de Malines, su poblacion.—Louvain, número de habitantes de que consta y su célebre universidad.—Tirlemont, su poblacion y manufacturas.—Túnel por el que se pasa ántes de Ans.—Otros varios túneles que se atraviesan para llegar á Liege, número de habitantes de que consta, lo que recuerda, y su iglesia de San Jacobo.—Spá, número de visitantes que se reúnen allí todos los años en el verano para tomar sus aguas y bañarse, encantos que presenta este lugar y sus inmediaciones.—Verirvers, su poblacion y fábrica de hilados.—Frontera de Prusia.—Herbestal.—Aix.—La Chapelle, número de sus habitantes y rasgos notables de su historia.—Duren, su torre gótica, su poblacion.—Horrem, vista del camino y su término.

Una de las cosas que mas agrada, cuando se viaja en Europa, es la celeridad con que nos trasladamos de un lugar á otro, y ver cómo se suceden con extraordinaria rapidez esas sensaciones dulces que nos producen los nuevos panoramas, que vienen á herirnos sorprendiéndonos gratamente. En Europa en el breve trascurso de algunas horas, con la mayor comodidad nos trasla-

muestra todo lleno de vida; el aspecto del pueblo es muy aseado, parecido en sus trajes al de Paris, las vendimias las llevan por las calles en unos carritos tirados por perros, costumbre que llamó nuestra atención.

La Plaza Real, en la que estaba situado el hotel en que habitamos, es una de las mejores y mas animadas de la poblacion.

El hotel es hermoso, su fachada tiene un aspecto imponente y elegante y su interior es muy espacioso; hállase bien decorado, encuéntrase muy bien servido, y presta grandes comodidades; tiene cuatro pisos, y es sin disputa, el mejor hotel de Bruselas.

Nosotras estuvimos muy contentas durante nuestra permanencia en la capital de Bélgica; la poblacion nos agradó mucho, y hubiéramos deseado prolongar algunos dias nuestra residencia en ella, pero esto no era posible, porque el tiempo se nos habia estrechado, y era preciso llegar ya á San Petesburgo; por esta razon nos decidimos á partir, y al siguiente dia á las siete de la mañana subíamos al tren que debia conducirnos á Colonia.

CAPITULO XLI.

Viaje de Bruselas á Colonia, encanto particular y sensaciones agradables y sorprendentes que producen los viajes en Europa.—Nuestros goces.—La estacion de Malines, su poblacion.—Louvain, número de habitantes de que consta y su célebre universidad.—Tirlemont, su poblacion y manufacturas.—Túnel por el que se pasa ántes de Ans.—Otros varios túneles que se atraviesan para llegar á Liege, número de habitantes de que consta, lo que recuerda, y su iglesia de San Jacobo.—Spá, número de visitantes que se reúnen allí todos los años en el verano para tomar sus aguas y bañarse, encantos que presenta este lugar y sus inmediaciones.—Verirvers, su poblacion y fábrica de hilados.—Frontera de Prusia.—Herbestal.—Aix.—La Chapelle, número de sus habitantes y rasgos notables de su historia.—Duren, su torre gótica, su poblacion.—Horrem, vista del camino y su término.

Una de las cosas que mas agrada, cuando se viaja en Europa, es la celeridad con que nos trasladamos de un lugar á otro, y ver cómo se suceden con extraordinaria rapidez esas sensaciones dulces que nos producen los nuevos panoramas, que vienen á herirnos sorprendiéndonos gratamente. En Europa en el breve trascurso de algunas horas, con la mayor comodidad nos trasla-

damos de una nacion á otra nacion y de una capital á otra capital; esta vida de agitacion, y siempre de novedad y movimiento tiene un atractivo extraordinario, que solo conoce el que la ha experimentado: cuando viajamos, se desliza sin sentir la vida, nuestras penas se disipan, los goces se encadenan con las horas de nuestra existencia; verdad es que un viaje no puede producir esas sensaciones que tocan al alma y que solo pueden hacernos felices; nó, los goces que un viaje produce, no tocan las fibras del corazon, ellos nos dan una felicidad aparente; alejan de nuestro lado el sufrimiento, no dejan que nuestro pensamiento se concentre, y solo vivimos para el placer, el goce y la novedad. . . . siempre objetos nuevos, nuevas sensaciones siempre, nos arrancan la monotonía de la vida, dejándonos en un espacio lleno de ilusiones, en el que vaga nuestra inteligencia y nuestro corazon.

Eran las siete de la mañana cuando salimos de Bruselas; el camino se presentaba risueño y lleno de atractivo, el campo es siempre en la mañana mas bello y seductor, los nacieses rayos del sol doran todos los objetos; en las hojas de los árboles y en el cáliz de las flores brillan aun cual cristalinas perlas las gotas que el rocío ha arrancado de los cielos, nosotras llenas de

contento observábamos las risueñas perspectivas que pasaban ante nuestra vista; habitaciones aisladas, pequeñas poblaciones, venian de cuando en cuando á turbar la tranquilidad del campo, desapareciendo despues y presentando siempre cuadros nuevos y variados. Dos veces atravesamos el Sena por hermosos puentes, gozando al ver la tranquila corriente de ese hermoso rio, que con sus límpidas aguas fertiliza esas verdes campiñas.

A las nueve y treinta y cinco minutos, nos detuvimos ante Malines; es esta una pequeña poblacion que cuenta 31,371 habitantes; su estacion es bonita y animada, vimos de paso el conjunto de la poblacion, y las torres que sobresalian de algunos templos.

Serian las diez y media cuando pasamos ante Louvain, poblacion de 30,765 habitantes; su universidad reconstruida en 1826, le ha dado una celebridad de que ántes carecia.

El camino continuaba verde y frondoso, nuestro espíritu se hallaba tranquilo, porque la vista del campo ensancha siempre los ánimos y presta al corazon contento; poco despues de las diez y cuarenta minutos, el tren se detuvo ante Tirlemont; la estacion que es espaciosa y bonita, se ve muy animada, y por todas partes se nota vi-

da y movimiento; Tirlemont contiene varias manufacturas de lanas, medias y franelas que han hecho célebre su nombre; el número de sus habitantes es de 11,931.

Algo nuevo nos presentó el camino, cuando el tren continuó su marcha; repentinamente nos vimos en la oscuridad: toda perspectiva desapareció ante nosotras, y el tañido de una campana hirió nuestro oído; comprendimos desde luego lo que pasaba, y no nos engañamos en nuestro juicio, pasábamos en aquel momento por un vasto túnel practicado en el seno de una montaña, y la campana daba aviso para evitar un choque, que en aquel sitio habria producido la mas desastrosa catástrofe; cinco minutos tardaríamos en el trayecto, y despues volvimos á gozar de la luz del dia y de la bella perspectiva del campo.

A las once y tres cuartos hicimos alto en Ans; esta ciudad está construida en un declive, lo que nos permitió gozar del mas bello panorama; pues en el lugar en que el tren se detuvo, dominaba por completo la poblacion; allí permanecimos unos cuantos minutos.

En nuestro trayecto pasamos por varios túneles mas ó ménos extensos, deteniéndonos al fin ante Liege, poblacion de 89,411 habitantes, que ha sido teatro de sangrientas y grandes re-

voluciones; la estacion tiene un hermoso restaurant; cerca de ella se vé una iglesia que es la maravilla de Liege, y que la nombran de San Jacobo.

A las doce y veinte minutos, llegamos á Spá, despues de haber atravesado varios puentes. Allí se nos concedió un cuarto de hora de descanso, y lo aprovechamos entrando á almorzar al restaurant, y descansando algunos instantes fuera del tren. Spá es célebre por sus aguas, que son muy saludables; durante el verano, se convierte en una ciudad de placer. Concurren á ella un número inmenso de personas y aun varios soberanos y altos personajes van á tomar sus aguas y baños. Su posicion es muy poética y risueña; sus casas sencillas, pero agradables, tiene bellísimas perspectivas, y las montañas de Annetta y Luvin, que le están inmediatas, ofrecen los mas deliciosos panoramas. Esta simpática Ciudad, punto de placer y de recreo, cuenta 4773 habitantes. En las inmediaciones de Spá, se ven hermosas quintas, que nos fueron recreando durante el camino. A las 12 y 30^m llegamos á Berviers que tiene mas de 27,150 habitantes. En este sitio se encuentran algunas fábricas de hilados, cuyos géneros son apreciados en todo el mundo.

Despues de atravesar varios túneles, y pasar

muchas veces el Vesdre, que es otro río no muy hermoso, entramos á los Estados de Prusia y á la una y treinta minutos despues de pasar por un campo bien árido, llegamos á Hertestal, que es la primera estacion prusiana; esta poblacion es industrial, y se encuentra situada sobre la Vesdre. Allí como es natural el tren hizo alto; vino un comisionado á pedir los pasaportes, y luego seguimos nuestro camino pasando sobre un magnífico viaducto, sobre el Gaule, alto de 31 metros y largo de 170 metros; atravesamos varios túnels de los cuales el mayor tiene 710 metros. Luego bajamos por Bomheide á Ais-la-Chapelle por un plano inclinado de 3,500 metros. Eran cerca de las dos.

Esta poblacion cuenta 50,000 habitantes. Su segundo fundador fué Carlos Magno, que se dice haber allí visto los primeros y últimos rayos del sol, hizo de esta poblacion la capital de la parte del imperio, situada al noreste de los Alpes, y ordenó que todos los emperadores de Alemania allí fuesen coronados.

En las varias revoluciones que tuvo que sufrir, cayó en poder de los normandos en 891; fué incendiada, luego inundada, y volvió á tomarse despues de mil trabajos; el número de sus habitantes pasaba entónces de 100,000. Los france-

ses la ocuparon varias veces; pero desde 1815 pertenece á la Prusia.

Es bien célebre, porque en ella se han reunido varios Congresos y Concilios, y celebrándose tambien varios tratados.

Como no nos detuvimos en ella, no hacemos su descripcion.

El camino seguia hermoso, de cuando en cuando algun edificio, algun templo, alguna finca venia á darle mayor animacion.

A las dos y media llegamos á Duren, dominada por una bella torre gótica; tiene 8,300 habitantes.

Despues de pasar por algunos jardines situados á la inmediacion de este sitio, llegamos á las tres y cincuenta minutos á Mowem, donde tuvimos el gusto de ver cerca algunas preciosas casitas bajas cubiertas de flores.

El camino se presenta entónces aún más pintoresco, pasando el tren enmedio de hermosas colinas y de calzadas, en las que la mano del hombre habia hecho lucir su trabajo, presentándose alternativamente una hermosa cascada, ó un bosque, ó un pequeño riachuelo. Por fin, á las cuatro de la tarde llegamos á Colonia que es una poblacion digna de detenerse en ella.

dió orden de que al mismo tiempo que se nos llevase á recorrer la poblacion, nos detuviéramos ante los edificios más notables que pudieran ser visitados.

El aspecto de la ciudad fijó desde luego nuestra atencion; recorrimos calles anchas y rectas, cubiertas de buenos edificios, algunas llenas de animacion y de comercio, y tristes y tortuosas otras.

El primer lugar á que fuimos conducidos, fué á la célebre Catedral, comenzada desde el año de 1248 por un arquitecto desconocido en el mismo sitio en que ántes estaban las dos Basílicas.

Los trabajos continuaron durante dos siglos.

En 1820 el príncipe imperial de Prusia, después de Federico Guillermo IV, trabajó en adquirir fondos para levantarla de sus ruinas, pues se hallaba convertida en un almacén de forrajes. Siguió la construcción patronada por la sociedad de Dombauverein, y aun los trabajos no terminaban en la época en que la visitamos, y se creía que se prolongarían por muchos años. Recientes noticias que hemos leído, nos anuncian que han terminado ya, y que se halla concluida la eterna fábrica de la Catedral de Colonia, como decía, y con justicia, un antiguo cronista.

La altura de las torres es de 147 metros, sien-

CAPITULO XLII.

Nuestra llegada á Colonia, aspecto de la población.—La catedral y lo que más llama la atención en ella, entre otras cosas la capilla de los tres reyes magos, y el monumento fúnebre de Santa Irmagardis. —Continuación de nuestro paseo por la ciudad; sus demás templos y calles. —El Hotel de Ville y la Aduana.—El arsenal.—El teatro.—El Museo Wallraf. La Biblioteca del Gimnasio de los Jesuitas. —Los paseos y alrededores. —Otras noticias de la ciudad.—Nuestra partida.

Apénas hubimos bajado del tren, cuando tomando un ómnibus, dimos orden para ser conducidas á algún hotel bueno y central; poco después descendíamos en uno de hermosa apariencia, que tenía por nombre el hotel Victoria.

Lo primero que hicimos fué disponernos para salir bien presto á recorrer la ciudad, y no perder el tiempo. Tomamos ántes una buena comida, y en seguida subimos á los carruajes, y papá

dió orden de que al mismo tiempo que se nos llevase á recorrer la poblacion, nos detuviéramos ante los edificios más notables que pudieran ser visitados.

El aspecto de la ciudad fijó desde luego nuestra atencion; recorrimos calles anchas y rectas, cubiertas de buenos edificios, algunas llenas de animacion y de comercio, y tristes y tortuosas otras.

El primer lugar á que fuimos conducidos, fué á la célebre Catedral, comenzada desde el año de 1248 por un arquitecto desconocido en el mismo sitio en que ántes estaban las dos Basílicas.

Los trabajos continuaron durante dos siglos.

En 1820 el príncipe imperial de Prusia, después de Federico Guillermo IV, trabajó en adquirir fondos para levantarla de sus ruinas, pues se hallaba convertida en un almacén de forrajes. Siguió la construcción patronada por la sociedad de Dombauverein, y aun los trabajos no terminaban en la época en que la visitamos, y se creía que se prolongarían por muchos años. Recientes noticias que hemos leído, nos anuncian que han terminado ya, y que se halla concluida la eterna fábrica de la Catedral de Colonia, como decía, y con justicia, un antiguo cronista.

La altura de las torres es de 147 metros, sien-

CAPITULO XLII.

Nuestra llegada á Colonia, aspecto de la población.—La catedral y lo que más llama la atención en ella, entre otras cosas la capilla de los tres reyes magos, y el monumento fúnebre de Santa Irmagardis. —Continuación de nuestro paseo por la ciudad; sus demás templos y calles. —El Hotel de Ville y la Aduana.—El arsenal.—El teatro.—El Museo Wallraf. La Biblioteca del Gimnasio de los Jesuitas. —Los paseos y alrededores. —Otras noticias de la ciudad.—Nuestra partida.

Apénas hubimos bajado del tren, cuando tomando un ómnibus, dimos orden para ser conducidas á algún hotel bueno y central; poco después descendíamos en uno de hermosa apariencia, que tenía por nombre el hotel Victoria.

Lo primero que hicimos fué disponernos para salir bien presto á recorrer la ciudad, y no perder el tiempo. Tomamos ántes una buena comida, y en seguida subimos á los carruajes, y papá

do aún más elevadas que la gran pirámide de Kseps, la torre de Estrasburgo y la Catedral de Viena y San Pedro de Roma; su anchura es de 231 piés, y la mas elevada de las torres, que es la gótica, no está coronada por una cruz, sino que tiene una rosa mística y simbólica.

Este templo es verdaderamente magnífico, no hay una sola de sus piedras que no se encuentre llena del más fino y esmerado trabajo. Los labrados son verdaderamente artísticos, su aspecto es fascinador, no se puede uno cansar de contemplarla, porque es una de esas grandiosas obras de arte que ya en nuestros días no se emprenden.

La fachada es hermosísima, adornan su pórtico mas de 2,000 estatuas, y podemos llamarla con justicia una de las maravillas del arte.

El interior, en el cual tuvimos el placer de permanecer largo tiempo, no es ménos interesante y magnífico. Divídese en cinco naves, y tiene 144 piés de anchura, el crucero está formado de tres naves y cuenta 238 piés de longitud.

Aquellas bóvedas atrevidas de 161 piés de elevación, aquellas cien gigantescas columnas que las sostienen, todo nos impresionó de un modo extraño, llenando nuestra alma á la vez de asombro y de respeto.

En el coro, que se eleva á la prodigiosa altura de 200 piés, hay varias tumbas notables.

Una de las cosas que se hace mas remarcable en este templo, son sus hermosas vidrieras, regaladas en 1848 por el rey Luis de Babiera las unas y los otras; en 1288 por los duques de Brabante, Dierich y Cleves; los cristales son muy finos y transparentes, y en ellos se hallan practicadas las mas notables pinturas, representando pasajes biblicos, ó escenas de la vida sacrosanta de Jesus y de María.

Adornan además el templo multitud de estatuas en blanco mármol, de fino trabajo, que le prestan un aspecto de suntuosidad y de grandeza muy marcado. De las naves del templo, rodeando el coro, nacen siete magníficas capillas, de las cuales algunas fijaron mas particularmente nuestra atencion; sorprendiéronos en una de ellas el sepulcro restaurado del arzobispo Conrado de Hochstedem, fundador de la Catedral; es éste un hermoso monumento que detiene los pasos del viajero, obligándolo á contemplarlo.

La capilla de los tres reyes Magos es bastante extensa, y sus muros y piso se hallan tapizados de un mosaico de mármoles de todos colores, colocados con arte y con maestría, y presentando un hermoso golpe de vista; su arquitectura es en

extremo bizarra y singular; participa á la vez de estilo de Luis XIII y de Luis XIV, ostentando un aspecto hermoso y agradable.

La caja en que se encierran los restos de los tres reyes Magos, Gaspar, Melchor y Baltazar, es riquísima, y á pesar de haber sufrido un robo considerable en 1820, su valor asciende á dos millones de talers.

Nosotras contemplamos con vivo interés esta caja, y pasando en seguida á la quinta capilla, nos detuvimos ante el monumento fúnebre de Santa Irmagardis, condesa de Zurphen; este monumento tiene un aspecto severo y hermoso; rodealo un círculo de bellas estatuas. Allí tambien se encuentra la célebre pintura, atribuida á Estéban de Colonia, que representa cuando está abierta la adoracion de los Magos, y cerrada la Anunciacion de la Virgen María; esta pintura es de gran mérito, la vimos de las dos maneras. La bóveda del templo es muy hermosa, hállase adornada de bellos frescos, representando pasajes sagrados. La Catedral de Colonia, en fin, es una de las más célebres del mundo; está construida de piedra, y su arquitectura es original y desconocida; en tradiciones vulgares se dice que dió los planos el diablo en cambio del alma del arquitecto, el cual desapareció sin concluir su obra, y sin

que nadie supiese su fin, y esta es la causa segun la voz pública, porque el templo nunca habia podido concluirse á pesar de largos años de trabajo y de repetidos esfuerzos; pero como ántes dijimos, noticias recientes nos anuncian la conclusion de esta grandiosa Catedral.

Despues de visitar este templo que nos agradó en extremo, volvimos á subir á los carruajes, y continuamos nuestro paseo por la ciudad.

Colonia posée como otros once templos notables. Nos detuvimos ante la fachada de algunos de hermosa arquitectura; pero como tan solo teniamos la tarde para verlo y recorrerlo todo, no nos fué posible visitarlos en su interior.

Despues de haber pasado por las mejores calles y los edificios más bellos de la poblacion, nos detuvimos ante el Hotel de Ville, monumento hermoso, de todas las épocas y de todos los estilos. La nave del edificio es del siglo XIII, la campana de consejo ó de seña es del siglo XIV, el pórtico y el patio del tiempo del renacimiento: en el segundo piso se extiende una hermosa arcada, de arcos muy pequeños, y adornados de bajos relieves muy finos y en extremo curiosos; la fachada es muy bella; su interior no pudimos visitarlo, á causa de la estrechez del tiempo; pero se nos dijo que no encerraba nada notable.

Frente al Hotel de Ville, se eleva la capilla del Consejo, que servía de Sinagoga ántes de la expulsión de los judíos: encierra ahora una reducida colección de pequeños cuadros de pintura muy antigua.

En seguida nos dirigimos á la Aduana, que es un edificio de un aspecto pintoresco, construido en 1441; sobre la puerta principal se notan las estatuas de Agripa y de Marsilius, que fué el fundador y protector de Colonia.

Penetramos en él, y podemos decir lo que tiene de mas interesante.

En primer lugar haremos mención de la sala grande del primer piso, donde la ciudad recibió con magnificencia á los emperadores Federico III, Maximiliano I y Carlos V. Mide 58 metros de largo sobre 23 de ancho, y se halla muy elegantemente amueblada. El arsenal data de 1601, se nota á poca distancia una torre romana reconstruida por los Francos.

El teatro se halla situado al lado del arsenal: en el invierno hay funciones casi todas las noches, y en el verano tres veces á la semana; su distribución y su forma son bastante buenas.

Colonia posee otros tres teatros que no tuvimos tiempo de visitar.

Fuimos también y visitamos brevemente el

Museo de Wallraf que es inmenso, se compone de 7,000 cuadros, los cuales no mencionaremos de talladamente, pero se ven algunos del Ticiano de Tintorel, de Rubens, etc., etc.: entre ellos fijaron particularmente nuestra atención, un San Francisco, una Santa Familia, la cautividad de los Judíos y los músicos ambulantes.

En el piso bajo ó entresuelo se encuentran las armaduras y antigüedades, que igualmente vimos con gusto.

La Biblioteca del gimnasio de los Jesuitas, es digna de mencionarse, cuenta 64,000 volúmenes, de los cuales 2,000 antiguísimas ediciones de los Aldeos, y preciosos manuscritos.

Salimos muy contentas de nuestra visita á este gran Museo, que sin duda puede tener en Europa uno de los primeros lugares.

Después de visitarlo nos dirigimos á recorrer algunos paseos. Vimos el puente de los buques que une á Colonia con el barrio de Deutz, y que se nos dijo que era el más frecuentado; está formado con 39 buques, mide una extensión de 469 metros. Los puntos de vista que ofrece son bellísimos.

Los jardines de los hoteles de Buenavista y del príncipe Carlos son en extremo simpáticos; se encuentran perfectamente cultivados y adorna-

dos con mucho gusto; en ellos descendimos para recorrer sus pequeñas, pero verdes avenidas cubiertas de finas plantas.

El puente fijo de estilo gótico es verdaderamente soberbio, la altura del tablero sobre el cauce, es de más de 17 metros.

Colonia es una población de bastante importancia, tiene también preciosos alrededores, que no pudimos visitar por nuestra corta permanencia; pero no por eso conservamos de ella una impresión menos grata. Los momentos de nuestra vida, allí fueron llenos de goces, como nos sucedía regularmente en las otras poblaciones en que nos deteníamos, y hubiéramos querido que nuestra permanencia hubiera sido más larga; pero no era posible ya retardar tanto la llegada al punto de nuestro final destino; así es que puede decirse que en Colonia estuvimos solo un día, porque llegamos á las cuatro de la tarde, y partimos al otro día á las siete; pero no por eso desperdiciamos el tiempo, recorrimos la población en sus mejores partes, y tuvimos también el gusto de penetrar en algunos de sus mejores edificios.

Colonia nos dejaba una buena impresión; aunque su aspecto no llame desde luego la atención, pero cuando se le examina detenidamente, se van descubriendo sus ventajas.

La noche que permanecimos en ella salimos á pasear á pié, conducidos por un guía, y pudimos notar que la animación no era poca, el alumbrado de gas prestaba su hermosa luz, iluminando en las calles de comercio los buenos aparadores cubiertos de curiosos objetos. Estuvimos también aquella noche en un café, porque teníamos deseos de tomar helados. Tuvimos ocasión con este motivo de conocer aunque ligeramente el carácter de los habitantes; no es áspero ni seco, y aunque tampoco es amable, si se nota entre ellos un espíritu de sociabilidad bien marcado; forman entre sí grupos interesantes, en los que con las conversaciones serias suelen mezclarse no pocas veces la chanza; se ve animación en las calles, y reina generalmente el buen humor.

Los ómnibus y los carruajes son numerosos, casi toda la ciudad se halla cruzada por ellos, lo cual como se deja comprender, presta mucha comodidad para todo.

Las casas en su interior son amplias, aunque muy cerradas, porque se siente allí el frío de todas las poblaciones del Norte.

Nuestro hotel era bueno y bastante amplio, sus cuartos, aunque adornados con sencillez, se hallaban llenos de comodidades; sus salones y el restaurant estaban compuestos con más elegancia.

y aunque ligeramente lo recorrimos, porque nos gustaba mucho hacernos cargo de todo lo que nos era posible observar, aspiraciones propias siempre del viajero.

Colonia es una ciudad fuerte de segundo orden; capital de la provincia del Rhin, y residencia de un arzobispo católico, de una division militar, y de una corte de apelaciones; fué fundada bajo el reinado de Tiberio por Agripa con el nombre de *Civitas Ubiorum*; despues del nacimiento de Agripina, esposa de Claudio y madre de Neron, cambió su nombre por el de Colonia Agripina; Vitellius fué proclamado en ella emperador; Trajano la gobernó antes de subir al trono. En el siglo IV fué tomada y saqueada por los francos, y reconquistada por Julian el Apóstata.

Clovis se hizo allí coronar más tarde.

Declarada ciudad libre é imperial en 1212, se convirtió en una de las más ricas poblaciones de la Hanse.

Habia entónces en ella más de 58 conventos y 67 iglesias, y se le conocía con el nombre de la Roma del Norte, ó Colonia la Santa.

Léjos de prosperar mas tarde, no hacia sino ir en aumento su decadencia; en 1794 no contaba con ménos de 12,000 mendigos, que formaban la

tercera parte de su poblacion; en esta época perteneció á la Francia; en virtud del tratado de 1814 se cedió á la Prusia, á la que hoy pertenece.

Colonia encierra varias manufacturas; pero la mas notable es la del agua de su nombre, tan estimada en todo el mundo. Nosotras visitamos este establecimiento y compramos varias botellas para conservarlas como recuerdo.

Llegamos realmente fatigadas al hotel, despues de haber empleado en recorrer la ciudad toda la tarde y gran parte de la noche; eran cerca de las doce cuando nos recojimos; á la mañana siguiente muy de madrugada nos hallábamos en pié, y á las siete estábamos ya en el tren que debia conducirnos á Berlin. Dirigimos entónces una última mirada á Colonia, que nos habia causado grata impresion, y como á las siete y cuarto se dió la señal de partida, y el tren comenzó á alejarse con admirable rapidez.

CAPITULO XLIII.

Viage de Colonia á Berlin.—Vista del camino.—Duseldorf, su poblacion, y recuerdos históricos.—Algunas noticias sobre Oberhausen, Essen, Dortmund, Hamm, Bielefeld, Hissard, Bechame, Hoste poblaciones todas por donde se pasa.—Minden, número de sus habitantes, y lo que recuerda su historia.—Hannover, su importancia, reminiscencias históricas, superficie de todo el reino, número de habitantes de que se compone y de la Capital.—Peine.—Nuestro paso por Brunswick, su extension y poblacion, noticias históricas.—Walfenbuttel, su notabilibiblioteca.—Magdebourg, ciudad fortificada, sucesos que recuerda la historia, y noticias de algun interés.—Ciudad de Brandenbourg, su fundacion, número de sus habitantes, y algunas otras noticias.—Potsdam y nuestra aproximacion á Berlin.

Nuestro primer cuidado, apénas el tren comenzó á moverse, fué dirigir nuestros miradas al camino que era realmente seductor; hácia el Oriente teniamos á la vista unas risueñas colinas que, encadenándose entre sí, presentaban el más pintoresco grupo, cubiertas del verde césped que forma su esmaltada alfombra; al pié de estas colinas corria serpenteando entre ellas un arroyuelo

de agua cristalina y pura; no se veía una alma por aquellos sitios, reinaba la más completa soledad, pero cuán llenos se encontraban de atractivo y de poesía.....

Despues de contemplar por un breve rato este panorama delicioso, nos volvimos hácia el Poniente, que nos ofrecia un cuadro ménos bello: vastas y extensas llanuras se extendian ante nosotros; veianse diseminados por una parte, y unidos y formando espesos bosques, árboles corpulentos que prestaban dulce sombra contra los rayos del sol: en este punto habia algunos rebaños, y reclinados á la sombra de los árboles los pastores que los conducian.

Impulsadas por un movimiento de curiosidad sacamos la cabeza por las portezuelas del wagon, y descubrimos por el Sur, allá en lontananza, la fortificaciones de Colonia, y por el Norte una elevada montaña, de la que se precipitaba con fracaso una límpida cascada que daba nacimiento al arroyuelo que corria hácia el Oriente. Largo tiempo permanecimos extasiadas entre los prodigiosos cuadros de la naturaleza, hasta que á las siete y treinta y cinco minutos nos detuvimos ante Dusseldorf; desapareciendo de nuestra vista los hermosos cuadros que antes nos habian recreado.

Esta poblacion cuenta 27,000 habitantes; en 1795 los franceses la tomaron, y de 1806 á 1815 se convirtió en capital del Gran Ducado de Berg fundado por Napoleon.

Dusseldorf es una ciudad bonita y de importancia por su animacion y su comercio; nosotros solo pudimos ver el conjunto de la poblacion, y las torres de los templos que sobresalian entre todos los edificios.

A las ocho y diez minutos llegamos á Duisburg, pequeña poblacion de 7,000 habitantes, que perdió en 1802 su universidad, fundada en 1665; la estacion es hermosa y se descubre al pasar la cúpula de la Iglesia del Salvador, que es el mejor edificio de la poblacion.

Pasamos sucesivamente por Gberhausen, cuya estacion tiene un bonito techo de cristal; Essen, poblacion de 7,400 habitantes, situada sobre el Berne; Dortmund, antigua residencia imperial, poblada por 10,000 almas, de las cuales son 3,000 católicas; Hamm, poblacion de 6,000 almas.

Llegamos á las once y treinta y cinco minutos á Bienlefeld, ántes capital del Ducado de Ravensberg, centro de un gran comercio de telas, y poblacion de 10,000 habitantes.

A las doce pasamos por Herfard, amena poblacion de 8,800 almas, llena de risueños jardines.

nes, que animan sus construcciones, llegando á Rehme á las doce y veinte minutos.

Esta ciudad es frecuentada por los baños saludables que posee de agua salada, y que muchas personas van á tomar en el verano; tiene un pozo artesiano que descende á la profundidad de 700 metros, es decir, mas de 600 metros bajo el nivel del mar.

Continuando el tren su marcha, nos detuvimos á las doce y cuarenta y tres ante Minden, donde se nos dió tiempo para almorzar.

La estacion es hermosa, el restaurant bastante bien servido; hallábanse las mesitas ya preparadas, y pronto se vieron todas llenas por el número de pasajeros.

Minden es una poblacion de mucho comercio, tiene 12,600 habitantes, de los cuales 1,500 son católicos. Carlo Magno fundó en ella un obispado en 780. Conrado II celebró allí una dieta del imperio; Enrique III y Enrique IV la habitaron durante algun tiempo; fué incendiada en 1538, tomada repetidas veces, formando parte del reino de Wesphalie en 1807; no perteneció á la Prusia, sino hasta 1814 bajo cuyo dominio hoy se encuentra.

El aspecto de la poblacion en general es agradable; sus habitantes parecen muy animados, y

se nota mucho aseo y esmero en sus trajes; nos dieron como media hora de descanso, así es que todo lo hicimos con comodidad regresando en seguida al tren, que comenzó á alejarse con rapidez.

Algun tiempo despues pasábamos por Haste, pequeña poblacion que encierra unos baños sulfurosos construidos por Neundorf: la situacion de Haste es muy poética. una hermosa arboleda se extiende ante la estación, y por todas partes se ven flores y jardines. Hicimos alto algunos minutos en ella, continuando en seguida nuestra marcha, y deteniéndonos ante Hanover á los dos y tres minutos de la tarde.

Es ésta una poblacion capital del reino Hanover y residencia del rey, su importancia data desde el siglo XII; fué la primera en adoptar la reforma.

En 1637 el duque Jorge fijó en ella su residencia; en 1714 el duque Jorge Luis la abandonó para ir á ocupar el trono de Inglaterra bajo el nombre de Jorge I.

En 1763, Jorge III hizo destruir sus fortificaciones; estuvo diversas épocas bajo el dominio de la Francia y de la Prusia; en seguida fué gobernada por un virey inglés; pero despues de la muerte de Guillermo IV de Inglaterra, acontecida en

1837, se convirtió en la capital del reino de su nombre.

Cuando nosotras pasamos así se encontraba, pero á causa de las últimas guerras de Alemania perdió su independendencia formando parte de la Prusia.

La superficie del ex-reino de Hanover es de 699 millas cuadradas; todo el reino contaba 1.819,777 habitantes, y la capital 60,000. Fué su territorio el que sirvió de patria á Herschell, padre de Iffland, á Schlegel y la reina Luisa. Notamos al pasar algunos buenos edificios, y nos pareció una poblacion de importancia.

A las tres y treinta minutos pasamos por Peine, amena poblacion que parece un verjel, y á las cuatro y seis minutos llegamos á Brunswick, capital del ex-ducado de su nombre, y residencia de su antiguo soberano; Brunswick fué la patria de La Fontaine, se fundó en 860, ciudad de la Hans. En 1830 se sublevó para arrojar del trono al duque Cárlos, colocando en su lugar al duque Guillermo su hermano.

La superficie geográfica del ex-ducado era de 67 millas cuadradas, y su poblacion general de 269,795 almas.

Dos férias notables se celebran en Brunswick cada año; hoy este ducado como la mayor parte

de los de Alemania están agregados á la Prusia.

Se veían las torres y cúpulas de los edificios, y la población parece grande.

A las cuatro y treinta minutos nos detuvimos ante Wolfenbittel, ciudad que cuenta nueve mil almas, y que posee una preciosa biblioteca, que tiene doscientos veinte mil volúmenes, y que estuvo por mucho tiempo á cargo de Lessing. Algunos bellos parques, que rodean la estación, pudimos observar á nuestro paso, y en ellos se notaba bastante animación.

Serían las seis y treinta y tres minutos cuando llegamos á Magdebourg, residencia de un arzobispo y fortaleza de primera línea; tiene una ciudadela en la isla de Elbe, que ha servido de prisión de estado, donde tuvieron á Lafayette; sitiada vanamente por Wallenstein en 1629, fué tomada en 1631 por Tilly, que hizo asesinar ó quemar vivos á treinta mil hombres é incendiar las iglesias y casas; en 1635 y en 1806 fué tomada sucesivamente por los imperiales y los franceses; fué en esta época el lugar principal del departamento del Elbe. La paz de París la dió á la Prusia; Magdebourg fué la cuna de Otto de Guerick inventor de la máquina *pneumática*. En una iglesia restaurada por Federico Guillermo III, se dice que están los sepélcros de Othon

I y de su esposa Edithe; también encierra el monumento del arzobispo Ernesto que es de bronce. Un bello hotel con columnas y un restaurant adornan la estación.

A las siete y media llegamos á Brandebourg, ciudad de veinte mil habitantes, fundada en el siglo X. Ha sido tomada alternativamente por fuerzas de distintas naciones, tiene un Obispo y un Elector que se declaró rey de Prusia en 1079 bajo el nombre de Federico I. Desde la estación se ve el Marienberg que es muy hermoso y se eleva á 66 metros sobre el nivel de la ciudad. El sueño comenzaba á apoderarse de nosotras, se anunciaba ya la noche con su destemplanza inherente, haciéndonos sentir el frío, y privándonos del placer de gozar de la perspectiva que ofrecía el camino: pronto nos adormitamos; al detenerse el tren á las nueve dadas en Potdan despertamos y nos fijamos en la estación, que por cierto se hallaba llena de animación. De esta población hablaremos en seguida, cuando hagamos al lector la descripción de los alrededores de Berlin. Poco nos faltaba ya para llegar á la capital de Prusia; era preciso ya no dormir, porque dentro de unos cuantos minutos teníamos que descender del tren; así fué en efecto, á las nueve y cuarenta y cinco minutos llegamos á Berlin.

Pero ántes de hacer al lector la descripción de esta gran capital, queremos abrir de nuevo el manuscrito de Genaro, que como recordará, tiempo hace que no tomamos en nuestras manos. Leamos pues.

CAPITULO XLIV.
Lectura del manuscrito de Genaro.

Se acercaba ya la época en que debía recibirme, y terminar de consiguiente la carrera que D Justo me habia designado. El temor en ciertas épocas de la vida y en algunas circunstancias especialmente, se hace sentir con toda su fuerza; ¿cómo era posible que pudiese yo estar tranquilo, cuando se acercaba para mí el momento más crítico? Ningun jóven puede permanecer indiferente en situación semejante. Tenia yo dentro de mí mismo la firme persuasión de que no seria reprobado: estaba satisfecho, comprendia que habia estudiado todos los años de mi permanencia en el colegio con una dedicacion que nadie podia contar; para mí no habia muchas veces noche, pues con el libro en la mano y en tortura la inteligencia habia permanecido durante toda ella

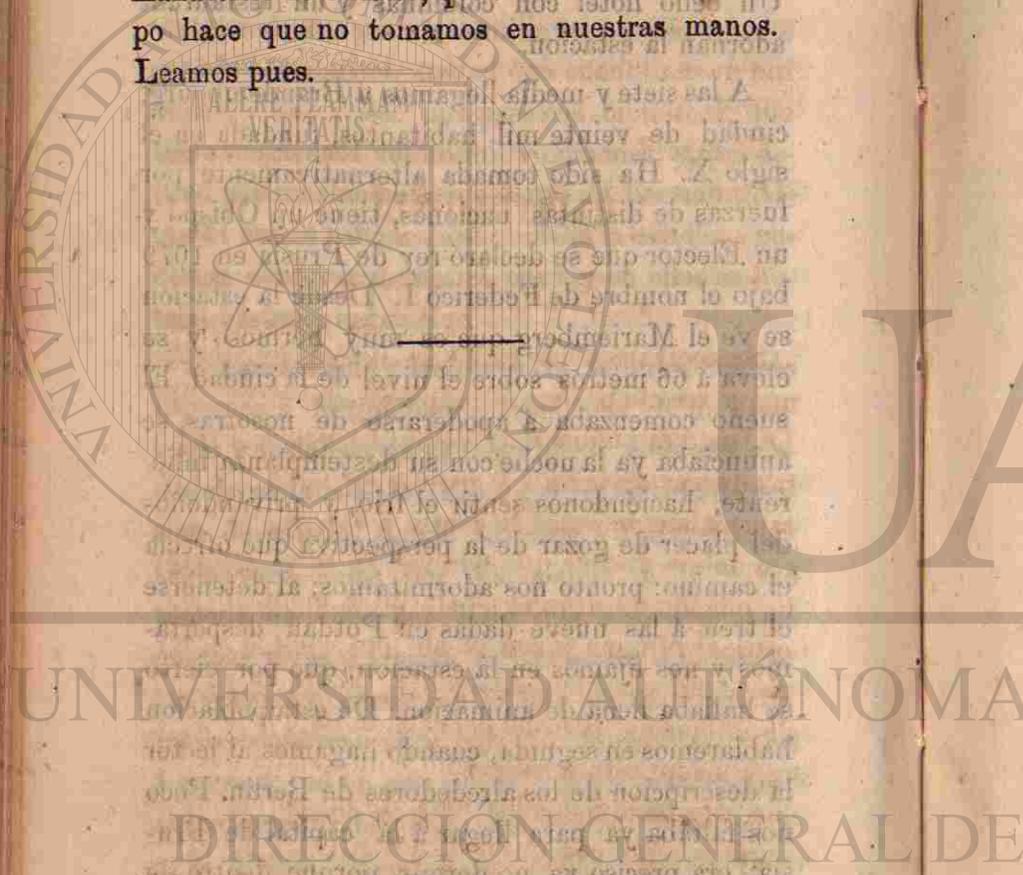
Pero ántes de hacer al lector la descripción de esta gran capital, queremos abrir de nuevo el manuscrito de Genaro, que como recordará, tiempo hace que no tomamos en nuestras manos. Leamos pues.

estaban... para poder...
 tanto... las...
 fijos... los...
 nes...
 de...
 res...
 no...
 que...
 nes...
 y...
 mi...
 nos...

CAPITULO XLIV.

Lectura del manuscrito de Genaro.

Se acercaba ya la época en que debía recibirme, y terminar de consiguiente la carrera que D Justo me habia designado. El temor en ciertas épocas de la vida y en algunas circunstancias especialmente, se hace sentir con toda su fuerza; ¿cómo era posible que pudiese yo estar tranquilo, cuando se acercaba para mí el momento más crítico? Ningun jóven puede permanecer indiferente en situación semejante. Tenia yo dentro de mí mismo la firme persuasión de que no seria reprobado: estaba satisfecho, comprendia que habia estudiado todos los años de mi permanencia en el colegio con una dedicacion que nadie podia contar; para mí no habia muchas veces noche, pues con el libro en la mano y en tortura la inteligencia habia permanecido durante toda ella



CAPILLA ALFONSO DE BORBÓN BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

estudiando, para poder sin ningun temor presentarme á las clases.

Todos los años me habian visto en los exámenes parciales, cubierto de laureles, de aplausos, de premios y sin embargo temia!. Los profesores, llenos de afecto por mi decidida aplicacion, me llamaban la honra del establecimiento, el orgullo de su clase; todos estos títulos, de una manera íntima tocaban las fibras de mi corazón, y mil veces, al verme el objeto de tan vivas demostraciones, de tan entusiasta aclamacion, arrojándome en los brazos de mis profesores, cubierto de lágrimas de ternura, me creia el más feliz de los mortales: mas ¡ay! ¡me engañaba! yo no podia ser feliz, puesto que me encontraba privado de la única dicha positiva que existe en la tierra, ¡la de tener padres!.

Cuando contemplaba á los demás padres, trémulos por la emocion, estrechar entre sus brazos á sus hijos, que como yo recibian aplausos y premios, al instante era herido por la mas dura de las ideas: ¡ah! pensaba, si yo fuera tan feliz que tuviera como estos mis compañeros un padre..... una madre..... que presenciasen mis triunfos ¡cuanta no seria mi satisfaccion! cómo se duplicaria mi contento! al verlos felices ¡ah padres míos! al contemplar en sus labios la sonrisa de la dicha

y las lágrimas tambien que arranca de los ojos el goce, ¡ah! daria por muy poco mis afanes, mis desvelos, ¡todo! pero nó.... á mi no me habia sido dado gozar de tan inmensa ventura; entre todos los que me rodean, los que me llenan de aplausos, no hay un solo corazón que palpite por mí, ni el mio se dirige en particular al de nadie: todos me son igualmente indiferentes; de manera que aunque gozo, porque hay ocasion en que nadie puede negar al amor propio sus satisfacciones, sin embargo, el goce íntimo, el dulce goce del corazón no puedo experimentarlo, y de consiguiente esto me priva de poder ser completa mi dicha. ¡Ah! siempre, siempre estos tristes pensamientos, estas sensaciones que es imposible evitar, venian en los momentos más risueños para mí á presentarme el amargo brevaje de la hiel.

Pero volvamos á mis exámenes: como he expuesto, estos se acercaban, y los profesores llenos de las mejores disposiciones respecto de mí, me hacian los mayores encargos. Conocemos me decian, que no necesita vd. de nuestros consejos Genaro; pero siempre es obligacion nuestra encargarle no se turbe ante la concurrencia, y conserve gran serenidad para contestar á todas las preguntas; estas y otras cosas me decian, y yo guardaba en mi corazón todos sus consejos. Los

días que precedieron á mi exámen, los pasé por completo dedicado al estudio; llegó el del exámen al fin, la sala del colegio estaba llena de señoras y señores, los profesores ocupaban su puesto, y yo aparecí entre esa multitud, pálido, trémulo y turbado; cuando se dió principio al acto, elevé al cielo una plegaria, invoqué el recuerde de mis padres, y procurando serenarme, me preparé á responder á las preguntas que se me dirijieran.

Más de tres horas duró el acto, me tocaron las materias mas difíciles y los puntos mas delicados de derecho; Dios me asistía y todo lo respondía yo con acierto: cuando los sinodales estuvieron satisfechos, me hicieron salir para dar sus votos; poco despues penetré de nuevo en el salon, y trémulo de placer escuché mi sentencia: habia sido aprobado por unanimidad con las calificaciones más honrosas. Cuando la voz del secretario lo anunció, todos los concurrentes prorrumpieron en estrepitosos aplausos; guirnaldas de laureles ciñeron mis sienes, y ramos y medallas me rodearon por doquier; yo conmovido me retiré del salon, y arrojándome en los brazos de D. Mariano, que no se habia apartado de mí, prorrumpí en amargo llanto; el buen anciano lloraba tambien estrechándome contra su corazon, ¡oh! cuán dulces fueron las lágrimas que derramé en aquel momento!.....

Repuesto de mi emocion, volví al salon á prestar el juramento, y fué inscrito mi nombre entre el de los demás licenciados. Cuando el magistrado para hacerlo, dirijiéndose á mí, me preguntó mi nombre, yo incliné mi cabeza sin saber qué responderle; ¡ay! tantos años de estudio y de fatiga, todos los laureles de gloria de que en aquel instante estaba cubierto, no eran bastantes á borrar de mi frente el estigma del desprecio, el baldon de la vergüenza!..... era pues preciso que fuese confundido á los ojos de esa multitud! ¡era necesario que todos supieran que el jóven, á quien acababan de aplaudir, no era más que un pobre expósito sin nombre y sin hogar!.....

Agoviado por estos pensamientos no contesté de pronto al magistrado, pero trémulos mis labios se preparaban á pronunciar mi nombre cuando D. Mariano lo hizo por mí; señor, dijo dirijiéndose al magistrado, la emocion ha embargado su palabra, su nombre es Genaro Conde del Po. A estas palabras yo levanté mi frente sorprendido, mis ojos velados por el llanto se encontraron con los de mi generoso protector; en la sala redoblaron las aclamaciones y los aplausos..... conmovido mi pecho, y ahogada mi voz por la emocion, solo pude saludar á la concurrencia, y como el acto habia concluido, salí del salon y me arro-

jé de nuevo en los brazos de D. Mariano esclamando: ¡oh padre mio, lo que hoy habeis hecho por mí, no lo olvidaré jamás!..... el buen anciano conmovido, me estrechó contra su pecho diciéndome; hoy has obtenido un triunfo Genaro, que llena mi corazon de alegría, hoy has visto premiados con usura tus afanes, mañana los verás recompensados; una multitud que se dirigia hácia nosotros me obligó á separarme de mi generoso protector; eran todos mis amigos que venian á felicitarme, á congratularse conmigo de mi triunfo y mi placer; á todos di un estrecho abrazo, y por ellos fui conducido á la sala inmediata; los primeros que habian corrido á felicitarme, eran Alfredo y Arturo. Abajo te espera la familia, me dijeron, y quieren darte un estrecho abrazo. Yo entonces descendí con presteza y solo se encontraban en el local destinado al efecto la familia de D. Justo y Clara acompañada de su aya.

En aquel momento pensé en mis padres, ¡ah, si yo los tuviese, como habrian gozado! me dije: pero dominando mis dolorosos recuerdos, y apartando de mí en aquel dia las lúgubres ideas, penetré en el recibidor y pronto me encontré entre los brazos de la familia de D. Justo.

Sofia tenia el semblante animado por el placer, y me abrazaba repetidas veces mostrándome su

contento. Julia parecia tambien satisfecha; pero sus ojos estaban enrojecidos por el llanto.

—¡Has llorado, hermosa Julia? le pregunté al estrechar á entre mis brazos.

—Sí, Genaro, me respondió, he llorado, pero he derramado lágrimas de ternura y de placer, que han hecho mucho bien á mi alma, porque tu triunfo, Genaro, me ha hecho gozar.

—¡Oh, cuán buena eres! exclamé acercando á mis labios su mano que conservaba aún entre las mías. Julia la desprendió dulcemente, y su semblante lánguido se animó por el placer.

Me disponia yo á sentarme á su lado, cuando sentí que una mano delicada se posaba sobre mi hombro, y una voz dulce me decia.

—¡Ingrato! y á mí no me das ni un solo abrazo?

A estas palabras volví prontamente el rostro y encontré á mi lado á Clara, hermosa como nunca, radiante de belleza, sus hermosos ojos estaban fijos en mí con una expresion seductora de ternura y de dulce reproche, mientras por sus nacarados labios vagaba su inmortal sonrisa que tanto bien hacia á mi corazon.

Al verla de pronto me turbé, pero reprimíendome de mi emocion.....

—¡Ah, hermana mia! exclamé, perdóname: engolfado con mis buenas amigas no reparé en que

tú estabas; no creí que fueses tan buena y que vieras á buscarme.

—Genaro, al excusarte me ofendes, ¡cuidado! que puedo lastimarte! añadió la hermosa jóven con una gracia seductora.

—Sí, encantadora niña, repliqué yo entónces, lo puedes, pero no lo harás, porque me amas y eres generosa, porque tu tierno corazón solo puede castigarme con un abrazo.

Y al decir estas palabras tendí hácia ella mis brazos. Clara entónces me estrechó contra su pecho, diciéndome.

—¡Ah! Genaro, tú abusas de mi cariño; bien sabes que mi corazón jamás puede abrigar por tí sentimientos de rencor, sí te perdono, y éste abrazo es mi felicitación más sincera.

—¡Eres un ángel, Clara! exclamé con entusiasmo.

—Sí, soy tu ángel tutelar, añadió la jóven sonriendo, y apartándose de mí, se adelantó á saludar á la familia de Don Justo, que sin pronunciar una palabra habian contemplado aquella escena.

Mis ojos entónces se fijaron en Julia, estaba pálida, su semblante horriblemente desfigurado, y sus ojos derramando abundantes lágrimas; yo me acerqué entónces á ella.

—Julia, le dije, por piedad no te enfades, ¡ig-

noras acaso que te amo más que á ella; tú que ocupas el primer lugar en mi alma.

Y al hablar así mentía; pero era preciso hacerlo por el bien de aquella jóven.

Julia solo pudo responderme por medio de una mirada llena de gratitud y de cariño, porque en aquel momento Clara se acercaba á ella; al verla tan pálida y turbada Clara se asustó, y estrechándola con cariño sobre su pecho, depositó un beso sobre su frente diciéndole.

—¡Oh! señorita, ¿qué teneis? ¿estais enferma?

—Nó, se apresuró á contestar Julia, no tengo nada, sino que como á Genaro lo amo con la ternura de una hermana, y es tan sensible mi corazón, aun no puedo reponerme de las violentas emociones que me ha causado hoy.

—¡Cuán bello es vuestro corazón, amiga mía! exclamó en ese instante Clara, y tomándome de una mano me dijo.

—¡Oh, Genaro, no comprendo como oses reputarte algunas veces desdichado, teniendo una ternura tan exquisita en estos bellísimos corazones! ¡Ojalá y yo pudiese en este punto ser tan feliz como tú!

Julia se quedó abismada como tratando de comprender á fondo las palabras de Clara, mientras Arturo, que acababa de entrar y oia las expresio-

nes de su amada, se acercó á ella y fijó una mirada airada en sus bellos ojos.

En seguida abrazándome me dijo.

—Te felicito, Genaro, no solo por tu entrada á una carrera en la que nunca creí que no llegá- ses á entrar, para brillar cual un meteoro reful- gente, sino por el inmenso triunfo, y por las muy merecidas ovaciones con que has sido recibido, haciéndote superior en todo á los demás jóvenes de tu clase. ¡Ojalá y en tu vida siempre encuen- tres momentos tan llenos de satisfacción como éste.

De nuevo me estrechó entre sus brazos, y en seguida dirigiéndose á Clara le hizo una profun- da reverencia.

Me tocaba á mí seguir la trama, y tomando la palabra presenté á Arturo á mi amiga Clara, y en seguida hice otro tanto con ella; entónces am- bos se tendieron la mano, y se la estrecharon de un modo que solo Alfredo y yo comprendimos.

El recibidor se hallaba completamente lleno por los numerosos amigos que venian á felicitar- me, y en esos momentos solo Leonor faltaba para que yo fuera hasta cierto punto feliz, y unos pa- dres á quienes no conocia.

Aquel día D. Mariano se habia encargado de obsequiarme en su quinta, dando en ella una mag-

nífica comida y en la noche una tertulia. Yo es- taba de eso encantado, porque Clara me habia dicho.

—Hoy podrás hablar con Leonor.

Y al instante comprendí que no podria ser en otra parte mas que en las fiestas con que D. Ma- riano me honraba.

Eran ya más de las doce del día, cuando D. Mariano, que aún no habia aparecido en el reci- bidor, logró con mucho trabajo penetrar en él, me dió un nuevo abrazo y me dijo.

—Todos tus profesores te esperan impacien- tes allá arriba para darte un estrecho abrazo, de manera que puedes ya despedirte de tus amigos y subir, porque bien sabes que aquí solo tienes que permanecer dos ó tres horas, y allá te espe- ramos.

Tomó entónces del brazo á Clara, diciéndole:

—Vamos ya, hija mia.

Luego se volvió á mí, y en voz baja me dijo.

Te suplico que traigas contigo á mi casa á Arturo y á Alfredo; pues muy justo es que tus amigos hoy se regocijen contigo.

—Muy bien, D. Mariano, contesté á mi pro- tector fijando en Clara una mirada de intelligen- cia, que ella supo corresponder muy bien.

—Adios, Genaro, me dijo entónces alargándome su manecita, hasta luego.

En seguida se despidió de todos los de la familia de D. Justo, y al llegar a Julia la estrechó con mas cariño que á Sofia, y dándole un beso

—Dios la haga á vd. muy feliz, amiga mia, le dije, ese es mi mas ardiente voto.

—Gracias, señorita, respondió con un acento entrecortado por la emocion mi pobre amiga.

Clara y D. Mariano pronto se perdieron de vista, y entónces Doña Margarita, dirigiéndose á mí me dijo.

—Ya no te queremos quitar el tiempo puesto que te esperan arriba tus profesores, y tienes que disponerte para las fiestas con que te distingue D. Mariano. Genaro, tú sabes que gozo quizas mas que tú mismo en tus triunfos, ¡ojalá ellos no te cuesten mas tarde las lágrimas con que la envidia los humedece!

—¿Qué tan pronto se van vdes. tia? exclamé yo entónces viendo con ternura á Julia.

—Sí, Genaro, hoy es dia muy ocupado para tí, y no te queremos quitar el tiempo. Te teníamos dispuesto un pobre almuerquito, pero como hemos oído decir que aquí en el colegio piensan tambien festejarte, ya no podemos exigir que nos acompañes.

—Aunque sea media hora, le dije, tendré el gusto de ver á vdes. hoy en su casa ántes de ir á la de D. Mariano, no seria feliz si no pagara ese tributo tan caro á mi corazon.

—Gracias, Genaro, ¿entónces te esperamos, sin la menor duda?

—Sin la menor duda, allá estaré si es posible á las tres.

Extendí mi mano á Doña Margarita y á sus dos niñas: Julia ya no lloraba pero estaba trémula.

Arturo y Alfredo almorzaban conmigo en el colegio.

Apénas mis amiguitas se fueron, subí presuroso con todos mis compañeros de colegio á los corredores; allí en efecto me esperaban mis profesores, los cuales uno por uno me estrecharon con ternura, y me hicieron un obsequio particular de afecto y amistad.

Entre estos gajes ví con sorpresa algunas bonitas alhajas, anillos, botones, mancuernas. No pudieron dejar de conmovirme, estas manifestaciones de aprecio, y mis lágrimas corrieron de nuevo sobre el pecho de mis buenos profesores.

Era ya demasiado, no podia yo soportar el peso dulcísimo pero conmovedor de tantas demostraciones,

Mis numerosos amigos, aunque no podía dejar de notarse en ellos los movimientos de envidia, tan naturales en estos casos, no por eso me hacían ménos fiestas. Todos querían abrazarme, y entre gritos de entusiasmo victoreaban mi nombre, lo cual me satisfacía, no por el afecto, porque allí no lo había, pero sí porque notaba el esfuerzo que sin necesidad se hacían por mí.

A la una en punto nos sentamos en la mesa; los que se habían recibido conmigo ese día y yo, ocupamos la mesa en que comían los profesores, que eran los que nos habían festejado, pero entre todos mis compañeros, yo tuve el lugar preferente; Arturo y Alfredo almorzaron también en la misma mesa. El almuerzo que se nos sirvió estuvo magnífico, y todos mis profesores en particular brindaron por mí; era justo que yo correspondiese á tantas bondades, tomé en la mano una copa, en la que el champagne hervía como el entusiasmo y la gratitud en mi alma, y pronuncié entonces un brándis largo, que más de una vez fué interrumpido por los aplausos, porque en él no hacía mas que atribuir, como en parte era muy justo, todos mis méritos á los buenos profesores que con tantas fatigas habían logrado ilustrar mi inteligencia, haciendo penetrar en medio de su oscuridad la luz hermosa de la

ciencia y de la verdad: reinaba en la mesa la alegría más pura, el más constante buen humor.

Concluyó el almuerzo á las dos de la tarde, y entónces hubo un rato de conversacion, de entusiasmo y alegría. Una banda militar durante todo el tiempo del almuerzo había duplicado el entusiasmo, tocó dianas, himnos, etc.

Cuando dijeron las tres me acordé que había ofrecido á Doña Margarita ir un momento á su casa, y tuve el sentimiento de dejar á mis amigos.

El director del colegio me dijo que me esperaba al siguiente día; pues que tenía que hablar conmigo; yo le manifesté que con mucho placer me tendría á su lado, y en seguida partí con mis amigos.

Cuando llegué á casa de Margarita, ví un contraste tan extraordinario con lo que me había rodeado todo el día, que me hizo daño; lo único que allí revelaba algo de fiesta era la mesa adornada con flores y pasteles, vino, etc.; pero por lo demás reinaba el silencio mas sepulcral.

Doña Margarita y sus dos hijas se encontraban en la sala, Julia estaba recostada en el sofá, porque se sentía indispueta; Sofia leía una novela, y Margarita cosía.

Cuando me vieron entrar, todas se incorporaron y me dieron un nuevo abrazo.

—¡Eres fino Genaro! me dijo Margarita; hoy que te buscan por doquier, te acuerdas de nosotras, y robas un momento á tus placeres y á tus goces, para dedicárnoslo.

—Querida tia repliqué yo entónces, los goces mas positivos solo se experimentan al lado de las personas que se aman; Julia me dirigió una mirada de gratitud, Margarita sonrió, y Sofia acercándose me dijo:

—Sabes que desde que eres licenciado te encuentras mas galante y mas fino con nosotras.

—Quizas esto será, le dije, porque como cada dia os amo más, hoy habrás tenido ocasion de conocerlo.

Tomando en seguida otro giro la conversacion, conté á mis buenas amigas las ovaciones y obsequios con que me habian distinguido en mi colegio, y por último dije á Doña Margarita que tenia encargo de D. Mariano de llevar á su casa á Arturo y Alfredo.

Esta noticia llenó de contento á toda la familia; Arturo estrechó con fuego mi mano, y como la hora de partir habia llegado, di á todas un nuevo abrazo, y acompañado de mis amigos. me dispuse á salir.

Julia entónces se acercó á mí, y con un acento lleno de timidez me dijo:

—Genaro, ¿te acordarás de mí en casa de Clara?

—Si, Julia, no lo dudes, repliqué entónces estrechando su mano.

—Tráeme algo de la fiesta, añadió Sofia corriendo hácia mí; sabes que los dulces me gustan mucho.

—Serás complacida, encantadora niña, repliqué á mi jovial prima, y acompañado de Arturo y Alfredo salí de la casa, y subiendo en una góndola, pronto comenzamos á vogar por las calles de Venecia; yo iba con el corazon henchido de esperanza, en aquella noche iba á estar al lado de Leonor; el Visconde no estaria, podria hablarle á solas, estrecharla contra mi pecho al compas de la música, y revelarle en fin el doloroso secreto que pesaba sobre mi alma.

Habia recibido en aquel dia tantas sensaciones gratas, en que mi corazon se habia conmovido trémulo de dicha, que era el primero en que me habia considerado hasta cierto punto feliz, él formaría siempre época en el libro de mi vida; y como solo me habian rodeado imágenes de placer, me dejaba yo arrebatado por las mas dulces ilusiones, en alas de la esperanza!..... Arturo á mi lado soñaba tambien; como yo se embriagaba en ilusiones de amor, como yo tambien pensaba en el ob-

jeto amado; Alfredo nos contemplaba sonriendo, y respetando nuestro silencio, pero no pudiendo al fin contenerse, se acercó á mi, y colocó su mano sobre mi hombro diciéndome:

—¿En qué piensas Genaro? pareces sumergido en la meditacion mas profunda; ¿no me será permitido leer tu pensamiento?

—Querido Alfredo, repliqué á mi buen amigo, son tantos los pensamientos que hoy me ocupan, que no podría revelártelos; pienso en el pasado, en la Providencia divina que tanto me ha protegido; formaba, querido Alfredo, dulces ilusiones para el porvenir..... Alfredo, que parecia no haber escuchado nuestra conversacion, se volvió repentinamente hacia mí.

—Dime me dijo, ¿cómo es que hoy, al decir D. Mariano tu nombre al magistrado, lo acompañó de un título que ignorábamos poseyeses? explícame, querido Genaro, ese misterio, que yo no acierto á descifrar.

La pregunta de mi amigo me puso en grave conflicto; yo no habia convenido con D. Mariano en la respuesta que debía dar cuando se me hiciera una pregunta semejante, y no sabia qué contestar á Arturo. Por otra parte, no podía guardar silencio; así es que volviendo á él, le dije:

—Me encuentro tan sorprendido como tú respecto á lo que acabas de decirme; yo tambien ignoraba que tuviera ese título, y la primera vez que lo he escuchado es esta mañana de los labios de D. Mariano; ya ves, amigo mio, que no puedo explicarte un misterio en el cual yo mismo me hallo envuelto, sino hasta que mi generoso protector tenga á bien aclarármelo.

En este instante la góndola se detuvo y los tres saltamos á tierra, pocos momentos despues, nos hallábamos ante la quinta de D. Mariano; la cual estaba perfectamente adornada: multitud de carruages se veian á la puerta, y ricas góndolas estaban tambien atracadas á la orilla del canal; los dulces acordes de la música llegaron hasta nosotros, y todo respiraba en aquel lugar el aire de una fiesta, el placer y la alegría; yo estaba trémulo, era la vez primera que iba á presentarme en sociedad, y como era el héroe de aquel festin, todas las miradas debian fijarse en mí; á este pensamiento me turbaba, pero la idea de ver á Leonor me prestaba fuerzas. Clara está allí decia yo, ella me ayudará en cualquier caso. Por otra parte, Leonor sabrá que tengo un título como el Vizconde, oirá hablar con elogio de mí, me verá convertido en objeto de las atenciones gene-

rales, y quizá todo esto contribuya á que me dé una respuesta favorable.

Alentado con estos pensamientos tomé una resolución decisiva, y penetré con mis amigos en la quinta, bendiciendo en mi interior al Dios que me protegía, y al generoso anciano á quien todo lo debía, y que me amaba como un padre.

Apénas me descubrió D. Mariano, salió á mi encuentro; mucho has tardado Genaro, me dijo; todos los invitados te esperaban ya con impaciencia, y al decir estas palabras, despues de saludar cortesmente á mis dos amigos, se introdujo con nosotros en el salón, y tomándome por la mano, tengo el honor de presentar á vds. dijo en voz alta, al jóven conde del Pó, cuyos triunfos en la carrera de las ciencias hemos querido celebrar.

A estas palabras hice una profunda reverencia, poco despues estrechaba la mano de multitud de caballeros que se acercaban á felicitarme.

Hallábase reunido en la quinta de mi generoso protector, lo mas florido de la sociedad de Venecia, y yo introducido en ese circulo, ¡yo pobre expósito, que solo con un nombre supuesto habia podido penetrar!..... estos pensamientos me avergonzaban, se me figuraba que, tomando otro nombre que no era el mio, como que rechazaba yo hasta la memoria de mis padres,

y todas estas ideas me hacian daño; pero reservando esos escrúpulos en mi corazón, y sobreponiéndome á ellos, aparecí yo en mi exterior tranquilo y lleno de gratitud hácia el bueno de D. Mariano, que tanto interés habia tomado por mi suerte, y á quien todo lo debía.

Cuando hube correspondido las felicitaciones de mis nuevos amigos, me dirigí hácia un ángulo del salón, en el que me pareció descubrir á Clara; estaba hermosa en toda la extension de la belleza, vestida con una elegante sencillez, que atraía y realizaba sus encantos; á su lado se hallaba otra jóven tambien tipo ideal de lo bello; ambas eran seductoras, pero las bellezas mas sublimes y distintas. La jóven que estaba al lado de Clara vestía un blanco traje lleno de gracia y elegancia; ricos collares y braceletes de finas y grandes perlas adornaban sus brazos y su cuello, que rivalizaba con el alabastro; hermosas perlas se entrelazaban tambien en su dorado cabello, formando el mas delicioso conjunto; en los negros ojos de Clara brillaba la llama del placer; en los azules de su jóven compañera se notaba una expresion de dulzura indefinida, una modestia seductora, un candor, que imitaba á los ángeles del cielo.

Leonor, pues no era otra la jóven que estaba al lado de Clara estaba en aquel dia radiante de

hermosura; su belleza cautivaba, su atractivo era irresistible: al verla mi corazón palpitó con indecible violencia, el fuego del amor animó mi semblante, y con paso veloz me acerqué á las jóvenes.

Clara al verme se levantó de su asiento, y estrechando con ternura mi mano entre las suyas,

—Cómo has tardado, Genaro, me dijo dulcemente.

—Hermana mía, me apresuré á responder á Clara, bien sabes tú que hoy no he sido libre para disponer de mi tiempo, si no ya haría largas horas que estaría á tu lado.

Después acercándome más de manera que solo ella pudiese oirme.

—He traído á Arturo, le dije, y te espera impaciente en el salón inmediato.

Clara estrechó mi mano en señal de inteligencia, y acercándose á Leonor.

Tengo el gusto de presentarte á mi hermano adoptivo, le dijo, al joven conde del Po, cuyos triunfos hoy celebramos, y que posee en sí todas las buenas cualidades, desconociendo los vicios.

—Clara, me apresuré á decir confuso y turbado á mi amiga.

Esta se sonrió al ver mi turbación.

Leonor, que no se había inmutado al escuchar

mi título y la relación de mis triunfos, fijó en mis ojos con ternura al oír las últimas palabras de mi buena amiga, y tendiéndome su delicada mano.

—Tenía ya el placer de conoceros, Genaro, me dijo, y las palabras de Clara no han hecho más que confirmarme en el concepto que de vos me había formado.

Yo, á cada una de sus palabras, sentía en mí mismo las más extrañas sensaciones.

En ese momento me parecía que me encontraba en el paraíso, puesto que tan presto había podido cumplir el voto más ferviente de mi corazón.

No me dejaron mucho tiempo, sin embargo, gozar la dicha que por completo me llenaba. D. Mariano se acercó, me tomó del brazo y me dijo:

—Ven, Genaro, mis numerosos amigos desean conocerte; quieren gozar de tu amena é ilustrada conversación, es preciso que cumplas sus deseos, que correspondas á las distinguidas demostraciones con que te honran.

Con todo el pesar de mi alma me ví precisado á cumplir los deseos de mi generoso protector, en los momentos mismos en que me sentía tan dichoso.

—Señor, estoy á las órdenes de vd, contesté á D. Mariano.

—Señoritas, con su permiso, dije dirigiéndome á Clara, y su bellísima amiga Leonor me hizo una graciosa inclinacion de cabeza, miéntras Clara me dijo con familiaridad.

—Cuidado como te olvidas de nosotras, por entretenerte con tus amigos. No tardes mucho.

—Ya sabes, contesté á mi amiguita, que el corazon siempre vuela, donde el imán lo atrae.

Leonor bajó con modestia los ojos, y Clara sonrió conmigo.

Poco despues me encontraba en medio de un círculo numeroso de señores, que me dirigian las mas finas felicitaciones, y tenian especial placer en conversar conmigo.

Yo, por supuesto, á pesar de que mi pensamiento no podia desprenderse de Leonor, tenia particular cuidado en no faltar para nada á la cortesía y amabilidad debida.

Pronto se comenzó á entablar una disputa bastante difícil sobre una cuestion de legislacion muy seria. Al principio no quise yo tomar parte en ella, pero uno de los que la sostenia, dirigiéndose á mí, me pidió mi opinion; era ya imposible excusarse y tuve que hacer uso de la palabra.

El corrillo que se formó á nuestro alrededor, fué numeroso, en poco tiempo; comprendí bien luego, que si no defendia con entusiasmo y zareo-

nes sólidas la cuestion, perderia en ese mismo momento todos los triunfos que habia obtenido en la mañana; de manera que me propuse hablar con suma energía; por fortuna no era tímido y tenia una memoria verdaderamente extraordinaria, para conservar las razones principales y párrafos completos aplicables á la materia, el nombre de los autores, el título de las obras, y hasta las páginas en que encontraba la doctrina de que hacia uso. Me escuchaban con un asombro creciente al ver citadas, para defenderme, las leyes aún menos conocidas.

D. Mariano estaba á mi lado, y me contemplaba con una satisfaccion tan inmensa, que no la habria manifestado con un hijo de la misma manera que lo hacia conmigo. Por la expresion de su semblante adiviné, que él mismo quizá seria el que promovió la disputa con el exclusivo fin de que yo brillase, y por lo mismo, aunque no me esperaba tal cosa, que por cierto me cojió muy de improviso, sin embargo me propuse defenderla de un modo brillante, agotar los recursos de la ciencia y de la inteligencia en mi favor.

Dios me ayudó, porque en breve no hubo una sola persona que me rebatiese, y comenzaron por el contrario mis propios enemigos, ó mas propia-

mente, mis contrarios, á llenarme de elogios, de aplausos y de ovaciones.

Me sentia satisfecho y gozoso en esos momentos, porque los triunfos que acababa de obtener volarian bien presto hasta Leonor, y con solo que ella los supiese, me consideraba feliz.

La disputa duró como media hora; poco despues de terminada, cuando aún recibia las felicitaciones, con que se me honraba, vinieron á manifestar que ya la comida estaba en la mesa; entonces se entabló una fuerte lucha en mi corazon, porque mi deseo hubiera sido conducir á la mesa á Leonor; pero no era eso lo natural, sino que casi era forzoso que llevase yo á Clara, en cuya casa me encontraba, y cuyo padre era el que me honraba con aquella fiesta; en el combate entre el amor y el deber, venció este último.

Me dirigí velozmente al sitio en que habia dejado á mis dos simpáticas amigas, y aun estaban allí cuando acercándome á Clara le dije.

—¿Me honras con tu compañía?

—Con mucho gusto, Genaro, me contestó.

La tomé entonces del brazo, y D. Mariano que venia detrás de mí, tomó á la hermosa Leonor.

¡Oh, si hubiera en esta vez sucumbido á las debilidades del amor, habria tenido sin duda que arrepentirme!

Cuando me ví con Clara,

—¡Ay, hermana mia! le dije, no puedes figurarte el ánsia que me devora por saber si por fin Leonor ama al vizconde. ¿Has averiguado algo sobre ella? porque no puedo ménos de confesarte, que á medida que la contemplo, crece el fuego del amor en mi corazon..... y si yo fuera tan infeliz que no pudiese jamás obtener el suyo, no sé lo que haria..... ¡Clara, no lo sé!.....

—Tengo que hablarte mucho, Genaro, mas no podrá ser sino esta noche cuando bailemos, porque durante la comida no seria fácil

—Pero al ménos contástame: ¿qué es lo que puedo esperar?

— Pronto lo sabrás.

Iba yo á hacer una nueva pregunta á mi amiguita, cuando llegamos al suntuoso comedor, el cual se encontraba adornado con una gracia encantadora.

En medio de la mesa, compuesta de 50 cubiertos, se elevaba un bellissimo florero, sobre el cual habia una corona de laureles, en la que decia con letras doradas: «A Genaro.»

Todo esto, como es de suponerse, tenia para mí un particular atractivo.

—¡Oh! decia yo interiormente, es imposible no gozar, cuando por doquier se nos dan notorias

pruebas de cariño..... ¡Ah! en esta nueva familia que Dios me ha deparado, en medio de mi camino no puedo ménos que ver un bosquejo, ó quizá mas aún que esto, de los dulces lazos de amor de la familia verdadera.

—¿Quién soy yo?..... ¿Qué mérito tengo para que D. Mariano me colme de tantos beneficios? ¿Pueden contar todos con tan extraordinarios favores? ¡Oh! no debo ver con una indiferencia por cierto bien reprehensible estas demostraciones, nó; no todos pueden contar lo que yo cuento, no todos encuentran lo que he encontrado yo.....

D. Mariano con sus propios recursos compra un título, para encubrir lo que más me angustiaba en medio de mis mayores placeres; hoy por ese favor lleno de generosidad ya no tendré que avergonzarme, y cuando una voz imprudente se levante para preguntarme, ¿y tú quién eres? ya tendré cómo contestar.....

—¿Yes á esta familia querida á quien me prohíbe amar Julia? ¿Podría hacerle caso? no; nunca, nunca se lo haré: ¡pobre criatura! Sin embargo, ella si me impide amar á Clara, á D. Mariano, es porque cree que ellos me van á robar el amor que debo profesarla, nunca tan intenso como ella desearia para estar satisfecha; pero pronto quizás se desengañará, y verá que Clara no

caupa en mi alma, sino el lugar de una hermana.

Estos eran los pensamientos que me llenaban, en el momento en que D. Mariano sentaba á todos sus invitados á la mesa, cuando tornándose á mí me dijo.

—Tú solo faltas; ven Genaro, y me sentó frente á él, en medio de las dos mas bellas que habia en la mesa, Clara la una, á quien tenia yo á la izquierda, y la otra Leonor, ¡sí, la bellísima Leonor!

—¿Qué grata me fué esta sorpresa cuando la contemplé á mi derecha...! modesta bella... seductora.

—¡Oh, cuán honrado me contemplaba al teneros á mi lado! exclamé fijando en Leonor una mirada ardiente.

—Gracias, Genaro, replicó ella con una gracia cada vez mas simpática.

Tomé pues mi asiento, y pronto Clara me promovió una conversacion larga, en la que solo tratamos de la familia de D. Justo.

Yo hasta cierto punto me avergozaba de que hablase de ella con tantos elogios, cuando por su misma oscuridad no era conocida de Leonor; pero como Clara amaba más que yo á esa familia, y estaba á su izquierda Arturo, tenia particular placer en sostener en estos términos la conversacion. Mas luego por mi fortuna dirigió á Artu-

ro una pregunta, que dió principio á nueva conversacion, y entónces dirigiéndome á Leonor con una emocion extraordinaria le dije.

—Hay momentos en que uno deberia considerarse muy feliz, ¿verdad, señorita?

—¡Oh, sin duda, Genaro, me contestó ella viéndome con una fijeza que me avergonzó. Por ejemplo, continuó entónces, hoy vd. debe ser el hombre mas feliz de la tierra, puesto que son muy pocos los que cuentan la dicha que vd. ha tenido; una ovacion tan grande, como de la que vd. ha sido objeto es difícil hallarla, ella no es más que la recompensa de los que como vd. se han dedicado con un afán extraordinario al estudio, habiendo obtenido por este medio las aureolas resplandecientes con que la ciencia honra al talento.

—Señorita, vd. me confunde, jamás me han hecho los elogios el raro efecto que los que vd. me prodiga; esas palabras en sus labios adquieren para mí un mérito infinito; por ellas cambiaria todos mis triunfos y mis glorias.

Leonor se turbó al escucharme, y despues de un momento de silencio repuso.

—Sin embargo, Genaro, por lo que veo tiene vd. un defecto, que es ser en extremo galante, la galantería es casi siempre una falsedad y una

mentira, y la mentira, aunque sea una lisonja, empaña los lábios de un caballero.

—Leonor, exclamé yo entónces fijando una mirada ardiente en mi bella interlocutora, ¿dudais acaso de la veracidad de mis palabras? ¡Ah! yo sé bien que no dudais, porque hay cosas que no pueden ocultarse, y que las mujeres siempre las comprenden.

Leonor, á quien parecia inquietar el giro que iba tomando la conversacion, procuró conducirla á otro terreno.

—Genaro, me dijo: ¿os une algun parentesco con la hermosa Clara?

—Ninguno; líganme á ella tan solo los dulces lazos de la gratitud y del amor, la amo como á una hermana, es ella mi más cara amiga; y vos Leonor, ¿teneis algun amigo predilecto?

La hermosa jóven, fijando en mí sus ojos, me respondió con gran naturalidad.

—Amigos, tengo muchos Genaro, pero en particular no siento predileccion por ninguno.

Las palabras de mi amada me cortaron, pero haciéndo un esfuerzo supremo repuse.

—¿No os ofenderias si os dirigiese una pregunta?

—Leonor fijó en mí con inquietud sus ojos, y despues de un momento de duda repuso.

—Sois un caballero, Genaro, y no creo que pudierais dirigirme ninguna pregunta que me fuese ofensiva.

—Sin embargo temo disgustaros..... balbucí en extremo turbado.

Leonor guardó silencio, viendo yo que no respondía me aventuré á preguntarle.

—¿Ha mucho tiempo que conoceis al vizconde N?

A estas palabras Leonor perdió su serenidad, un vivo rubor tiñó sus mejillas, y sin atreverse á fijar en mí sus ojos, me replicó con débil acento:

—Genaro, ¿por qué me diriges esa pregunta?

Yo vacilé en mi respuesta, y en este instante un brándis que se propuso á mi nombre cortó nuestra conversacion.

Los brándis se sucedían á cada instante; yo contestaba á ellos, y la mayor animacion reinaba en la mesa.

Cuando la comida hubo concluido serian las ocho de la noche; ántes de abandonar la mesa me dirigí á Leonor, y con tímido acento le dije:

—¿Me permitireis estar á vuestro lado esta noche? ¿Bailareis conmigo? Decidme que sí; os lo suplico.

La bella jóven, á quien parecia turbar mi acento, contestó.

—Bailaré con vos, Genaro, siempre que las piezas que me pidais no las tenga ya comprometidas.

Iba yo aún á replicar, cuando D. Mariano que acababa de llegar, la tomó del brazo, y preciso me fué entónces separarme de ella.

Cuando Leonor hubo partido, me dispuse á tomar el brazo de Clara; pero Arturo me pidió le cediera el honor de conducirla; yo entónces cedí mi puesto á mi amigo diciéndole.

—¡Gozad venturosos amantes, yo gozaré con vuestra dicha!

Arturo y Clara me miraron, y se alejaron sonriendo de mi lado.

Yo entónces permanecí por un instante solo, entregado á mis reflexiones; estaba descontento de mí mismo, me habia hallado al lado de Leonor, y no habia tenido fuerzas para decirle que la amaba; le habia hablado del vizconde; y me habia parecido turbada.

—¡Oh! me decia interiormente, ella lo ama, su corazon ya no es libre; rechazará mi amor, no lo dudo, porque solo vive para el vizconde, y entónces ¿de qué me sirve la gloria y el lustre de una carrera y un nombre....? y agobiado por estas reflexiones, incliné la cabeza sobre el pecho, y quedé sumergido en la más profunda meditacion.

Cuando volví de mi estupor, me encontré solo en el comedor; los acordes de la música sonaban en los salones, damas y caballeros habian desaparecido, y solo un hombre como de cincuenta años de edad, elegantemente vestido y con un aire distinguido que indicaba la nobleza de su cuna, se hallaba á pocos pasos de mí, y me contemplaba con marcado interés. Al verlo me avergonzé de que hubiese sorprendido mis instantes de debilidad; mas dominando mi disgusto, me acerqué á él, la vista de aquel hombre me hizo bien, desde el primer instante me sentí atraído por una extraña é irresistible simpatía, y tendiéndole mi mano

—Caballero, le dije, ¿por qué os veo tan apartado de la animacion y del bullicio?

—Os contemplaba, se apresuró á responderme, y no podia darme cuenta de lo que veia.

—¿Cómo, Conde, vos no sois feliz, y en este dia en que solo debiais entregaros al regocijo, alguna pena oculta destroza vuestro corazon?.....

—Vos lo habeis dicho, señor, repuse con tristeza, hoy es uno de los dias para mí mas venturosos, y sin embargo hay circunstancias en mi vida que me impiden ser feliz, y que mezclan siempre el veneno del dolor en todas mis alegrías....

El buen caballero me vió fijamente, y estrechando mi mano

Imprudente seria me dijo, preguntaros la causa de vuestras penas; pero sabed que mi corazon por vos se interesa, y que siempre que tengais necesidad de algo podeis contar conmigo, como con vuestro mas fiel amigo

—¡Gracias caballero! ¡gracias! respondí conmovido, porque las palabras de aquel hombre penetraban hasta el fondo de mi alma; en seguida me tomé de su brazo, y ambos nos dirigimos á los salones; la concurrencia era ya numerosísima.

D. Mariano salió á nuestro encuentro; veo que te has entretenido mucho tiempo al lado de Milord X. me dijo; ya estaba yo impaciente por tu tardanza.

Al escuchar el nombre que acababa de pronunciar mi generoso protector, comprendí desde luego, porque mi corazon me habia atraído hacia él; aquel caballero era el padre de Leonor, y yo sin saberlo lo habia amado; porque siempre nos es querido todo lo que toca al objeto de nuestro amor; el descubrimiento que acababa de hacer, me llenó de contento, yo me habia representado en el padre de mi amada un hombre escéntrico y severo, y me encontraba el hombre más

fino y amable; lleno de placer entónces, estreché su mano diciéndole:

—No os conocia Milord; hoy que sé quien sois, admito con orgullo la amistad que me brindasteis, y aunque humilde é inútil, os ofrezco con todo el corazon la mia.

—Gracias Conde, replicó el padre de mi amada; desde este momento somos amigos.

Poco despues nos separamos; yo con el corazon henchido de placer y de esperanza.....

Los acordes de la música, que en ese momento se hicieron oír, anunciaban que iba á romperse el baile; yo habria querido sacar á Leonor, mas por otra parte me era indispensable hablar con Clara, así es que despues de un momento de vasilacion y de duda, me dirigí á ella.

—Hermosa Clara, la dije: ¿me negarás el honor de bailar contigo?

—Negándotelo Genaro, yo misma me castigaria, me replicó mi fina amiga pasando su delicado brazo en el mio, y abandonando su asiento.

Entónces me volví á Leonor que estaba á su lado, y vd. señorita le dije ¿me concederá la pieza siguiente?

—Aun no se cual sea, pero en el caso de no ser unas cuadrillas, para las cuales me encuentro

ya comprometida, tendré mucho gusto en bailar con vd.

—Gracias señorita, ¡ojalá y no sea esa pieza la que se toque!

En seguida tomando á Clara por la cintura, comenzamos á danzar: la pieza que en ese momento se ejecutaba, era un Walz. Cuando hubimos dado una vuelta en el salon, nos detuvimos; todas las miradas estaban fijas en nosotros; yo no habia aprendido por estudios formales á bailar, pero en el colegio mis compañeros me habian instruido superficialmente, y no bailaba yo mal. Por otra parte, era yo en extremo ligero, y esto me facilitaba muchísimo el baile. Clara tambien era una sífide, de manera que con suma precision bailamos aquel Walz, y más de una vez se nos aplaudió nuestro buen humor y nuestra presteza.

Cuando podia descansaba, algunos instantes, los empleaba conversando con la hermosa Clara; pero como estos instantes tenian que ser cortos, no me podian satisfacer. Tenia yo muy vivos deseos de hablar largo con mi amiga, ella me habia manifestado ya, que tenia mucho que contarme, y yo por mi parte ansiaba por ser el depositario de todo lo que encerraba su bello corazon.

Despues que el Walz hubo terminado, invité

á Clara para que fuésemos á dar un paseo por el corredor, mi buena amiga con suma gracia me respondió: ¡picaro, te comprendo, vamos! en efecto, poco despues nos encontrábamos paseando muy pausadamente por los corredores, que se hallaban perfectamente adornados; entónces pude dar principio á la conversacion qué tiempo hacia ansiaba tener. Clara, le dije, para que usar de rodeos contigo, tú bien me comprendes, ¡dime pronto por Dios cuanto sepas!

—Bueno Genaro, debo satisfacer tus deseos porque te lo habia prometido, aunque si te he de hablar con franqueza, preferiria no hacerte conocer cuanto deseas hoy.

—¿Y por qué? pregunté yo un tanto sobresaltado, segun tu exclamacion no es nada grato lo que tendrás que comunicarme!

—¡Ah Genaro! más aun me afliges, si tenias alguna esperanza de que fuese grato; nó amigo mio, grato no es, ni pensaba que tú lo esperases así; pero tampoco es tan fatal que sea preciso renunciar por completo á toda esperanza. Me parece que para no amargarte hoy, que tan solo dicha debe rodearte, deberíamos dejar para otra vez mis revelaciones.

—Nó, no puedo permitirte, habla Clara aun-

que tus palabras debieran entristecer los purísimos goces que me rodean.

—Si lo exiges, te complaceré, murmuró Clara; y como vió que yo no la contradecia, me habló en estos términos.

Para poder averiguar lo que deseabas, me he valido de los medios mas seguros, no he dado crédito á lo que se dice vulgarmente, sino que directamente he hablado con Leonor, y de sus labios lo he sabido todo. Genaro, en la semana que hoy concluye, invité á Leonor para que me honrase un dia entero con su compañía, y ella que es tan buena, gustosa aceptó. Fué, pues, entónces cuando pude con entera calma conversar con ella.

En primer lugar comencé á rogarle tuviera conmigo confianza, y ella sonriendo me prometió tenerla, si por mi parte sabia yo corresponderla. Se lo prometí, y despues que en efecto, tan solo por tí Genaro, la hube hecho depositaria de mi mas caro secreto, ella me confió los suyos, me refirió que habia venido de Inglaterra donde tenia mil amantes, porque su padre no queria que se casase; pero que entre la inmensa multitud de jóvenes que la pretendian, el Vizconde no pudiendo resolverse á dejarla, la habia seguido bajo un humilde disfraz, porque sin ella no podia vivir.

Le pregunté entonces si ella amaba al Vizconde; noté que su hermoso semblante se enrojecia, y me contestó: Clara, yo misma no comprendo aun si lo amo, siento por él cosas raras en mi corazon, pero jamás le he dicho nada; nó, si acaso es cierto que son efecto del amor las violentas sensaciones de que al verlo y al recibir sus cartas me encuentro agitada, aún no lo sabe el Vizconde; puede ser que lo conozca, porque yo lo distingo cuanto puedo; pero mis labios no le han hecho todavía ningun juramento; aunque hablándote francamente en mi corazon he sentido mil veces grandes impulsos de hacerlo, porque aunque no me haga violencia por no hacerlo, me parece que lo amo, ¡que sin él no puedo existir!.....

Al hablar así noté que una lágrima humedeció sus ojos, quise aun hablar mas del Vizconde; pero me rogó no hacerlo entonces por hallarse algo emocionada, y me prometió venir pronto á enseñarme sus cartas y á hablarme de estas relaciones. He aquí en pocas palabras, Genaro, todo lo que deseabas: no te dejes abatir, levanta tu frente; aunque Leonor comience á amar al Vizconde, tú tienes mas prendas que él para ser querido, y lo serás.

Yo me sentia mal, y Clara comenzó á consolarme, pero tiempo es ya de continuar nuestro viaje, cerremos la cartera.

Apenas llegamos bajamos del tren y atravesamos la estación en un ómnibus que nos condujo á una de las mejores hoteles llamado del Norte situado en una de las calles mas centrales y concurridas de la población.

Berlin, capital entonces del reino de Prusia, y hoy del imperio Aleman, se halla situada sobre el Spree á 34 metros sobre el nivel del mar, en el centro de una llanura árida y arenosa. Cuenta sobre 500,000 habitantes de los cuales 15,000 son católicos, y es una ciudad de 2 kilómetros de longitud y 20 de anchura.

CAPITULO XLV.

Nuestra llegada á Berlin, como se halla situada la ciudad, su extensión y número de habitantes.—Lo que mas importacia le da entre las demas ciudades de Alemania. Parte histórica.—Extensión del reino de Prusia, su población.—El Castillo Real, sus apartamentos, salones, galerias y lo que mas llama la atención en ellos.—El Museo antiguo, lo que contiene y mas se hace notar en sus galerias.—El Museo nuevo, salas de que se compone y objetos notables que contiene.—Gabinete etnográfico, salones de que consta y lo que en ellos se vé.—Salones contiguos.—Charlotembourg.—El Castillo Real, su aspecto y ornato de los salones y reales departamentos.—El jardín y conjunto de objetos que lo hacen suntuoso y agradable.—El Museo de Federico Guillermo III.—Paseo de noche por las calles de Berlin.—Juicio que de esta ciudad forma el viajero.

Eran las nueve y media de la noche cuando llegamos á Berlin; la estación se hallaba bien iluminada, y se veia algun movimiento. Sin embargo, desde luego se dejaba conocer el carácter serio y veró de los prusianos, llenos de calma, retraidos y poco comunicativos.

Le pregunté entonces si ella amaba al Vizconde; noté que su hermoso semblante se enrojecia, y me contestó: Clara, yo misma no comprendo aun si lo amo, siento por él cosas raras en mi corazon, pero jamás le he dicho nada; nó, si acaso es cierto que son efecto del amor las violentas sensaciones de que al verlo y al recibir sus cartas me encuentro agitada, aún no lo sabe el Vizconde; puede ser que lo conozca, porque yo lo distingo cuanto puedo; pero mis labios no le han hecho todavía ningun juramento; aunque hablándote francamente en mi corazon he sentido mil veces grandes impulsos de hacerlo, porque aunque no me haga violencia por no hacerlo, me parece que lo amo, ¡que sin él no puedo existir!.....

Al hablar así noté que una lágrima humedeció sus ojos, quise aun hablar mas del Vizconde; pero me rogó no hazelo entonces por hallarse algo emocionada, y me prometió venir pronto á enseñarme sus cartas y á hablarme de estas relaciones. He aquí en pocas palabras, Genaro, todo lo que deseabas: no te dejes abatir, levanta tu frente; aunque Leonor comience á amar al Vizconde, tú tienes mas prendas que él para ser querido, y lo serás.

Yo me sentia mal, y Clara comenzó á consolarme, pero tiempo es ya de continuar nuestro viaje, cerremos la cartera.

Apenas llegamos bajamos del tren y atravesamos la estación en un ómnibus que nos condujo á una de las mejores hoteles llamado del Norte situado en una de las calles mas centrales y concurridas de la población.

Berlin, capital entonces del reino de Prusia, y hoy del imperio Aleman, se halla situada sobre el Spree á 34 metros sobre el nivel del mar, en el centro de una llanura árida y arenosa. Cuenta sobre 500,000 habitantes de los cuales 15,000 son católicos, y es una ciudad de 2 kiló metros de longitud sobre un ancho de latitud y 20 de

CAPITULO XLV.

Nuestra llegada á Berlin, como se halla situada la ciudad, su extensión y número de habitantes.—Lo que mas importacia le da entre las demas ciudades de Alemania. Parte histórica.—Extensión del reino de Prusia, su población.—El Castillo Real, sus apartamentos, salones, galerias y lo que mas llama la atención en ellos.—El Museo antiguo, lo que contiene y mas se hace notar en sus galerias.—El Museo nuevo, salas de que se compone y objetos notables que contiene.—Gabinete etnográfico, salones de que consta y lo que en ellos se vé.—Salones contiguos.—Charlotembourg.—El Castillo Real, su aspecto y ornato de los salones y reales departamentos.—El jardín y conjunto de objetos que lo hacen suntuoso y agradable.—El Museo de Federico Guillermo III.—Paseo de noche por las calles de Berlin.—Juicio que de esta ciudad forma el viajero.

Eran las nueve y media de la noche cuando llegamos á Berlin; la estación se hallaba bien iluminada, y se veia algun movimiento. Sin embargo, desde luego se dejaba conocer el carácter serio y veró de los prusianos, llenos de calma, retraidos y poco comunicativos.

Apénas llegamos, bajamos del tren, y atravesando la estación subimos á un ómnibus que nos condujo á uno de los mejores hoteles llamado del Norte, situado en una de las calles mas centrales y concurridas de la población.

Berlin, capital entónces del reino de Prusia, y hoy del imperio Aleman, se halla situada sobre el Sprée á 34 metros sobre el nivel del mar, en el centro de una llanura árida y arenosa. Cuenta sobre 500,000 habitantes, de los cuales 15,000 son católicos, y ocupa una superficie de 3 kilómetros de longitud sobre siete de latitud y 20 de *perímetro*; encierra en sus diversas divisiones y barrios mas de 400 calles, 14,000 casas, 300 alojamientos y 40 plazas públicas; su construcción en general es agradable, la mayor parte de sus calles tiradas á cordel y cortadas en ángulos rectos; sus paseos bien atendidos, y el aspecto general de la población grandioso y variado.

Berlin es el punto de residencia del emperador y de los altos poderes del gobierno, se halla situado sobre un río navegable, comunicándose con el Elbe, el Oder y el Vístula; la importancia y variedad de sus manufacturas, y sobre todo el gran número de caminos de fierro que la cruzan, hacen de ella la principal ciudad comercial de la Prusia y una de las primeras de Alemania. Ha-

ce algunos años que esta ciudad se halla rodeada de un canal, á cuya orilla se extienden hermosos boulevarts y que evita á los buques el tránsito por ella.

En 1855 se estableció un acueducto nuevo con sistemas para conducir el agua y alimentar las fuentes públicas y el interior de las casas; la organización del servicio de las bombas es excelente en esta capital.

Berlin, con sus monumentos y sus obras de arte, es sin contradicción una de las ciudades mas bellas é interesantes, así como mas adelantada en las ciencias y en las artes; es uno de los focos intelectuales mas notables de Europa.

La parte de la ciudad, que se extiende entre el Castillo y la puerta de Brandebourgo, es el centro de la vida aristocrática, mientras que los barrios de Koenigstadt y Friedrichstadt, pertenecen esencialmente al comercio.

Las calles, aunque hermosas, tienen un aspecto triste, carecen de animación y movimiento, lo que las hace formar un verdadero contraste con las de Paris y Viena, llenas siempre de vida y actividad.

El recuerdo de Federico el Grande y de las guerras de la independencia se presentan bien á menudo en los numerosos monumentos que posee.

En el sitio en que hoy se halla Berlín no había ni una población en el siglo XIII. Hacia 1220, un grupo de casas se formó en la isla de la Sprée, aumentó poco á poco y era una ciudad de 6,000 habitantes cuando Federico Guillermo fijó en ella su residencia, y colocó los fundamentos del antiguo palacio, convirtiéndose en una capital bajo este príncipe, primero elector, y luego rey de Prusia. Desde entonces sus destinos fueron los de la monarquía.

Tomada en 1757 por los Croatas, lo fué en 1760 por los rusos, y en 1806 por los franceses, que la ocuparon por el espacio de tres años.

Todo el reino de Prusia tiene un territorio de 5,104 millas geográficas, aunque últimamente con las nuevas partes que se le han agregado, ha aumentado considerablemente.

Era preciso aprovechar, como de costumbre, nuestra permanencia en Berlín, y habiéndonos dispuesto bien temprano, el primer lugar á donde nos dirigimos fué al Castillo Real, situado en el centro de la ciudad. Este precioso edificio tiene cuatro pisos, 627 piés de largo, 373 de ancho y 102 de alto; fué construido por Federico II, vuelto á construir por Joaquin II y completado en 1845 y 1849 bajo el reinado de Federico Guiller-

mo IV, con la construcción de una cúpula y otras obras.

El portal del Oeste está copiado del arco de triunfo de Séptimo Severo. La entrada principal del lado de Lustgarten tiene dos grupos de bronce, representando á unos domadores de caballos, por Clodt, regalo del emperador Nicolás de Rusia.

La arquitectura es magnífica, tiene tres grandes pórticos sostenidos por columnas; en uno de sus lados se encuentra un hermoso jardín, no nos contentamos con solo contemplar el exterior, y permitido el ingreso, tuvimos un gusto especial en penetrar en él. ¡Oh, es verdaderamente soberbio! Encierra 700 cuartos, y para no ser demasiado minuciosas, solo queremos dar al lector una idea de los principales.

La sala de los caballeros ó del trono, contiene un candil de cristal de roca del valor de 25,000 thalers; la balaustrada de la tribuna de la orquesta es de madera plateada muy bien cincelada y de un efecto sorprendente; el bufete se halla lleno de hermosos vasos y jarras de oro y plata de la edad media; en el techo tiene una bonita pintura alegórica representando las proezas de Federico, el trono presentase magestuoso con una silla de plata bajo un dosel adornado de águilas y coronas.

La galería de los cuadros, que sirve de salón de banquetes, tiene 205 piés de largo sobre 24 de ancho, posee hermosas esculturas, pero sobre todo muy buenos cuadros, entre otros el retrato de Carlos I, el de su esposa; Pedro el Grande y Soliman II delante de Viena.

La sala Blanca, la más vasta y bella del Castillo, tiene 105 piés de largo, 51 de ancho y 41 de alto; contiene magníficas esculturas, entre otras las de los doce electores de Brandembourg, muy buenos bajo relieves, alegorías de las dinastía de Hohenzollern, y ocho estatuas representando las provincias del reino, sostenidas por Cariatides. También encierra varios retratos de los hombres ilustres del tiempo de los Electores. En el vestíbulo lucen dos hermosos candelabros de cristal, regalados por Nicolás, la obra maestra de esta sala es una Victoria sentada, de mármol blanco de Carrara. En este salón fué donde se celebraron hacia el año de 1848 las sesiones del parlamento prusiano.

Recorrimos en seguida los departamentos de Federico I, que se hallan del lado de la Sprée, lo mismo que los de Federico Guillermo II; estos departamentos se hacen notables por su sencillo adorno. El primero encierra hermosas pinturas

de célebres batallas; los muebles son extraordinariamente sencillos.

La sala Amarilla es toda de mármol, y se encuentra adornada con grandes espejos y retratos de soberanos notables; véanse allí muchos objetos de uso particular de Federico, y los contempla el viajero con suma atención.

El segundo departamento de Federico Guillermo II es más sencillo aún que el primero, sus muebles son antiguos. El cuarto en que dormía contiene su pequeña cama, un escritorio con las plumas, tintero y papeles que usó, un aguamanil con un jabón y esponja, y un ropero con sus trajes, todo se conserva tal cual él lo tenía.

En los otros cuartos hay armas, armaduras y algunos paisajes. Las salas se encuentran adornadas con mayor elegancia.

También visitamos en este Castillo el departamento del actual emperador (antes rey), el cual no participa del mismo gusto que los anteriores, sino que es bastante rico. En las piezas de habitación, recámara, etc., los muebles son muy cómodos y siempre lujosos; en los demás cuartos se vé con mucha profusión el mármol blanco de Carrara, del cual hay varias esculturas. Vimos también hermosos frescos y cuadros en los que lucían preciosos paisajes.

El gabinete de trabajo es de estilo gótico, las paredes están cubiertas de paisajes navales; el escritorio es de madera de rosa magníficamente labrada, la pluma, el tintero, etc., son de oro y cristal de roca. Este escritorio se halla colocado cerca de una ventana que da á un jardín.

La nueva capilla, construida en un estilo el mas grandioso, tiene 125 piés de alto coronada por una cúpula de 86 piés de diámetro; es de tanta capacidad que puede contener 1,500 personas; se encuentra revestida de mármoles muy raros y diversos. 10 columnas pompeyanas con 7015 picos, que sirven de candelabros; el altar es de alabastro fué regalado por Mehemet-Ali, con un palio dorado y encima una hermosa cruz de plata y que tiene 8 y medio piés de alta, adornada de piedras preciosas de mucho valor, suben éstas segun se nos dijo á medio millon de talers.

En las encrucijadas se elevan estatuas de varios santos. Las paredes están cubiertas de frescos sobre fondo dorado, representando varios pasajes bíblicos.

En la cúpula hay 72 querubines; véanse allí representados los grandes profetas, los patriarcas y los evangelistas, y sobre los grandes pilares, cerca del altar, están los doce apóstoles hechos por Hermann doce patriarcas por Holbein; doce re-

yes y sacerdotes del antiguo testamento por H. Schultze; doce pequeños profetas por H. Eich; doce príncipes de la dinastía de Hohenzolln por Schmidt; doce reformadores, doce de los primeros monarcas del cristianismo, y doce mártires cristianos.

Abajo hay cuatro grandes cuadros que representan el Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, la Cena la Resurreccion, y la Infusion del Espíritu Santo.

Esta capilla nos encantó verdaderamente por su perfecta distribucion y su esmerado adorno.

La gran escalera está adornada con tres fuentes, y estatuas de varios emperadores. Hay una escalera que conduce á la galería superior, y otra de 195 escalones al patio, ambas son de mármol.

Los patios y los jardines son muy grandes.

Eran ya las doce del día, y nos habíamos tardado tanto en recorrer este palacio, que ántes de continuar nuestras escursiones, tuvimos que volver al hotel para tomar algun alimento; pero apenas hubimos concluido de almorzar, nos dirigimos al Museo antiguo que se encuentra situado enfrente del Castillo y tiene esta inscripcion: "Friedericus Guilelmus III studio antiquitatis omnigenae, et artium liberalium Museum constituit, 1828."

Este edificio forma un paralelogramo de estilo

griego el mas puro: tiene de largo 276 piés, de ancho 179 y de elevacion 61, reposando sobre millares de pilastras. Está coronado por el grupo de Cástor y Pollux, de bronce dorado, y adornado de frescos por Carulio. En los ángulos hallanse colocados con mucha gracia cuatro géneos arrodillados delante de unos candelabros de bronce.

El interior tiene dos grandes patios, y en la entrada del vestíbulo de la escalera se vé la estatua de mármol de Schinkel por Thieck y Wittig; á la izquierda el grupo en acero de Wolf, representando un hombre á caballo matando un leon, y á la derecha el célebre grupo de la amazona á caballo luchando con un tigre. El conjunto tiene 12 piés de altura, pesa 14 quintales, y ha costado 23,000 thalers.

Los frescos del peristilo representan en figuras mitológicas toda la historia de la creacion; los del lado izquierdo el nacimiento de las fuerzas del mundo desde el caos hasta la creacion de la luz; á la derecha el nacimiento de la cultura y de las costumbres de los hombres.

En el entresuelo encontramos colecciones de piedras, monedas, vasos, trabajos en barro, platos antiguos de metal, etc., etc. La rotunda abajo, contiene una coleccion de esculturas, y en su hermosa galería larga de 90 piés y sostenida por

20 columnas de orden corintio, la de los cuadros; está alumbrada por una bola de cristal que tiene 72 piés de alto, 67 de diámetro y presenta un golpe de vista grandioso por la belleza de sus proporciones y la sencillez de su estilo; lo adornan tambien 18 estatuas que representan la Victoria y los dioses de la mitología. En esta galería hay ricas tapicerías que representan á nuestro Señor dando á San Pedro las llaves del cielo, y otros pasajes de la Historia Sagrada.

La galería de esculturas, dividida en varias salas, fué fundada por Federico el Grande con muchas colecciones célebres. Los soberanos que le sucedieron la han enriquecido, y hoy contiene mas de 750 estatuas y grupos, entre las que se notan especialmente la de la Virgen y el niño Jesus, la de San Márcos, Napoleon y Venus dormida. Un niño de bronce resando es la perla de la galería, fué encontrado en el Tiver, y comprado en 1,200 thalers.

La galería de cuadros contiene 37 salones que dan la vuelta al edificio, y encierran 1,250 cuadros entre los cuales hay muchos de gran mérito.

Solo haremos mencion de las pinturas de algunos artistas notables, para no ser muy prolijas. En la primera sala fijó nuestra atencion un señor en el sepulcro por Rafael, San Juan en el de-

sierto por Salviati, y la Adoracion de los magos, pintura al temple sobre seda, obra singular y magnífica, hecha por Penijin, y San Onofre por Miguel Angel.

La mayor parte de los cuadros, que contienen las diversas salas de la escuela italiana, son del siglo XV. En la escuela española se distingue San Antonio, la Magdalena, y una española por Murillo, y un magnífico martirio de San Bartolomé por Rivera; toda la coleccion se compone de 421 cuadros.

En la escuela alemana llamaron nuestra atencion vários cuadros de Rubens y los hijos de Carlos I de Inglaterra por Dych.

En la escuela bizantina y de la edad media, que la forman 1,190 cuadros, distingüense el de María y el niño por Bellini, el nacimiento de Nuestro Señor por Galdi, y Venus y el amor por L. Granach.

El gabinete de antigüedades, que ya hemos mencionado, hállase tambien en el entresuelo y contiene las colecciones siguientes: 2,000 vasos antiguos en tierra cocida, de todos tamaños y formas, repartidos en las grandes piezas y colocados con mucho orden; 5,000 camafeos antiguos de la edad media, y algunas monedas, entre las cuales hay 1,500 sellos y medallas en oro, una magnifi-

ca vajilla y la apoteosis de Séptimo Severo sobre un onyx de 8 y mediapulgadas de alto y 7 pulgadas de ancho. En sus respectivas vidrieras enciérranse una coleccion de 90,000 monedas y medallas de todas las épocas y naciones; 3,000 obras antiguas que servian para los sacrificios, obras en cristal y en hueso, parte de las ciudades de Herculano y de Pompeya sepultadas bajo las cenizas del vesubio en 79, y algunos vasos de mármol.

Después que hubimos recorrido bien este museo, penetramos en el nuevo por una galería que comunica á ambos, y que se encuentra adornada con hermosas columnas y arcos. El Museo nuevo es una grandiosa construccion hecha por Federico Guillermo IV, de estilo antiguo.

La fachada principal, que mira al Oriente, tiene 337 pies de largo sobre 75 de alto; las dos extremidades forman dos cúpulas, los materiales todos de la construccion son de primera clase; las columnas en número de 40 y el arquitrave son de una pieza, y las gradas de la escalera de mármol de Silesia. Las cúpulas están sostenidas por columnas de mármol doradas y de piedra. En el primer piso se encuentra el museo egipcio, al cual se penetra por un pórtico sostenido por cuatro monolitos de mármol de estilo egipcio; el atrio, imitacion del célebre templo de Karnak, soste-

nido por 16 columnas abigarradas en forma de cáliz, es precioso. Los dos colosos de pórfido representan los reyes Sesurtasen I y Ramses III los cuales tienen cuatro mil años. Adornan los muros varias pinturas de mérito, representando bonitos y animados paisajes: véanse también las célebres pirámides de Memphis, y los obeliscos del templo de Karnak, varios objetos de la isla de Phloe, y el monte Barkal. En la nave del centro del espacioso salón se vé la estatua colosal del rey Horrus II, y á los lados algunas piezas enteramente egipcias, y en los muros pintadas las costumbres del país y algunas escenas de su vida real: estas piezas servían de habitación á los sacerdotes de los egipcios.

Penetramos en seguida á la sala histórica, en donde hay varias piedras formadas del limo del Nilo, algunas estatuas de personajes históricos, varios ídolos y animales sagrados cuidadosamente embalsamados á los cuales los egipcios tributan adoración y homenaje. Todos estos objetos se hallan con mucho orden y ofrecen un aspecto agradable en su conjunto. En el centro de la sala hay también algunas urnas y sepulcros, entre los que se distingue el de la reina Ramake del mas bello cristal; á su lado se nota la figura de un egipcio que cuenta mas de 3,000 años. Adornan es-

ta sala multitud de columnas cubiertas de geroglíficos, y las piedras de los sacrificios llenas de bajos relieves, representando escenas de la vida de sus dioses.

Los muros están cubiertos de pinturas históricas, en la cornisa colocada sobre los cuadros, se ven en relieve los nombres de todos los reyes de Egipto, recordándonos todo esto la historia de ese pueblo tan grande en la antigüedad.

De esta sala pasamos á la de las tumbas, situada á la derecha de la gran avenida, en la cual se ven los más notables monumentos antiguos, contruidos 2,000 años antes de la venida de Jesucristo. Son de variadas formas, casi todos cubiertos de geroglíficos, y consérvanse allí los sepulcros de grandes celebridades egipcias.

En la sala mitológica, á la que entramos en seguida, se ven multitud de sarcófagos y mómias: los primeros son generalmente de granito y pórfido, y las mómias están unas cubiertas en el interior de sus sepulcros, y descubiertas otras á la espectación pública. Llama la atención ver estos restos humanos, pues no solo se hallan admirablemente conservados despues de 100 ó 200 años, sino que véanse en ellos sus dientes y su pelo; también los animales participan de esta preservación,

pues están perfectamente diseccionados; entre ellos se encuentran sus dioses Osiris y Apis.

Muy impresionadas salimos de este departamento egipcio para penetrar en la sala de antigüedades del Norte y de la Prusia; colocadas en nueve armarios, por orden de épocas, países y lugares donde fueron encontradas. El extranjero contempla estas antigüedades con curiosidad é interés; allí vimos armas de los tiempos más remotos y de la más tosca construcción; plumas de diversos usos y colores, vasos, estucos, estatuas mutiladas, monedas, trages, etc. y algunos huesos, calaveras, y sepulcros de los gigantes cuyos restos están bien conservados.

Las pinturas innumerables representan escenas mitológicas, y algunos paisajes buenos y animados. Las antiguas y pesadas armaduras, los trofeos del Norte y los colosales sepulcros de los gigantes, marcan en esta sala la época de piedra y acero en la civilización del Norte.

Visitamos á continuación el gabinete etnográfico, que presenta el cuadro más completo de la vida de todos los pueblos europeos y americanos, cuya vasta colección ofrece al viajero un inmenso interés.

Nosotros estudiamos con particular gusto todo lo que se encierra en este curioso gabinete, donde

de vemos reunidas las cosas más notables de todos los países.

El primer punto á que nos dirigimos fué al lugar destinado á las antigüedades de América; allí vimos varios objetos de nuestro amado país, trages, armas y plumas de sus antiguos habitantes, y en figuras de cera todos los trages y costumbres del pueblo mexicano, al lado de los cuales se hallaban algunos ídolos y otras antigüedades también de nuestra patria. Había allí mismo algunas coronas, cinturones y mantos con plumas, de los indios del Perú, así como sus canoas, armaduras flechas y algunas mómias.

En el compartimiento de Australia, se veían igualmente algunos trages y armas que tienen gran semejanza con las de los indios de América, ídolos, y tambores contruidos, según nos dijeron, con pieles de hombres; veíanse en pequeñas figuras los modelos de sus casas, haciendas é islas de la Asia meridional.

De las antigüedades de Australia pasamos á contemplar las de Africa, entre las cuales se distinguen varias armas, caballos y trages de gran riqueza y en extremo lijeros, así como sus tiendas ó habitaciones.

Como sabe el lector, este es un país de fuego,

y la fuerza del clima les obliga á buscar lo menos fuerte.

En el compartimiento de Asia nos detuvimos contemplando los instrumentos y figuras que reproducen las costumbres de aquellas comarcas; así como varios grupos y figuras de marfil perfectamente trabajadas, entre las cuales llama la atención una que representa la audiencia de un Bajá de esquisito trabajo. Consérvase allí el traje del príncipe Waldemar, así como su tienda, durante sus viajes á la India; la tienda es de grueso lienzo, y el vestido, un traje militar. Mas adelante se halla una rica colección de objetos de China y de Java, y tuvimos ocasión de admirar cosas de esquisito gusto é inmenso valor.

Véanse algunas pirámides y esculturas de fino trabajo, pero una de las cosas que mas fijaron nuestra atención, es un delicioso pabellon de jardín, formado solo de nácar y perlas, tiene 2 piés de alto, y se halla sostenido por 5 columnas de nácar; de la del centro, que es la más elevada, se desprenden unos festones de perlas que forman el techo; su piso es de frescas flores enlazadas con el césped, y el conjunto lo más bello y seductor que la mente pueda forjar.

En buenas pinturas sobre papel de arroz se ven representadas las costumbres Chinas y su raza,

que tanto se distingue de la nuestra; sus trages son por lo regular largas batas de dos colores, sus cabezas rapadas pero dejándose una larga trenza; sus zapatos con la punta arqueada formando un pico, todo impresiona en esta raza. En sus trages es muy poca la diferencia entre hombres y mujeres, y sus fisonomias son tan iguales, que á primera vista cuesta trabajo distinguirlos.

La grande escalera de elegante aspecto se halla adornada de hermosos frescos por Kaulbach; tiene 100 piés de alto sobre 57 de ancho y 128 de largo; es de mármol blanco y está adornada con estátuas, frescos, relieves y hermosos jarrones sostenidos por armaduras doradas. Las estátuas son 137, los cuadros tienen 57 piés de alto sobre 270 de largo, y representan la destruccion de la torre de Babel, la Grecia en la época de su esplendor, la destruccion de Jerusalem, la batalla de Huns y la conquista del Santo Sepulcro. Todas estas pinturas son de un mérito inmenso, se vé animacion extraordinaria en todos los grupos, y aparecen tambien representadas las diversas expresiones de los semblantes de los personajes: esta obra maestra ha inmortalizado el nombre de su autor.

Hay tambien diez cuadros de regular tamaño representando escenas bíblicas é históricas, así

como composiciones alegóricas á la ciencia y la poesía.

Los arabescos de las pilastras y la cornisa intermediara tienen relacion con las religiones de los judíos y de los romanos, con la mitología y con las diversas religiones de la edad media y modernas.

La larga cornisa sobre los cuadros, que no se distingue bien á causa de su altura, representa la imagen de la civilizacion y de la historia del género humano.

Hay una suntuosa escalera que conduce al piso superior, donde se encuentran 8 hermosos salones que entramos á visitar. El primero es el salon griego que contiene la victoria de Minerva sobre Poseidon por Phidias. La procesion de los Paan-
teneas dirigiéndose sobre el Acropolis de 70 piés de largo sobre 3 y medio de alto, cuyo original se encuentra en Lóndres.

En el gabinete intermedio se presentó á la vista el magnífico grupo del Laocoon con sus hijos.

La sala de Apolo contiene como lo más notable la Vénus de Milo en el nicho, durmiendo, y el Apolo del Belvedere.

La de la cúpula, que es una de las más bellas del edificio, encierra magníficas esculturas cuidadosamente colocadas en grandes nichos represen-

tando los dioses de la mitología, algunas batallas, edificios, etc.

En la sala de Niobé sobresale el grupo de Niobé, un gladiador y un altar redondo cubierto de bajos relieves.

La intermediaria presenta una hermosa perspectiva, pues se encuentra sostenida por columnatas de mármol oscuro, y tiene pinturas originales de pájaros, etc.; y la romana, que tambien se halla sostenida por columnas de mármol y llena de objetos curiosos de las principales ciudades de Italia y de Sicilia; á la entrada hay una serie de columnas imitacion de mosaico de Pompeya. Contiene algunas buenas estátuas, muchas mitológicas, y tambien algunos buenos frescos tales como un templo de las Vestales, el palacio de los emperadores y un circo romano.

En otra de las salas de la cúpula véuse monumentos bizantinos y frescos de Jerusalem, Roma, Alemania, etc. Entre los medallones se hacen notables las cuatro virtudes cardinales por Daeger.

En la sala de la edad media, apoyada sobre cuatro columnas de mármol de varios colores muy hermosos, están los retratos de todos los emperadores de Alemania, y la fuente bautismal de la Iglesia de Hildesheim.

Hay, por último, una sala moderna sostenida

por doce columnas de mármol que contiene pinturas que representan varias escenas del diluvio, los oficios, las artes, y Julio de Médicis por Miguel Angel.

Después de haber recorrido estos salones, pasamos al segundo piso, y penetramos en el gabinete de grabados, que comprende tres salas, las que encierran la más rica colección de estos. Regístranse en ella mas de 50,000 dibujos y 20,000 grabados. Recorrimos con mucho gusto de nuevo todo, porque este museo habia llamado inmensamente nuestra atención, como que sin la menor duda, pueda colocarse entre los primeros de Europa. Hubiéramos querido permanecer más tiempo en él para admirar mas sus grandiosas obras de arte; pero eran ya las tres de la tarde y tuvimos que abandonarlo.

Nos propusimos emplear aquella tarde visitando á Charlottenbourg; subimos al efecto en los carruajes, y pronto atravesamos con placer el camino porque estaba algo retirado del centro; de uno y otro lado veíamos no los ricos edificios que adornan las calles centrales de Berlín, sino hermosas casas de campo de diversos estilos con sus jardines. De cuando en cuando cortábalas algun café en el que se notaba la animación y el contento.

El Castillo real de Charlottenbourg, situado al fin de la ciudad, es un hermoso edificio con su cúpula; sus dos alas forman un ante-patio cerrado por una reja de hierro, y la puerta de entrada está decorada con dos luchadores de Bosquese. Fue construido por la Electora Sofia Carlota, y en la época en que lo visitamos era la residencia del emperador y la emperatriz cuando no estaban en el campo. La fachada principal, ornada con bellas columnas y estatuas, tiene hermosos balcones que le dan el aspecto grandioso de las construcciones modernas.

Los soberanos, por fortuna no estaban habitándolo en esos dias, de manera que pudimos visitar el interior, que encontramos adornado con mucho gusto; algunas de sus salas se hallan destinadas á esculturas antiguas y modernas, la mayor parte de ellas representan grupos mitológicos, y bustos de los hombres mas célebres de los tiempos actuales, y mas allá una estatua de la emperatriz hecha por Rauch muy perfecta. Siguen después otra serie de salones dedicados á la pintura, los cuales contienen buenos cuadros, entre otros sobresalen el de un naufragio, la vida de las aldeanas suizas, y algunas costumbres italianas.

Los departamentos reales se hallan amueblados

dos con gran lujo y suntuosidad; los muros tapi-
zados del mismo brocatel de los muebles, grandes
espejos, jarrones de alabastro, mesas de mosaico
y mármol; todo se halla allí reunido con exqui-
sito gusto y armonía. Estos departamentos se
componen de varios salones y recámaras, brillan-
do por doquier la opulencia y suntuosidad del
trono. Después de recorrerlos todos, bajamos al
jardin, que es muy grande, y uno de los mas no-
tables de Berlín; hállase perfectamente cultivado
y ostentan allí sus perfumes y colores las mas fi-
nas y exquisitas flores; estatuas de blanco már-
mol, rústicos asientos, cristalinas fuentes, todo se
encuentra reunido para prestar á este lugar mas
encanto. A un lado se vé la vasta naranje-
ria con su galería de cristal, y cerca de ella se
levanta el teatro del Castillo, que aunque peque-
ño, es gracioso y elegante; su forma es redonda,
el interior de blanco y oro, y guardan gran armó-
nia con todo lo demás; adornan el techo algu-
nos frescos alegóricos, y el conjunto presenta el
mas agradable aspecto.

A la izquierda del jardin está el mausoleo, que
es un hermoso monumento, en el que se encier-
ran los sepulcros de Federico Guillermo III
muerto el 7 de Junio de 1840, y el de la reina Lui-
sa su esposa que falleció el 19 de Julio de 1810.

Este monumento es de granito de Silesia, y tie-
ne la forma de un pequeño templo, se halla co-
locado en el centro de un grupo de sauces llo-
rones, rodeado de flores y siempre vivas; fué cons-
truido segun el dibujo de Schinkel.

El interior es realmente imponente y sombrío,
tiene un aspecto magestuoso que impresiona; en
el centro se eleva el lúgubre mausoleo, que en-
cierra los despojos mortales de la pareja real. So-
bre el túmulo de mármol gris, se ven dos magní-
ficos sepulcros de mármol blanco, sobre los cua-
les reposan las estatuas del rey y de la reina en
la actitud del sueño; estas estatuas son la obra
de Rauch, y se nota en ellas la perfeccion del
arte; ricos y hermosos candelabros adornan e.
pequeño santuario, y las nuevas decoraciones que
en él han sido colocadas, segun el modelo de Fe-
derico Guillermo IV, hacen resaltar mas todavía
la magestad de este monumento fúnebre; una luz
tenue y dudosa presta claridad á este recinto,
aumentando el efecto del conjunto.

Eran las 6 de la tarde cuando abandonamos á
Charlottenbourg, nos hallábamos en extremo fa-
tigadas por todo lo que habíamos recorrido, y
subiendo en los carruages, pronto nos encontra-
mos de vuelta en el Hotel; aquella noche nos di-
rijimos á un paseo, donde al claro de la Luna di-

mos algunas vueltas; no se notaba gran concurrencia ni movimiento; recorrimos entonces las calles de comercio y algunos boulevards, pero todo carecía de animacion y de vida. Berlín por lo general es triste, y aunque por su mérito se halla colocada entre las primeras capitales de Europa, carece de la vida y movimiento de estas, á lo que contribuye no poco, el carácter prusiano áspero y retraido.

CAPITULO XLVI.

Nuestra visita á Potsdam.—El castillo de Cladottem.—Descripcion de la casa del jardinero.—El palacio nuevo, sus salones, adornos y objetos que los embellecen.—Grandes apartamentos de Federico II, su lujo y magnificencia.—La sala de audiencia, la de música, su recámara, su gabinete de trabajo, la sala de juego y su biblioteca.—El teatro.—Recámara de Federico Guillermo III.—Sala de conciertos y de bailes.—La gran sala de mármol....Apartamentos destinados á familias reales ó á príncipes extranjeros.—Salon verde.—Gabinete de trabajo.—Otros Salones.—El comedor.—Sala de espera.

Al siguiente dia muy de mañana nos dirigimos al tren, y este nos condujo á Potsdam donde teniamos muchos puntos notables que visitar.

Potsdam dista unas cuantas millas de Berlin; y el camino es variado y bonito; atravesamos por un hermoso puente el canal Landuoch; mas lejos vimos el monumento nacional de Kreuzberg; pasamos en seguida por Steglitz y Iochilendorf, donde se detuvo un instante el tren, presentán-

mos algunas vueltas; no se notaba gran concurrencia ni movimiento; recorrimos entonces las calles de comercio y algunos boulevards, pero todo carecía de animacion y de vida. Berlín por lo general es triste, y aunque por su mérito se halla colocada entre las primeras capitales de Europa, carece de la vida y movimiento de estas, á lo que contribuye no poco, el carácter prusiano áspero y retraido.

CAPITULO XLVI.

Nuestra visita á Potsdam.—El castillo de Cladottem.—Descripcion de la casa del jardinero.—El palacio nuevo, sus salones, adornos y objetos que los embellecen.—Grandes apartamentos de Federico II, su lujo y magnificencia.—La sala de audiencia, la de música, su recámara, su gabinete de trabajo, la sala de juego y su biblioteca.—El teatro.—Recámara de Federico Guillermo III.—Sala de conciertos y de bailes.—La gran sala de mármol....Apartamentos destinados á familias reales ó á príncipes extranjeros.—Salon verde.—Gabinete de trabajo.—Otros Salones.—El comedor.—Sala de espera.

Al siguiente dia muy de mañana nos dirigimos al tren, y este nos condujo á Potsdam donde teniamos muchos puntos notables que visitar.

Potsdam dista unas cuantas millas de Berlin; y el camino es variado y bonito; atravesamos por un hermoso puente el canal Landuoch; mas lejos vimos el monumento nacional de Kreuzberg; pasamos en seguida por Steglitz y Iochilendorf, donde se detuvo un instante el tren, presentán-

dose en seguida á nuestra vista un recinto ó conjunto de verdes y risueñas colinas que anuncian la proximidad de de Potsdam; en efecto, poco despues el tren hacia alto y nosotras descendiamos en la poblacion. Potsdam fué fundada por Federico II en 1,754, y cuenta sobre 3,000 habitantes; la poblacion se halla dividida en dos partes, por el camino de fierro; sus calles son estrechas, y sus casas bajas guardan entre si bastante armonia, apénas descendimos en la estacion, tomó papá unos carruages y llamando á un práctico ó guia, nos dirigimos á visitar el Castillo de Charlottenhof, hermosa pero pequeña residencia de campo, construida segun el modelo de las villas de Italia.

Hállase rodeado de rosales y de un ameno parque, coronado por una hermosa fuente, cuyas aguas se mueven por una máquina de vapor, de la cual la chimenea tiene la forma de un candelabro.

En este bello jardin, cubierto de exquisitas flores, llama la atencion otra fuente con un gracioso juego de agua diseñado por Rauch, delante hay un busto en bronce de la reina Elisabet sobre una columna rodeada de otros bustos de varios personajes célebres una calzada de frondosos árboles se abre frente á ella; esta hermosa ave-

nida es la que conduce directamente al Castillo; penetramos en ella atravesando así todo el ameno parque.

El Castillo elévase airoso con sus gruesas murallas pintadas de arabescos, representando medallones de porcelana con los retratos de la familia imperial, y de varios personajes que se hallaban con el rey, cuando era éste príncipe real. Frente de la gran fuente se encuentra el velario, que es una pequeña tienda que sirve para preservarse del sol; delante del Castillo se ven dos niños de bronce, y ocho repisas de mármol de carrara representando las cabezas de los hombres mas célebres de aquella época. El exterior presenta un buen golpe de vista y su estilo es original y curioso.

El interior ofrece tambien algun interés al viajero, se compone de diez piezas pequeñas, pero simpáticas, las cuales están adornadas con hermosas ventanas de mármol.

El gabinete de toilette ó tocador tiene ricos cristales, sillas venecianas de madera de rosa, una muleta de Federico el Grande, unos hermosos trabajos de ámbar, y la cuna en que en su infancia fué mecido Federico Guillermo se conservan allí cual preciosos tesoros. Síguese despues un gabinete que forma la esquina, y desde el cual se goza de una hermosa vista; está cubierto de pintu-

ras y grabados representando paisajes y grandes batallas.

La recámara de la reina viuda, que es la inmediata, contiene una buena colección de bustos reales y un escritorio con utensilios de escribir; véanse también en este gabinete algunos dibujos de pluma magníficos, hechos por muy buenos artistas, y cuadros de mucho mérito, como la Transfiguración del Señor, obra de Rafael. Pasamos en seguida al gabinete de trabajo de la reina, el cual contiene preciosos adornos de plata, un sofá de acero y plata de Federico el Grande, con el nombre de su hija Elisabeta, y un hermoso escritorio también plateado y cubierto de curiosidades.

El salón de la reina contiene un sofá persá lo mismo que la colección de sillas. En los muros hallanse grandes cuadros representando paisajes suizos y rusos, y la cena del monarca sobre el Vesubio el día del santo de la reina. Se ven también allí hermosas esculturas sobre vasos de nácar, adornados de perlas.

Penetramos después en el comedor, que contiene una mesa de madera de rosa *caracoli* con dos copas magníficas de alabastro oriental, muebles bastante ricos y varios cuadros.

Cerca del comedor hallase la sala de café; sus

muebles son bastante sencillos; sobre una mesa de mármol se ve un hermoso vaso de porcelana. De esta sala se pasa á otros dos salones nombrados Humboldt, que contienen varios bustos, entre otros uno de Neron y algunos de Pompeya, 14 paisajes á la acuarella por Bleuler, una mesa de lápiz-lasuli y hermosos grabados.

Después que con mucho gusto hubimos recorrido estas piezas, de las que se compone el Castillo que hemos mencionado, describiéndolas ligeramente, salimos del edificio, y tomando la calzada izquierda del hermoso parque, adornada de frescas dalias y preciosas fuentes llenas de diversos peces, llegamos á la casa del jardinero, que tiene la figura de una preciosa villa de Italia; fórmase su pórtico de elevadas arcadas cubiertas de frondosas enredaderas, hallase rodeado el pequeño edificio del mas verde césped, un límpido riachuelo corre entre las flores, rústicos asientos y estatuas de mármol adornan también este poético recinto. El jardín interior, cultivado con gran esmero, se ve adornado con estatuas, fuentes, y preciosas flores, así como una arcada cubierta de enredaderas. En el vestíbulo del pabellon hay un baño precioso de jaspe, cuyo costo asciende á 500,000 thalers, y las estatuas de Baco, Apolo, el Gladiador moribundo, y un sofá de Federico.

La sala de los baños apoyada en cuatro cariatides, encierra vasos de Pompeya, vidrios con pinturas y su piso es de mosaico. A un lado hállase la sala del billar, adornada con estatuas y grabados, y en el pabellon, que se encuentra allí tambien hay cuadros hermosos y algunas estatuas.

Luego que hubimos concluido de examinar cuanto nos rodeaba, nos dirigimos al Palacio nuevo.

El jardin que forma la entrada, está plantado con esmero; el naranjo con su deliciosa fragancia prepondera entre sus plantas.

En la avenida principal lucen de uno y otro lado estatuas griegas de bronce. El edificio fué construido por Federico el Grande despues de la guerra de siete años, costó casi tres millones de thalers y tiene cuatro alas. La fachada principal, que da sobre el jardin, tiene 680 pies de largo: se cuentan 322 en crucijadas y 186 estatuas en sus pedestales adornan el edificio. La cúpula remata en tres gracias que sostienen la corona de Prusia.

Este bello edificio es del estilo holandés, y está hecho de ladrillo rojo segun los planos de Brunig. El vestibulo es todo de mármol de Silecia, y encierra un magnífico vaso de porcelana, y la

pintura representa á Pedro el Grande sobre un mar borrascoso.

El interior es el más ricamente decorado de todos los castillos reales. Contiene 200 piezas que no son todas visibles, en cada una de ellas hay una ventana y una coleccion de cuadros representando la mayor parte batallas y paisajes de costumbres, y algunos retratos.

Para que el lector se forme alguna idea recorreremos algunos de los principales salones

El de las conchas es verdaderamente precioso, jamás se podria ponderar tanto cuanto merece; las paredes todas están cubiertas de conchas mezcladas con cristal, formando preciosas figuras; el techo es tambien de conchas y al estar en su centro parece hallarnos en el fondo del mar.

El piso es de mármol, véense allí muchos relieves, mesas, vasos, y estatuas todas de mármol: las estatuas son la mayor parte mitológicas.

A esta sala sigue una galería, cuyas paredes y piso se hallan incrustadas de *rosco caracolino* y de mármol de Carrara, que tambien en su conjunto presenta un efecto magnífico. Lucen allí hermosas mesas de mosaico, estatuas de bronce antiguas y modernas, vasos de Egipto pintados por Rhode, representando la mañana, el medio dia y la noche.

Pasamos en seguida á otros varios salones de menor importancia, aunque siempre lujosamente amueblados, de los cuales fuimos conducidas á los grandes apartamentos de Federico II el Grande, los cuales se hallan tapizados de azul y oro; hay en ellos un lujo realmente asiático, grandes roperos de lápiz-lázuli y de concha, chimeneas de mármol español, y muebles de madera de rosa cubiertos de magnífico brocatel.

Las paredes están adornadas con buenos cuadros, entre los que se distinguen la Adoracion de los Magos por Rubens, el Génio de las Artes, y una preciosa cabeza de mosaico.

El cuarto ó sala de audiencia, artesonado, contiene hermosas mesas de alabastro oriental y vasos de porcelana de Sajonia.

La sala de música, tapizada de verde y oro, encierra grandes espejos, arañas de cristal de roca, pianos antiguos con el teclado de concha nácar, y composiciones musicales de Federico II.

En la recámara de este monarca, tapizada de celeste y plata, se vé una bellísima mampara, bordada por la Electriz María Antonieta de Saxe; los muebles son plateados, y se guardan sobre una mesa las tasas de café que usó el mismo monarca.

La sala de sociedad toda plateada, contiene el primer vaso de porcelana hecho en Berlin, me-

sas de mosaico de Florencia, cómodas de concha nácar, y un magnífico cielo raso.

El gabinete de trabajo de Federico II encierra un escritorio de concha, y algunos bustos colocados sobre mesas que son los retratos de José II, María Antonieta y la Electriz de Saxe, por quien Federico tenia gran estimacion.

A continuacion pasamos por el comedor, que no ofrece nada notable, á no ser algunas buenas pinturas, ricos relojes, y las mesas que son de madera de aloe y de rosa; consérvase tambien un sofá roto por los perros favoritos de Federico II.

La sala de juego llamó nuestra atencion; los muros se hallan tapizados de damasco de plata, los muebles son de brocatel rojo y la madera plateada; sobre las ricas mesas de marmol de España, así como sobre las chimeneas de la misma piedra, se ven hermosos y grandes jarrones de porcelana y de alabastro.

La biblioteca de Federico II ocupa una sala tapizada de rojo y oro, en cuyo derredor aparecen ricos estantes con vidrieras llenos de libros, la mayor parte en frances; hay tambien allí algunos manuscritos autógrafos de varios príncipes, y epigramas de Federico II, anotados por Voltaire, y corregidos por el mismo rey; una de las

cosas que contempla el viajero con mas interés son las cartas autógrafas de Federico, y un retrato de Voltaire hecho á la pluma, es obra del rey mismo; véñse tambien en la biblioteca algunas mesas de alabastro y otros objetos de valor.

Saliendo de los salones fuimos conducidas al teatro, cuyo patio y palcos tienen la forma de anfiteatro; es pequeño pero de buen aspecto, sus muros son de estuco blanco, y se halla adornado por cariátides y palmeras doradas; todos los palcos están hechos con lujo y grande uniformidad, raras veces se dan en él representaciones, y solo puede contener 600 personas.

Regresando á los apartamentos, penetramos en la recámara de Federico Guillermo III, tapizada de damasco gris; encuéntrase en ella la cama del soberano rodeada de un rico biombo que la cubre á medias; la chimenea es de mármol de Carrara, y como adorno se ven algunos bustos, grabados y pinturas de mérito, marcándose entre éstas últimas un cuadro, donde se ven todos los trajes del ejército prusiano, y otro que representa la coronacion de Voltaire por Lundberge; contiene además los retratos de varios soberanos, y entre ellos el de Maximiliano I ex-emperador de México.

La sala de conciertos y de bailes es una de las

mas hermosas del palacio, hállase tapizada de blanco y rojo, el techo de estuco dorado, es grande y presenta un bello aspecto, adórnala buenas pinturas, y hermosas mesas de mosaico, mármol, y verde antiguo.

Penetramos en seguida en la gran sala de mármol, que cuenta 100 piés de largo sobre 60 de ancho y 40 de alto; el piso es un mosaico de mármol, los muros de mármol rojo y blanco, y el techo se halla cubierto de bellos frescos; véñse tambien en esta sala algunos cuadros de gran mérito.

La antesala está sostenida por columnas de estuco, tiene un aspecto elegante; en el techo se ostentan buenas pinturas mitológicas.

Despues de recorrer toda esta série de piezas y salones, bajamos al primer piso, y allí comenzamos á visitar los departamentos destinados á las familias reales ó príncipes extranjeros que llegan á Berlin. El primer salon que vimos fué el salon verde: es llamado así por hallarse tapizado de damasco verde; todos los muebles son de este color y oro, contiene algunas mesas orientales de alabastro, y hermosos cuadros.

El segundo salon es tambien verde, y guarda gran armonía con el primero.

En la recámara todos los muebles son del más fino trabajo de China; la chimenea es de mármol.

y sobre un rico pedestal descansa una estatua de cuerpo entero de Federico Guillermo III.

El gabinete de trabajo, tapizado tambien de verde, está adornado de ricas mesas de jaspe y de alabastro, sobre las cuales se encuentran colocadas jarras de mármol y fina porcelana.

En el primer salon se halla un tapiz blanco y oro de maravilloso efecto, y entre los lujosos muebles que lo decoran, se nota una cómoda de concha y marfil de un trabajo exquisito. Los cuadros representan el Amor en fuga, los Sacrificios, la Tierra por Breuguel, y la Magdalena por Guercino.

Síguese un salon de damasco rojo perfectamente amueblado; despues una recámara de blanco y oro, embellecida por una pantalla bordada por la última duquesa de Brunswick.

El comedor, tapizado de damasco colorado, contiene una mesa de porcelana de Sévres regalada por el rey Luis Felipe en 1840, pequeñas mesas de alabastro y jaspe, y un hermoso reloj de concha.

Sigue á este comedor otro salon tapizado tambien de rojo. Sobre una mesa de Florencia se encuentra colocada una copa plateada de porcelana rusa, recuerdo de la gran revista de las tropas aliadas cerca de Vertu. En el centro hay un

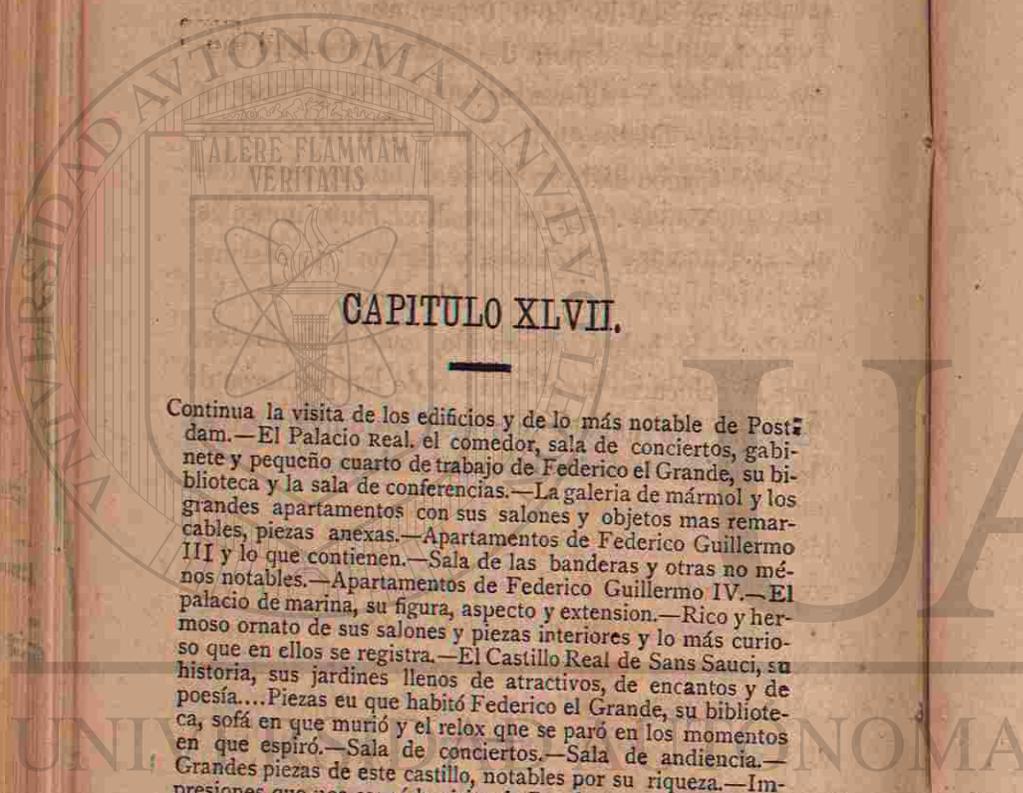
retrato del emperador Alejandro, y en la orilla la gran revista de 166,000 hombres.

En la sala de espera de verde y oro hay muchas mesas de diferentes mármoles, y vasos de porcelana. Distínguese uno de Berlin con escenas del torneo dado en honor de la emperatriz de Rusia. Véanse tambien cuadros muy notables, la mayor parte religiosos, y algunos de costumbres.

Como se habrá observado, este palacio bien puede colocarse en el número de los primeros de Europa, de manera que muy justamente excita la atencion de todos los que lo visitan.

por una cúpula dorada, sobre la cual hállase una estatua de mármol que representa la Fortuna. Todo el edificio está apoyado en gruesas columnas murales, y se halla adornado con estatuas y ventanas. Apénas se ponen los pies en el soberbio pórtico, cuando se descubre una escalera dorada construida por Federico II. El interior es de una suntuosidad verdaderamente real, y luego se advierte al penetrar en los apartamentos de Federico el Grande, que no han sido alterados en nada desde la muerte de este rey. Preséntase ante todo un espacioso corredor, en cuyas vidrieras se encuentran pintados los retratos de vários oficiales de Federico I. Entramos por el salon de los Mariscales, tapizado de azul y oro y adornado con mesas y sillas de un gran trabajo artístico; hay en él un busto en mármol de Federico el Grande. El del rey es de forma ovalada y se halla cubierto de grandes pinturas zoológicas de Dubois, otras de sociedad por Wattaul, y el retrato de la célebre bailarina Barberini por Perne; las mesas son de verde pálido sobre un fondo gris.

En la sala de los conciertos, tapizada de verde ricamente adornada, y con figuras chinescas, se hace notable un piano antiguo de cola, en el que Quarr acompañaba á Federico el Grande; vése también música autógrafa de Federico, y una



CAPITULO XLVII.

Continúa la visita de los edificios y de lo más notable de Potsdam.—El Palacio Real, el comedor, sala de conciertos, gabinete y pequeño cuarto de trabajo de Federico el Grande, su biblioteca y la sala de conferencias.—La galería de mármol y los grandes apartamentos con sus salones y objetos mas remarcables, piezas anexas.—Apartamentos de Federico Guillermo III y lo que contienen.—Sala de las banderas y otras no menos notables.—Apartamentos de Federico Guillermo IV.—El palacio de marina, su figura, aspecto y extension.—Rico y hermoso ornato de sus salones y piezas interiores y lo más curioso que en ellos se registra.—El Castillo Real de Sans Sauci, su historia, sus jardines llenos de atractivos, de encantos y de poesía....Piezas en que habitó Federico el Grande, su biblioteca, sofá en que murió y el reloj que se paró en los momentos en que espiró.—Sala de conciertos.—Sala de audiencia.—Grandes piezas de este castillo, notables por su riqueza.—Impresiones que nos causó la visita de Potsdam.

Después de visitar este castillo nos dirigimos al Palacio Real, que es un vasto paralelogramo compuesto de tres pisos, con una hermosa verja por el lado de Lustgarten, dos portales laterales y otro del lado de Altin Market; está coronado

mesa donde acostumbraba firmar. Penetramos en seguida en un pequeño gabinete de madera de cedro con imágenes doradas, y despues á un gabinete de trabajo tapizado de amarillo con ornamento de flores, entre cuyos muebles distínguese una mesa de concha y terciopelo azul, de la cual Napoleón I cortó y se llevó un pedazo de terciopelo. La recámara de Federico, plateada sobre fondo azul, se encuentra adornada con vivos paisajes y grandes espejos, un buen pabellon y el hermoso catre de este rey.

La biblioteca, que se halla cerca de la recámara es hermosa, y desde luego llamó nuestra atención la estatua de un niño de plata maciza, un atril de orquesta de Federico, y su grande antejo de Dollan, del cual se servía en sus batallas, y en estantes sencillos una variada coleccion de libros antiguos y modernos.

La sala de conferencias y el comedor, tapizadas de papel de terciopelo, contienen una mesa redonda de cuatro asientos muy curiosa, en la cual se ven representadas batallas y paisajes notables; hay en todos sus muebles un gusto exquisito y mucha armonía.

Luego entramos á los grandes apartamentos por la galería de mármol, cuyas paredes, techo y piso, son todos de mármol de distintos colores;

tiene doce pilastras tambien de mármol blanco, cubiertas de trofeos y una balustrada dorada.

La gran sala constuida por el grande Elector, es toda de mármol gris, de Silesia y los chapiteles y cornisas de bronce dorado. La adornan cuatro magníficos cuadros de 25 pies de alto, sobre otros tantos de largo, que representan el nacimiento del gran Elector, la Paz Germánica, la conquista de la isla de Rugen, la fuerza y la sabiduría del gran Elector, y várias alegorías y trofeos sobre las hazañas del mismo. Síguese á esta sala el cuarto de bronce que es un conjunto maravilloso, porque tanto el techo, como el piso, y las paredes están ricamente decoradas de bronce, y entre las curiosidades que hay en él se nota un precioso relox de la marquesa de Ponpadour, y la chimenea con un cuadro representando la entrevista de Federico I y de Augusto el fuerte.

Los salones rusos, llamados así por una visita que hizo la emperatriz Madre en 1804, han sido nuevamente decorados y presentan el mas elegante aspecto; en 1806, fueron ocupados por Napoleón. La sala azul tapizada de brocatel de este color, entrelazado con flores, presenta un buen golpe de vista; sus muebles son ricos, pero lo que sobre todo llama la atención, es una bellísima mesa de mosaico florentino, con incrustaciones

de frutas y flores de Agata y piedras preciosas; fué encontrada en Pompeya.

El gabinete del rincón tiene adornos muy bizarros, y sobre consolas algunos vasos etruscos y otros objetos antiguos; la pieza del tocador agrada por su elegante sencillez: sobre un fondo rosa se destacan las blancas cortinas de linón; el tocador es bellissimo, de mármol y fina madera, cubierto de preciosos objetos de mérito y valor; la recámara se ve tapizada de seda verde y oro, adornada con bellos paisajes, y el pabellón es dorado.

Los salones de pintura, forman una galería de pintura, entre cuyos cuadros se marca un paisaje al claro de la luna un naufragio, y una batalla.

A estos salones se siguen cuatro pequeñas piezas, cuyas dos últimas, unidas ántes, servían de fumadero á Federico I; hay hoy en estas piezas bustos de varios soberanos, algunas estatuas, y hermosos cuadros.

Atravesando un amplio corredor, ornado con los retratos de los generales del gran Elector, penetramos en los apartamentos de Federico Guillermo III, y lo primero que vimos fué el comedor y la sala de las banderas; hállanse allí colocadas todas las banderas y estandartes de la guarni-

ción de Potsdam; llama la atención un cuadro original representando á Federico el Grande, rodeado de sus generales y el príncipe heredero; es obra de Cuninghan; vimos en seguida la sala amarilla y el salón azul; tapizados de damasco, y adornados con lujo y hermosas pinturas.

El gabinete de trabajo, y la recámara de la reina Luisa están cubiertas de cortinas de linón y se encuentran tal cual las dejó la reina ántes de morir; sobre una mesa se ve un busto de la misma soberana, habiendo tomado el modelo de su fisonomía después de muerta.

Un cómodo y elegante declive en vez de escalera conduce al piso inferior, donde están los apartamentos de Federico Guillermo IV; por este declive era por donde se hacia conducir ó bajar en una pequeña carretela a Federico Guillermo I.

Estos apartamentos son como los que ántes hemos descrito, y hay en ellos buenos cuadros y magníficas pinturas.

En extremo fatigadas, pero gratamente impresionadas, salimos de este castillo, y subimos á los carruajes que nos condujeron al palacio de mármol ó jardín nuevo. Fué construido en 1787 bajo el reinado de Federico Guillermo II, por Gontar Langhans Grüger y está situado en una parte

del lago Heiligensee cuya vista es la mas bella y variada; hay en el exterior diversos pabellones muy graciosos. Era la residencia ordinaria del rey su fundador, que en él murió el 16 de Noviembre de 1797. La forma del edificio es cuadrada con dos pisos cuyas fachadas laterales tienen 70 piés de largo; sobre la azotea se ven dos bellísimas escaleras que conducen á un mirador terminado por una cúpula, sobre la cual hay figuras doradas, sostenidas por columnas. Vése un gran balcon que descansa sobre monolitos, y otro de bonita figura. El edificio es de ladrillo y su estilo holandés, pero ricamente recamado con mármol gris de Silesia. La fachada que da sobre el jardin está sostenida por dos pilastras, y dos columnas aisladas de mármol, entre las cuales hay dos vasos grandes cubiertos de bajos relieves que representan el juicio de Bruto; los árboles que se elevan orgullosos á su lado, han sido plantados por manos reales:

El interior no es ménos rico y hermoso, ante todo penetramos en el salon del rey, adornado con grupos de mármol, y estatuas de los hombres más célebres.

El segundo salon contiene muchos vasos llenos de bonitos paisajes. La sala de conciertos de forma oval está rodeada de estatuas mitológicas de

mármol, y hay en ella una gran copa de granito de Rusia, perfectamente cincelada,

La cuarta sala está cubierta de hermosos frescos, representando escenas sacadas del canto de Nirelugen, y de bustos hechos por los mejores artistas antiguos.

En el quinto salon, hay muchos vasos originales de Pompeya, y una hermosa chimenea de mosaico.

Al llegar al salon azul, nos detuvimos cerca del catre de tijera, sobre el cual espiró el rey Federico Guillermo II, y lo contemplamos con interés.

El gabinete de trabajo, tapizado de madera preciosa, contiene entre otras cosas un hermoso vaso de mármol de Carrara, ornado con arabescos que representan á Vénus envolviéndose en un velo y á Mercurio sin alas.

El octavo salon es blanco, y tiene una chimenea de bronce, mármol y masáico, representando el templo de Tivoli y algunas ruinas de Roma; tambien hay en él un magnífico reloj de gusto *rococo* de la marquesa de Pompadour, y un lindo escritorio de madera fina.

La recámara tapizada con madera indígena y extranjera, tiene dos columnas de mármol de Si-

lecia y otra de Porplin, hermosas mesas y vasos de alabastro.

El vestíbulo de mármol sostenido por cuatro bellas columnas, se encuentra adornado con magníficas estátuas, el retrato de Federico II en bajo-relieve, y un banco de mármol.

Nos encaminamos en seguida á la gruta, tapizada por completo de millares de diversas conchas, hermosas cariatides apoyadas contra las pilastras de mármol soportan la cornisa; en el cielo rasó hay un fresco que representa á Neptuno y á Proserpina en un carro.

El salon amarillo tapizado con damasco de este color, contiene un reloj astronómico, una chimenea de acero, y una mesa de ágata con la estátua de María Antonieta.

En el salon verde hay una chimenea muy original de mármol de Carrara y mosaico; los frescos del cielo razo son preciosos.

En el primer piso, la antesala tapizada de diversas telas de seda, aunque pequeña, se halla muy bien amueblana.

El gabinete adornado de un tapiz oriental, contiene la tienda de Mahomet II del año de 1701; una mesa florentina de mosaico y muchos emblemas turcos.

El cuarto llamado de los paisajes, contiene

muestras de 180 especies de mármoles y maderas, y un gran paisaje italiano.

El cuarto oscuro se halla tapizado de arabescos pintados sobre género de seda, y tiene un reloj original con un juego muy bien combinado de flautas, que tuvimos gusto especial en escuchar, regalado por Luis XVI.

El comedor de falso mármol blanco, encierra lindas mesas de pórfido de Turquía y algunas cópias de vasos del Herculano. Síguese á éste, un cuarto pintado por Eck-teim. La chimenea está ornada de altos relieves ejecutados por Canova.

Mucho gusto tuvimos en haber visitado este edificio, y estábamos admiradas de todos los que hay en Postdam. Nos faltaba sin embargo ver todavía algo muy importante, y era el Castillo real de Sans-Souci, tan célebre por su molino histórico.

Habia cerca del palacio un molino de viento, y vivia en él un pobre molinero; queriendo Federico el Grande formar en ese sitio el jardin de su castillo, propuso al molinero que se lo vendiera, mas éste, que era un hombre honrado, no tuvo temor de responder al rey; que aquel molino era la heredad de sus padres, que allí habia visto nacer á sus hijos, y que como ese sitio tenia para él tan-

tos recuerdos, no queria desprenderse de su propiedad.

—Señor, dijo al soberano, yo no vendo mi molino ni por los mas grandes tesoros de la tierra; así como Vuestra Magestad vive contento en sus palacios, yo vivo en mi molino tranquilo y *Sans Souci* (sin cuidado).

Sorprendido el rey del desinterés y valor del pobre molinero, respetó su propiedad, y limitó los jardines de su palacio, nombrándole desde aquel dia el palacio de *Sans-Souci*. El honrado molinero conservó la herencia de sus padres, y Federico el Grande, léjos de castigarle, premió una accion que le habia parecido bella y heroica; hoy este molino se conserva en el mismo sitio, y todos al verlo recuerdan la historia del pobre molinero, y la justicia del gran Federico.

Como el primer punto á que nos habiamos dirigido era al molino histórico, comenzamos por él nuestra visita; recorriendo los jardines del castillo conocidos con el nombre del Paraíso de los Filósofos. En este jardin se halla reunido todo lo que de mas bello puede contener un paseo; formando preciosos grupos, se ven las mas finas y esquisitas flores, de cuyo cáliz se exhalan suaves perfumes; á su lado, y sobre el verde césped, corre tranquilo un cristalino lago, del que nacen poéti-

cos riachuelos; semi ocultas en el follaje de los verdes árboles, se destacan las estátuas de blanco mármol; en las glorietas las hermosas fuentes elevan en el espacio sus fantásticos juegos de agua; rústicos y cómodos asientos, límpidas cascadas y poéticos cenadores, vienen á completar el hermoso cuadro que nos presenta este jardin, verdadero paraíso de la tierra.

En la avenida principal hay doce jarrones de mármol de Carrara, descansando sobre columnas. En la primera glorieta seis bellas estátuas de mármol blanco sostienen las cabezas de varios negros; en la segunda se ven ocho estátuas de los príncipes de la familia d'Orange, y en el fondo un finísimo trabajo antiguo de Adam.

Las fuentes principales, son las de las Ranas, cuyo juego forma el mas delicioso bouquet; la de las Campanas, donde se ven un número infinito de ellas, arrojando por todas partes torrentes de agua cristalina, presentando el grupo mas seductor; y la mas bella, es la gruta de Neptuno formada de conchas del mar, sobre la cual se vé la estatua de Neptuno de 9 piés de alto; á sus lados están varios ninfas con jarras en las manos, que arrojan agua formando sobre las conchas bellísimas cascadas.

La fuente principal, tiene 130 piés de circunfe-

rencia, adornada de hermosos grupos mitológicos de mármol y jarrones de cristal, y eleva sus aguas hasta la altura de 117 piés sobre el nivel de su superficie. Detrás de esta fuente se elevan nueve terraplenes de 120 escalones, cubiertos de las mas bellas flores, formando una colina de 60 piés de alto y dominando esta bellísima perspectiva el castillo de Sans-Souci; desde cuyo vestíbulo se goza del mas sorprendente panorama.

El conjunto de la meseta es tambien notable, de mármol de Carrara, y animado por hermosos grupos y fuentes, cuyos juegos se forman de leones que arrojan torbellinos de agua, que se elevan cual lluvia de diamantes en el espacio.

Frente de los manantiales cargados de festones de flores, formando instrumentos de música, se ven los bustos de los emperadores romanos, entre los cuales hay sies vasos de porcelana la mas antigua de Saxe.

El prado de la derecha, encierra el sepulcro que Federico II habia hecho construir para él mismo, y se cuenta que al enseñárselo un día al Marqués de d'Argens, decia: «Quand je serai lá, je serai sans souci.» Cuando yo esté allí, estaré sin penas, por lo cual se llama tambien al palacio, el castillo de Sans-Souci.

Al visitar este sepulcro Napoleon I, triunfan-

te en Berlin; pronunció aquella hermosa frase que es el mejor elogio del difunto monarca: *Si tú no estuvieras allí, no estaria yo aquí.*

Mas allá, se ven las piedras sepulcrales de los perros favoritos y del caballo de batalla de Federico II.

El cuarto de billar que está al lado mandado hacer por Federico IV, es muy bonito.

Examinado este hermoso Castillo, obsérvase que es un edificio de un solo piso y tiene 392 piés de largo, 42 de profundidad y 28 de alto; compónese de tres partes éste la galería de pinturas, y la parte nueva ó casa de los caballeros.

La fachada principal de elegante y hermosa arquitectura, da sobre el jardin que ya hemos descrito. Fué construido en los años de 1745 á 1747 por órden de Federico el Grande, y bajo la direccion de Knobelsdorf, por los arquitectos Hildebrandt y Büring: el interior se conserva todavía tal cual el rey Federico lo dejó. En el vestíbulo, cuyas paredes son de estuco, se halla un cielo raso y una estatua de mármol por Adam. Despues de este hay una galería llena de bustos de mármol negro y de ágata, vários cuadros curiosos representando el baile y las diversiones del verano, unos novios, la comida del Sultan y otras escenas.

La biblioteca de Federico II, de forma circular, tapizada de madera de cedro, y decorada con bronce dorado, contiene grandes estantes con vidrieras en forma de alacenas, donde se hallan colocados los libros.

Nos dirigimos en seguida al salon y á la recámara donde murió Federico el Grande, y tambien Federico Guillermo IV. Del primero se conserva aun con gran veneracion el sofá en que espiró; la entrada de esta pieza, hállase sostenida por columnas de estuco color de púrpura

La sala de conciertos de Federico II se halla perfectamente amueblada con hermosas mesas de mosaico, candiles de cristal de roca y bellos cuadros de Pesne, Pomone y otros autores.

La sala de audiencia es roja y posée en bajo relieve un hermoso retrato de la reina de Dinamarca de mármol de Carrara, buenos cuadros como el de un baile, el de dos vestales ocupadas en encender el fuego sagrado por Roux y algunos otros paisajes interesantes.

La sala de mármol de forma ovalada, está sostenida por diez columnas de mármol blanco de una sola pieza, y decorada con grupos de génios de artes y ciencias; el piso es de mosaico, el conjunto maravilloso.

De esta sala pasamos á los apartamentos de

los extranjeros, ocupados entónces por la reina viuda, y cuyos muebles datan desde la época de Federico.

Entre sus grandes piezas, se marcan por su riqueza, el salon favorito de la reina tapizado de azul y blanco, adornado por preciosos muebles: entre otros una mesa de ágata de una sola pieza de cuatro piés seis pulgadas de largo, sobre dos piés tres pulgadas de ancho, y terminada por un filete verde antiguo.

Tambien fija la atencion del viajero, otra mesa de mármol oscuro, que tiene una urna de oro. Adornan los muros de este salon, 12 cuadros representando bellos paisajes y todos los célebres maestros. La recámara de la reina viuda es otra de las piezas que llaman la atencion, está adornada con elegante sencillez y tambien la sala de las flores ó de Voltaire, llamada así por haberle servido de habitacion, durante el tiempo que permaneció en el palacio de Sans Souci; esta sala tapizada de amarillo y adornada de preciosos pájaros y flores exquisitas esculpidas en madera preciosa, sirve hoy de pieza de tocador.

En el apartamento de la reina viuda, vense tambien finos trabajos de la China.

Salimos realmente sorprendidas de este Castillo, lo que habiamos visto en Potsdam nos dejaba

muy bien impresionadas, agradándonos en extremo; así es que el día se había pasado para nosotras con extraordinaria rapidez.

Serian las siete de la noche cuando abandonamos el palacio de Sans Souci; atravesamos los jardines iluminados á aquella hora, por la débil luz de la luna, y subiendo en los carruages, pronto nos encontramos en la estacion; pocos momentos despues subiamos al tren, y nos alejábamos rápidamente de Potsdam; habíamos gozado tanto en aquel día, que no sin sentimiento partimos de esa residencia real, donde el viajero tiene tanto que admirar, y tanto que le agrada y le sorprenda.

Serian las ocho y media cuando nos hallábamos de vuelta en Berlín, nos encontrábamos tan fatigadas, que aquella noche ya no tuvimos alientos de ver nada y dirigiéndonos directamente al hotel, pronto nos hallamos descausando en nuestras piezas; entónces nos acordamos de Genaro, cuya historia nos tenia vivamente interesadas, y deseosas de adelantar algo en su relato, tomamos la cartera, la abrimos, y sentándonos cómodamente al lado del quinqué, pasamos nuestra vista por sus tristes páginas y leimos lo siguiente.

CAPITULO XLVIII.

Continuacion de la relacion de Genaro.

Los consuelos de mi tierna amiga no eran bastantes á calmar mi dolor; la alegría que me rodeaba me hacia daño, parecía que todo venia á insultar mis sufrimientos y á reirse de mis lágrimas; sin embargo, por no aflijir á Clara disimulé lo que sentia y traje una sonrisa á mis labios cuando el dolor ocupaba todo entero mi corazón. En este momento los acordes de la música llegaron hasta nosotros obligándonos á regresar á los salones; no bien habíamos entrado, cuando Arturo arrebató á Clara de mi lado; la llama del amor brilló en sus ojos, y la sonrisa de la dicha vagó por sus labios; Arturo estrechó con fuego contra su pecho la mano de la que amaba.

muy bien impresionadas, agradándonos en extremo; así es que el día se había pasado para nosotras con extraordinaria rapidez.

Serian las siete de la noche cuando abandonamos el palacio de Sans Souci; atravesamos los jardines iluminados á aquella hora, por la débil luz de la luna, y subiendo en los carruages, pronto nos encontramos en la estacion; pocos momentos despues subiamos al tren, y nos alejábamos rápidamente de Potsdam; habiamos gozado tanto en aquel día, que no sin sentimiento partimos de esa residencia real, donde el viajero tiene tanto que admirar, y tanto que le agrada y le sorprenda.

Serian las ocho y media cuando nos hallábamos de vuelta en Berlín, nos encontrábamos tan fatigadas, que aquella noche ya no tuvimos alientos de ver nada y dirigiéndonos directamente al hotel, pronto nos hallamos descausando en nuestras piezas; entónces nos acordamos de Genaro, cuya historia nos tenia vivamente interesadas, y deseosas de adelantar algo en su relato, tomamos la cartera, la abrimos, y sentándonos cómodamente al lado del quinqué, pasamos nuestra vista por sus tristes páginas y leimos lo siguiente.

CAPITULO XLVIII.

Continuacion de la relacion de Genaro.

Los consuelos de mi tierna amiga no eran bastantes á calmar mi dolor; la alegría que me rodeaba me hacia daño, parecía que todo venia á insultar mis sufrimientos y á reirse de mis lágrimas; sin embargo, por no aflijir á Clara disimulé lo que sentia y traje una sonrisa á mis labios cuando el dolor ocupaba todo entero mi corazón. En este momento los acordes de la música llegaron hasta nosotros obligándonos á regresar á los salones; no bien habíamos entrado, cuando Arturo arrebató á Clara de mi lado; la llama del amor brilló en sus ojos, y la sonrisa de la dicha vagó por sus labios; Arturo estrechó con fuego contra su pecho la mano de la que amaba.

y ambos venturosos amantes se perdieron de mi vista, ébrios de amor y de contento; yo entónces, parado en el dintel de la puerta, exhalé un suspiro é incliné la cabeza bajo el peso del dolor, y así permanecí algunos instantes.

Lo que se tocaba era una polka, y recordando entónces las palabras de Leonor, volé á su lado triste y abatido; la jóven al verme, sonrió dulcemente y con suma gracia me dijo tomando mi brazo.

—Creí que habiais olvidado vuestro compromiso, Genaro, porque há ya largo tiempo que se baila.

—Perdonad, me apresuré á decirla entónces, me hallaba yo tan abatido en la meditacion de mis desgracias, que no noté que la pieza habia ya comenzado, pero ahora vamos á reponer lo perdido; al decir estas palabras estreché contra mi pecho la delicada mano de mi ama; sentí su corazon palpar sobre el mio, su aliente embalsamado llegaba hata mí, y en aquel instante me sentí tan dichoso, que olvidé mis temores y solo pensé en amar. Leonor que comprendia en todos mis movimientos, lo que por mí pasaba; turbada y confusa me pidió descansásemos un momento; comenzamos entónces á pasearnos por los salones

de descanso, y se entabló entre nosotros una animada conversacion.

Yo estaba triste y melancólico, Leonor me veía con fijeza y al fin me dijo:

—Genaro, ¿tan mal está vd. á mi lado que lo veo tan abatido?

—¡Ay Leonor! vd. lo ha dicho; sí, su vista me hace daño, pero léjos de vd. siempre la veo, porque su bella imágen no se separa un momento de mi lado; si duermo, vd. está conmigo, y entre sueños la contemplo; despierto, solo en vd. pienso, solo para vd. vivo, pero ¡ay! á otros consuela pensar en la mujer que aman, en cuanto á mí este pensamiento me mata, vd. sabe por qué Leonor, vd. lo comprende!

—¡Yo! balbució turbada la encantadora niña.

—Sí, vd.; ¿ha considerado alguna vez lo que es amar sin esperanza? nó, su bello corazon no puede comprender este tormento, ni valuar lo agudo de este martirio; pero yo Leonor, yo que lo sufro, conozco su terrible intensidad!... ¡amar! y ¿qué es amar? amar es vivir tan solo para otro sér, olvidarnos de nosotros mismos, y solo tener aliento y vida para aquel á quien amamos!... ¡amar, es concentrar todos nuestros afectos, todas nuestras aspiraciones, las palpitations todas de nuestro pecho en un solo objeto, que es el que ali-

menta, nuestra vida! ¡amar es derramar nuestro corazón en otro corazón, identificar nuestra vida en otra vida, confundir nuestra alma en otra alma!..... ¡sí, esto es amar! ¡esto es vivir!..... Cuando el amor encuentra correspondencia, aquellas dos almas que se comprenden se hallan transportadas al colmo de la felicidad, á la cumbre de la dicha!..... pero cuando no hallamos correspondencia y amamos sin esperanza, entónces ¡oh! entónces las penas del infierno nos parecen pocas para pintar nuestro tormento!

Al hablar así, mis ojos, animados por el brillo de la pasión, se fijaron en Leonor, y mi mano estrechó con fuego la suya!..... la jóven estaba trémula, en su bello semblante se pintaba la angustia; sus hermosos ojos se hallaban velados por las lágrimas, yo guardé un momento de silencio; Leonor levantó tímidamente sus ojos, y con un acento incierto, y con débil voz me dijo.

—Genaro, volvamos á bailar.

—¡A bailar! exclamé fuera de mí, ¡bailar cuando ve vd. que muero! ¡bailar! ¡este es el único consuelo que vd. puede darme!..... ¡Ah! nó, escuche vd.; es preciso que conozca todo lo que sufro, que comprenda la intensidad de mi tormento, para que ese corazón que jamás permanece insensible ante el infortunio, que siempre cura la

desgracia y derrama sus beneficios á torrentes sobre los desdichados, que enjuga siempre sus lágrimas, y alivia sus dolores, ejerza también conmigo esta caridad sublime; porque Leonor si á vd. conmueven los males del cuerpo, mas deben conmoverla los del alma, porque estos son mil veces mas dañosos y terribles; no, la que es ángel de consuelo siempre para el desdichado, no puede convertirse en verdugo para con un desventurado, que con delirio la ama; si Leonor, ¿es posible que no tenga vd. una sola palabra de consuelo para endulzar mis sufrimientos, para no dejar en mi alma la tortura horrible que la atormenta?

La jóven estaba violenta, pero siéndole imposible callar por mas tiempo, al fin desplegó sus bellos labios y me dijo.

—Genaro, yo no quiero que vd. sufra, y mucho ménos por mí.... no puede vd. comprender el daño que me hace escuchar sus palabras. Yo no puedo efectivamente ver á alguien que sufre, sin calmar sus sufrimientos, sin consolarle de alguna manera, y esto no es virtud en mí Genaro, ni debe vd. creerlo así; no es sino una excesiva debilidad, quizá un principio de egoísmo, porque haciéndome tanto daño ver sufrir, al instante procuro cuanto está en mi mano cortar aquella amargura, aquella violenta situación, para no verla

mas; y si me es tan sensible todo sufrimiento, figúrese vd. amigo mio si podré ser indiferente al que vd. experimenta, y del cual segun vd. mismo ha demostrado, soy yo la causa. Nó Genaro, demasiado me afecta su situacion, pero vd. por cierto se afana en hacerla mas desesperante, el mal que vd. tiene es tan conocido y general, que todos podemos sin temor de equivocarnos curarlo; para eso no es preciso médico, ni medicinas, solo necesitamos de suma docilidad en el paciente, con que amigo mio ¿quiere vd. que le aplique los remedios? se decide vd. á poner en mis manos su voluntad, á hacer ciegamente la mia?

Quedeme contemplando un momento con amarga expresion á Leonor, mas al fin viendo que no tomaba de nuevo la palabra le dije.

Vd. me conoce aun demasiado poco, cuando es capaz de hablar de esa manera, y de créer que mi mal es curable en el sentido en que lo manifiesta, ¡ojalá lo fuese, no crea vd., yo mismo me alegraría! pero ¡nó lo es! Amiga mia, doy á vd. todas las facultades que quiera sobre mí, desde este momento es vd. dueña de mi voluntad, de mi existencia misma; si creé vd. que pueda poner en práctica sus consejos, ¡ay! ¡creo que vd. se engaña! Cuando el amor se infiltra en nosotros, ántes que arrancarlo de nuestro interior, podemos arrancar la existencia. Solo así podrá vd. curar-

me amiga mia, si quiere vd. que le sacrifique mi vida, pero entónces por desgracia ¡no habré sanado sino muerto! ¿no es cierto?

Leonor me contempló con una expresion tan tierna, que me hizo un bien inmenso.

—Genaro, me dijo entónces, he conocido en lo poco que lo trato, que es vd. muy exagerado, demasiado ¿no lo cree vd. así?

—Mi carácter no lo es al ménos Leonor, pero en ciertos casos como éste, si creo que lo soy, y que no podré dejar de serlo.

—¿Me promete vd. amigo mio, ser dócil á todos mis mandatos? ¿quiere vd. someterse enteramente á mi voluntad? ¿desea vd. por último que lo reforme, que lo cure?

—Sonréi de la seductora gracia con que Leonor me hacia esas preguntas, y por fin contesté á mi amiguita que estaba yo dispuesto á hacer su voluntad, exepcto en ciertos casos, añadí, en que esto no es posible; por ejemplo, si vd. me dijera en este momento: Genaro, deja de amarme, te lo mando; ¿Qué haria yo? contestar con la mayor energia: Leonor, no puedo, es esto para mí imposible, porque su amor me es tan necesario, como el rocío y el sol para las plantas, como el aliento para la propia conservacion.

—El amor, Genaro, verdad es que nace en un

momento, pero no puede ser perfecto sino despues de mucho tiempo y cuando de dos corazones fórmase uno solo; de manera que por inmenso que sea el cariño que vd. me profese, está aun muy á sus principios: hace muy poco que vd. me conoce, es hoy la primera vez que me habla, jamás ha escuchado de mis labios una palabra que le sirviese como de cimiento para construir en su corazon el templo de la pasion. Es vd. muy jóven, en el curso de su vida, mucho mas ahora que va vd. á salir ya del colegio, tendrá ocasion de admirar mil bellezas y profundizar mil virtudes, que quizás sin brillo se ostenten ante sos ojos. Se presentarán ante vd. mil jóvenes encantadoras y bellas, llenas de inteligencia y de vida..... entónces Genaro, vd. cuyo corazon es ardiente, sentirá lo que por mí ha sentido, y no se le prohibirá á vd. el amar entouces; de modo que pronto de ambos corazones se formará uno solo, y será vd. feliz como sus buenas cualidades lo exigen.

—¡Leonor! ¡Leonor! ¡por piedad no me hable vd. en ese sentido! nó, es imposible que suceda lo que vd. me pronostica, yo no quiero ver, ni existen para mí en todo el universo mas bellezas que vd. ¡vd. cuyo corazon tan compasivo es para mí de marmoll vd. que no se deja conmover con mis expresiones, ¡ay! vd. que jamás llegará á

amarme, y que me dará con su horrible indiferencia la muerte.

Diciendo así, mis ojos se cubrieron de lágrimas, y comensaron á rodar por mis mejillas. Por fortuna estaba cerca de una puerta que conducia á una de las habitaciones interiores; entónces, lleno de temor de que, siendo como era el objeto de la fiesta, se me fuese á ver en el estado en que ma hallaba, senté á Leonor en el salon de descanso, y me introduje á aquellas; allí solo conmigo mismo, me puse á considerar lo que habia hecho; pareciame leer una esperanza al traves de las palabras de Leonor; cuando ella vea que soy constante, me dije, que el tiempo pasa y que nada es capaz de minorar mi pasion, su corazon se conmoverá entónces, y tal vez sus labios un dia, pronuncien un juramento que me hará feliz.

Ocupado por estas dulces ilusiones, sequé las lágrimas que brotaban de mis ojos, y sentándome cerca de una mesa, apoyé mi cabeza en ambas manos, y permanecí sumergido en el cúmulo de mis ideas. Repentinamente sentí que una mano delicada se posaba en mi hombro, y que una voz dulce me llamaba.

¿Genraro? ¿Genaro?

A este tierno acento levanté mi abatida frente, y vi á mi lado á la hermosa Clara; triste y aba-

tida; al encontrarse mi mirada con la suya, la seductora jóven sonrió dulcemente, y tomándome mi mano:

—Eres ingrato Genaro! me dijo; todos se empeñan en complacerte, y tu te empeñas en amargarnos; yo creí proporcionarte un placer estando al lado de Leonor, pero veo que me he engañado, he obrado mal, te prometo que no volverás á verla jamás en mi casa, entónces me volví á Clara y con el acento del que sufre.

—No aumentes mi dolor hermana mia le dije, mas que reprensiones y amenazas son consuelos los que necesito; tú has sido siempre mi ángel tutelar, calma hoy te lo ruego, las angustias de mi alma.

Clara conmovida secó una lágrima, y viéndome con ternura

—No me hables así Genaro me dijo, tus palabras me hacen daño; veamos, ¿qué es lo que te atormenta?

He hablado con Leonor, me lo ha dicho todo, y trémula y angustiada me ha suplicado venga á tu lado; quien esto hace Genaro, es porque en su corazón siente algo mas que simpatía, quien esto hace es.....

Ya no la dejé concluir; ¿es verdad Clara lo que me dices? ¿es verdad que Leonor te envía á mi

lado, para que mitigues mis tormentos, y que ella está inquieta al saber que sufro? ¡Oh hermana mia! ¿han pronunciado la verdad tus labios?

—Sí Genaro, jamás he mentado, y ménos lo haría contigo y en estos momentos; calmate hermano mio; ven, volvamos á los salones, tu vista restituirá á Leonor la calma, y á todos la alegría y el contento.

Al hablar así la encantadora Clara, tomó mi brazo, y yo dejándome conducir por ese ángel de consuelo, volví á penetrar en el centro de la animación y de la vida.

Leonor se hallaba en el sitio mismo en que yo la habia dejado, en su celestial semblante se pintaba la ansiedad, y sus hermosos ojos se fijaron en mí con inquietud; al verla me dirigí á ella y le ofrecí mi brazo en silencio; Leonor pasó tímidamente el suyo por el mio, sonrió con Clara, y despues volviéndose á mí me dijo.

—Genaro, me ha hecho vd. sufrir.

—¿A vd. Leonor? interrogué con tristeza?

—Sí, á mí balbuceó la bella jóven.

En aquel momento penetramos en el salón de baile, se preludiaban unas cuadrillas; antes de que pudiese conducir á las dos jóvenes á sus asientos, vinieron á arrebatármelas los caballeros con quienes estaban comprometidas, y yo entónces

viéndome solo, me senté en un sofá, y desde allí me puse á contemplar las parejas; mis ojos no se apartaban de Leonor, y ella enrojecia al encontrarse siempre con mi mirada; hallábame contemplándola, cuando D. Mariano y el padre de mi amada se dirigieron á mí.

—Te veo triste me dijo el primero ¿por qué no bailas Genaro? en vano me esfuerzo porque seas feliz, tu siempre te empeñas en empañar tus alegrías; ¿cuando te veré al fin reír y gozar como los otros jóvenes?

—Vd. conoce mi carácter padre mio, repliqué á mi generoso protector, nunca he sido expansivo, pero hoy soy feliz y gozo, porque me rodea el cariño, porque en vd. he encontrado un padre ¡ah! un padre que me ha proporcionado goces, que yo estaba condenado á no sentir.

Al hablar así me arrojé conmovido en sus brazos, y D. Mariano, volviéndose á Milord, secó una lágrima diciéndole.

—Tiene este muchacho un acento que penetra hasta el fondo del alma, y que conmueve.

El elegante caballero volviéndose á mí entonces, me dijo.

—No comprendo Conde, cual pueda ser el motivo tan doloroso que se mezcla en todos vuestros goces, y os robe la alegría que tanto haria gozar

á todos los que os aman, ¿Por ventura habeis perdido á vuestros padres; á una madre querida que con delirio os amaba? ¡ah! entonces es justo vuestro dolor y natural vuestra tristeza.

—Milord X, sin saberlo, acababa de tocar la fibra nas delicada de mi alma.

D. Mariano fijó en mí sus ojos con tristeza, y yo ahogando un suspiro en mi pecho, me volví á mi interlocutor diciéndole.

—¡Ah Milord vos habeis atinado! no lloro la muerte de los seres á quienes debo la vida, porque no los conozco; jamas he conocido a mis padres, y lloro porque mi corazon en vano busca el pecho de una madre para reclinarse, el corazon de un padre para desahogar el mio ¡oh Milord! vos comprendereis que es terrible perder á los autores de nuestra vida, pero es mas terrible aun no haberlos nunca conocido.

Al pronunciar estas palabras noté que Lord X se turbaba, y que una nube sombría cruzaba por su mente: yo guardé silencio, él murmuró entonces.

—¿Cómo Conde, no conoceis á vuestros padres?

—No Milord, respondí tristemente, porque aquel hombre me infundia veneracion y respeto, y me era imposible engañarle; D. Mariano me

miraba sorprendido, Lord X cada vez mas interesado continuó así.

—Perdonad Conde, si el interés que me inspirais me obliga á dirijiros algunas preguntas.

—¿Cómo os llamais?

—Genaro, repliqué simplemente.

—¿Genaro?

—Sí este es mi nombre.

—¿Y vuestra edad?

—Hoy cumpla 21 años.

—¡Ah! ¿qué habeis dicho? murmuró Lord X conmovido.

—Que hoy cumpla 21 años, ¿pero que teneis señor? estais pálido ¿os sentis malo?

—Nó Conde, no es nada, murmuró Milord procurando serenarse, y volviéndose á D. Mariano, vos amigo mio le dijo ¿sabeis algo de la infancia de este niño?

Mi generoso protector, viendo que yo me traicionaba, tomó entónces la palabra.

—Milord le dijo: tierno niño aun Genaro, fué abandonado por sus padres á quienes negocios urgentes obligaron á partir para América, no queriendo exponer al tierno niño á los peligros del viaje; Genaro fué oriado por una nodriza en las inmediaciones de Milan, mas tarde estuvo al cuidado de un tio lejano y cuando tuvo más edad

se educó en el colegio de que yo era director; allí tuve ocasion de conocerlo y amarlo como á un hijo; hará como un año que murió en Roma el Conde del Pó su tio, dejando á su jóven sobrino como único heredero del título que hoy lleva y su cuantiosa fortuna; esto es todo lo que sé de la vida de Genaro, y lo único que puedo deciros.

Lord X, que habia escuchado con profunda atencion las palabras de D. Mariano, se volvió á mí cuando este hubo concluido, y estrechándome la mano:

—No sois tan desdichado como parece Genaro; permitidme que desde hoy solo os dé este nombre, me dijo, porque si bien el destino os ha rodeado de personas que os aman, y sabeis que ellos aunque distantes de vos, tambien os amarán porque un padre jamás puede dejar de amar á un hijo.

Y al hablar así Milord, suspiró.

—Es verdad, señor, repliqué yo entónces; pero no sé cuál es el destino de mis padres, ni el lugar en que se encuentran; si lo supiese, ya habria volado á su lado; pero es esta incertidumbre la que me daña y me atormenta. ¡Ah, Milord! ¿creís que lejos de ellos pueda ser completamente feliz?...

—Comprendo, Genaro, replicó Milord X, que no es esto posible, porque en vuestro corazón se

encuentran los mas nobles sentimientos; pero no debeis desesperar, pues llegará quizás pronto el dia en que tendreis el placer de estrecharlos entre vuestros brazos, y entónces vuestro goce se duplicará, porque lo que mucho se ambiciona, cuando se llega á poseer, causa un contento indefinido, cuya intensidad no podré explicaros. En lugar, amigo mio, de dejaros abatir por tristes pensamientos, cuando estos os asalten, debeis al momento hacerles la guerra, y poneros á pensar en el inmenso contento que recibirán vuestros padres el dia en que, al reconocer, os estrechen tiernamente sobre su corazon, llenos de orgullo, al encontrar en vos un hijo tan ilustre.

—¡Oh, Milord, le dije, no podeis comprender cuanto bien me hacen vuestras palabras! Ellas abren ante mí un porvenir mas risueño, y me llenan de la mas dulce esperanza.

—Sí, Genaro, combatid continuamente los pensamientos amargos con imágenes gratas, y vereis como sois entónces ménos desgraciado.

Iba yo á contestar á Milord, cuando D. Mariano, que se habia separado un instante de nosotros, vino á interrumpir nuestra conversacion, y dirigiéndose á él le dijo.

—Con gusto he observado que os agrada ha-

blar con este muchacho, ¿cómo lo encontráis? ¿qué os parece mi jóven amigo?

—D. Mariano, no podeis comprender la inmensa simpatía que Genaro ha inspirado en mí en un momento. He conocido que no se puede confundir con el comun de los otros jóvenes de esta época; que su educacion es completa; que tendremos pronto en él á uno de nuestros mejores abogados, y además un hombre lleno de sentimientos tan nobles y finos, que no podrá ménos de sobresalir con ellos. ¿No es esa vuestra opinion?

—La misma, Milord; veo con mucho placer que hemos formado sobre Genaro un mismo juicio; pero si os parece vamos á dar una vuelta por los corredores, donde hablaremos de él, porque aquí en su presencia, estarlo llenando de elogios, no es muy prudente, añadió con cierta songa; no sea que se vaya á enorgullecer mas de lo debido, ¿verdad, Genaro?

Yo sonrei, mas luego, queriendo en alguna manera marcar mi gratitud á D. Mariano, tomé brevemente la palabra diciendo.

—Milord, lo que D. Mariano teme, no podria suceder nunca, porque vuestros elogios no hacen mas que llenarme de confusion; comprendo demasiado que, sin la decidida proteccion de D. Mariano, mi suerte habria sido muy distinta; porque en me-

dio de un mundo tan lleno de egoísmo, jamás habría podido sobresalir el pobre Genaro.

D. Mariano me hizo callar.

—Vamos, me dijo, no andes con alabanzas que no merezco realmente; tú siempre empeñado en llenarme de elogios, cuando disto mucho de llegar á ellos.

—Señor, por Dios, no queráis encubrir vuestro mérito y los inmensos beneficios de que me habeis llenado; nó..... aunque vos los queráis encubrir, mi voz siempre se hará oír muy alto, para manifestar á todo el mundo lo que debo á mi segundo padre.

D. Mariano se conmovia al escuchar, el fuego con que yo me expresaba, y no pudiendo contenerse me abrió los brazos en los que me arrojé.

Milord nos contemplaba igualmente conmovido, y aún pude notar que hacia grandes esfuerzos para disimular su emocion.

D. Mariano tenia embargado el uso de la palabra, y con grande esfuerzo, en medio de su creciente, emocion pudo desprenderse de mis brazos, tomar el de Milord, é invitarlo para salir al corredor, como lo deseaba poco antes.

Milord aceptó, y poco despues los dos buenos ancianos me abandonaban y se dirigian á conversar de mí, á llenarme de elogios.

No era yo pues tan desgraciado. Lo comprendí así en aquellos momentos.

Muchos de los jóvenes que habia en la reunion, se acercaron á mí entónces llenándome tambien de elogios, aunque ménos vivos que los de Milord y D. Mariano, y emprendieron conmigo varias conversaciones.

Eran ya las doce de la noche, cuando un sirviente vino á anunciar que nos esperaban en el comedor á cenar; entónces, ántes de dirigirme á él, pasé mi vista por el salon, para ver si distinguia en él á Leonor.

Se hallaba por fortuna cerca de Clara, y ámbas conversaban acaloradamente; hubiera dado algo por ser testigo de aquella conversacion, por escuchar al ménos un momento lo que en ella se trataba, porque mi corazon me aseguraba hasta cierto punto, que se hablaba de mí; y esto, como se comprenderá, me interesaba demasiado; pero no era posible en este punto cumplir mi deseo, y fuerza era resignarme á esperar, porque con el tiempo todo lo podria saber por medio de mi querida y simpática amiga Clara.

Entónces, pues, aprovechando los momentos, antes de que alguién fuese á apresurarse primero que yo, y me arrebatase la dicha que ambicio-

naba, me dirigí á ellas, y saludándolas con respeto:

—Señorita, dije, dirigiéndome á Leonor, ¿me honrareis con vuestra compañía?

La jóven pareció vacilar un momento, mas en seguida pasó su brazo trémulo por el mio, y volviéndose á Clara.

—Ven, le dijo, quiero estar á tu lado.

Clara tomó entónces mi brazo, y yo que comprendí que lo que Leonor evitaba era estar sola conmigo, concebí alguna esperanza, porque ese temor solo existe donde hay algun germen de cariño; donde solo reina la indiferencia no se teme.

Alentado con este pensamiento, me dirigí al comedor acompañado de las dos mujeres á quienes mas amaba en el mundo; una porque era mi ángel de consuelo; otra, porque en ella se cifraba mi vida entera.

Al atravesar por los corredores que conducian al comedor, nos encontramos con Lord X y mi segundo padre; al verme los dos sonrieron, é imprimiendo ámbos un beso en la pura frente de sus hijas, D. Mariano me dijo:

—Eres egoísta, Genaro, puesto que tu conduces á las dos estrellas mas hermosas que brillan en nuestros salones.

—¡Ah, padre mio! exclamé yo entónces, dejad que al lado de dos ángeles olvide mis dolores....

Lord X se volvió entónces á su hija, y le dijo con ternura:

—Mira Leonor, tú que siempre estás dispuesta á curar las heridas del que sufre, hazle ver á Genaro que no son tan fuertes sus desgracias; derrama en su corazon el bálsamo de la esperanza.

Leonor al escuchar las palabras de su padre, bajó la vista ruborizada, y su brazo tembló cerca del mio; yo fijé en ella una mirada ardiente y estreché su brazo.

Clara que era la única que comprendia lo que pasaba, no pudo impedirse de sonreír, al ver la turbacion de su amiga.

—¡Oh, Leonor, exclamé yo entónces en un movimiento involuntario de entusiasmo, ya veis cuáles son los consejos de vuestro padre, ¿rehusais seguirlos?

Leonor se puso encendida por el rubor; pero tomando con brío la palabra me contestó súbitamente:

—Genaro, hay sufrimientos que, aunque queramos, no es fácil remediarlos, mucho mas cuando por parte del que debe ser curado, no existe la docilidad... pero si puedo con mis pobres consejos y consuelos hacer ménos amarga vuestra

situación, tendré, amigo mio, especial placer en complaceros en esto, ¿me escuchais? ¿veis cómo me intereso por vos?

—¡Ah, Leonor, sí, os escucho, os comprendo; pero lo que decís vos misma comprendéis que no es posible, que no puede tener efecto; sin embargo, en vuestra mano tenéis el único remedio que podría curar mi infortunio, y no quereis aplicarmelo, aunque os seria fácil; Clara todo lo sabe, ella es testigo de mis sufrimientos, por eso uso ante ella de la franqueza con que veis me estoy expresando.

Leonor entonces fijó en Clara sus apacibles miradas, y con un acento bien dulce le dijo:

—¿Con que tú nada ignoras? ¡Ah, ingrata! ¿por qué no me lo habias dicho?

Clara estrechó la mano de su amiga, y se apresuró á contestar:

—Leonor, sí, es verdad, yo bien sé que Genaro te ama con toda su alma; desde el primer día en que su corazón latió por tí, he contado esos latidos, que á medida que el tiempo abanza, se acrecientan mas; ¿para qué te habia yo de hablar sobre eso, cuando eres tan cruel que no das al mío una esperanza á ese corazón mártir?

—¿Qué es lo que me dices, Clara? interrumpió con violencia Leonor.

—Lo que escuchas, querida mia; yo te veo llena de indiferencia al lado del jóven mas guapo de nuestra reunion, de aquel que acaba de ser coronado con los laureles de la victoria, y que sin embargo, en medio de tanta gloria, es infortunado, porque tu corazón permanece insensible al fuego que consume el suyo.

—¡Ah, basta...! basta, Clara, por piedad no me atormentes más, que demaciado sufro ya!

Esa expresion arrancada por Clara, mas bien que por mí, me hizo entrever en lontananza un cielo de ventura.... Sí, no era yo tan desgraciado puesto que podia influir en los padecimientos de Leonor. Si ella padecia, preciso era que experimentase por mí un principio de simpatía, y cuando ésta se introduce en el alma, es mucho lo que tenemos ya adelantado.

Leonor, despues de haber prorrumpido en la exclamacion que tanto bien me habia hecho, se quedó sumergida en la mas profunda meditacion; Clara habia sonreido con una expresion bien significativa, mientras yo, no desprendia mis miradas de Leonor, para examinar atentamente en su fisonomía, todos los movimientos de su alma.

Cuando llegamos al comedor, D. Mariano me colocó en medio de Leonor y Clara; Arturo se sentó á la derecha de esta última y me pidió per-

miso para atenderla. Por supuesto se lo dí, y un momento despues los dos amantes se entregaban á las dulcísimas conversaciones del amor, mientras que yo permanecia silencioso al lado de mi preciosa compañera, no interrumpiendo el silencio sino para servirle ú ofrecerle un nuevo plato.

Todos se encontraban animados en la mesa, todos conversaban y reian, solo Leonor y yo permanecíamos indiferentes á cuanto pasaba á nuestro alrededor; por fin me hice el ánimo de interrumpir aquel silencio, y dirigiéndome en voz baja á Leonor, le hice solo esta pregunta.

—¿En que pensais?

Ella entónces, como despertando de un sueño profundo, fijó en mí con interés sus bellos ojos y me hizo á su vez esta otra pregunta.

—Genaro, ¿qué me decia vd.?

—Bien comprendo, proseguí yo entónces, que sus pensamientos eran profundos; tenia la imprudencia de introducirme en ellos, preguntando á vd. ¿en qué pensaba?

—¡Ah! bien..... contestaré á lo que vd. desea.

—Genaro, pensaba yo en los felices dias de mi infancia..... cuando al lado de mis buenos padres no podia aun ser la causa de que nadie sufriese; entónces era yo feliz..... ¡hoy no podré serlo!

—¿Y por qué Leonor?

—Porque desgraciadamente no puedo multiplicarme para hacer á todos felices; Leonor es una, no podrá tener mas que un esposo, y para complacer al que prefiera su corazon, tendrá que presentiar el sufrimiento de otros muchos.... Genaro, vd. no puede comprender la exquisita sensibilidad que se encuentra en nuestro corazon, la mujer sufre demasiado, cuando no pudiendo hacer felices á tantos que lo merecian, se encuentra colocada en la horrible posicion en que yo me veo. ¡Compréndame vd Genaro, se lo suplico! y despues de colocarse por un momento en mi situacion, respóndame si puedo ser feliz y estar exenta de padecimientos. ¡Ojalá como Clara, uno solo fuera el hombre que hubiera pretendido mi mano, entónces cuan feliz hubiera podido ser!

—¡Ay, cuanto me hicieron sufrir nuevamente las palabras de Leonor! efectivamente, me coloqué por un momento en su posicion, y comprendí en toda su fuerza lo horrible de ella, porque mientras el corazon no se fija, todo le impresiona y le conmueve de un modo intenso.

Como Leonor me vió entregado á la meditacion, respetó por un momento largo mi silencio, mas luego al interrumpirlo me dijo.

—¿Qué le parece á vd. ¿comprende cual es mi situacion, mi estado? ¿me puede vd. juzgar feliz?

No podía yo contestar con una mentira á las preguntas francas de mi amada, de modo que aunque mis respuestas estuvieran contra mí, tuve que contestarle.

— ¡Es verdad Leonor lo que vd dice! ¡siento en el alma el confesarlo, pero me gusta ser franco!... ¡es vd. tan desgraciada como yo mismo!

Brilló la gratitud en las pupilas de Leonor, y con un acento emocionado me dijo.

— ¡Oh cuanto agradezco á vd. que al ménos por un momento me haga justicia, es vd. muy bueno Genaro, y su mérito en esto lo supera todo; porque haciéndose vd. mal, confiesa lo que podría perjudicarle; pero ya lo ve vd., yo tambien comprendo la belleza de esa alma, y no puede esto ménos de colocarlo en el número de mis mejores amigos.

— ¡Ese nombre Leonor, por Dios no lo pronuncie vd.!

— Genaro, si como es vd. tan generoso para hacerse daño en cosas pequeñas, hiciera vd. un esfuerzo ¡cuanto bien me haria! quiero hablarle con mas franqueza; renuncie vd. á mi amor, colóqueme en su corazón en el mismo sitio en que se encuentra Clara; yo seré para vd. la amiga mas íntima y generosa, la mas tierna hermana, pero..... ¡ay! no exija vd. mas de mí! quítame

el peso que su amor me causa, dígame que no me ama, que no sufre por mí, y entónces, ¡Genaro, recobráta mi corazón la calma, y aun podré ser feliz, al ménos el tiempo que me resta de estar en Italia.

Cada una de las expresiones que salian de los labios de Leonor, eran puñales agudos que venian á introducirse en mi corazón, para torturarlo y despedazarlo del modo mas inhumano. Me sentia tan afectado con sus peticiones, que no pude ni aun contestarle, sino que sin verla, bajé al suelo mi frente, y permanecí nuevamente en el mas profundo silencio.

La voz de Milord que pronunciaba mi nombre, me sacó del horrible tormento en que me tenia sumergido el pensamiento; Milord decia:

— Genaro, aunque en vd. no se hace sentir, y parece no participar de la alegría en que por vd. rebosan los corazones, á nosotros, en cuyo pensamiento está vd. fijo, nos es imposible no interrumpir su meditacion para brindar en su nombre. ®

— Milord, contesté apresuradamente á mi buen amigo, las finezas de vds. me tienen fuera de mí, y comprendo que jamás las podré corresponder de un modo digno; pero al ménos lea vd. en mis expresiones el vivo deseo que tengo en compla-

cer á los buenos amigos que como vd., me honran con su distincion

En ese momento se impuso silencio, y Milord pronunció un brindis en el que me colmaba de elogios.

Las palabras en esos labios tuvieron para mí un doble mérito, y si he de expresar lo que siento, no hubiera cambiado ese brándis por el de todas las personas juntas que me favorecian con sus elogios. Por supuesto correspondí las expresiones de Milord de la manera mas fina que me fué posible.

Otras personas tomaron sucesivamente la palabra para brindar por mí, y yo á mi vez la tomé tambien para corresponder como era debido, á estas demostraciones.

A la una y pico nos levantamos de la mesa, y siguió de nuevo el baile. Durante él yo no bailé mucho, porque solo me complacia bailar con Leonor, pero esto no era posible hacerlo siempre; sin embargo, por disimular, varias veces me dirigí á algunas otras de las jóvenes que allí habia; entre ellas, contemplaba yo semblantes encantadores, bellísimos, llenos de frescura, de animacion, de vida, labios seductores que me sonreian con la mayor afabilidad, pero aquellas criaturas llenas de encantos, no tenian para mí el atractivo de Leo-

nor; nó,... ¡solo ella me producía las inefables delicias, los encantos inesplicables, las sublimes emociones que proporciona el amor!

Eran ya las cuatro de la mañana, y varios habian pedido que se tocara la última pieza, Milord y Leonor habian intentado varias veces retirarse porque algunas personas habian comenzado á hacerlo, pero la simpática Clara, que comprendia que si faltaba Leonor para mí que era el héroe de la fiesta, concluiría la diversion, habia evitado siempre que Milord se fuese: no le era ya posible estar por mas tiempo, y Leonor le habia prometido bailar aquella última pieza, y no detenerse ni un momento mas. No pudiendo Clara ya usar de mayores instancias, se habia decidido á respetar su voluntad.

Leonor, como tenia pensado irse, no habia contraído ningun nuevo compromiso, de manera que se encontraba libre; Clara entónces me llamó, porque me hallaba sentado en un ángulo de la pieza con los ojos fijos en Leonor; me hizo seña de que me acercase y pronto volé á su lado: tomó ella entónces la mano de su amiga, y poniéndola entre las mias; bailad esta última pieza nos dijo, lo deseo mucho; Leonor hizo un movimiento de disgusto, de pena, no se de que, miéntras yo rebo-

zando de contento, rodé su fina cintura con mi brazo y pronto comencé á danzar.

Cuando hubimos dado una vuelta nos detuvimos, y aprovechando los últimos momentos que me restaban de estar con ella, le dije:

—¡Leonor! me va vd. á favorecer con una revelacion ¿no es cierto?

La jóven se turbó un tanto, pero luego repeniéndose, me dijo.

—No os comprendo, ¿cuál es la revelacion que debo haceros?

—Una tan solo, ¿me teneis antipatia?

—Nó Genaro, al contrario, como amigo me sois bien simpático.

¿Por qué no podeis amarme? ¿vuestro corazon no es libre ya?

Leonor no me contestó de pronto, pero despues de un momento de pausa me dijo.

—Nó, Genaro, mi corazon es aun libre.

¡Bendito seais Dios mió! exclamé yo entónces en un momento de entusiasmo; Leonor, no lo dudo, llegareis á amarme, porque jamás encontrareis en todo el universo, un corazon tan apasionado como el mió!

Ella no me respondió, pero sentí que su mano se estremecía entre la mia, y esto me alentó mas.

—Bailemos Genaro, murmuró con débil acento; no le respondí sino que enlazándola de nuevo con mi brazo, bailamos, y la pieza concluyó sin que tuviese yo mas tiempo que de decirle.

—Leonor, no se pasará un solo dia sin que yo os vea.

—Nó ¡por Dios! me contestó.

No le pude ya replicar, porque Milord se acercó para tomarla del brazo. Antes me dió un abrazo de despedida y me instó para que fuese a su casa, lo que gustoso le prometí. Los acompañé hasta la puerta, y al decirme adios Leonor, estreché con fuerza su mano.

No se tocó otra nueva pieza, y pronto la concurrencia se disolvió, siendo mis dos amigos los últimos en retirarse. Todos al partir me felicitaban de nuevo, y Arturo me dijo:

—¡Hoy Genaro, me has dado la mayor ventura.

—Sonrei con él diciéndole ¡ojalá llegues á ser feliz!

Cuando me quise retirar, D. Mariano no me lo permitió; ahora duermes aquí me dijo, y tuve que obedecer. El y Clara me llenaron otra vez de muestras de afecto y me condujeron a la pieza que me tenian destinada, donde soñé en el paraíso..... mas volvamos ya á nuestro viaje y cerremos la cartera.

notables de Berlín, ocupa un cuadrado regular de 290 piés por fachada: el frente principal está adornado por cuatro estatuas, representando la Aritmética, la Geometría, la Mecánica y el Arte; el pórtico del centro se halla coronado por el busto de Federico I. Quisimos visitar en su interior el Arsenal, mas no nos fué posible á causa de estar prohibida la entrada por los preparativos que se estaban haciendo para la próxima guerra que iba á estallar entre la Austria y la Prusia; detras del Arsenal, se encuentra la fundicion de armas y cañones que tampoco pudimos visitar.

Del Arsenal, pasamos á ver la Bolsa, hermoso edificio tambien, adornado por estatuas y bajos relieves; á la entrada de Linden, un monumento grandioso llamó nuestra atencion y nos obligó á detenernos ante él; era la estatua ecuestre de Federico el Grande construida en bronce por Rauch, y verdadera obra maestra, de 43 piés de alto; el soberano se encuentra montado en un brioso corcel de 18 piés de elevacion; la parte superior del monumento, ha consumido 280 quintales de metal y el pedestal es de granito. La parte superior se ve adornada por ocho bajos relieves, representando los hechos mas notables de la vida del monarca. En la parte inferior están las estatuas de los generales y hombres mas célebres

CAPITULO LXIX.

Ultimos dias de residencia en Berlín.—Nuestra visita al Arsenal.—La Bolsa.—Calle de Linden.—Estatua ecuestre de Federico el Grande.—Academia real y la de Ciencias y Bellas Artes.—La Biblioteca y escuela de artilleros é ingenieros.—Otros edificios notables.—La puerta de Brandenbourg.—Brall.—Columna de la Paz.—Monumento nacional conmemorativo de las víctimas de 1848 y 1849.—La Biblioteca real.—Palacio de Guillermo I.—Los templos; Catedral, la Iglesia nueva, la Iglesia Francesa.—El Parque.—El teatro real.—Juicio sobre Berlín.—Nuestra partida.

Era el tercer dia de nuestra permanencia en Berlín, y el último que debiamos pasar en esa capital, así es que preciso nos era ver en él lo que nos faltaba que visitar. Muy de mañana salimos al efecto del hotel, y comenzamos á recorrer las calles principales de la ciudad; el primer punto á que nos dirigimos fué al Arsenal, hermoso edificio construido de 1695 á 1700 segun los planos de Nering; el Arsenal, es uno de los edificios mas

de su época; rodea el monumento una reja de fierro, y en el pedestal se leé esta inscripcion en aleman: "A Federico el Grande; Federico Guillermo III.—1840; concluido bajo el reinado de Federico Guillermo IV en 1851" El aspecto general del monumento es grandioso y elegante, está situado como antes dijimos, á la entrada de la célebre calle de Linden, la mas notable de Berlin, que ocupa una extension de 1600 pasos de longitud, sobre 90 de ancho, y se halla adornada por cuatro líneas de hermosos y frondosos arboles que le prestan un aspecto lleno de suntuosidad y elegancia. Fué en este hermoso boulevard en el que tuvimos ocasion de conocer al rey de Prusia que paseaba en su carruage. De una y otra parte se ven en esta bella calle magníficos edificios y palacios, que contemplamos en su exterior, deteniéndonos ante la Academia Real de Bellas Artes, la de Ciencias, la Biblioteca, el palacio del príncipe Federico de los paises Bajos, el de la embajada rusa el del Conde de Rederu, hermoso monumento de estilo italiano que fijó nuestra atencion, así como la Escuela de artilleria y del genio.

En esta calle se hallaba situado nuestro hotel así es, que despues de visitar algunos de los edifi-

cios públicos que acabamos de mensionar, volvimos á subir en los carruages, y recorriendo el boulevard en toda su extension, llegamos á la plaza de Paris que lo termina; en esta plaza se encuentra la puerta de Brandebourgo, uno de los monumentos mas bellos de Alemania. Cuenta 196 piés de ancho, sobre 64 de alto, y fué construido de 1789 á 1793, importando 500,000 thalers. La hermosa puerta está sostenida por una doble columnata de órden corintio, y es una imitacion de los pórticos de Atenas; los relieves de las columnas que sostienen las arcadas, carecen de mérito artístico, pero no de buen golpe de vista. En la plataforma de la puerta, ó el arco triunfal, se eleva una victoria en cobre por Shadow, cuyo grupo, formado por cuatro caballos de 12 piés de alto, que conducen el carro donde está de pié la victoria, es una obra de mérito; fué arrancado de Berlin por los franceses en 1807, y reconquistado y conducido de nuevo en el sitio en que hoy se encuentra por los prusianos, en 1814.

Eran ya las dos de la tarde, cuando regresamos al hotel donde solo permanecimos el tiempo necesario, continuando en seguida nuestra excursion, y comenzando por visitar los monumentos mas notables; al pasar ante el establecimiento de

Kroll, nos detuvimos breves instantes á contemplarlo. Este edificio es magnífico y presenta un imponente aspecto, con sus elegantes ventanas y sus airoas torres, todas cuadradas y uniformes. Llegamos al fin ante la columna de la Paz; es este un hermoso monumento de granito con chapiteles de mármol, tiene 20 piés de alto, y lo corona una victoria en bronce por Rauch; esta columna airosa y elegante, nace del seno de una fuente, viéndose su base bañada continuamente por los juegos del agua cristalina; fué construida en 1839 en memoria de la guerra de independencia y de la paz.

El monumento nacional de los guerreros, tambien llamó nuestra atención; fué erigido en memoria de las víctimas, ó de los prusianos muertos en las batallas de 1848 á 1849; es de fierro y tiene 120 piés de alto; su estilo es corintio y su aspecto elegante; sobre él vése una águila, y lo adornan hermosos grabados.

Cuando hubimos recorrido los monumentos mas notables, nos dirigimos á la Biblioteca real, y al palacio de Guillermo I: ambos edificios llaman la atención por sus hermosas fachadas, adornadas de estatuas y columnas que sostienen bellísimos chapiteles y frontispicios.

La Biblioteca contiene 500,000 volúmenes segun se nos informó, y 5,000 manuscritos.

En el palacio, véanse unos pabellones de exquisito gusto y elegante arquitectura.

Los templos que visitamos, fueron los mas notables de Berlin; el primero á que nos dirigimos fué á la catedral, adornada con tres cúpulas y sostenida por elegantes columnas; el interior es suntuoso, pero carece del aspecto grandioso que tanto distingue nuestros templos, haciéndolos siempre superiores á los de las otras religiones ó sectas. La iglesia Nueva tiene cuatro fachadas imitando la Magdalena de Paris, las columnas son de orden corintio con elegantes frontispicios cubiertos de grabados, y coronados por hermosas estatuas; su cúpula descansa tambien sobre columnas del mismo orden, y se eleva á una altura considerable, siempre airosa y elegante. El interior del templo es igualmente suntuoso; en nada se distingue de las otras iglesias protestantes.

La iglesia Francesa es tambien de una buena arquitectura, imitando la Basílica de Santa María en Roma; se halla precedida de una amplia y hermosa escalinata; una columnata doble sostiene su pórtico ornado de estatuas y bajos relieves, y su cúpula está sostenida por columnas: ostenta tambien en su interior, buen gusto en el

adorno y exquisito lujo, en ella se respira ese ambiente sagrado que ensancha el corazón del creyente, cuando al penetrar en nuestros templos católicos, se siente en la casa del Señor.

Después de nuestra visita á los templos, nos dirigimos al Parque por ser la hora del paseo, y porque era preciso visitarlo. El parque es un lugar de placer y de recreo, véanse hermosas y grandes calzadas con frondosos árboles, risueñas avenidas, amenos jardines, y pequeñas praderas; todo está allí reunido y adornado ó embellecido con cristalinas fuentes, poéticas glorietas, estatuas mitológicas, y cómodos asientos, pero apesar de ser un punto de reunión tan bello y lleno de atractivo, la concurrencia no era tan numerosa, y se notaba poca animación y decaimiento en los ánimos. En camino para el Parque, tuvimos ocasión de volver á ver á los soberanos de Prusia: serian cerca de las ocho de la noche, cuando regresamos al hotel; á las doce debíamos partir, y solo nos restaban cuatro horas: tomamos pues una ligera cena y nos dirigimos en seguida al gran Teatro Real, situado en la plaza llamada Gens d'armenmarkt, entre la iglesia Nueva y la Francesa.

El teatro real tiene una hermosa fachada; está precedido de una escalinata amplia y elegante, á

cuyo pié, reposando sobre pedestales de piedra, se ven dos caballos de bronce con sus domadores al lado.

En la fachada principal, sostienen el pórtico 6 columnas de orden dórico; tiene 5 frontispicios adornados de buenos grabados, con estatuas; y corona el edificio un hermoso grupo en bronce dorado; fué construido en 1830 por el arquitecto Schinkel, bajo el reinado de Federico Guillermo III.

El interior, sin ser muy suntuoso, está adornado con elegante y agradable sencillez.

Serian las 11 de la noche cuando regresamos al hotel, después de haber recorrido en cuanto nos habia sido posible en tan breve tiempo, todo lo que Berlin encierra de mas notable y bello.

Es sin duda una de las poblaciones mas grandiosas de Europa; sus calles son rectas y anchas, sus plazas amplias y hermosas, tiene magníficos edificios y palacios, y las casas son de cuatro ó cinco pisos y de elegante arquitectura, llamando algunas la atención por la grandeza en sus adornos: sus paseos son agradables y cuidados con esmero, su comercio abundante y bien abastecido, pero apesar de todo esto, Berlin es muy triste y su grandeza parece eclipsada, ante ese velo sombrío y de

poca animacion. Los prusianos son poco afables, y en el pueblo, mas que esa franca alegria, se nota retraimiento y poca expansion. Como á las once y media, ya del todo arregladas nos hallá- bamos en la estacion, y pocos momentos despues, nos alejábamos rápidamente de Berlin.

CAPITULO L.

Viaje de Berlin á Varsovia. — Comodidad y seguridad con que se camina en Europa. — La que presentan los ferrocarriles de Alemania. — Parte del viaje hecho de noche. — Nuestra llegada á Varsovia. — Visita á la ciudad, su situacion, sus calles aspecto de sus edificios y casas, sus jardines y paseos, sus plazas. — Los templos, la Catedral, el Cármen. — Hotel en que nos hospedamos. — Lo que vimos el último dia de nuestra permanencia en la ciudad. — El jardin de Saxe. — La plaza del mismo nombre. — El arrabal de Cracovia. — Viaducto y edificios notables próximos al puente sobre el Vístula. — El Castillo Real, sus salones, su parque, la biblioteca. — El gabinete Zoológico. — Museo de copias en yeso. — Hospital militar. — Jardin botánico. — Exterior de varios teatros y palacios notables. — La Bolsa. — Alrededores. — Carácter de los habitantes. — Las calles centrales, de noche. Nuestra partida.

Viajar de noche siempre tiene un secreto atractivo, mas aun cuando como en Europa no se arrostra con peligros, sino que por el contrario, se goza de grandes comodidades. Los trenes de Alemania son los mas cómodos, y en ellos el viajero no siente ninguna molestia.

poca animacion. Los prusianos son poco afables, y en el pueblo, mas que esa franca alegria, se nota retraimiento y y poca expansion. Como á las once y media, ya del todo arregladas nos hallá- bamos en la estacion, y pocos momentos despues, nos alejábamos rápidamente de Berlin.

CAPITULO L.

Viaje de Berlin á Varsovia. — Comodidad y seguridad con que se camina en Europa. — La que presentan los ferrocarriles de Alemania. — Parte del viaje hecho de noche. — Nuestra llegada á Varsovia. — Visita á la ciudad, su situacion, sus calles aspecto de sus edificios y casas, sus jardines y paseos, sus plazas. — Los templos, la Catedral, el Cármen. — Hotel en que nos hospedamos. — Lo que vimos el último dia de nuestra permanencia en la ciudad. — El jardin de Saxe. — La plaza del mismo nombre. — El arrabal de Cracovia. — Viaducto y edificios notables próximos al puente sobre el Vístula. — El Castillo Real, sus salones, su parque, la biblioteca. — El gabinete Zoológico. — Museo de copias en yeso. — Hospital militar. — Jardin botánico. — Exterior de varios teatros y palacios notables. — La Bolsa. — Alrededores. — Carácter de los habitantes. — Las calles centrales, de noche. Nuestra partida.

Viajar de noche siempre tiene un secreto atractivo, mas aun cuando como en Europa no se arrostra con peligros, sino que por el contrario, se goza de grandes comodidades. Los trenes de Alemania son los mas cómodos, y en ellos el viajero no siente ninguna molestia.

Como eramos muchos de familia, papá siempre tomaba un wagon solo para nosotras, lo que nos evitaba la pena de viajar con personas extrañas y desconocidas; cuando estuvimos instaladas en nuestro wagon, no siendo posible disfrutar en aquella hora del camino, porque la noche estaba oscura y solo nos permitia distinguir las sombras de los árboles y una que otra pequeña luz en lontananza, solo pensamos en colocarnos bien en aquellos cómodos y mullidos asientos. Una lámpara blanca de cristal velada por una cortina de tafetan verde, comunicaba ténue claridad al pequeño recinto que ocupábamos; á nuestro alrededor reinaba el mas completo silencio, nada turbaba la soledad de aquellos campos, y nuestros ojos fatigados por el sueño, se cerraron al fin, entregándonos al reposo; de cuando en cuando nos obligaban á despertar las roncadas voces de los alemanes que anunciaban el nombre de las poblaciones donde se detenía algunos minutos el tren; entónces nos incorporábamos, levantábamos las cortinas, que para estar mas abrigadas habíamos echado, y siempre nos poníamos á examinar atentamente lo que pasaba; por supuesto lo único que podíamos ver, eran las estaciones que siempre se encuentran perfectamente iluminadas, y donde hay algun movimiento por los nuevos

pasajeros que suben ó bajan, por haber llegado ya al termino de su viaje; esto nos distraia unos momentos, mas luego el tren seguia su curso, y nosotras tambien tornábamos á acomodarnos bien, para poder seguir durmiendo.

Así pasamos toda la noche; los primeros rayos de la aurora, arrojando su naciente y poética luz sobre el firmamento, nos sacaron de nuestra modorra, y sacudiendo el sueño que nos queria aun vencer, nos sentamos, levantamos las cortinas, y comensamos á gozar del crepúsculo de la mañana, que es tan bello y tan poético. Poco á poco la luz tuvo mas fuerza, hasta que por completo nos dejó gozar el espectáculo que presentaba la naturaleza en esas comarcas del norte.

Era imponente la perspectiva, todo se encontraba entónces animado; los árboles, que eran por cierto muy escasos, se veian completamente desnudos de su verde ropage, y no presentaban mas que su esqueleto; algunos pájaros, quizá propios de la estacion, saludaban la salida del sol con sus armoniosos cantos. Como á las ocho de la mañana se detuvo el tren ante una estacion, donde bajamos; estábamos ya en Varsovia y no lo creíamos, porque aquel lugar no era el de la estacion de una buena capital; convencidas sin embargo, abandonamos el tren, tomamos unos carruages, y

papá dió orden de conducirnos á un hotel que nos habian recomendado, y que tenia por nombre Hotel de Europa. En efecto, poco despues descendiamos en él, y como en toda la noche no habiamos probado ningun alimento, nuestro primer cuidado fué tomar un buen almuerzo, y en seguida sin pérdida de tiempo, subiendo en dos carruages, y acompañadas de un guia fuimos segun teniamos de costumbre á visitar lo mas notable de aquella ciudad.

Varsovia, capital fortificada del reino de Polonia; está situada sobre el Vístula, y se compone de la ciudad nueva y la antigua, comunicándose con el barrio de Praga por un puente formado de buques que tiene 2,450 piés de extension, y que segun se nos dijo, se piensa remplazar con un puente fijo. Cuando pasamos por él descubrimos á lo léjos una procesion que nos avivó los recuerdos de nuestra patria querida, é hizo palpitar nuestro corazon de entusiasmo y de contento.

Varsovia cuenta 156,000 habitantes, 41 iglesias y capillas, 31 católicas, y 6 rusas, y mas de 130 palacios. En el siglo XIII fué señorío de los duques de Marzovia, convirtiéndose más tarde en su capital. En 1526, fué tambien señorío de la Polonia y su capital. La organizacion de las bombas es excelente. En cuanto á la industria, Varsovia

ofrece grande interés, se cuentan varios establecimientos industriales, y es un país muy comercial. Fué atacada sin resultado en 1793 y 1794 por los rusos y los prusianos, y tornada en 1794 por los primeros que la saquearon. Allí fué donde comenzó la insurreccion de 1831, y Paskiewiez hizo reinar el órden, usando al efecto de una tirania horrible.

Aunque Varsovia es bastante antigua, su importancia no data sino del siglo XIV; ahora es la residencia del virey de Polonia, bajo el dominio de la Rusia, de la cual forma una dependencia; es el centro de la administracion del reino, tiene un Arzobispo y una escuela de bellas artes.

En sus calles se nota gran diferencia; las que pertenecen á la parte nueva de la ciudad, son hermosas, anchas y rectas, cubiertas de buenas tiendas y bastante animadas, mientras que las de la parte antigua, son de aspecto desagradable, angostas y tortuosas, aunque hay tambien sin embargo en ellas, algunos magníficos palacios.

Sus jardines centrales son bastante bonitos, adornados con preciosas fuentes, enredaderas, estátuas, y cómodos asientos.

Sus mercados son grandes y animados, y las legumbres se hallan muy bien colocadas dentro de pequeñas tiendas de madera: tiene paseos amplios

y hermosos, llenos de frondosos árboles, que forman en el verano las mas poéticas avenidas, con glorietas en cuyo centro hay grandes fuentes con vistosos juegos de agua, ó algun monumento histórico; sus plazas son regularmente en su forma cuadradas, y se hallan adornadas con elegantes fuentes, y algunos monumentos en el centro, tambien históricos, estatuas de bronce, columnas, etc.

Las casas por lo regular se componen de tres ó cuatro pisos, con ventanas; la construccion es buena, y la apariencia guarda por lo comun la mayor armonia posible, presentando un hermoso golpe de vista.

Posée Varsovia edificios muy notables; y en sus construcciones sólidas y variadas, se descubre una rica coleccion de los mejores estilos.

Los templos son de bella apariencia en el exterior, y de sólida y buena arquitectura, grandes y espaciosos, y algunos decorados con lujo y con riqueza.

Tres fueron los que visitamos nosotras; el primero en que penetramos fué la catedral de San Juan, que es un bello monumento gótico del año de 1390, restaurado en 1840 y adornado de excelentes esculturas; 12 sobervias estatuas ornan el pórtico sobre el cual se eleva la torre. El conjun-

to del edificio distínguese por una ligereza y elegancia admirable; vense en el interior monumentos fúnebres, y varias inscripciones incrustadas en la pared. Entre los primeros, se distinguen el sepulcro del Conde Malachowski, hecho por Lavoiseur de mármol de Carrara, y el de los dos últimos piadosos condes de Masovia, representando un obispo y un guerrero durmiendo juntos, que es precioso y de un bello mármol rojo.

Los cuadros que decoran el altar mayor son la Virgen y el Angel, San Juan y San Estanislao por Palma. La capilla de Jesus se halla embellecida por un hermoso crucifijo de madera, hecho en Nuremberg. Lo demás del templo es enteramente grandioso y notable.

Fuimos en seguida á la Iglesia de la Visitacion, á la que está anexo un convento de religiosas, construido en 1760 por Belloti. El cuadro que se halla en el altar mayor, representa la Visitacion de nuestra Señora, y es magnífico. Además posee este templo un copon de madera de évano, adornado con pequeñas figuras de plata, regalo de la reina María Luisa, fundadora del convento. Se nos dijo que en éste hay hermosos cuadros de la escuela italiana, y bordados de oro y de seda del siglo XVII, lo mismo que muebles muy antiguos.

La otra iglesia que visitamos fué la del Cármen, original por no tener torre como generalmente la tienen todos los templos. Hállase contigua al convento de esta orden. Su fachada es hermosa, y el cuadro del altar mayor, que representa á Nuestra Señora, es precioso. El cuerpo de la iglesia contiene varios altares, adornados todos con gusto. Hay mucho aseo y claridad en el interior.

Llamó mucho nuestra atención, llenándonos de contento, la inmensa concurrencia que en los templos se notaba, y la muy grande devoción de los polacos; no puede ponerse en duda que esta nación esencialmente católica ha honrado siempre á la iglesia por los ejemplos patentes que nos da de su gran fé y devoción.

Después de haber recorrido algo de la ciudad, y visitado los tres templos que hemos mencionado, tuvimos que regresar al hotel, y lo recorrimos todo; es grande, sus piezas amplias, y la mayor parte con ventana á la calle, el comedor redondo, los salones bien adornados, y los corredores anchos: el aspecto general es bueno y confortable.

Habiendo descansado algunos instantes, volvimos á ponernos en movimiento, porque al siguiente día debíamos partir; y pocas horas nos restaban de estar en la ciudad.

Dirigímonos al jardín de Saxe, en el cual los domingos sobre todo, se nos dijo, ser el paseo de la aristocracia: tiene el jardín una forma muy simpática, sus avenidas se multiplican, las fuentes que lo adornan son hermosas, tiene además rústicos asientos y árboles corpulentos. Nótanse en él, 19 estatuas por Deibel, una gran fuente sobre una colina de maravilloso aspecto, una hermosa glorieta que contiene el recibidor del archiduque, y un establecimiento de aguas minerales, que imitan los baños de Diocleciano. Al Oeste del jardín se halla la plaza del mercado, donde se nota el bazar de Gossinny Duvor y la caserna de la caballería: al Este se halla la plaza de Saxe donde están los palacios de Saxe y de Brükl, residencia del gobernador general militar, y la oficina de los pasaportes, cuya portada está adornada de excelentes estatuas: hay en medio del pequeño jardín, un estanque para peces.

En el centro de la plaza de Saxe se levantó en 1841 un obelisco colosal de bronce, en honor de los polacos víctimas de su fidelidad al emperador.

El pedestal octagonal es de mármol, y se halla adornado con ocho leones de bronce; el conjunto es bello y magestuoso.

La aristocracia y las clases ricas habitan la

calle llamada arrabal de Cracovia, que comienza en la parte Norte por la plaza de Eróla Zygmunta, y continua al Sur, por la del Nuevo Mundo, y las avenidas.

Esta calle se halla materialmente cubierta de palacios y casas suntuosas.

Cerca de la citada plaza vimos el magnifico viaducto de siete arcos, formando la cabeza del hermoso puente sobre el Vistuala.

Inmediato á este puente, se halla el palacio Blacha, que es una cancillería diplomática, y el castillo Real, antigua residencia del rey de Polonia, fundado en el siglo XIV; monumento de aspecto sombrío, pero imponente por sus proporciones, y su situacion elevada. Era entonces la residencia del lugar-teniente del emperador.

Penetramos en él, y visitamos la parte que estaba visible. Se encuentra decorado con un lujo y magnificencia verdaderamente notables. La sala de baile llama sobre todas la atencion, por hallarse rodeada de estatuas de bronce dorado magnificas.

La sala de los príncipes, tapizada de mármol y amueblada con un lujo asiático, y los antiguos apartamentos del czar, que contienen los mejores cuadros de Marcell. Bracciatti, y la coleccion de os archivos, llaman igualmente la atencion.

El parque del castillo rodeado de arcos hace gozar de una bellísima perspectiva.

Enfrente se eleva una estatua sobre una columna de mármol que se halla en un puente, es de bronce dorado y representa á Sigismundo III, tiene 36 piés de elevacion y su autor es Thím.

Nos dirigimos despues y penetramos en la Biblioteca que encierra mas de 100,000 volúmenes, de los cuales una gran parte son obras polacas. Contiene tambien una coleccion muy rica de monedas especialmente antiguas de Polonia.

El gabinete zoológico fué otro de los edificios públicos que visitamos; el cual contiene mas de 35,000 objetos, entre los cuales se encuentran un gran número de *mamíferos*, pájaros, pescados é insectos indígenas.

Luego fuimos al gabinete de mineralogía, que contiene mas de 21,000 piedras, entre las cuales notánse algunas magnificas piezas de la Filandia y de la Siberia.

Estuvimos tambien en un museo de copias en yeso, de mas de 750 obras antiguas y varias modernas; entre ellas sobresale el Apolo de Bélvédere, el grupo de Laocoon, la Vénus de Médicis, el gladiador y la estatua de Copérnico.

En nuestra escursion pasamos por el hospital militar Ujasdow, monumento hermoso del siglo

XIII. Penetramos un momento en el jardín Botánico que posee 30,000 plantas y varias naranjerías. En medio de este jardín se levanta el Observatorio, monumento compuesto de dos torres y cúpulas torneadas, donde no entramos por falta de tiempo.

Pasamos también por el gran Teatro, construido en 1833; y adornado con preciosos bajo relieves. Vimos á nuestro paso algunos otros teatros de mucha menos apariencia que el que hemos mencionado.

Tuvimos ocasión de contemplar algunos de los numerosos palacios que posee esta ciudad. Citaremos solo algunos, tales como el palacio Rosinsky, monumento de estilo italiano construido en 1793, y que ha servido para el Senado y la Corte superior de Justicia. Se encuentra adornado de magníficos bajo relieves por Bianchi.

La Bolsa es un vasto edificio, imponente por su construcción, y cerca hay un bazar de aspecto pintoresco.

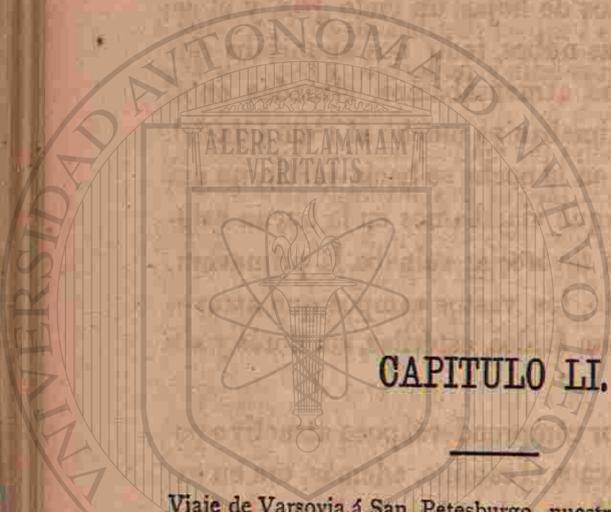
Se nos dijo que Varsovia tenía preciosos alrededores que encierran grandes recuerdos históricos; pero nosotras no visitamos ninguno, porque fué muy corto el tiempo que en esta capital permanecimos, y aun creemos haber hecho demasiado con todo lo que vimos.

El carácter de los habitantes de Varsovia es triste, como en general el de todos los polacos, quizás debido á los grandes desastres acaecidos á esta nación, antes feliz y poderosa, y hoy tan desgraciada.

Solo una noche permanecemos en Varsovia, y salimos en ella á pasear por las calles del comercio que se encontraba abierto, y perfectamente iluminado con gas. Notábase alguna animación en las calles centrales y en los cafés; pero separándose del centro, todo era lúgubre y sombrío.

Eran ya las once de la mañana del siguiente día, cuando nos dirigimos á la estación del camino de fierro, que debía conducirnos á San Petersburgo, capital de Rusia, y término de nuestro largo viaje.

Ocupamos un wagon amplio y cómodo, y antes de las doce comenzamos á caminar perdiendo pronto de vista la ciudad.



CAPITULO LI.

Viaje de Varsovia á San Petesburgo, nuestro paso por Jablonna, Dug, Serodok y Pultusk.—Aspecto del camino y de las comarcas por donde atravesamos.—Ostrolenka.—Marienpola. Kowno.—Malos alimentos en las estaciones y restaurants del tránsito.—Wilna, su poblacion, su importancia política, su universidad.—Grodno, su comercio y número de habitantes.—Dunaburgo, su fortaleza.—Picow, su poblacion.—Vista que al acercarse presenta San Petersburgo y nuestras impresiones.

Al salir de Varsovia nos dirigimos por el Valle del Vístula hácia el Norte; pasamos Jablonna, propiedad del príncipe Poniatowskyi, que tiene un castillo y hermosas viñas. Despues arribamos á Bug, Serodok, Pultusk, en esta última poblacion hay una buena estacion; tiene 4000 habitantes, y en ella siempre permanece una regular guarnicion; el camino se presentaba ári-

do á nuestra vista; grandes y extensas llanuras, despobladas y desiertas; árboles secos y del todo desprovistos de hojas; un cielo gris, y el sol velado de pardas nubes, todo nos anunciaba que las comarcas que atravesábamos, situadas en el Norte, se aproximaban ya mucho al Polo Glacial. El frio aunque en la noche se hacia sentir, no era muy fuerte, porque viajábamos en la buena estacion, y esto nos favorecia; reinaba la primavera, y á pesar de esto, los vastos campos que atravesábamos, se veian áridos, estériles, sin flores y sin frutos.

Como el lector comprenderá, poco atractivo podia proporcionarnos el camino, además, era en extremo despoblado y solo á largas distancias nos deteniamos en pequeñas poblaciones; desprovistas y sin vida: todo nos probaba el estado en que se hallaban esas regiones, en las que la mano de la civilizacion comensaba apenas á derramar sus luces; pasamos en nuestro trayecto por mas de 33 poblaciones de ninguna importancia, y en las que nos deteniamos contemplando tan solo al paso, el reducido grupo de casas que las formaban; pero al lado de estos pueblos ó aldeas, pasamos tambien por algunas poblaciones de importancia, en las que la civilizacion y la luz, habian ejercido ya su imperio.

La primera que se presentó á nuesa vista, fué Ostrolenka, célebre por la batalla del 26 de Mayo de 1831, tan funesta á los polacos; nos detuimos despues en Marienpol situada cerca de un lago. á la orilla de la Szeszapa, donde descubrimos las cúpulas de algunos templos y las torres de diversos edificios, que parecian de buena arquitectura.

La tercera poblacion que se presentó á nuestra vista fué Kowno. ciudad de 20,199 habitantes situada á la derecha del Niemen y última poblacion de la polonia. Hiere desde luego la mente del viajero un recuerdo histórico al contemplar el Niemen, célebre rio que atravesó en ejército frances compuesto de 450,000 hombres en Junio de 1812, de los cuales solo vió volver en Diciembre del mismo año 20,000, únicos pero gloriosos restos de aquel ejército tan numeroso y grande...

Al salir de las fonteras de Polonia para penetrar en las de Rusia, la primera poblacion de importancia que contemplamos fué Wilna.

Aquí el tren hizo alto, y bajamos á tomar algun alimento; pero era tan malo todo lo que habia en el restaurant, unos potages tan impasables, que nos fué imposible tomarlos, y nos regresamos al tren sin tomar nada; Wilna es una poblacion que cuenta 47,507 almas; fué fundada en

1322, y segun la opinion de otros autores, su poblacion ascendió á 100,000 habitantes, de los cuales 20,000 son judios. Hoy es la capital del departamento ó gobierno de su nombre, la residencia de un arzobispo católico, de un obispo griego, y de un consistorio evangélico; su célebre universidad fundada en 1578, fué suprimida en 1832, y hoy posee una magnífica escuela de medicina.

Por lo que pudimos juzgar, el aspecto de la poblacion parece bueno; sus casas son grandes y se descubren algunos edificios de mérito.

De Wilna pasamos á Grodno, ciudad muy antigua, casi destruida á causa del incendio de 1753, y capital del departamento de su nombre, situada sobre el Niemen; su comercio y navegacion por este rio son muy importantes, siendo el número de sus habitantes de 5000. El camino habia continuado árido y monótono, llegamos al fin á Dunaburgo, fortaleza importante situada á la izquierda del Duina; esta poblacion está cruzada por varias líneas de caminos de fierro, y se descubre desde luego la célebre y fuerte torre que la fortifica. ®

De aquí pasamos á Pskow, poblacion de 10300 almas; situada á la derecha de Vielikaja cerca de su embocadura en el lago de Pskow bahia del gran lago Peipus. A poca distancia de Pskow, un espectáculo hermoso hizo palpitar nuestro co-

razon de contento; descubrimos en el horizonte las estrelladas cúpulas, las doradas flechas, y pocos momentos despues, penetramos en San Petersburgo; nuestros ojos, entónces, se elevaron al cielo en señal de gratitud, y despues se fijaron en la poblacion que íbamos atravesando. Antes sin embargo de que penetremos en la capital de Rusia, preciso es que manifestemos al lector lo que habiamos avanzado durante el camino en el manuscrito de Genaro, que habiamos abierto mas de una vez para divagarnos del fastidio que lo largo y monótono del viaje comenzaba á producirnos, pues permanecemos en el tren sin descanso, dos noches y cerca de tres días. Veamos lo que habia sucedido al pobre expósito.

CAPITULO LII.

Continuacion de la historia de Genaro.

La historia de Genaro continuaba así:

Aquella noche, como he dicho ya, soñé en el paraíso; la imágen bella de Leonor, presentábase en mis sueños todavia mas seductora, y me parecia encontrarme ya en los momentos felices en que ella, con una gracia encantadora, correspondia por fin al fuego devorante de mi pasion, respondiéndome, Genaro, ¡te amo!..... ¡y solo tuya seré!..... Estas palabras me trasportaban á un cielo de ventura, y me hacian plenamente feliz. Cuando desperté serian las diez de la mañana, tomé el reloj para verlo, y al instante me levanté y poco despues salia de la pieza: un criado perfectamente vestido, se presentó ante mí y pregun-

razon de contento; descubrimos en el horizonte las estrelladas cúpulas, las doradas flechas, y pocos momentos despues, penetramos en San Petersburgo; nuestros ojos, entónces, se elevaron al cielo en señal de gratitud, y despues se fijaron en la poblacion que íbamos atravesando. Antes sin embargo de que penetremos en la capital de Rusia, preciso es que manifestemos al lector lo que habiamos avanzado durante el camino en el manuscrito de Genaro, que habiamos abierto mas de una vez para divagarnos del fastidio que lo largo y monótono del viaje comenzaba á producirnos, pues permanecemos en el tren sin descanso, dos noches y cerca de tres días. Veamos lo que habia sucedido al pobre expósito.

CAPITULO LII.

Continuacion de la historia de Genaro.

La historia de Genaro continuaba así:

Aquella noche, como he dicho ya, soñé en el paraíso; la imágen bella de Leonor, presentábase en mis sueños todavia mas seductora, y me parecia encontrarme ya en los momentos felices en que ella, con una gracia encantadora, correspondia por fin al fuego devorante de mi pasion, respondiéndome, Genaro, ¡te amo!..... ¡y solo tuya seré!..... Estas palabras me trasportaban á un cielo de ventura, y me hacian plenamente feliz. Cuando desperté serian las diez de la mañana, tomé el reloj para verlo, y al instante me levanté y poco despues salia de la pieza: un criado perfectamente vestido, se presentó ante mí y pregun-

tándome ¿si queria ya tomar el almuerzo? yo no sabia que hacer, porque era mucho molestar á D. Mariano quedarme, pero era tambien una ofensa marcharme á desayunar á otra parte y por consiguiente dije al criado que lo sirviera, y me dirigí al comedor.

D. Mariano estaba allí concluyendo de tomar su almuerzo; apénas me vió, abrió sus brazos para recibirme en ellos, y despues me dijo.

—¡Ah Genaro! toda la noche, ó la mañana, como quieras llamarla, he soñado en tí..... ¡que entrada tan brillante has tenido en la sociedad!... ¡de cuantas ovaciones te han llenado!... ¡que entusiasmo tan inmenso has producido!.... Dime ¿no te sientes satisfecho y muy feliz?

—D. Mariano, me siento lleno de cariño y gratitud, y nada mas. ¿Qué cree vd. que no comprendo en su verdadero sentido las cosas? ¡ay! si en vez de tener como tengo la proteccion de vd., fuera un pobre muchacho como era antes, sin nombre y sumergido en la oscuridad, nadie me habria hecho caso, habria sido recibido en la carrera que he emprendido, porque no era posible cometer una inconsecuencia conmigo, pero no habria tenido ovaciones, ni entusiasmos, honras y distinciones; todo lo debo á vd., porque ha querido dármelo.

Mi protector me contempló con una ternura inmensa, y luego me dijo.

—Genaro, con esos bellísimos sentimientos tú me haces muy feliz, pero te quitas gran parte de tus goces; nó hijo mio, modera en este punto tu nobleza, y piensa que D. Mariano no existe, y que por el mérito de tu aplicacion tan solo te encuentras colocado en el distinguido puesto en que te hallas: verás entónces cuan doblemente gozas, que es lo que yo quiero Genaro, que goces mucho, mucho.

—¡Oh el mas querido de los hombres! exclamé arrebatado de entusiasmo. ¿creé yd. que las glorias del amor propio pueden ser mayores que las satisfacciones y los goces íntimos del corazon? ¡imposible! nunca, nunca tendrán el menor punto de semejanza.

D. Mariano era todo un caballero, y no le gustaba ser tan elogiado, aunque tenia mucho placer, como era natural, en recibir las muestras de gratitud por lo que tan justamente merecia; y sacando la conversacion del terreno en que se encontraba, me preguntó si ya tenia listo el escrito que habiamos quedado en presentar al dia siguiente de mi recepcion; le conteste que ya lo tenia yo hasta firmado y que deseaba leerselo, pues aunque lo habia formado conforme á sus indicacio-

nes, podia sin embargo no gustarle alguna frase, algun pensamiento, en cuyo caso no tendria yo embarazo ni sentimiento alguno en hacerlo de nuevo. D. Mariano me contestó que oiria con mucho gusto su lectura.

—Almuerza, añadió, en mi cuarto te espero.

Diciendo estas expresiones salió del comedor, volviendo poco despues con Clara.

—Aquí te dejo esta compañera que tampoco ha almorzado, no converseis tanto Genaro, que te olvides de que voy á esperarte.

—Nó D. Mariano, pronto estaré con vd.

Salió D. Mariano del comedor, miéntrrs Clara, despues de saludarme, tomaba asiento á mi lado.

—Con que ¿cómo te sientes Genaro? ¿Despues de haber hablado con Leonor, la amas lo mismo? ¿nada te dice tu corazon sobre si serás al fin correspondido?

—¡Ah Clara! tú has sido para mí el consuelo mayor, y no te puedes figurar hasta que punto te estoy agradecido! Tus palabras fueron las que arrancaron á Leonor una expresion que me hizo un bien inmenso, porque ella toda la noche se habia mostrado esquiva conmigo, y aun despues; aunque esa expresion me reveló por fortuna que no le era yo del todo indiferente, pero vi que no siente por mí ningun afecto; te confieso

Clara que entre la multitud de jóvenes que en el salon habia, ella era la mas indiferente hácia mí, la mas fria; en todas encontraba yo una sonrisa, una expresion cariñosa, miéntras que en Leonor^r absolutamente nada, y esto, como comprenderás, no puede serme sino en extremo sensible. Leonor no me tiene ni aun la simpatia de la amistad, y aunque tengo una secreta esperanza de que llegaré á ser al fin correspondido, estoy seguro de que es mucho lo que tengo que padecer para conquistar su cariño.

—Me preguntas si con haberle hablado la amo aún lo mismo ¡Ay Clara! no solo la amo como ántes, sino aun mas, porque su modestia virginal, la pureza de su alma, su seductor recato, me tienen fascinado; acabo de verla y ansío de nuevo contemplar su semblante; tú me juzgarás tal vez exagerado, aunque no lo creo así, porque estoy cierto que experimentas tú lo mismo por Arturo. Pero ya que nos hemos ocupado tanto de mí, cuéntame algo de tí; ¿cómo te sentiste anoche? ¿verdad que muy feliz?

—¡Ah Genaro, mucho muy feliz! te aseguro que por nada la cambiaria; sentia un secreto orgullo en poder bailar con Arturo en presencia de la mas selecta sociedad y de mi padre; que por un momento, olvidando lo muy desgraciada que era,

me sentia dichosa ¡muy dichosa!..... Goce de tal manera, que hubiera querido perpetuar esa noche venturosa, en que por la vez primera podia despues de tanto tiempo hablar libremente con Arturo, y pasar á su lado largas horas; ¡ah Genaro! tambien yo debo estarte agradecida, porque si no es por tí, Arturo no hubiera quizás llegado á pisar mi casa. Tu conoces á mi padre, es muy orgulloso, y no permite que me trate persona, cuya familia no sea muy conocida.

—Pero Clara, ¿cómo te deja tener con un pobre expósito como yo, tanta confianza?

—Hablandote con franqueza, confieso que estoy en este punto muy admirada, porque jamás hubiera ni imaginádome siquiera, que pudiera suceder lo que ha sucedido, pero Dios te favorece de un modo visible Genaro, porque ha colocado en el corazon de mi padre hácia tí una ternura muy poco comun, y de la cual tan solo tú eres objeto; mi padre serio y abstraído con la generalidad, ha cambiado completamente respecto de tí, y te profesa casi el cariño que se puede tener por un hijo.

—Pues bien Clara, la suerte que por voluntad de Dios he gozado, ¿puede acaso estar léjos de Arturo? ¿no puede tambien la providencia hacer-

lo agradable á los ojos de tu buen padre, y gozar de las mismas distinciones con que me honra?

—Todo puede suceder, pero yo te confieso que no lo creo así: por el contrario, si mi padre sospechase algo, si conociera la inclinacion que yo tengo por Arturo, ¡ay cuan infeliz seria yo! él convertiria para mí en rigor todas sus antiguas caricias, me trataria con dureza, coartaria mi libertad, y me haria por lo tanto desgraciada creyendo hacerme feliz; Genaro, por lo pronto, es necesario usar de suma reserva respecto de mi inclinacion por Arturo, y al amor que él me profesa: puede ser que algun dia sea conveniente romper este sigilo, pero por ahora no lo es; entre tanto yo padeceré, pero mucho ménos que lo que tendria que sufrir si llegase lo que hay á noticias de mí padre; en reserva seguiremos amándonos, tú serás nuestro protector, nos ayudarás para proporcionarnos por lo pronto cuantos goces estén á nuestro alcance, y serás en fin el bálsamo que refrijere las heridas con que el infortunio nos castigue.

—Sabes que te amo le dije, como un hermano cariñoso, que estoy dispuesto á servirte en cuanto esté en mi mano, y que por verte feliz no omitiré ningun esfuerzo; pero dime Clara, ¿cómo se formó en tu corazon este cariño hácia Arturo,

conociendo la inmensa distancia que de él te separaba?

—Genaro, apenas puedo contestar tu justa observación; ya Arturo te refirió cual fué el principio de nuestro conocimiento; la constancia firme de tu amigo y la pasión abrasadora en que por mí se consumía, ¡hé aquí todo! comprendí yo desde luego la inmensa distancia que nos separaba, y aun traté de cortar al principio toda clase de relaciones, pero insensiblemente mi corazón se convertía en el templo del amor de Arturo; era muy niña, jamás había sentido en mi pecho las palpitaciones del amor, mis oídos no habían escuchado las palabras seductoras con que el hombre se gana nuestro corazón, sus cartas apasionadas y llenas de un fuego que me era completamente desconocido, fueron engendrando en mi alma una pasión, y por fin vencida por ella, no me fué posible ya resistir, y no pude ménos de amar á Arturo con todo mi corazón! hoy su amor es una necesidad para mi existencia, y si él me llegase á faltar, perdería la vida.

—Después de Arturo, mil jóvenes, cuya posición igualaba á la mía, me han cortejado y de mil modos han procurado ganar mi corazón, pero inútilmente, porque le pertenece por completo y no podrá ser de nadie fuera de él. Hoy su misma

posición me lo hace más querido, comprendo que lo voy á hacer feliz con mi fortuna, que á mi lado concluirán todos sus trabajos, y esto ensancha mi alegría; lo amo Genaro, como amas tú á Leonor y quizás más aún; por eso te compadezco, por eso querría á toda costa que Leonor, siguiendo mi ejemplo, te correspondiera, te entregara su corazón, y te hiciera plenamente feliz ¡oh, entonces me verías doblemente satisfecha.

—¿Y tu corazón que te dice hermana mía? ¿crees que Leonor al fin siga tu ejemplo?

—¡Ay Genaro, no puedo leer en el porvenir! pero hablándote con franqueza si lo creo; tengo interiormente esa creencia, tu alcanzarás el amor de Leonor, tú como yo, palitarás con los mismos latidos de su corazón, vivirás en ella, y ella vivirá en tí. Ten confianza Genaro, ten fé y verás como con el tiempo tendremos ocasión de recordar ya en la más bella realidad, lo que está ahora por ser.

Las palabras de Clara, me hacían un bien inmenso, y no hubiera querido por nada abandonarla, cuando vi aparecer por la puerta á D. Mariano, y hasta me puse rojo de vergüenza.

—¡Vaya un muchacho! me dijo un tanto disgustado, lo primero que hiciste fué olvidar mi en-

cargo; ya me tenias desesperado de aguardarte, y ni siquiera pensabas en buscarme.

—Teneis razon padre mio, me apresuré á decirle; pero vos mismo teneis la culpa, porque al traerme á Clara, debisteis calcular que yo no sentiria el trancurso de las horas á su lado.

D. Mariano, á quien llenaban de contento los elogios dedicados á su hija, sonrió al escucharme, y me dijo lo siguiera; yo entónces tomé por la mano á Clara, la conduje hasta la puerta de sus habitaciones, y estrechándola cariñosamente corrí á reunirme con su padre, con quien solo traté de asuntos sérios, quedando él muy satisfecho del escrito que aquel mismo dia fuimos ambos á presentar.

Cuando salí de la casa de D. Mariano, mi corazon palpitaba de placer y de esperanza!... me dirigí ante todo á casa de Doña Margarita, pues consideré que allí estarian ansiosos por verme; en efecto, me recibieron con las muestras mas marcadas de simpatia; Julia, sin embargo estaba un poco séria conmigo, sin que pudiera yo tener ninguna culpa voluntaria respecto de ella; su semblante se hallaba pálido, y se comprendia que su espíritu sufría.

Los primeros momentos, como es natural, los pasé con todos los de la familia sin exceptuar mis

dos amigos que tambien se encontraban allí. Doña Margarita me invitó aquel dia para que comiese con ellos, y me pareció natural aceptar su invitacion.

—De todas partes, Genaro me dijo, has recibido ovaciones, y se te han dado muestras de cariño; tú te has partido por corresponderlas todas; justo es que hoy nos pertenezcas, despues que tan largo tiempo hace que no hemos podido contar contigo un dia entero

—Tengo, contesté á Doña Margarita, el mayor placer en admitir la bondadosa invitacion de vd., pero despues de comer tendré que abandonar á vds. porque hoy es preciso que arregle algunos asuntos importantes, y debo además instalarme en alguna parte, pues hasta ahora se puede decir que aun no sé cual será mi habitacion, y preciso es que la busque.

—Oí decir á las muchachas, murmuró entónces Doña Margarita, que te habian ofrecido esta, pero que no la quisiste aceptar; ya sabes que por nuestra parte tendríamos un verdadero placer en tenerte á nuestro lado.

—¡Oh querida tial apenas puede vd. comprender la inmensa gratitud que engendran en mi alma sus palabras, y si obedeciera los impulsos de mi corazon, ciertamente no seria otro el lugar que

buscase para mi residencia, pero no es posible sin embargo, cumplir en esto mis aspiraciones, porque no soy una persona quieta que pueda habitar en el seno de una familia; mi carrera, las relaciones de amistad, el comenzar á tener una libertad por la que largo tiempo he suspirado, harán de mí un jóven algo desarreglado, no en sus costumbres, pero si en su vida; es decir, habrá dia que tal ó cual compromiso me impida comer en casa, y viviendo con una familia, mi tardanza la molestaría y le causaría sérios disgustos; puedo tambien tener caprichos en las comidas, un dia quiero comer á tal hora y otro no, en las noches no entraré temprano, y cuando tenga alguna fiesta á que concurrir, léjos de entrar temprano, no lo haré sino al amanecer, todos estos son desarreglos que en una familia no pueden soportarse, ni seria tampoco bien visto; me parece por consiguiente muy justo, que procure tomar una pieza en alguna casa de huéspedes, donde tenga mayor libertad: mi carrera por otra parte exige hasta cierto punto que tenga un lugar donde recibir á las personas que me quieran encargar de sus negocios; aquí privaría yo á vds. de su sala y de mil comodidades, introduciría el desarreglo, y en fin, seria yo ocasion de disgusto, en vez de serles grata mi compañía; pero aunque yo no habite en

casa de vds., no por eso mi corazon se separará en un ápice de la familia de D. Justo para mí tan querida, y á quien considero como la mia. Todos los dias vendré un momento á saludarlas, muchas noches tendré tambien el placer de acompañarlas, y así nos veremos frecuentemente, y les dedicaré quizás mas tiempo que si viviese al lado de vds.

Mis palabras, fuerza era que convencieran á Doña Margarita; ella mas bien por carabana, como se dice vulgarmente, me habia instado para que me quedara en su casa; pero no podia desearlo; pues no era prudente, que un jóven completamente extraño en su familia, (pues bien sabia que no era yo nada de ella) fuese á habitar en su compañía, en medio de hermosas jóvenes; de modo que ya Doña Margarita no me instó mas.

—Puesto que tienes, me dijo, razones que me convencen á que no debes venir á vivir entre nosotros, no puedo de ninguna manera forzarte, porque siendo ya un hombre y no un niño, eres libre para tomar el partido que quisieres, en cuyo caso no podría yo hacer mas que darte mis consejos, si por desgracia te veía tomar una vereda peligrosa; pero no ha de suceder así, porque tienes talento, y él mismo, te guiará siempre por los caminos rectos.

Siguió largo rato la conversacion en ese sentido, es decir, dándome Doña Margarita buenos consejos que sabia yo apreciar, y por último me dijo.

—Vaya Genaro, ya te habré fastidiado con mis largos sermones! pero es preciso hijo mio que la experiencia de los viejos se derrame sobre los jóvenes, para que no estando ciegos, sepan hacer frente á las pasiones y vencerlas con las armas que la experiencia suministra.

—Es cierto Doña Margarita, le repliqué, léjos de fastidiarme sus discursos, tengo un particular placer en escucharlos.

—Te lo agradezco mucho, pero las muchachas te esperan con impaciencia, y mientras yo dispongo que la comida esté lista, anda tú con ellas.

Obedecí como era natural á Doña Margarita, y me dirigí no sin cierta repugnancia á la pieza donde estaban; no tenia ya el mismo gusto en verlas, porque el carácter que habia tomado el cariño de Julia me molestaba mucho; pero aunque me contrariaba esto, no era posible evitarlo, y ménos aun demostrárselos así, siendo como eran tan extremosamente susceptibles. Tuve pues que hacer el ánimo, y entré; Sofia con su natural candor, se levantó del asiento en que estaba sentada; y dándome unas palmadas en el hombro.

—¡Pícaro me dijo, como te haces desear! ya fuí á escuchar lo que tratabas con mamá, y era sobre que debias venirme á vivir entre nosotras, y entónces me conformé con que te estuvieses con ella, porque eso nos traia provecho; ¿verdad que ya todo está arreglado, y que vienes á habitar en esta casa?

Era un compromiso responder á mis amiguitas, porque si les decia la verdad, comenarian á disgustarse conmigo, y si les mentia, tendrian luego justo motivo para disgustarse tambien; deliberando, pues sobre esto, me propuse darles la respuesta siguiente, que era en todo caso la ménos comprometida.

—Sofia, no te he de contestar la pregunta que me haces, porque es á tu mamá á quien he encargado sea la intérprete de mis sentimientos, ella será la que les manifestará si me quedo ó nó entre vds., y no creo fueran vds. de una opinion contraria á la suya, hasta el punto de molestarse de la decision que con ella hubiese tomado.

Sofia me vió con fijeza, mientras Julia, que se encontraba cerca de la ventana, bordando, me dijo con un aire como enojado y sarcástico.

—Genaro, te conozco demasiado, para que se me oculte ni un solo momento la resolucio que tienes ya tomada, y para probarte que no hablo

das al enfermo las medicinas que creía apropiado para aliviarlo; al primer golpe de vista, descubrí los cuadros que acabo de pintar, y mi corazón se oprimió al lado de tanto sufrimiento; á mi aparición en la cabaña, un grito de sorpresa se escapó del pecho de Leonor: yo también retrocedí al parecer sorprendido, pero la pobre campesina, corriendo hácia mí, me tomó por la mano, diciendome: la Providencia os envía; ¡corred señor que se muere! ¡ah, por piedad!..... ¡Salvadle su vida!

En extremo interesadas en la relación de Genaro, cerramos con verdadero sentimiento la cartera, porque como el lector recordará, llegamos á San Petersburgo, y solo pensamos ya en dar gracias al Eterno.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

FE DE ERRATAS NOTABLES.

PAGINA.	LINEA.	DICE.	LEASE.
16	16	por noche.	por la noche.
28	26	porqu el aprudencia.	porque la prudencia.
31	3	piés tan suntuosos.	piés en [tan suntuosos.
37	1	Capítulo XXII.	Capítulo XXIII.
38	1	así que,	así es que.
42	3	tremendo.	trémulo.
45	14	llenos de.	Jardines llenos de.
56	21	un huevo.	un huevo de paloma.
117	1	*Capítulo XXIV.	Capítulo XXV.
119	3	cerca de.	Auter de.
155	9	entristecia de placer.	estremecia de placer.
156	3 y 4	tripe amarillo. <i>¿</i>	brocatel amarillo.
156	12	en los demas.	Ni en los demas.
174	6	otros puntos y arcos.	otras puertas y arcos.

* Desde este sigue errada la numeración de todos los capítulos; debe aumentarse á cada uno un número más, según se verá en el índice.

175	17	que le.	que se.
214	6	el de la nueva ópera.	el nuevo de la ópera.
221	9	basilica.	basilica.
222	6	126 metros 18.	126 metros 68 pulgadas.
401	16	mbienta.	tambien.
401	25	abahia.	Abadia.
419	19	presenta.	presentaba.
421	19	patranada.	patrocinada.
427	4	Tintorel.	Tintoret.
427	13	Aldens.	Caldeos.
439	18	Potdam.	Potsdam.
443	4	lastimarte.	castigarte.
532	18	sies.	seis.
567	9	ntes me dió.	Antes Milord me dió.
575	17	Es sin duda una.	Esta es sin duda una.

INDICE DEL TOMO II.

	Paga.
ADVERTENCIA	5
CAPITULO XXI.—Lo que era ántes Liverpool y lo que es actualmente. Sus diques, sus calles, edificios y mercados, estátua de Jorge III. Nuestra partida de Liverpool, el camino entre este puerto y Lóndres.....	9
CAPITULO XXII.—Lóndres, su situacion y extension, cuándo fué fundada esta ciudad, sus calles, casas y plazas, número de sus habitantes, su modo de vivir y poblaciones contiguas que ha absorbido. Puentes que tiene sobre el Támesis, el tunel. Establecimientos y sociedades de caridad, partes principales de la ciudad. Impresiones que nos causó su vista. La City Westmister, nuestras escursiones particulares. Casa del parlamento y lo que más llamó en ella nuestra atencion. Abadia de Westmister, su aspecto y extension, su arquitectura, cosas notables que contiene. Capilla de Enrique VII. San Pablo, extension y altura de este templo, sus torres, su aspecto arquitectónico y lo que más llama la atencion en él.....	17

- CAPITULO XXIII.*—Descanso en el hotel. Lectura de la cartera misteriosa. Escursiones que hicimos el dia siguiente. La torre de Londres, su antigüedad é historia; recuerdos que evoca, su aspecto y extension, dimensiones de las principales construcciones del interior. Idea de lo más notable que contiene la iglesia de San Pedro in vinculis. La torre blanca. Volunteer Armoury. Capilla de San Juan. Cuarto de los modelos. Conservatorio de los archivos. La torre de Wakefield. Cuarto de los diamantes de la corona. Riqueza inmensa y objetos valiosos que encierra. Guillotina en que fué ejecutada Ana Bolena. Instrumento del suplicio. El museo de armas. La prision. Varios patios y lo que en ellos vimos. Nuestro paseo en el jardín zoológico, su extension y parques. Notable coleccion de animales y lo que más llamó nuestra atencion. 37
- CAPITULO XXIV.—Continuacion de la lectura de la cartera. Siguen nuestras escursiones en Londres. El túnel. El palacio de Sydenham. Museo de madame Touse. Hide-Park. Regent-Park. Victoria-Park. Práctica de sacar á los niños á pasear y respirar el aire libre en los jardines y parques. . . . 68
- CAPITULO XXV.—El Támesis, número de buques que ordinariamente entran en él. Templos, Dunstant church. Bridé church. Edificios destinados á objetos de beneficencia. Andrew church, Iglesia del Salvador. La de Magnees. Hospital de Santo Tomas. Teatro real de la Opera. Regent Street. Vista exterior del palacio de la reina y de la Bolsa. Escursion ligera hecha por la noche ántes de partir de Londres. El aspecto ordinario de la ciudad. Carácter de sus habitantes. Nuestras impresiones. Partida de Londres. . . . 117
- CAPITULO XXVI.—Viage de Londres á Paris por el canal de la Mancha. Aspecto del camino. Continuacion del contenido de la cartera misteriosa. Nuestra llegada á orillas del canal. Temores que nos asaltaban. Lo que pasaba en el vapor del tránsito en los momentos de nuestro embarque. Boulogne. Descripción de la ciudad. El camino de Boulogne á Paris. Nuestra llegada á esta gran capital. . . . 132
- CAPITULO XXVII.—Los primeros momentos de nuestra llegada á Paris. Situacion geográfica de la ciudad, su extension

* Véase la fé de erratas, por el error que hay en la numeracion de los capítulos.

- primitiva y actual, su clima y su poblacion. Idea general de ella. La Barrera de la Estrella. El arco de triunfo. La Barrera de Passy. Barrera de Italia. Otras puertas y arcos triunfales, El del Carrousel. La puerta de San Martin. Calles principales. Los boulevards más notables. Aspecto grandioso y bello que dan á la ciudad por su extension, sus construcciones y su animacion. Los pasages. Las plazas principales. Descripción de la de la Concordia, la del Hotel de Ville y la de Vendome. Los campos Eliseos. Descripción de lo que son y los gozes que allí se tienen. El jardín de las Tullerías. El de Luxembourg. El del palacio Real. El campo de Marte y otros jardines y lugares de recreo. . . . 174
- CAPITULO XXVIII.—Continúa la narracion del contenido de la cartera. . . . 197
- CAPITULO XXIX.—Continuacion de nuestros paseos en Paris y sus alrededores. El bosque de Boulogne. Pre-Catelan. Fuentes, la de Molière, las de la plaza de la Concordia, la de San Miguel. Algunos edificios notables. Templos: el de Notre Dame, el de la Magdalena, el Panteon; San German de L'Auxerrois. Iglesia de San Roque, de San Vicente de Paul. El cementerio del padre Lachaise. Monumentos notables que lo componen, su formacion y adornos, idea general de él. Los teatros: el nuevo de la Opera italiana, el antiguo de la Opera ó Conservatorio de música, otro de la Opera italiana, el de la Opera francesa, el del Vaudeville, el de la Puerta de San Martin. Los museos: el de Cluni, se hacen notar algunos de los objetos que contiene; el de Louvre, multitud de compartimientos que lo forman y objetos notables que contiene, el de las estátuas, la venus de Milo, y otras pinturas que llamaron nuestra atencion. Museo de Luxemburgo, cuadro que representa la prision de la Bastilla, artistas que se ocupan frecuentemente en sacar copias. Los palacios, el de las Tullerías, su jardín, sus hermosos salones, su teatro y su capilla. . . . 214
- CAPITULO XXX.—El Palacio Real, Palacio del cuerpo Legislativo. Hotel de Ville. Palacio de justicia. Palacio del Instituto. Palacio de Bellas Artes. Palacio de la Legion de Honor. La Bolsa. El cuartel de los inválidos. El sepulcro de Napoleon el grande; impresiones que produce la vista de este mo-

numento.....	257
CAPITULO XXXI.—Continuacion de la lectura de la cartera misteriosa.....	270
CAPITULO XXXII.—Escursiones en los alrededores de Paris. Saint Cloud, el castillo, sus salones, el parque, La gran cascada y juegos de agua. La linterna de Diógenes. Los jardines. Aspecto de la poblacion. Nuestro regreso á Paris:.....	301
CAPITULO XXXIII.—Paseo á Versalles. Poblaciones que se hallan en el tránsito, lo que es y fué en tiempos pasados. Edificios notables. Plaza de San Luis y estatuas con que está adornada. La feria, lo que en ella vimos y nos sirvió de entretenimiento. El palacio, sus parques y jardines. Lo que fué al principio, obras que sucesivamente fueron ejecutándose, los recuerdos que evocan. Parte material del edificio, su extension, aspecto y hermosura. El museo, galerías y salones que lo forman y objetos notables que contiene. El teatro ó salon de la Opera, otros salones de esculturas y pinturas. Galeria de los espejos. Pequeños apartamentos. El jardín, sus vistosas avenidas, sus hermosas fuentes, y sus admirables juegos de agua. La fuente de Neptuno. El bosquecillo de la columnata. La fuente de Saturno. El bosquecillo de Apolo. La fuente de la celada. Los jardines privados, su atractivo y encantos. Los Trianones. Descripción de los juegos de agua; su iluminacion por fuegos artificiales. Aspecto que presentaban las calles y avenidas del jardín al terminar los juegos. Dificultades que ofrecia en aquellos momentos la salida del jardín. Como las vencimos. Nuestro regreso á Paris.....	309
CAPITULO XXXIV.—Vincennes. El castillo, reminiscencias históricas, su construccion, sucesos notables acaecidos en él. El salon de armas. La capilla, la torrecilla. El asilo imperial, su extension, departamentos, salones y dormitorios, oficinas y dependencias. El bosque, su extension y belleza.....	332
CAPITULO XXXV.—Paseo á Saint Denis. Su aspecto. La abadía, su antigüedad y privilegios, algo de su historia, destino que últimamente se le ha dado. La iglesia, sucesos que recuerda, se da una idea de ella. Sepulcros y sarcófagos de los reyes de Francia.....	337
CAPITULO XXXVI.—Visita á Sévres, cómo está situado, su	

aspecto y poblacion de que se compone. La fábrica de porcelana, sus salones y aparadores, diversas clases de porcelana y trabajos admirables. Recuerdos de Sévres.....	342
CAPITULO XXXVII.—Montmartre, su situacion y número de habitantes. Antigüedad de algunos de sus templos. Molinos de viento, sus restaurants y sus bailes. Vista espléndida que desde allí se disfruta de Paris y del valle del Sena. Paseo al redor de Paris. Nuestra visita á la fábrica de los jovelinos: sus salas de trabajo, las obras que se ejecutan en ellas. Salones, galerías de exposicion y lo que contienen. Paseo á San German en Laye, su templo, su castillo y selva notable. Reminiscencias históricas, y lo que nos llamó la atencion, extension de la selva, árboles añosos que la forman y sus extensas avenidas.....	346
CAPITULO XXXVIII.—Últimas pinceladas sobre Paris. El gran Hotel de Louvre, sus apartamentos y cuartos, comodidad que se disfruta en él, su espacioso comedor, sus salones de lectura, su extension y sus diferentes pisos. Los almacenes de comercio, su extension, sus ricos y lujosos aparadores, y diversidad de objetos que contienen. Como se hacen las compras en ellos, orden y comodidad con que en esto se procede, y atencion y galanteria de los dependientes. Talleres y tiendas de modistas. Amabilidad del carácter francés, papel que las mujeres hacen en el comercio, sus tiendas al menudeo. El último dia en Paris y nuestra partida.....	354
CAPITULO XXXIX.—Continuacion de la lectura del manuscrito de Genaro.....	369
CAPITULO XL.—Viaje de Paris á Bruselas, hermosas vistas que presenta el camino, estaciones y poblaciones cerca de las cuales se pasa. Compiègne, recuerdos históricos. S. Quentin. Batalla entre los franceses y españoles. Mons. Nuestra llegada á Bruselas.....	393
CAPITULO XLI.—Nuestra llegada á Bruselas, primeras impresiones. Hotel en que nos alojamos. Situacion de la ciudad, su aspecto y extension. Plaza en que está situado el hotel de Ville. Iglesia de Santa Gúdula, su arquitectura y lo más notable que contiene. Templo de Nuestra Señora de las Victorias. Iglesia de Nuestra Señora de la Capilla, La de S. Jacobo. La de San-	

ta Catarina, hermosas imágenes y mausoleos que en ella se encuentran. Los palacios del Rey, del Príncipe de Orange y de la nación. La fuente de Manne. Ren-Pis. La galería de vidrios de S. Huberto. La Plaza real. Palacio de Bellas Artes. Museo nacional, sus capillas, apartamentos y la Biblioteca real. Hotel de Ville, el interior y sus salas, suntuosidad y elegancia con que está adornado. Construcciones al rededor de la plaza. La casa Louve. L'Hait de Nrim. Los teatros. Salones de conciertos. La población y manufacturas de blondas y encages. Paseos, calles, plazas y jardines. Los Boulevarts. Parte antigua y nueva de la ciudad. Nuestras impresiones respecto de Bruselas..... 397

CAPITULO XLII.—Viaje de Bruselas á Colonia, encanto particular y sensaciones agradables y sorprendentes que producen los viajes en Europa. Nuestros goces. La estación de Malines, su población. Louvain, número de habitantes de que consta, y su celebre universidad. Tirlemont, su población y manufacturas. Túnel por el que se pasa ántes de Ans. Otros varios túneles que se atraviesan para llegar á Liege, número de habitantes de que consta, lo que recuerda y su iglesia de S. Jacobo. Spá, número de visitantes que se reúnen allí todos los años en el verano, para tomar sus aguas y bañarse, encantos que presenta este lugar y sus inmediaciones. Verivers, su población y fábrica de hilados. Frontera de Prusia. Herbestal. Aix. La Chapelle, número de sus habitantes y rasgos notables de su historia. Duren, su torre gótica, su población. Horrem, vista del camino y su término..... 413

CAPITULO XLIII.—Nuestra llegada á Colonia, aspecto de la población. La Catedral y lo que mas llama la atención en ella, entre otras cosas la capilla de los tres reyes magos, y el monumento fúnebre de Santa Irmagardis. Continuacion de nuestro paseo por la ciudad, sus demás templos y calles. El Hotel de Ville y la aduana. El Arsenal. El teatro. el museo Wallraf. La biblioteca del gimnasio de los Jesuitas. Los paseos y alrededores. Otras noticias de la ciudad. Nuestra partida..... 420

CAPITULO XLIV.—Viaje de Colonia á Berlin. Vista del camino. Dusseldorf, su población y recuerdos históricos. Algunas noticias sobre Oberhausen, Essen, Dortumnd, Hamm, Biele-

feld, Hispard, Bechame, Hoste, poblaciones todas por donde se pasa. Minden, número de sus habitantes y lo que recuerda su historia. Hannover, su importancia, reminiscencias históricas, superficie de todo el reino, número de habitantes de que se compone, y el de la capital. Peine. Nuestro paso por Brunswick, su extension y población, noticias históricas. Walfenbittel, su notable biblioteca. Magdebourg, ciudad fortificada, sucesos que recuerda la historia y noticias de algun interés. Ciudad de Brandenburg, su fundacion, número de sus habitantes y algunas otras noticias. Potsdam y nuestra aproximacion á Berlin..... 432

CAPITULO XLV.—Lectura del manuscrito de Genaro..... 441

CAPITULO XLVI.—Nuestra llegada á Berlin, cómo se halla situada la ciudad, su extension y número de habitantes. Lo que más importancia le da entre las demas ciudades de la Alemania. Parte histórica. Extension del reino de Prusia, su población. El Castillo Real, sus apartamentos, salones, galería y lo que más llama la atención en ellos. El Museo antiguo, lo que contiene y más se hace notar en sus galerías. El Museo nuevo, salas de que se compone y objetos notables que contiene. Gabinete etnográfico, salones de que consta y lo que en ellos se vé. Salones contiguos. Charlotembourg. El Castillo Real, su aspecto y ornato de los salones y reales departamentos. El jardín y conjunto de objetos que lo hacen suntuoso y agradable. El Museo de Federico Guillermo III. Paseo de noche por las calles de Berlin. Juicio que de esta ciudad forma el viajero..... 441

CAPITULO XLVII.—Nuestra visita á Potsdam. El castillo de Cladottem. Descripción de la casa del Jardinero. El palacio nuevo, sus salones, adornos y objetos que los embellecen. Grandes apartamentos de Federico II, su lujo y magnificencia. La sala de audiencias, la de música, su recámara, su gabinete de trabajo, la sala de juego, y su biblioteca. El teatro. Recámara de Federico Guillermo III. Sala de conciertos y de bailes. La gran sala de mármol. Apartamentos destinados á familias reales ó á príncipes extranjeros. Salon verde. Gabinete de trabajo. Otros salones. El comedor. Sala de espera..... 481

CAPITULO XLVIII.—Continúa la visita de los edificios y de lo

mas notable de Potsdam. El Palacio Real, el comedor, sala de conciertos, gabinete y pequeño cuarto de trabajo de Federico el Grande. Su biblioteca y la sala de conferencias. La galería de mármol y los grandes apartamentos con sus salones y objetos mas remarcables, piezas anexas. Apartamentos de Federico Guillermo III y lo que contienen. Sala de las banderas, y otras no menos notables. Apartamentos de Federico Guillermo IV. El palacio de Marina, su figura, aspecto y extension. Rico y hermoso ornato de sus salones y piezas interiores, y lo mas curioso que en ellos se registra. El Castillo Real de Sans-Souci, su historia, sus jardines llenos de atractivo, de encanto y de poesia, piezas en que habitó Federico el Grande, su biblioteca, sofá en que murió y el reloj que se paró en los momentos en que espiró. Sala de conciertos, sala de audiencias. Grandes piezas de este castillo, notables por su riqueza. Impresiones que nos causó la visita á Potsdam..... 520

CAPITULO XLIX.—Continuacion de la relacion de Genaro.... 537

CAPITULO L.—Últimos días de residencia en Berlin. Nuestra visita al Arsenal. La Bolsa. Calle de Linden. Estátua ecuestre de Federico el Grande. Academia real y la de Ciencias y Bellas Artes. La Biblioteca y escuela de ingenieros y artilleros. Otros edificios notables. La puerta de Brandemburgo. Brall. Columna de la Paz. Monumento nacional conmemorativo de las víctimas de 1848 y 1849. La Biblioteca Real. Palacio de Guillermo I. Los templos; Catedral, la Iglesia Nueva, la Iglesia Francesa. El Parque. El teatro Real. Juicio sobre Berlin. Nuestra partida..... 568

CAPITULO LI.—Viaje de Berlin á Varsovia, Comodidad y seguridad con que se camina en Europa. La que prestan los ferrocarriles de Alemania. Parte del viaje hecho de noche. Nuestra llegada á Varsovia. Visita á la ciudad, su situacion, sus calles, aspecto de sus edificios y casas, sus jardines y paseos, sus plazas. Los templos; la Catedral, el Cármén. Hotel en que nos hospedamos. Lo que vimos el último dia de nuestra permanencia en la ciudad. El jardin de Saxe. La Plaza del mismo nombre. El arrabal de Cracovia. Viaducto y edificios notables próximos al puente sobre el Vistula. El Castillo Real, sus salones, su parque, la biblioteca. El gabinete. Zoológico. Museo

de copias en yeso. Hospital militar. Jardín botánico. Exterior de varias teatros y palacios notables. La Bolsa. Alrededores. Carácter de los habitantes. Las calles centrales de noche. Nuestra partida..... 577

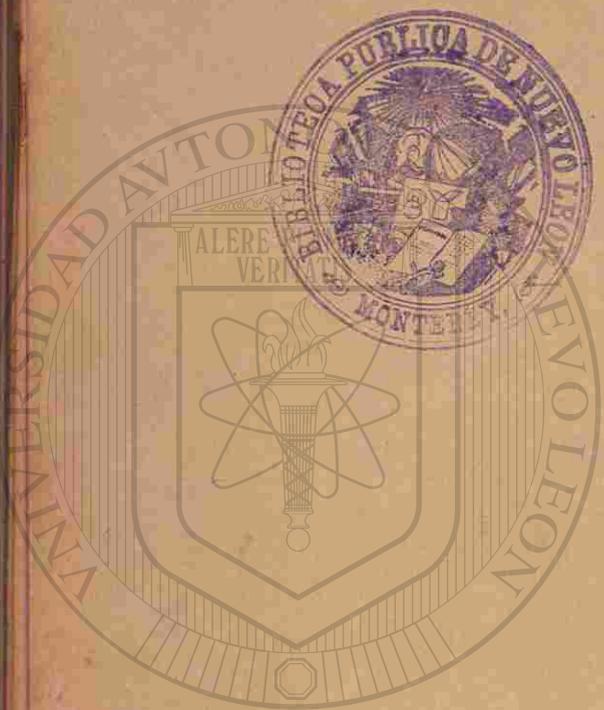
CAPITULO LII.—Viaje de Varsovia á San Petersburgo, nuestro paso por Jablona, Dug, Serodok y Pultusk. Aspecto del camino y de las comarcas por donde atravesamos Ostrolenka. Mariempola. Kowno. Malos alimentos en las estaciones y restaurantes del tránsito. Wilna, su poblacion, su importancia política, su universidad. Grodno, su comercio y número de habitantes. Dunaburgo, su fortaleza. Picow, su poblacion. Vista que al acercarse presenta San Petersburgo y nuestras impresiones..... 590

CAPITULO LIII.—Continuacion de la historia de Genaro.... 595

Fé de erratas notables..... I

Indice..... III

FIN DEL INDICE.

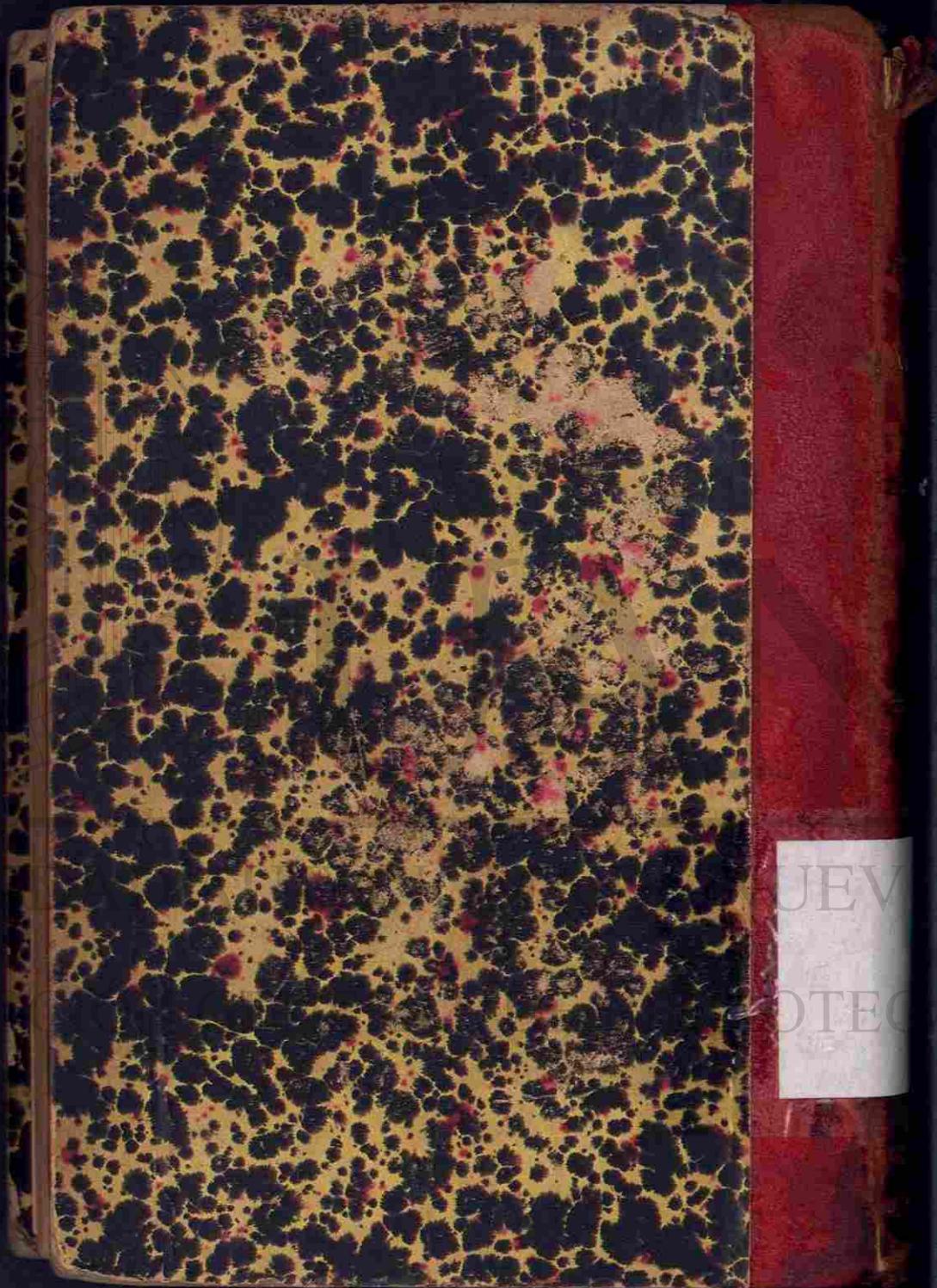


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UEV

OTEC